

MÁS DE 250.000 EJEMPLARES VENDIDOS.
Nº 2 EN *THE NEW YORK TIMES*

GLENN BECK

AGENDA

21

EL FUTURO QUE NOS AGUARDA PODRÍA SER ASÍ DE TENEBROSO.
UN MUNDO FELIZ DEL SIGLO XXI

HARRIET PARKE

Lectulandia

**¿Y SI EL PROGRAMA CON EL QUE LOS GOBIERNOS QUIEREN
SALVAGUARDAR NUESTRO PLANETA OCULTASE UN MAQUIAVÉLICO
PLAN PARA CONTROLAR NUESTRAS LIBERTADES INDIVIDUALES?**

**UN GOBIERNO TIRANO Y VIOLENTO DIRIGE UN PAÍS QUE ANTES LLAMABAN
AMÉRICA. LOS ANCIANOS, LOS ENFERMOS Y LOS QUE OSAN DESAFIARLE
DESAPARECEN SIN DEJAR RASTRO. LOS NIÑOS PERTENECEN AL ESTADO.
CONTRA TODO PRONÓSTICO, UNA JOVEN PAREJA ARRIESGARÁ SUS VIDAS
PARA DAR CON LA VERDAD. PERO ¿SERÁ DEMASIADO TARDE?**

Emmeline ha crecido en medio de la terrible realidad de la República, un lugar que, después de la aplicación globalizada del programa conocido como Agenda 21, se ha convertido en un Estado sin presidente, sin Congreso, sin Tribunal Superior de Justicia, donde solo existe la autoridad y nadie recuerda la palabra libertad. Con dieciocho años y después de sufrir una separación de su familia, ha decidido descubrir la verdad. ¿Por qué los ciudadanos están condenados a vivir en espacios diminutos, segregados los unos de los otros? ¿Por qué raciona el Estado el agua, la comida y la energía de una manera tan estricta? Y, sobre todo, ¿por qué los bebés no pueden crecer junto a sus padres? Conforme Emmeline empieza a comprender la finalidad última de Agenda 21, entiende también que se enfrenta a un gran poder. Sin embargo, y a pesar de la presión de las autoridades y la imposibilidad de escapar, decide emprender un valiente camino para salvar a su familia y revelar las verdaderas intenciones de la República.

**«ABSOLUTAMENTE IMPACTANTE. AGENDA 21 DA MÁS MIEDO QUE
CUALQUIERA DE LAS REALIDADES QUE PUDO IMAGINAR ORWELL...
AGENDA 21 ES EL 1984 DEL SIGLO XXI».**

BRAD THOR

Lectulandia

Glenn Beck / Harriet Parke

Agenda 21

ePUB v1.0

Sonmiox 13.09.13

más libros en lectulandia.com

Glenn Beck / Harriet Parke, 2012

Traducción: Paz Pruneda

Diseño portada: Calderónstudio

Editor original: Sonmiox

ePub base v2.1

*Para todos aquellos que se aferran
al espíritu de los Fabricantes de Sueños Americanos;
a narradores como Harriet que buscan hechos innegables
y encuentran nuevos modos de exponer, iluminar, inspirar
y expandir el valor por el mundo entero.*

La humanidad se encuentra en un momento decisivo de la historia. Nos enfrentamos a la perpetuación de las disparidades entre las naciones y, dentro de ellas, al agravamiento de la pobreza, el hambre, las enfermedades y el analfabetismo, con el continuo deterioro de los ecosistemas de los cuales depende nuestro bienestar.

La consecución de los objetivos de desarrollo y medio ambiente de la Agenda 21 va a requerir un flujo substancial de nuevos y adicionales recursos financieros hacia los países en desarrollo... Así mismo, esos recursos financieros serán necesarios para reforzar la capacidad de las instituciones nacionales a la hora de aplicar la Agenda 21.

Este proceso marcará el inicio de una nueva asociación mundial para un desarrollo sostenible.

Preámbulo, Agenda 21,
Conferencia de la ONU, Río de Janeiro,
junio de 1992

[El propósito de la Agenda 21 es] promover patrones de consumo y producción que reduzcan las tensiones a que se somete el medio ambiente y satisfagan las necesidades básicas de la sociedad.

Agenda 21, capítulo 4, objetivo 7.A

Capítulo uno

Hoy se han llevado a Madre.

Yo estaba en la cinta andadora cuando aparecieron. Ni siquiera se molestaron en llamar. Simplemente entraron. Hombres vestidos de uniforme negro. Los Ejecutores. Apagué la cinta y me tambaleé, golpeándome la cadera contra la barra lateral metálica. Sin decir palabra, levantaron sus manos como para indicarme que me detuviera y no intentara acercarme a ellos. Mi contador estaba solo a mitad de recorrido. Madre se había levantado de su colchoneta de dormir cuando los escuchó en la puerta y se quedó quieta con la cabeza gacha. ¡Qué enmarañado me pareció su cabello, gris, carente de vida!

Preguntaron cuál era su colchoneta y señaló la mía. Intenté decir: «No, esa es la mía», pero ella sacudió levemente la cabeza, de modo que guardé silencio. Uno de ellos la enrolló y se la puso bajo el brazo, mientras el otro ataba unas pequeñas cuerdas sucias alrededor de las muñecas de Madre. Sabía que no debía llorar delante de los Ejecutores y, sin embargo, pude sentir cómo unas lágrimas ardientes se agolpaban tras mis ojos.

Madre no había cumplido con su deber de andar en la cinta desde que me emparejaron con Jeremy, dos días antes. Se había quedado acurrucada en su colchoneta, con la cara mirando al muro, mostrando la hilera de huesos nudosos de su espalda. Yo había tenido que caminar tanto en mi cinta como en la suya, para que nuestros contadores quedaran registrados en la Autoridad Central como los de dos personas. Esa era la única forma de poder conseguir comida para ambas.

¿Serían capaces de descubrir si una misma persona estaba haciendo funcionar los dos contadores solo porque las mediciones se habían registrado en momentos distintos? ¿Quién sabe? Había visto demasiadas cosas en los casi dieciocho años que llevaba viviendo en la Tierra como para dudar del poder de la Autoridad.

Madre se marchó en silencio, arrastrando los pies por el áspero suelo de cemento. Pero antes de desaparecer, echó la vista atrás y me dijo: «Siento no haberte enseñado lo suficiente... Te quiero». Su voz sonaba estrangulada, como si las palabras estuvieran atascadas en su interior. «Lo siento, Emmeline». No entendí a qué se refería y no tuve tiempo de preguntárselo. Los Ejecutores, situados uno a cada lado, tiraron de las cuerdas. Se la veía débil y encogida entre ellos.

Observé por el pequeño hueco de la ventana mientras tiraban de Madre para

hacerla subir los peldaños del ómnibus. ¡Qué atrapada parecía allí sentada entre ellos! Otros seis hombres, grandes y de complexión fuerte, vestidos con uniformes naranja, esperaban al frente con sus arneses puestos. El Equipo de Transportes. El ómnibus se puso en marcha cuando los hombres comenzaron a caminar al unísono. Continué observando hasta que desaparecieron por la curva más allá de nuestro Recinto.

Entonces corrí tras ella. El Vigilante de la Verja no me vio; estaba haciendo su ronda en el extremo más alejado. Corrí lo más rápido que pude, siguiendo las rodadas que el vehículo iba dejando en la carretera de tierra, los músculos de mis piernas estirándose y encogiéndose como puños, hasta que pude divisar el ómnibus.

Me deslicé a un lado de la carretera, agazapándome y arrastrándome para estar más cerca. El vehículo giró hacia una estrecha carretera, oculta por árboles. Desconocía que allí hubiera una carretera.

La bandera verde que marcaba la zona era apenas visible. Más allá, distinguí un edificio que nunca había visto. Era más grande que cualquier Espacio Habitable y de un gris más profundo y oscuro que el resto de las construcciones. No tenía huecos de ventanas, solo unos muros lisos e intimidantes.

El ómnibus se detuvo frente a la única puerta del edificio. A través de los árboles pude entrever a los Ejecutores llevando a Madre hasta la entrada. El polvo se arremolinaba alrededor de sus tobillos al arrastrar los pies. El olor en esta zona resultaba familiar, aunque mucho más potente.

Madre aún llevaba las cuerdas atadas a sus muñecas y los Ejecutores la sujetaban con fuerza. Se volvió y miró hacia mí como si supiera que había estado siguiéndola todo el tiempo y, de alguna forma, fue capaz de alzar una mano para llevársela al pecho, al corazón. Ese movimiento duró apenas un segundo. Pero lo recordaré toda mi vida.

Una mano la agarró y tiró de Madre hacia el interior. La puerta se cerró de golpe tras ella.

Mientras los Ejecutores regresaban al ómnibus, me escondí detrás de un árbol y continué observando hasta que desaparecieron. Entonces apoyé la cabeza contra el tronco y golpeé mis puños contra la áspera corteza hasta que empezaron a sangrar.

* * *

Sola.

Nunca antes había estado sola. Madre jamás lo permitió. Jamás. Jeremy aún no había regresado del trabajo. A mi alrededor todo era gris. Muros grises, suelo gris. Un frío cuadrado de cemento. Una única tronera que hacía de ventana en cada uno de los cuatro muros y una única puerta de madera que daba al exterior, a las zonas comunes del Recinto, que no eran más que un espacio de tierra apisonada con una verja

custodiada por un Vigilante. En el interior, el espacio estaba dividido en tres zonas. A un lado de la puerta estaba la zona de comer, con una encimera donde colocar nuestros cubos de comida y las botellas de agua. Al otro lado, la zona de baño separada por una mustia cortina para dar privacidad. Y al fondo, la zona de dormir, con nuestros colchones casi a la altura del suelo y ganchos en las paredes de los que colgar nuestros uniformes. A lo largo de la pared de la derecha se encontraba la zona de producción de energía. Ahí era donde estaban situadas las cintas de andar, una al lado de la otra.

Este era todo el espacio en el que Madre solía estar.

Me dirigí a la zona de dormir. La colchoneta de Madre, de longitud y anchura justo para una persona y tapizada de la misma raída tela de rayas que la cortina de privacidad, estaba extendida sobre un soporte de gomaespuma de unos diez centímetros de grosor apoyado directamente en el frío suelo de cemento. Su manta había caído al suelo. La recogí y me la acerqué a la cara, respirando hondo. La tela era áspera y fría, pero olía a Madre, a su piel, a su pelo. Todavía podía distinguirse la marca de su cuerpo en el colchón. El lugar donde había reposado su cabeza, sus hombros, sus caderas. Pasé la punta de los dedos por el colchón, sintiendo esos huecos. Luego me acurruqué sobre este y tiré de su manta para taparme. Ahora podía llorar a salvo.

* * *

No podía hacer otra cosa más que volver a mi cinta y caminar. Crear energía. Crear energía. Crear energía. Hacer que mi contador llegara al final. El sonido de mis pies pisando la cinta y otro sonido, un leve susurro, mientras la fricción y el calor de la cinta eran extraídos a través de una pequeña manguera hasta una toma en el muro y, desde allí, a la barra de descarga energética que estaba delante de nuestro espacio. Cada espacio tenía una barra de energía como la nuestra, pero las barras pertenecían a la Autoridad Central. Ellos lo poseen todo. Utilizan la energía para cubrir nuestras necesidades. Nuestros cubos de alimento, nuestra ropa, todo. Lo llaman la Política de Energía Neutral. Cómo odio sus pomposos nombres.

Madre una vez me contó que producir energía era una de las dos cosas que más preocupaban a la República. La otra era producir bebés sanos. Ser productivo y ser reproductor. Los Ciudadanos más valiosos eran ambas cosas. Madre decía que yo era una de las más valiosas. Pero por entonces no sabía a qué se refería.

La campana señalando media hora antes del atardecer sonó. Jeremy estaría en casa después del ocaso. Tomaríamos nuestros cubos de alimento, beberíamos nuestras raciones de agua. No creo que fuera a tener hambre, pero sí me notaba sedienta. Advertí que la aguja de mi contador de energía había sobrepasado la mitad.

Cuando me emparejaron con Jeremy, Madre se negó a levantarse de su colchón para recibirle. Unos hombres con bigote de la Autoridad Central bajaron primero del ómnibus y llegaron a grandes zancadas hasta nuestra puerta, caminando con las piernas tan rígidas que parecía que no tuvieran rodillas. Traían un nuevo pañuelo para cubrir mi cabeza, blanco con el ribete negro, y se volvieron de espaldas mientras yo me quitaba el negro, mi pañuelo de viuda, y me ponía el nuevo. Entonces Jeremy, escoltado por un Ejecutor, se bajó del ómnibus. Era delgado, escuálido, y de piel pálida.

Rápidamente procedieron con la ceremonia de emparejamiento y el intercambio de votos, delante de nuestro Espacio Habitable: *Honraré a la República. Produciré energía para la República. Produciré Ciudadanos para la República. Alabada sea la República.* Y luego todos hicimos la señal circular, con los dedos pulgar e índice sobre nuestras frentes para saludar a la República.

Los hombres regresaron al ómnibus y se marcharon. Jeremy y yo quedamos oficialmente emparejados. Entramos en nuestro Espacio Habitable. Él lo recorrió con la mirada como si no hubiera visto ninguno antes. Apartó la cortina de privacidad y echó un vistazo a la zona de baño. Luego miró por las troneras, yendo de una a otra, recorriendo el espacio arriba y abajo con pasos nerviosos. Finalmente se detuvo y se apoyó contra la encimera.

—Yo quería una virgen. ¿Y qué he conseguido? —Me miró—. A ti. Y a una vieja —dijo dirigiendo la vista a Madre.

Ella se sentó despacio y le apuntó con un dedo. Por primera vez pude advertir lo ajadas que parecían sus manos, cómo su dedo se curvaba como una garra. Se la veía triste. Quiso decir algo pero se contuvo.

Jeremy no dijo nada más, pero entrecerró los ojos y apretó los labios. Madre volvió a tumbarse y no habló nunca con él.

Eso pasó hace dos días.

Siento no haberte enseñado lo suficiente. ¿Qué habría querido decir? ¿Qué es lo que no sabía?

Algunas veces le gustaba hablar largo y tendido. Su voz entonces era como un metrónomo. Tic, hablaba, tac, hablaba. Su sonido llenando todo nuestro espacio. Rascándose la piel mientras parloteaba. Sus uñas clavándose en sus brazos, en sus tobillos. Agrandando las pequeñas ronchas cubiertas de sangre seca.

—No siempre fue así —solía decir.

—Cuéntame.

—Una vez tuvimos nuestra propia granja. Tierras. Suaves colinas. Verdes pastos. Criábamos animales, cultivábamos. Poseíamos una finca. Era nuestra.

—¿Qué pasó con ella? ¿Dónde estaba?

—Muy lejos. Estaba muy lejos. Las leyes cambiaron. Ahora la Autoridad posee

todas las propiedades.

¿Por qué?, hubiera querido preguntarle, ¿por qué cambiaron las leyes? Pero me contenía, no interrumpía sus historias. Porque, de lo contrario, se quedaría callada y volvería su rostro hacia la pared. Y ese sería el final de su charla.

—Teníamos animales en la granja —decía.

¡Imagínate! ¡Tener animales! En cada Reunión Informativa Comunitaria nos recordaban que los animales eran sagrados y pertenecían a la Tierra, no a la gente. Los animales estaban protegidos. Debíamos recitar al unísono el Juramento de los Animales.

Juro lealtad a la Tierra, a los sagrados derechos de la Tierra y a los animales de la Tierra.

Precisamente el mes pasado, en una Reunión Informativa Comunitaria, un hombre había sido llevado al estrado por los Ejecutores y obligado a arrodillarse ante las Autoridades. Le acusaban de haber atropellado a una serpiente con su bicicleta energética. Creo que intentó decir que fue un accidente, pero le temblaba la voz y era difícil oírle. Tenía la cabeza inclinada, la barbilla hundida en el pecho. Así arrodillado, parecía pequeño y viejo. Le ataron unas cuerdas a las muñecas y se lo llevaron.

Todo el mundo en la reunión mantuvo los ojos fijos en sus zapatos. Los rostros cansados, pálidos y marchitos. Creo que cada uno de los que presenciamos aquello pensó que eso mismo podría haberles pasado a ellos en un momento dado, por una u otra razón.

Madre dijo que llevárselo había estado mal, sencillamente mal. Pero no lo dijo demasiado alto.

Capítulo dos

Jeremy llegó a casa justo después del anochecer. Pude oír cómo ataba su bicicleta energética a la barra de descarga, el suave susurro haciéndose más regular mientras la energía se transfería de su bicicleta a la célula de almacenamiento. Luego escuché el chirrido metálico de la tapa del buzón de alimento mientras extraía nuestras raciones.

Entró y depositó las raciones en el espacio de comer. No me miró. No me saludó. Se limitó a ir a la zona de baño. Pude oler la solución desinfectante y escuchar cómo la esparcía sobre su piel. Pero había otro olor suspendido en el ambiente, algo desagradable.

—Hoy se han llevado a tu madre —declaró cuando regresó a la zona de comer.

Asentí, notando que las lágrimas volvían a agolparse en mis ojos.

—Sabía que lo harían —dijo.

—¿Cómo lo sabías?

Sonrió de forma rara, pero no contestó.

El desagradable olor se incrementó cuando se acercó a mí. Era el olor del Centro de Reciclado donde trabajaba. Permanecimos en silencio en la zona de comer, frente a la tronera, pero sin mirarnos el uno al otro. El día se había difuminado en un oscuro gris.

Bebí primero mi ración de agua. Mis labios y lengua agradecieron la humedad. Madre solía compartir su agua conmigo cuando estaba muy sedienta. ¿Haría Jeremy lo mismo?

No sentía demasiada hambre, pero tenía que comer. No nos estaba permitido reciclar ni guardar los cubos de alimento para otro momento ni tampoco desperdiciarlos. Desenvolví el perfecto cuadrado de ocho por ocho centímetros y comí primero lo que lo recubría. El de hoy era de soja con sabor a pescado, arroz y perejil.

Madre me había contado que cuando era pequeña solía ir a pescar. Iba con su padre a un arroyo de la granja. Allí cogían peces de verdad, juntos. Lo describía con mucha viveza: el agua que fluía chocando contra las piedras. En otras ocasiones pescaban en un gran lago redondo de aguas de un azul cristalino. Me encantaba oírla hablar del pasado.

Después de tomar nuestros cubos, Jeremy se fue a su colchoneta de dormir, se

tendió sobre ella e, inmediatamente, se quedó dormido. Parecía cansado y pálido, del color de una piedra polvorienta. Incluso sus labios tenían un tono blanquecino. Estaba demasiado enjuto y escuálido para realizar cualquier trabajo duro.

A pesar de la presencia de Jeremy, aún me sentía sola. ¡Reinaba tanto silencio en nuestra casa sin la voz de Madre! Ella solía decir que la forma en que asignaban a unas personas con otras era un error. Decía que en su día, cuando era joven, los chicos y las chicas hacían una cosa llamada *tener citas*. No puedo acordarme de las palabras exactas, pero todo el tiempo que estuvo hablando se rascaba. Siempre que tenía oportunidad, solía colocar mi mano sobre la suya y pedirle que dejara de arañarse la piel.

¿Qué más cosas decía Madre?

—Vivíamos en el centro de la nación —fue una de las cosas que me contó. No dijo República. Dijo nación—. Una nueva ley se había aprobado en la Costa Este —decía—, porque ahí es donde se hacían las leyes. Le dieron un curioso nombre: Agenda 21.

Caminó un poco en su cinta antes de continuar. La plataforma de goma de su cinta y la mía se movían a la misma velocidad mientras caminábamos al unísono.

—Los habitantes de la Costa Oeste fueron los primeros en ser trasladados a Comunidades Planificadas. Más tarde descubrimos que había muchas más comunidades de las que nadie hubiera podido imaginar. Nadie parece saber el número exacto ni dónde se ubican, pero sí sabemos que cada una de ellas contiene un conjunto de Recintos como el nuestro. ¡Oh, qué perfecta organización por parte de las Autoridades! —Soltó una pequeña carcajada—. Algunos realmente creyeron todas esas chorradas sobre que la nueva ley iba a ser buena para todo el mundo. La vida sería más fácil porque la Autoridad se ocuparía de cuidar de todos nosotros. Nos proporcionarían comida, vivienda. El dinero no sería necesario. Ya no habría más pobreza. Nos prometieron el Paraíso.

Madre dijo que a partir de ese momento las cosas sucedieron tan rápidamente que la mayoría de la gente del interior de la nación ni siquiera supo lo que estaba pasando. Me contó que ellos fueron los últimos en ser realojados en Comunidades Planificadas.

—Antes podíamos escuchar la radio, las cadenas de televisión. Ver espectáculos, comedias. Programas de noticias. Oír entrevistas en la radio. Había mucho donde elegir. Durante un tiempo, después de que las nuevas leyes entraran en vigor, la única cosa que había en la radio o la televisión eran los discursos de la Autoridad o la música, música patriótica. Música de marchas militares. Aunque, al final, hasta la música de bandas se eliminó. No era mi música favorita, pero al menos era algo —decía—. Algo es mejor que nada. Por lo general.

—¿Qué es la música de marcha? —le pregunté.

—Lo que hacemos tú y yo caminando sobre nuestras cintas.

—Pero no hay música. ¿Cómo hacían la música?

—Con tambores, tubas y trompetas. Nosotros seremos diferentes. Seremos una banda de marcha pero sin música.

Caminamos en silencio durante un rato, nuestros pies moviéndose al mismo ritmo. Entonces continuó hablando.

—Todos pensaron que el mundo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Pero no para mis ojos —prosiguió—. Yo lo sabía.

* * *

Yo solo era un bebé cuando nos realojaron y no recuerdo bien lo que ella contaba. Todo el mundo tiene ese agujero negro al principio de sus vidas. Un tiempo que no logras recordar. Tus primeros pasos. El sabor de tu primera comida de verdad. Sin embargo, mis verdaderos recuerdos comienzan cuando nos asignaron a la zona de viviendas del Recinto 14. Allí aprendí a distinguir el color gris por el color de nuestro Habitáculo. Aprendí los otros colores por los uniformes que la gente llevaba para sus diferentes tareas. Uniformes naranja para el Equipo de Transportes. Verde apagado para los de Reciclaje. Gris para los Vigilantes de las Verjas. Rosa y azul para los trabajadores de la Ciudad de los Niños. Amarillo para los que hacían los cubos de alimento. Blanco para las carabinas. Verde intenso para los Gestores de Naturaleza. Negro para los Ejecutores. Y, los más importantes, negro con un ribete dorado para las Autoridades. Las todopoderosas Autoridades.

Nuestro Espacio Habitable era un edificio cuadrado, pequeño y achaparrado, subdividido en pequeños Habitáculos, que estaba en un camino utilizado por los ómnibus y las bicicletas en el Recinto 14, el Recinto de Transportes. Los hombres de nuestro Recinto se pasaban el día proporcionando transporte y tirando de los ómnibus de madera. Estos vehículos podían transportar hasta seis personas a la vez, una en el asiento delantero, otra en el trasero, y dos personas a cada lado. Su existencia se debía a que todos los transportes debían ser aprobados por la Autoridad. Ningún Ciudadano podía caminar libremente porque eso se consideraba un derroche de energía que no se podía tolerar. Nuestra energía diaria tenía que ser utilizada, por supuesto, en caminar sobre nuestras cintas o en realizar las tareas asignadas para la mejora de la comunidad.

Los Transportistas trabajaban en equipos de seis. Padre tenía músculos en la espalda que sobresalían, duros y redondos, bajo su uniforme naranja. Madre decía que la única cosa buena del Recinto 14 era que todos los que estaban asignados allí provenían de la parte central de la vieja nación. Gente corriente y trabajadora.

—Son como nosotros —decía—. Y eso me consuela.

Madre se quedaba en casa conmigo y caminaba en la cinta de energía. Por aquel entonces yo aún utilizaba una cinta energética de juguete y tenía que caminar en ella todos los días, aunque no tantas horas como Madre, desde luego, porque era una niña. Los niños entonces tenían algunos privilegios, pero aun así debían entrenar. Algunas veces Madre se bajaba de su cinta el tiempo suficiente para darme un abrazo o enseñarme una canción. «*Soy la tetera, rechoncha y chata*», y me mostraba cómo fingir que alguien «*iba a verterme y servirme*». Otras veces me enseñaba: «*La araña pequeñita se arrastraba por el canalón...*», pero yo la interrumpía para preguntarle qué era un canalón.

—Un canalón es una tubería que recoge la lluvia del tejado de un edificio y la conduce hasta un depósito. Ya no queda ningún canalón. Ya no se recoge la lluvia.

Reflexioné un momento sobre ello y le pregunté:

—¿Por qué no podemos recoger la lluvia? ¿Por qué no podemos beber la lluvia? Después de todo, la lluvia es agua, ¿no es así?

—La lluvia —respondía— pertenece a la Tierra, y la Autoridad controla todo lo que pertenece a la Tierra. —Entonces dejaba de cantar y conversar durante el resto del día.

Yo soy de los últimos niños a los que se les permitió quedarse en casa con sus padres. Ese fue mi mayor privilegio. Así me lo contó Madre. Dijo que también había sido un gran privilegio para ella y me explicó lo sucedido en una de las Reuniones Informativas Comunitarias. Lo único que recuerdo de asistir a esas reuniones cuando era pequeña era que tenía que quedarme muy quieta en la fila junto a Madre y Padre y no moverme o Madre me pellizcaría en el brazo. Era difícil para una niña de cuatro años quedarse quieta durante tanto tiempo, pero ella no quería que nadie se fijara en mí. Al final de esa reunión en concreto, cuando ya habíamos salido y estábamos en el carril de bicicletas, ella se agachó y me abrazó con fuerza. Estaba llorando. Noté su mejilla húmeda y la toqué con mi mano. Cuando me llevé los dedos a la boca, sabían a sal.

—Me han permitido tenerte conmigo —declaró—. Me han permitido tenerte conmigo. —Yo no entendía por qué eso la hacía llorar o por qué pensaba que no podría quedarse conmigo. Yo era su hija. Padre me abrazó también, pero sin dejar de mirar nervioso a todos lados, moviendo los pies como si quisiera salir corriendo a alguna parte.

—Volvamos a casa, Elsa —le dijo a Madre—. Vámonos ya. No todo el mundo es tan afortunado.

Capítulo tres

Hace aproximadamente cuatro años alcancé la edad de reproducir. Me asusté mucho cuando vi la mancha de sangre en mi ropa interior. Pensé que me estaba muriendo. Traté de ocultar las braguitas haciendo una bola con ellas y escondiéndolas bajo la pila de ropa limpia, pero no pude engañar a Madre. Cuando las descubrió, me dio un paño doblado para absorber la sangre y me dijo que había llegado el momento de tener una conversación.

Para entonces yo ya tenía una auténtica cinta andadora de energía con una plataforma rodante de goma, barras metálicas laterales y un pequeño contador redondo con una aguja roja. Madre y yo caminábamos la una al lado de la otra en nuestras cintas. He olvidado muchas de las cosas que Madre me contó, pero nunca olvidaré lo que dijo sobre las Leyes de Incremento de Niños.

—La Autoridad —dijo, las palabras al ritmo de sus pasos— decidió que podrían criar mejor a los niños que nosotros mismos. Hacerlos más productivos. Entrenarlos mejor que sus padres.

Mientras hablaba, me llevé los dedos a la boca, saboreando la sal de mi sudor. Quería que me explicara lo de la sangre en mi ropa interior. ¿Por qué estaba hablándome de esto? Pero sabía que si trataba de cambiar de tema se quedaría callada.

Ella me miró de reojo, como si tratara de calibrar cuánta información podría asumir, como si yo fuese una taza vacía que necesitaba llenarse poco a poco cada vez, y solo con lo que ella quería contarme.

—No sé cuánto tiempo llevaban planeándolo. Ellos nunca anuncian sus planes o sus ideas. Solo los proclaman. —Se rascó el antebrazo izquierdo con la mano derecha sin romper el ritmo de su zancada. Cuando hablaba de la Autoridad, sus palabras parecían surgir como escupitajos.

—Deja de rascarte —dije.

—Deja de chuparte los dedos —replicó—. Ya no eres una niña, tienes catorce años y medio.

Caminamos durante unos minutos en silencio, con el sordo sonido de nuestras plataformas rodantes y el ocasional susurro de la energía siendo extraída hasta la barra de descarga.

—Tu padre vio cómo construían nuevos edificios. Creo que sabía lo que estaba

sucediendo. El Equipo de Transportes siempre se entera de algo más...

—¿Qué edificios?

—La Ciudad de los Niños. Un nuevo Recinto. Nuevas banderas. Rosas y azules.

Al parecer todo tenía asignado un color. Colores para definir el rango. Colores para definir el uso. Los Ciudadanos únicamente podían vestir los colores que les eran asignados. Con solo una mirada podías saber lo que alguien hacía o si tenía un cargo importante. Madre y yo vestíamos del mismo naranja que Padre. Nuestros colores marcaban los límites de hasta dónde podíamos ir.

—Pero ¿no te lo dijo? —pregunté—. ¿No te dijo nada sobre los nuevos edificios?

—No. No lo hizo. —Madre apretó los labios.

—¿Por qué no? —Madre y Padre debían de guardarse secretos entre ellos, al igual que hacían conmigo. Y esos secretos debían de referirse a cosas malas. ¿Por qué si no Padre no había mencionado lo de los nuevos edificios?

Volvió a mirarme de reojo.

—Tenía sus razones.

A través de la tronera pudimos escuchar el estruendo de un ómnibus que pasaba y el arrastrar de pies del Vigilante de la Verja haciendo sus rondas. Dejamos de hablar hasta que atravesó nuestro espacio.

Luego, con su voz de metrónomo, me contó lo que la Autoridad había anunciado una década antes en aquella Reunión Informativa Comunitaria. Estaban preocupados por el descenso de la tasa de natalidad en varios Recintos, así como por la forma en que algunos de los chicos mayores estaban madurando. Dijeron que los niños no alcanzaban su pleno potencial debido a que los padres no sabían criar adecuadamente a sus hijos. Dijeron que ellos podrían hacerlo mejor.

—Comenté a tu padre que tal vez deberían pensar en echarse ellos mismos la culpa por el descenso de la natalidad dada la creciente exigencia de generar energía. A los Ciudadanos ya no les quedaba energía suficiente para crear bebés. —Soltó una pequeña risita al decirlo. Podía ser sarcástica, y hasta divertida, los días que se sentía bien. Otros días, en cambio, parecía que le costara hablar y su voz sonaba plana.

Pero lo más importante que me contó ese día, lo más importante que he escuchado nunca, tan importante que hizo que me doliera respirar desde las costillas hasta los pies, fue que yo había cumplido cuatro años una semana antes de aquel mitin. Fue allí donde se anunció que todos los futuros bebés y todos los niños menores de cuatro años serían asignados a un nuevo Recinto. El Recinto 2. La Ciudad de los Niños. En consecuencia, fui uno de los pocos Ciudadanos que pudo ser criado por sus padres biológicos.

Habíamos completado casi la mitad de nuestras cintas. Yo ya me había bebido mi ración de agua matinal y sentía los labios secos, la lengua pastosa. Podía notar cómo el paño doblado en mi ropa interior estaba pegajoso y húmedo. Pensé que se había

olvidado de mi sangrado. Pero no era así.

—Ya eres lo suficientemente mayor para someterte a las pruebas. Para que analicen tu nivel hormonal de reproducción. Te citarán en cuanto tu padre se lo comunique.

—¿Comunicarles qué?

—Que has tenido tu primer período. El sangrado. Es normal. Tu padre debe decírselo y ellos te citarán para una prueba. El Equipo de Transportes te llevará a los Servicios Humanos de Salud.

—¿Es normal?

—Es normal. Lo que significa que ya eres lo suficientemente mayor para ser emparejada con un hombre. Significa que, tal vez, te trasladen a un Recinto diferente.
—Su voz era triste pero, al mismo tiempo, tenía la brusquedad de una puerta que se cierra de golpe. Había terminado con su charla.

Capítulo cuatro

Jeremy aún estaba dormido, pero se revolvía inquieto de un lado a otro. A pesar de que se había lavado, aún podía notar ese olor a rancio. Mi corazón empezó a latir más rápido, revoloteando en mi pecho y en la garganta, como las alas de un pájaro. ¡Ese olor! ¡Era el olor del edificio que había visto esa mañana, aquel al que habían llevado a Madre! El edificio de Reciclaje.

Un tanto mareada, me incorporé sobre mi colchoneta y sostuve la manta de Madre contra mi rostro. No sé cuánto tiempo permanecí así, respirando el olor de Madre, tratando de cerrar esa otra puerta, tratando de no recordar cómo había presenciado el momento en que la metieron en ese edificio, el ruido de la puerta al cerrarse tras ella. Escuché a Jeremy farfullar en sueños con un suave e infantil gimoteo. Quería escapar de ese olor y de ese sonido. Quería salir corriendo, pero no había ningún sitio dónde ir.

Era inútil tratar de dormir. Mi mente bullía con preguntas y recuerdos. Imágenes y conversaciones tan vívidas como si acabaran de suceder.

Como, por ejemplo, las de aquel día que escuché a mis padres hablar mientras yo estaba en la zona de baño. El susurro de Padre había surgido lento y profundo de su garganta, como el gruñido de un animal agazapado, mientras que el de Madre era más agudo y atropellado, como el de un pájaro gorjeando y revoloteando.

Discutían sobre algo que había sido programado. Padre estaba enfadado con ella por no haberme explicado algo. Ella replicaba que solo quería mantenerme a salvo. Y luego comentó algo extraño: «Si se lo cuento todo nunca más se sentirá a salvo».

Jeremy gimió, se incorporó y se levantó para ir a la zona de baño, interrumpiendo mis pensamientos. Cuando pasó por delante de mí, el olor se hizo más intenso. Me pregunté qué haría en Reciclaje. Me pregunté si habría visto a Madre con las cuerdas atadas a sus muñecas. Me quedé sentada muy quieta y encogida cuando él regresó a su colchón. Cuando oí sus ronquidos, retomé mis pensamientos desde el día en que Madre y Padre discutieron.

Recuerdo haberme aplicado solución desinfectante en las manos y sentir su escozor en las partes donde me había mordido las uñas. Madre siempre me estaba persiguiendo para que dejara de comérmelas. Cuando aparté la cortina de privacidad dejaron de hablar inmediatamente. Recuerdo que ese silencio sepulcral pareció durar una eternidad.

Entonces Padre me dijo que tenía programado un análisis sobre mi capacidad reproductora para el día siguiente. Me explicó que me examinarían a fondo. No me gustó cómo sonaba aquello y me extrañó que no quisiera mirarme mientras lo decía. Madre no dijo nada. Respondí que no quería ir porque no sabía lo que significaba ser examinada. Y él dijo que la Autoridad así lo exigía, a lo que contesté que no me importaba.

Fue entonces cuando me agarró por los hombros. Sus dedos apretándome con tanta fuerza que se me clavaron en la piel. Parecía estar a punto de zarandearme, pero se limitó a mirarme fijamente. ¡Qué oscuros eran sus ojos!, la parte blanca surcada de pequeñas venitas rojas. Nunca le había visto tan enfadado.

—Hagas lo que hagas, Emmeline, haz lo que hagas, no luches con ellos. ¿Me has oído? No luches jamás con ellos.

Me aparté y le miré decidida.

—¡No pienso ir!

Dejó caer las manos a los lados, sus dedos aún cerrados en una garra.

—Sí, Emmeline, lo harás. Sin discutir. Prométeme que no lucharás con ellos. Haz todo lo que te pidan. Prométemelo. —Parecía como si fuera a llorar. Nunca había visto llorar a mi padre.

—Emmeline —intervino Madre con voz espesa—, haz caso a tu padre. Prométeselo.

Ahora, sentada en la oscuridad, comprendo que ese día mi padre no estaba enfadado, sino asustado. Escarbo en mi memoria tratando de recordar cada detalle por si se me hubiera escapado alguna pista. Cada conversación, la forma en que la gente miraba y hablaba y lo que hacían. Mientras la noche sigue su curso y los recuerdos me constriñen como las paredes de nuestro minúsculo Espacio Habitable, Jeremy duerme.

Recuerdo la mañana siguiente a la discusión de Madre y Padre; Madre me entregó un pañuelo para cubrirme el pelo. Lo trajo junto con nuestros cubos de alimento. El Vigilante de la Verja debió de dejarlo ahí. Era blanco. ¿Cómo sabía el Vigilante que tenía que dejármelo? Demasiados misterios.

Sus dedos temblaban mientras me ayudaba a anudarme el pañuelo.

—Solo tienes que llevarlo cuando estés fuera de nuestro Espacio Habitable. Dentro no tienes que hacerlo.

Levanté el brazo y sentí la suave frialdad del tejido.

—¿Por qué mi pañuelo es blanco y el tuyo es blanco con un reborde negro?

—Porque sí.

—Pero ¿por qué?

Chasqueó la lengua y una pequeña ráfaga de aire brotó de sus labios. Eso significaba que no quería contestar. Pero insistí de nuevo, cargando contra el muro de

sus silencios.

—¿Por qué?

—El blanco significa que estás en edad de reproducir. Añaden un reborde negro cuando estás emparejada. Y ya basta de preguntas.

Ambas escuchamos el traqueteo del ómnibus ante la puerta.

Madre me miró con una tristeza que le hacía parecer mayor.

—Ahora ve —dijo, señalando hacia la puerta.

—Ven conmigo.

—No puedo. Tendrás una carabina.

—Entonces ven hasta la verja —pedí.

—Está bien. Solo hasta la verja.

Se quedó junto a la verja mientras yo subía al ómnibus. Cuando nos pusimos en marcha, ella se llevó una mano al pecho, al corazón.

El Vigilante hizo una anotación en su cuaderno. El ómnibus era una especie de caja cuadrada de madera con asientos a modo de bancos, también de madera. No sé de qué estaban hechas las ruedas, pero eran enormes y para subirme a él tuve que apoyarme en unos pequeños escalones. Cuando el Equipo de Transportes empezó a tirar, el vehículo se precipitó hacia delante y estuve a punto de caer. Los asientos laterales no tenían respaldo.

Dentro del ómnibus había una mujer. La carabina. Comprendí que estaba emparejada, pues su pañuelo era como el de Madre, blanco con un reborde negro. Me sentí muy satisfecha por haberlo deducido yo sola. Iba sentada en la parte de delante, frente a mí. Su asiento tenía respaldo. Abandonamos el Recinto 14, pasando bajo la gran bandera del mismo naranja que el uniforme de Padre y que las ropas de Madre y mías. La tela colgando lacia y sin vida.

Los árboles crecían muy pegados al carril de bicicletas. Sus ramas se arqueaban por encima de nosotros de forma que, a medida que avanzábamos, el sol y las sombras fluctuaban sobre mi rostro. Retiré hacia atrás el pañuelo para sentir el sol en mi cabeza. La carabina frunció el ceño y negó con la cabeza. Llevaba el pañuelo tan ceñido que incluso su frente estaba cubierta. Pero yo no estaba acostumbrada a llevarlo. Lo manoseé con torpeza hasta que conseguí ponerlo como el suyo.

La caja del ómnibus era más ancha que el carril para bicicletas y se bamboleaba sobre el suelo desigual. Me agarré a un lateral, balanceándome con el movimiento. Podía oír la jadeante respiración del Equipo de Transportes, sus gruñidos. Padre no iba en este equipo. La noche anterior le había oído comentar a Madre que esperaba no ser uno de los hombres que me llevaran al examen.

Entramos por otra verja. Aquí, dos banderas colgaban una al lado de la otra de un mástil. Una bandera rosa y otra azul. Esta debía de ser la Ciudad de los Niños. Doblamos hacia el edificio más grande. No advertí ningún Espacio Habitable. En su

lugar, había un patio de recreo vallado con cintas andadoras de energía alineadas en orden, y espaciadas regularmente, pegadas a la verja.

El trabajo de los niños es jugar. La frase era de una persona famosa, según me contó Madre. No había nada más en el patio de recreo, ni siquiera césped. Solo tierra dura. La mayoría de las troneras del edificio eran más bajas que las que teníamos en nuestra casa.

Esperando junto a la puerta principal había dos chicas de mi edad, ambas con uniformes rosas. ¡Qué bonito color! Una mujer alta aguardaba junto a ellas, ajustándoles suavemente sus pañuelos y tratando de recoger sus cabellos dentro de la tela. Las niñas parecían aburridas, sacudiendo sus zapatos contra la tierra y provocando pequeñas nubes de polvo que la brisa levantaba.

Cuando las niñas subieron al ómnibus, vinieron a sentarse juntas frente a mí.

—¿Has estado alguna vez en un ómnibus? —preguntó una de ellas. Tenía unas gruesas cejas, como pequeñas orugas que se extendían por su entrecejo.

—¿Has tenido tu período? —se interesó la otra—. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Catorce y medio.

—¿Catorce y medio? —exclamó la chica de las cejas—. Nosotras tenemos trece y medio y ya hemos tenido nuestro período. ¡Ya iba siendo hora! No puedo esperar a ser emparejada. —Tuve la seguridad de que la carabina no podía oírla.

Pasamos por delante de un comedero de animales donde unas cajas de madera rebosaban de algo parecido a grano. Y algo más. Algo grumoso, tal vez nueces. Vi unos pequeños bichos marrón grisáceo saltando de una a otra, comiendo el grano y las nueces. Ardillas. Nunca había visto tantas en un mismo lugar. Cientos de ellas, una masa ondulante de pelo gris y colas arqueadas. Eran tantas que semejaban una enorme marea gris, justo delante de nosotros. Parloteaban y se empujaban las unas a las otras, y las más grandes apartaban a las pequeñas de las bandejas.

—¿Por qué hay tantas ardillas? —pregunté.

—¿Es que eres idiota? ¿Acaso no sabes nada? —dijo la chica de las cejas. Se volvió hacia la otra—. Compadezco al hombre con el que la emparejen.

Ahí estaba otra vez esa palabra. *Emparejar.*

—Alabadas sean las ardillas —dijo una de las chicas.

—Alabados sean los que dan de comer a las ardillas —repuso la otra. Ambas hicieron la señal circular con el pulgar y el índice de su mano derecha, llevándoselos a la frente al tiempo que ofrecían sus alabanzas. Lo dijeron en voz suficientemente alta para que la carabina pudiera oírlas. Esta hizo un gesto de asentimiento y les mostró una leve sonrisa. Como si su rostro fuera a romperse si sonreía más abiertamente.

Me pareció extraño que las ardillas fueran tan libres, libres para ir a cualquier

parte. ¿Por qué yo no me sentía libre?

—Nunca te he visto en la Ciudad. Debes de ser una de ellos —comentó la chica de las cejas.

—¿Una de qué? —No me había gustado la forma en que dijo «ellos». Sonaba como un gruñido.

—Una de esas criadas en casa. Escolarizadas en casa. Ya sabes. No una de nosotras. Si fueras de las nuestras, sabrías que hay tantas ardillas porque la Autoridad se asegura de que reciban la suficiente comida. Eso es lo que hacen los Gestores de Naturaleza. Cuidan de la naturaleza. Lo sabrías si fueras una de nosotras.

Pronunció el «nosotras» como si fuera algo especial. Se sonrieron entre sí. La segunda niña era más pequeña y pálida, como el papel de cera de nuestros cubos de alimento. Sus labios y sus uñas tenían un tono azulado y parecía que le costaba respirar. Pude percibir cómo sus hombros se echaban hacia delante con cada respiración, como si necesitara más aire.

No respondí. No sabía demasiado sobre los Gestores de Naturaleza. No quería hablar sobre ser diferente. Abandonamos el carril principal de bicicletas ante una verja con una bandera blanca y nos detuvimos delante de otro enorme edificio de hormigón.

La carabina se levantó.

—Ya hemos llegado, niñas. Servicios Humanos de Salud. Os acompañaré de una en una hasta el oficial de ingresos. Te llevaré a ti primero —bajó la vista a uno de los expedientes que sostenía—, Remy. —La chica de las cejas gruesas se levantó—. Vosotras dos esperad aquí hasta que vuelva. No os bajéis del ómnibus.

Se las veía un poco torpes cuando descendieron. Remy estuvo a punto de caerse, pero logró recuperar el equilibrio en el último minuto.

El Equipo de Transportes permaneció en silencio en sus arneses. Las correas de cuero estaban ceñidas en torno a sus hombros y una franja de sudor asomaba en los bordes. No se miraron entre ellos ni hablaron, sino que se quedaron inmóviles.

Mientras Remy y la carabina entraban en el edificio, la chica del rostro pálido como la cera se volvió hacia mí.

—¿Y qué tal es tener una madre? Yo ni siquiera recuerdo a la mía.

Miré hacia el edificio de Servicios Humanos de Salud, tan gris y cuadrado, y al silencioso y sudoroso Equipo de Transportes. Alcé los ojos al verde intenso de las ramas de los árboles contra el cielo. A las nubes blancas y, más allá, al inmenso azul. Y, finalmente, miré a la pálida niña. ¿Ni siquiera recordaba a su madre? Luché contra las ganas de meterme el dedo en la boca, como un bebé. En su lugar, me llevé la mano al pecho, al corazón, recordando cómo Madre había hecho ese mismo gesto mientras se quedaba junto a la entrada contemplando cómo el ómnibus desaparecía.

¿Cómo es tener una madre? Pensé en la forma de responder a esa pregunta.

Madre siempre ha estado ahí para mí. Si me despierto con una pesadilla, ella también se despierta y se queda rodeándome con el brazo hasta que dejo de tener miedo. No se vuelve a dormir hasta que yo me duermo. Comparte su agua conmigo cuando tengo sed. En los días buenos, se ríe y canta y me cuenta divertidas historias. Me sonrío. Incluso en los días malos, en los días callados, está conmigo. Nunca estoy sola. Eso es lo que se siente. Pero no se lo dije. Prefería no echarme a llorar pensando en lo que podría ser no recordar a tu madre.

En vez de eso me limité a decir:

—Supongo que es algo normal. Es lo normal para mí. —No sabía qué otra cosa decir que pudiera entender. ¿Qué se le puede decir a alguien que no recuerda a su madre?

Ella me miró con expresión vacía y luego dijo:

—Ahí viene la carabina. Siento que te hayas criado en casa. Pero me alegro de que hayas tenido tu período. La República depende de ti. —Hizo un círculo con el pulgar y el índice y se los llevó a la frente.

Imité su gesto, sintiéndome más cerca de ella.

Entonces se levantó.

—Podríamos haber sido amigas, ¿sabes? Si te hubieras criado en la Ciudad. Mi nombre es Marina.

—El mío es Emmeline —respondí.

Se bajó del ómnibus y me sonrió por encima del hombro antes de adentrarse en el gran edificio acompañada por la carabina.

Me quedé sola. Era la primera vez que casi había tenido una amiga. Era agradable estar fuera de mi Recinto y conocer a alguien. Una casi amiga llamada Marina.

Capítulo cinco

El oficial de ingresos era un hombre delgado con un fino y encrespado bigote negro. Una semilla de soja de su desayuno se había quedado enredada en él.
—¿No trae expediente? —preguntó a la carabina.

—No.

—No se ven muchos chicos sin expediente por aquí, ¿verdad?

Sacó un formulario vacío de su escritorio.

—No, no muchos. Su nombre es Emmeline. Recinto 14. Alrededor de catorce años. Período confirmado.

Fue anotándolo todo en él mientras ella hablaba. Yo clavé los ojos en el lápiz y los papeles. Debía de tener alrededor de seis años cuando los Ejecutores arrebataron a todo el mundo los libros, lápices y papeles. Sentí ganas de sujetar el lápiz, de tocar de nuevo el papel.

—¿Qué más?

—Su padre está en Transportes. Su madre tiene tendencias hostiles pero, hasta el momento, no ha violado ninguna norma o reglamento.

La forma en que lo dijo sonaba como algo malo. Madre no era mala. ¿Por qué tenía que decir eso de Madre? Empecé a dar vueltas a la palabra *hostil* en mi cabeza, tratando de analizar su significado.

—Pero ¿se ha confirmado definitivamente su período?

—Sí.

El oficial continuó escribiendo.

—Una pena que las otras dos no fueran fértiles —murmuró—. Qué desperdicio de tiempo y recursos. Una preciosa medicación malgastada en estimularlas para no obtener ningún resultado.

La mujer le miró con el ceño fruncido.

—No fue idea mía traerlas para el examen. Yo solo hago lo que se me dice. No soy más que una carabina. —Sorbió con fuerza y miró hacia otro lado.

—No te estoy culpando. Lo de malgastar tiempo y recursos es una especialidad de... —Su voz se desvaneció como si temiera decir nada más.

—Lo sé, lo sé. Es solo que no parece haber demasiadas mujeres capaces de reproducir. Así que presionan, ya sabes, presionan hasta el límite, presionan para que les hagas los análisis. Pero ¿qué sé yo? Solo soy una carabina.

—Y yo solo el oficial de ingresos. Todos tenemos nuestros títulos, ¿no es así? — Ambos asintieron a la vez, como si estuvieran de acuerdo en que no eran más que sus títulos.

—Sin embargo resulta extraño, ¿no crees?, que no estemos teniendo más bebés, más bebés sanos —comentó ella.

—¿Por qué extraño? —El hombre parecía perplejo.

—Bueno, una de las razones para todo esto..., para la reubicación y todo lo demás, era que supuestamente había demasiada gente en la Tierra. Pero ahora no dejan de presionar para conseguir más bebés. No son suficientes. Y muy pocos están sanos.

—No creo que eso sea extraño.

—¿Por qué no?

—Porque —alegó— todo gira sobre consecuencias inesperadas. Creen que pueden controlar las cosas. Crear toda esa cantidad de energía cada día. Tener todos esos bebés cada año. Pero las cosas no funcionan así. Cuantas más leyes, normas y reglas crean, peores son los resultados.

No tenía ni idea de qué estaban hablando. Parecían haberse olvidado de mi presencia.

Finalmente me llevaron hasta una habitación muy iluminada. ¡Qué luces tan brillantes! ¡Si al menos nuestra casa tuviera unas luces como esas! ¿Sería este el lugar a donde iba a parar la energía que creábamos? ¿Quién más poseería luces tan brillantes? ¿Las Autoridades? Probablemente. ¿Todas esas horas caminando en la cinta para que alguien pudiera tener luces tan brillantes? Aquello no me pareció bien.

Me dijeron que debía desvestirme y me entregaron una especie de bata de dormir abierta por detrás para que me la pusiera, lo que me pareció una tontería. El oficial de ingresos abandonó la habitación, mientras la carabina se quedaba conmigo. Me explicó que debía sentarme en una alta mesa metálica. Tuve que utilizar un taburete para subirme.

Entonces entró un hombre y dijo que era el especialista en reproducción. Enroscados alrededor del cuello llevaba una serie de finos tubos negros conectados en el extremo por un disco redondo también negro. Otro hombre apareció con una bandeja metálica en la que tintineaban otra clase de tubos. Me explicó que iba a sacarme sangre, lo que me sonó muy peligroso.

Luego el hombre de la bandeja metálica ató una cinta de goma marrón en la parte alta de mi brazo. Estaba muy apretada y me pellizcaba la piel.

—Cierra el puño —dijo. El corazón me latía desbocado—. Pon el puño como si fueras a dar un golpe.

Dio unos golpecitos en la parte interior de mi brazo y pude ver cómo surgía una vena igual que un gusano, pero grande y azul. Entonces buscó en su bandeja, sacó un

tubo y algo puntiagudo. Afilado y brillante.

—No te muevas.

Sentí un dolor inesperado y me mordí el labio. La sangre fluyó por el tubo. Estaba quitándome sangre. Extrajo el objeto puntiagudo y soltó la prieta cinta de goma marrón de mi brazo, que emitió un leve chasquido. Entonces me tendió un pequeño paño blanco.

—Apriétalo contra tu brazo.

Salió de la habitación con mi sangre. El tubo tintineando contra la bandeja.

A continuación tuve que tumbarme en la mesa. Era dura y fría. No había ninguna esterilla que amortiguara el peso de mis huesos contra mi piel, y la columna y los omóplatos empezaron a dolerme. La carabina colocó mis pies en una especie de ganchos haciendo que quedaran suspendidos en el aire. Pude ver los dedos de mis pies situados más altos que mi cabeza. Aunque quisiera ya no podía salir corriendo. Luego me separó las rodillas. Sus largas uñas se clavaban en mi piel. Me sentí sucia e indefensa. Lo único que podía hacer era mirar al techo y desear que las brillantes luces me fundieran.

El especialista en reproducción me examinó por todas partes con sus manos. Eran frías y suaves. No me gustó la forma en que me miraba. Sus enormes pupilas observándome fijamente mientras tocaba mi cuerpo y trataba de meter sus dedos dentro de mí.

—Olvidemos el espéculo —dijo a la carabina—. El conducto está cerrado.

Traté de juntar las rodillas pero la carabina me las mantuvo separadas. Entonces presionó sobre mi vientre, lo que resultó menos doloroso que cuando metió los dedos entre mis piernas.

Cuando me tocó el pecho me sentí totalmente avergonzada. Nadie me había tocado nunca el pecho. Sentí que aquello no estaba bien.

No me resistí. Unas lágrimas abrasadoras se agolparon detrás de mis ojos, pero no lloré. Hice lo que Madre siempre hacía. Aparté el rostro de ellos.

La carabina me sorprendió al darme unas suaves palmaditas en el hombro, para después mirar hacia la tronera, liberándome de su mirada.

Los resultados de la sangre llegaron cuando me estaba vistiendo. El especialista en reproducción los leyó y sonrió.

—Es válida —anunció a la carabina—. Muy madura, de hecho. Reproductora y productiva. Al fin tenemos una hembra reproductora. *Alabada sea la República. Enviaré su expediente al Comité de Emparejamientos. Al menos no se ha perdido totalmente el día.*

—¿Qué significa eso? —pregunté.

La carabina y el especialista me miraron sorprendidos, como si hubieran olvidado que podía hablar.

—¿Qué significa el qué? —repitió él.

—Madura —dije, más fuerte—. ¿Qué significa madura?

—Lista para ser tomada —contestó, riendo.

La carabina le miró como si no pensara que aquello fuera gracioso. Se acercó a mí y me puso de nuevo una mano en el hombro. Pude sentir su calidez.

Aún seguía sin entender lo que significaba madura, pero no pensaba volver a preguntarlo.

El oficial de ingresos y la carabina se hicieron la señal circular cuando salimos. Yo me negué. No quería ser como ellos.

Capítulo seis

El ómnibus se detuvo ante la verja del Recinto 14. Mi Recinto, mi verja. La carabina me sonrió.

—A partir de aquí puedes ir andando hasta tu Habitáculo, Emmeline. Felicidades por pasar el test de capacidad reproductiva. La República te da las gracias. —Hizo la señal circular con los dedos en la frente, sonrió y asintió. Se comportaba como si estuviera orgullosa de mí, incluso como si yo le gustara. ¿Sería solamente porque era reproductora? ¿Sería ese mi título?

Me quedé junto a la verja y contemplé cómo el ómnibus se alejaba, los seis hombres tirando con fuerza de sus arneses, mientras la carabina se tambaleaba en el asiento. Fue entonces cuando caí en la cuenta de lo poco que sabía.

El Vigilante de la Verja miró mi pañuelo y bajó los ojos. Se entretuvo con su cuaderno, hizo una anotación y, finalmente, me abrió. Los Habitáculos, idénticos en tamaño y forma, estaban dispuestos en semicírculo apoyados contra la valla. La parte común delante de cada uno de ellos era de tierra dura y compacta. Ningún animal se sentiría tentado a traspasar la valla hacia esta árida zona. Todos los Recintos de Espacios Habitables eran iguales. Al menos eso es lo que Madre me había contado. Decía que si se pudieran contemplar desde el cielo parecerían un enorme y retorcido lazo —se había valido de un pequeño palo para dibujar un círculo en la tierra delante de nuestra puerta—, y que los edificios importantes como el de los Servicios Humanos de Salud y los de la Autoridad Central estaban en un área totalmente separada.

Me detuve fuera de nuestra puerta al escuchar que Madre y Padre estaban hablando dentro. ¿Padre en casa tan temprano? Eso no era normal. De hecho algo iba terriblemente mal. Se suponía que su turno terminaba al anochecer. Las reglas de trabajo eran muy estrictas. Me acerqué un poco más a la ventana para intentar escuchar lo que decían.

—¿Tan pronto? ¿La han asignado tan pronto? ¿Cómo es posible? —La voz de Madre sonaba estridente y enfadada.

—Elsa, sabías que pasaría. Lo sabías. ¿Por qué tienes que luchar contra todo? —Podía escuchar cómo Padre caminaba de un lado a otro por el duro suelo—. Sabes muy bien lo que pasa cuando...

—Ya basta de «lo sabías, lo sabes, lo sabías». Estoy harta de oírlo. ¿Cómo hemos

dejado que ocurriera? Malditos sean. Maldito sea este infierno.

—Para, Elsa. Para ahora mismo.

—Que Dios los maldiga. Que Dios los maldiga. Que Dios los maldiga. Ya está. Ya lo he dicho. —Ella también gritaba. Miré hacia el Vigilante de la Verja, preguntándome si podría oírles. Pero decidí que se encontraba demasiado lejos y, además, estaba inclinado contra la valla con los ojos cerrados. Probablemente dormitando, aunque eso fuera contra las reglas.

—¡Cállate! —espetó Padre con severidad.

—No me digas que me calle.

—No vuelvas a utilizar esa palabra. Ya sabes que está prohibida.

—¡Dios, Dios, Dios! ¡Ahí la tienes! ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Elsa, por favor. Por favor. Tenemos que sobrevivir. No hagas que nos destruyamos el uno al otro. ¿O es que quieres acabar como...? —Su voz sonaba como si estuviera llorando.

—No me importa. No me importa —respondió Madre, pero ya no gritaba. Su tono se había suavizado.

Después de eso se quedaron un rato callados. Sentía mi cara ardiendo por el sol, mientras un escalofrío me recorría por dentro. Empecé a caminar hacia la puerta, pero entonces volvieron a hablar.

—¿Con quién? ¿Con quién la han emparejado?

—Con George.

—¿George? Oh, Dios mío. ¿George? ¿Nuestro antiguo vecino? Oh, Dios mío.

—Elsa, no uses esa palabra. Te lo suplico. —Hizo una pausa—. Sí, ese George.

—Pero George es demasiado mayor. ¿Cuántos años tiene? Más de treinta, ¿no? Y está casado. ¡Casado!

—Su mujer nunca fue reproductiva. Y luego cayó enferma. No podía caminar en su cinta. Alguna afección crónica, tal vez un fallo en los riñones. No lo sé con certeza. Oí algo sobre su estado crónico y los criterios de reasignación de recursos. Algo sobre la futilidad. Es todo lo que sé.

—Yo, en cambio, lo sé todo sobre estados crónicos y reasignación de recursos. Lo sé todo sobre futilidad. Lo sé todo sobre el dichoso *Alabado sea*. Fui a los Programas de Reorientación Social al igual que tú. Esas malditas sesiones. Los lavados de cerebro.

Una suave brisa sacudió los árboles al otro lado de la valla.

—Lo que no quita para que George aún esté casado.

—Ellos se llevaron a su esposa. Es todo lo que sé. —Hablaba tan bajo que me costaba oírle.

—Dios bendito —exclamó Madre en el mismo susurro bajo—. Era una buena persona, fue alumna mía. —La oí sorber, como si estuviera llorando.

El sol brillaba. El cielo estaba azul. Lo recuerdo con toda claridad.

—Está bien —contestó Madre, en un tono que sonó como si estuviera encogiéndose de hombros—, al menos es uno de nosotros. Uno de nosotros con recuerdos de cómo solían ser las cosas.

El borde de mi pañuelo se enganchó en el áspero muro de cemento y resbaló de mi cabeza cayendo al suelo. Lo recogí y traté de sacudir la tierra, aunque quedó una mancha. El Vigilante de la Verja me vio sin el pañuelo y me miró del mismo modo que lo había hecho el especialista en reproducción. Volví a colocármelo rápidamente deseando que no se hubiera ensuciado.

—¿Y cuándo pretenden...? —La voz de Madre se desvaneció.

—En dos días.

—¿Dos días? Apenas tendré tiempo para enseñarle.

Sentía el calor del cemento contra mi espalda. Advertí que algo se movía detrás de mí. Un bicho trepando por la pared. Una redonda y roja mariquita con puntos negros en su caparazón. «*Mariquita, mariquita, vuela lejos de casa. Tu casa está ardiendo y tus hijos se quemarán*», susurré. Madre me lo había enseñado.

—Elsa, por favor, has tenido diez años para enseñarla...

—La he enseñado. Le he contado cómo solía ser todo.

—Se suponía que debías enseñarle cómo es ahora. Se suponía que debías prepararla. La reproducción...

Cogí la mariquita del muro y observé cómo caminaba por mi dedo. Soplé sobre ella y salió volando. Observé cómo desaparecía. Entonces me llevé el dedo a la boca. Sabía amargo.

—Lo que solía ser se acabó, Elsa. Tienes que contarle la verdad.

—Tendrás que hacerlo tú. Yo no puedo. No tengo valor. Ni fuerza. —Escuché cómo Madre ponía en marcha su cinta energética. La conversación había concluido.

Capítulo siete

Padre salió de nuestro Habitáculo dando un portazo tras él. Al descubrirme fuera se mostró muy sorprendido. Me miró fijamente con los ojos dilatados y la boca abierta.

—Hola, Padre —saludé.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

Me encogí de hombros.

—¿Nos has oído..., nos has oído hablar?

—Sí.

—Está bien, mejor.

Levantó la vista al cielo como si buscara lo que tenía que decir. Yo también levanté la vista al cielo. Aún seguía de un azul limpio, sin nubes. Algunos pájaros pasaron volando por encima de nuestras cabezas, sus siluetas como motas marrones contra el nítido azul.

—Estás muy guapa con tu pañuelo —declaró finalmente.

—Se me ha caído. Está todo sucio.

—La solución desinfectante se encargará de dejarlo limpio. Esperemos un poco antes de entrar. Vamos a hablar. Allí mismo.

Le seguí más allá de los Habitáculos. Algunas de las puertas estaban abiertas, y podía escucharse el suave rodamiento de las cintas de andar al pasar por delante. Una vez lejos, Padre se detuvo. Nos quedamos allí, al borde del Recinto, junto a la valla, con los árboles al otro lado. La luz del sol y las sombras parecían bailar sobre la compacta tierra marrón. El sendero principal discurría al otro lado de la verja. ¿Cuánto tiempo hacía desde que había recorrido ese mismo sendero en el ómnibus para hacer mis pruebas? ¿Una hora? ¿Dos horas? ¿Toda una infancia? Pero aquí estaba ahora, en el exterior, llevando mi pañuelo y acompañada de Padre. Nunca habíamos hablado mucho. Él trabajaba en el turno de Transportes que iba desde el alba hasta el atardecer y cuando llegaba a casa siempre estaba cansado. Pero ahora estábamos juntos y él quería hablar. Todo lo que estaba viviendo ese día era de lo más extraño, como si no estuviera sucediendo, porque nada encajaba con lo que estaba acostumbrada.

—Se está bien aquí, ¿verdad? Cerca de los árboles.

—Sí.

—¿Qué tal ha ido el examen?

—Ha sido horrible.

—Pero ¿no te has resistido?

—No.

—Buena chica.

No me preguntó nada más sobre las pruebas y me alegré de que no lo hiciera. No quería hablar de ello.

—Cuéntame algo más sobre cómo pasáis tu madre y tú los días juntas.

Se detuvo y se frotó el hombro. Pude advertir cómo las correas de cuero habían dejado profundas marcas en su uniforme.

—Caminamos en nuestras cintas.

—¿Y de qué habláis? Tendréis que hablar de algo mientras andáis.

—Algunos días habla sin parar. Pero otros días apenas dice nada.

Una mujer de aspecto cansado con manchas de sudor bajo los brazos surgió de su Habitáculo y se nos quedó mirando. Luego se metió dentro cerrando su puerta. Debió de parecerle extraño encontrar a Padre de vuelta del trabajo tan pronto y ver que estábamos hablando ahí fuera.

—Y, cuando tiene ganas de conversar, ¿de qué cosas habla?

—De la granja sobre todo.

—Oh, sí, la granja. A los dos nos encantaba la granja. Era un buen lugar. —Se agachó y, alargando la mano a través de la valla, arrancó un trozo de hierba. Confié en que el Vigilante de la Verja no lo viera—. No es capaz de olvidarse de la granja.

Frotó la hierba entre el pulgar y el índice.

—Huele —dijo—. El olor de la hierba es el olor de la vida. Cómo echo de menos el olor a hierba, el olor a algo vivo. —Sostuvo la hierba junto a mi nariz y pude captar el olor de esta y el sudor salado de su mano. Advertí que su pulgar estaba manchado de círculos verdes—. Aún me parece estar viéndote de pequeña, Emmie, aprendiendo a andar. Tambaleándote insegura hacia delante y hacia atrás sobre la hierba. Y cuando te caías, te reías y arrancabas puñados de hierba que intentabas llevarte a la boca.

Entonces juntó las manos sacudiéndolas y las briznas cayeron al suelo.

—¿Te ha hablado tu madre de los realojos?

—Sí, sí lo ha hecho. Y también sobre la Agenda 21, las nuevas leyes y la Autoridad. Sonaba complicado.

—Lo fue.

—Y a Madre no le gustó.

El Vigilante de la Verja empezó a hacer sus rondas, caminando lentamente por delante de cada Habitáculo, cuaderno en mano. Pasó por delante de Padre y de mí, mirándonos con curiosidad y haciendo una anotación en su cuaderno. Padre se quedó

en silencio hasta que le vio regresar a su puesto en la verja.

—Supongo que no está acostumbrado a verme en casa tan temprano.

—Supongo que no está acostumbrado a verme fuera.

Nos sonreímos el uno al otro como si estuviéramos compartiendo un secreto. Un cálido secreto entre nosotros, allí fuera, junto a un árbol.

—¿Qué más te contó tu madre sobre los realojos?

Medité un momento antes de contestar.

—Ella nunca me explicó por qué. Por qué sucedió.

Se pasó una mano por la frente y suspiró.

—¡Oh, hay tantas cosas, tanto que enseñarte en un día! Demasiada historia.

—Madre era profesora de historia, ¿verdad?

—Sí y muy buena. Excepto con quien más importa. Con su propia hija. —Volvió a frotarse los hombros—. Mira, Emmie, hacerte aprender todo esto nos llevaría demasiado tiempo. Deja que te haga, no sé, una especie de retrato global. Al menos será un comienzo.

—¿Por qué no ha querido enseñarme?

—Bueno, imagino que le entristece hablar de ello. —Frunció el ceño, y las profundas líneas entre sus cejas se acentuaron—. ¿Quieres que te haga un esbozo global?

Asentí.

—La gente no confiaba en el gobierno debido a la forma en que todo marchaba. La economía iba mal. Había guerras con otras naciones. Por supuesto, la gente estaba preocupada. Así que eligieron a nuevos representantes. Representantes que hicieron grandes promesas.

Traté de memorizar las desconocidas palabras y me prometí intentar entenderlas lo más rápidamente posible. Elegir. Representantes. Al no conocer el significado de las palabras me sentía como si tuviera sed y no hubiera agua.

—Y esos nuevos representantes se pusieron a trabajar. Empezaron por imponer nuevas leyes. Pequeñas leyes al principio. —Se encogió de hombros—. Ninguna de ellas parecía lo suficientemente importante como para preocuparse.

Hizo una pausa, miró al cielo, y luego volvió la vista hacia mí.

—Entonces las leyes se hicieron más estrictas. Más amplias. Casi imposibles de acatar.

Arrancó una hoja de la rama de un árbol cercano a la valla. La aplastó entre sus dedos y la olió. Luego frotó la hoja entre el pulgar y el índice.

—¿Puedo tocar?

—¿Tocar qué?

—La hoja. ¿Puedo tocarla?

—Haré algo mejor que eso. —Arrancó otra hoja y me la tendió—. Tu propia hoja

—declaró. Su tacto era fresco y suave entre mis dedos. Me la guardé en el bolsillo. Mi propia hoja.

—¿Qué clase de leyes? ¿Leyes sobre qué?

—Emmeline, no puedo explicarlo todo, no en un día. ¡Es demasiado! Déjame que te haga un esbozo, por favor.

Parecía impaciente, pero yo también lo estaba. Impaciente por saber más. Contemplé el árbol, la valla y al Vigilante de la Verja con total nitidez, como si estuvieran dibujados en una página en blanco, y tomé la decisión de que, desde ese momento en adelante, me esforzaría en aprender, aprender y aprender. ¡Había tanto que aprender! Alguien, en alguna parte, podría contestar a mis preguntas.

—Tu madre sufrió restricciones respecto a lo que podía enseñar. Nada de historia. Al menos no la historia conocida. La historia estaba siendo cambiada, reescrita por los representantes. Eso resultó muy duro para ella. Creo que por eso pasa tanto tiempo contándote cómo eran las cosas antes. Esa es su historia, la versión auténtica, y quiere compartirla contigo. —Me sonrió—. ¿Tiene eso sentido para ti?

Moví la cabeza en señal de asentimiento, notando el tacto suave y sedoso del pañuelo en mi mejilla.

—De acuerdo. Te contaré una parte de la historia que recuerdo. Solo para darte un respiro.

Me habló de la maravillosa sopa que Madre solía preparar en época de cosecha con verduras frescas. Sopa de verduras. Pollo. Puré de manzana. Me contó que la cocina olía como el Paraíso y que Madre cocinaba como los ángeles. Entonces se detuvo abruptamente.

—Supongo que estoy haciendo lo mismo que ella, ¿no es cierto? Hablar de cómo solía ser. Y ahora comemos cubos de alimento.

Hizo una pausa y se quedó, durante unos segundos, mirando fijamente más allá de la valla antes de continuar.

—Es duro mirar atrás, saber cómo empezaron todos los cambios —se lamentó Padre—. Ojalá hubiera estado más vigilante, más atento. Pero no lo fui. Tu madre en cambio sí.

—¿Atento a qué? —pregunté.

—A la política. A los políticos. A lo que estaba sucediendo. —Se encogió de hombros—. Cuando por fin todo el mundo fue consciente, ya era demasiado tarde.

Aguardé a que siguiera. Pronto se haría de noche.

Me explicó que las leyes continuaron cambiando, haciéndose cada vez más difíciles de obedecer. Pronto dejó de haber nuevas elecciones porque los representantes pensaban que la gente seguía tomando decisiones equivocadas. Otra vez esa palabra, *elecciones*.

—Aquellos que estaban en el poder permanecieron en el poder. Absorbieron el

poder y la voluntad de la gente. El dinero se volvió inútil. Las iglesias fueron convertidas en centros comunitarios y, finalmente, derribadas. —Su voz sonaba hundida y triste. Más palabras nuevas. *Dinero. Iglesias.*

—Madre nunca me habló de las iglesias. ¿Qué son las iglesias?

—Las iglesias eran unos edificios especiales para la gente. —Su voz se convirtió en un susurro—. Lugares donde la gente podía adorar a Dios. —Me erguí para escucharle y él se agachó, su boca ahora junto a mi oído—. La Autoridad convirtió toda adoración en punible, salvo que fuera adoración a ellos o a la República. No debería hablarte de ello, está prohibido. Madre no te lo ha contado porque quería protegerte en caso de que, sin querer, hablaras de ello y pudieras meterte en problemas. Todo lo que ha hecho ha sido para protegerte.

Volví a pensar en mi paseo en el ómnibus. Deseé haberle dicho a Marina que tener una madre es tener a alguien que hace todo lo que sea para protegerte.

Padre reanudó su charla como si hablara consigo mismo, la mirada perdida en la distancia como si yo no estuviera allí, o como si estuviera recitando un extraño cuento, uno que hubiera leído sin terminar de creérselo. Su tono era plano, una línea uniforme de palabras, en la que ninguna era más importante que la otra, hasta que todas sonaron absurdas.

—La gente fue arrancada de sus hogares, de sus granjas, de sus ciudades y obligada a subir a los trenes, para después ser realojada en Comunidades Planificadas como la nuestra y asignada a un trabajo. Tenían que producir energía. Tenían que asistir a las Sesiones de Reorientación Social. Probablemente haya muchas comunidades como la nuestra, pero todas están muy separadas las unas de las otras. No hay forma de saberlo, no hay forma de comunicarse.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Le agarré del brazo, y toqué su mano para hacerle volver al presente, para que me mirara. Finalmente cogió mi mano entre las suyas y la sostuvo. No se secó la lágrima. Permanecimos así conectados, en silencio, agarrándonos el uno al otro con nuestras manos unidas. Bajó la vista hacia mí un instante, solemne. Una lágrima brillante resbaló por su mejilla.

—Ella odiaba esas sesiones. Las odiaba. Su carácter cambió. Se volvió amargada. Amargada, furiosa y aferrada al pasado. —Posó una mano en mi hombro y pude sentir su calor—. Aferrada a ti. Quería mantenerte en ese pasado, en los tiempos felices. Fue entonces cuando empezó a arañarse la piel. Como si tratara de hacerse jirones.

Advertí las profundas líneas de su rostro. Las arrugas que asomaban y desaparecían de su frente, oscuras por la suciedad y el sudor. Algunos mechones de pelo gris en sus cejas, como errores u ocurrencias tardías. Profundos surcos descendían a ambos lados de su cara, desde su nariz hasta la boca. Una boca fruncida, rodeada por pequeñas arrugas. Ahora sabía con absoluta certeza que había trabajado

igual de duro que Madre para protegerme y que no supiera lo que había sucedido exactamente. Incluso ahora, me estaba ocultando cosas, cosas que no quería que supiera.

Los pájaros empezaban a anidar en los árboles, gorjeando, saltando de una rama a otra hasta encontrar la más segura. Quería aprender más, pero sabía que eso llevaría su tiempo. Más tiempo del que ahora teníamos. Y, con un escalofrío, comprendí que, al intentar protegerme de que supiera lo sucedido, Madre y Padre me habían puesto en peligro. Me sentí vulnerable y solitaria porque si ellos no me enseñaban, nadie más lo haría. Nadie en absoluto.

—Una cosa más, antes de que entremos —añadió. La hoja machacada cayó de sus manos y salió volando hasta chocar contra el suelo. Su voz apenas un susurro—. Algunas personas dicen que allí fuera hay gente. Gente que se escapó a tiempo. Gente libre. —Hizo un gesto señalando más allá de la carretera, más allá de la valla, más allá de los árboles. Cuando levantó el brazo, pude percibir un olor, una mezcla de humedad y miedo, como una oscura ráfaga de brisa. Pisó la hoja con el pie y la aplastó.

Sentí cómo el olor a miedo venía hacia mí, envolviéndome y aprisionándome. Esa última cosa, ese último susurro de información procedente de Padre me dejó helada, y me produjo un estremecimiento.

—Ya casi ha anochecido —dijo—. Es hora de entrar.

Y así comenzó. Mi aprendizaje de cosas a las que temer.

Capítulo ocho

Esa noche, un poco más tarde, Madre me habló de George. Trabajaba en el Equipo de Transportes con Padre, pero antes de los realojos había vivido en una granja cercana a la de ellos y, cuando llegaba la época de la cosecha, todos trabajaban juntos.

—La única cosa buena —dijo Madre— es que, en su día, fue alumno mío y recuerdo lo mucho que me gustaba. Por aquel entonces, antes de los cambios, era un buen chico. Si tienes que ser emparejada, él es una buena opción. Aunque no es que puedas elegir —añadió.

Me contó también otras cosas. Como lo que significaba ser emparejada. No era lo que yo pensaba. No era como pelar la piel de una manzana. No era como nada que hubiera escuchado.

—¿Tienes alguna pregunta? —inquirió.

Sacudí la cabeza negativamente.

—Bien. Ahora sácate los dedos de la boca. —Ni siquiera me había dado cuenta de que los tenía ahí.

Y de ese modo nos emparejaron. El ómnibus trajo al hombre llamado George a nuestro Espacio Habitable. Dos Ejecutores con uniforme oscuro lo escoltaron hasta la puerta. Era más alto que ellos, y de aspecto más fuerte. Pero los Ejecutores lucían bigotes, como todos los hombres que tenían poder. Llevaba puesto el mismo uniforme naranja que Padre. Padre estaba en el trabajo. Madre permaneció detrás de mí, justo delante de nuestra puerta. Al principio mantuve la cabeza baja; sin saber bien a dónde mirar. Uno de los Ejecutores pronunció algunas palabras sobre la República: *Alabada sea la República*, y algo sobre *Reproducción, Alabada sea la reproducción*. Entonces hizo la señal circular en la frente con los dedos. George hizo lo mismo. Y yo les imité. Mi pañuelo blanco, aún sucio, fue cambiado por otro blanco con ribete negro. Lo que significaba que había sido oficialmente emparejada.

El color marcaba los límites. El color marcaba la ocupación. El color marcaba los Recintos.

Banderas, pañuelos y uniformes.

El lenguaje de los colores de la República.

Vivir con George era como pasar de ser niño a ser adulto. Nos asignaron un Habitáculo junto al de Madre y Padre, y mientras Madre decía que aquello era un

accidente fortuito, yo pensé que era un accidente maravilloso. Nuestras troneras daban una frente a otra, de modo que Madre y yo podíamos hablar mientras caminábamos en nuestras cintas de energía. Aún podíamos seguir conectadas.

Durante un año, George no intentó tocarme, lo que no me importó. Decía que aún echaba de menos a su mujer y que eso le ponía triste. En lugar de emparejarse conmigo, cuando volvía del trabajo se sentaba y me contaba cosas. Su espalda y sus piernas eran fuertes y musculosas como las de Padre, de tanto tirar del ómnibus. Mayor que yo, pero más joven que Madre y Padre, era como un puente entre lo que ellos sabían y lo que yo necesitaba saber. Aquellos fueron unos años agradables y tranquilos con Madre justo en la puerta de al lado y George a mi lado.

Me contó cómo era tirar de un ómnibus. Un trabajo duro, muy duro. No era extraño que Padre siempre estuviera tan cansado por las noches. Los ómnibus servían para trasladar a la gente a los Servicios de Salud cuando tenía que hacerse pruebas o para llevar a las Autoridades y a los Ejecutores a alguna parte.

—Tal vez pienses que subir una colina es lo más duro —decía George—. Esos trastos son muy pesados, incluso cuando no están cargados de personas. Pero cuesta abajo es aún peor.

—¿Por qué? A mí me parece más fácil bajar una colina.

—¡Oh, ni mucho menos! Tenemos que valernos de nuestras espaldas, piernas y pies para ir más despacio, o de otro modo el ómnibus nos arrollaría. Si es un Ejecutor el que conduce, a veces nos ayuda utilizando un palo de madera contra la rueda, como una especie de freno. Pero si solo tenemos que trasladar víveres desde una granja cooperativa al depósito de la estación de mercancías, bueno, entonces nuestros cuerpos son los únicos frenos.

—¿Una estación? —Había visto imágenes de trenes en uno de los libros que solíamos tener—. ¿Dónde están las estaciones?

—La estación de mercancías está lo suficientemente lejos de los Recintos para que nadie pueda ver u oír el tren. No hay mucha gente que sepa lo del depósito. No se nos permite hablar de ello.

—Pero me lo estás contando.

—Supongo que eso significa que confío en ti. —Me rozó la mejilla con el dedo—. Odio cuando el tren no está en funcionamiento. Entonces tenemos que recorrer todo el camino hasta la cooperativa. No me gusta mucho ir allí —confesó.

—¿Por qué no? —Era muy fácil hacerle preguntas.

—Me da mucha pena la gente que trabaja en la granja. No son, lo que se dice, muy listos. Además no están cerca de sus familias ni tienen su propio Espacio Habitable.

—¿Dónde duermen?

—En tiendas de campaña. Las tiendas son mucho más baratas que los Espacios

Habitables.

—¿Qué es una tienda?

Se acercó a la entrada de la casa y dibujó algo en la tierra. Me gustaba verle de pie bajo la luz del sol, tan fuerte y tan alto. Me gustaba saber que confiaba en mí lo suficiente como para contarme lo de la estación de mercancías, lo de las tiendas y los ómnibus. Nunca me daba la espalda cuando le hacía preguntas.

—Oh, su aspecto es como el de un triángulo —exclamé.

—Exacto.

—Madre me enseñó los nombres de las figuras geométricas. Círculo, triángulo, cuadrado..., cuando aún se nos permitía tener papel.

—¿Sabías que fui alumno de tu madre en el colegio? —preguntó.

—Ella me lo contó.

—Era una profesora brillante, ¿sabes? Muy brillante.

—¿Por qué? —pregunté.

—Nos enseñó muchas cosas. Empezando por la historia de nuestra nación. Los Padres Fundadores. Y todo eso. Me avergüenza admitir que, a veces, mientras explicaba, yo me distraía y hacía garabatos o soñaba despierto. Me gustaría haber prestado más atención. —Sonreía al recordarlo—. Le gustaban los colores brillantes, llevaba largos vestidos y, a veces, hacía galletas y las llevaba a clase para compartirlas con los estudiantes. Todos la queríamos por ello. ¿Sabes que escribía poesía?

—No.

Me miró y prosiguió.

—Sé que cambió después de todo el jaleo. Después de las Sesiones de Reorientación Social. Aquellos fueron momentos difíciles para todos. Sucedieron cosas terribles. Y para tu madre fue especialmente duro.

—¿Por qué?

Por primera vez apartó la vista antes de contestar.

—Imagínatelo, Emmeline, vivir en tu propia tierra, libre para ir a donde quieras, cuando quieras y, de pronto, tener que mudarte de ahí para venir a un gran círculo de tierra dividido en Recintos de trabajo. Y todo ello rodeado por un vallado que llega hasta el muro trasero de los Habitáculos. Pero no una valla cualquiera, sino una valla increíblemente alta de metal entrelazado empotrada en una gruesa base de cemento.

Me cogió la mano y regresamos a nuestro Habitáculo. Estaba oscuro comparado con la brillante luz del sol del exterior y mis ojos tardaron un momento en adaptarse.

George continuó hablando.

—Y no solamente hay una valla exterior, sino que hay verjas entre cada Recinto. Y, por supuesto, un Vigilante en cada uno de ellos.

Me soltó la mano y se frotó la frente.

—Supongo que tu madre debió de sentirse como un pájaro enjaulado. No podía volar.

Tuve la sensación de que, por primera vez, no me lo estaba contando todo.

* * *

Cuando George finalmente se atrevió a tocarme no se pareció en nada a cuando me tocó el especialista en reproducción. De alguna forma fue distinto, suave y amable. Y entonces se emparejó conmigo.

Cada noche juntábamos nuestras colchonetas para estar cerca, y era agradable sentir el calor de otra persona en la oscuridad. Era agradable sentir su aliento en mi nuca. Era agradable estar emparejada con George. Transcurrió otro año antes de que tuviera una falta en mi período.

* * *

—He tenido una falta en mi período —le anuncié a Madre a través de la tronera. Podía ver cómo se estaba arañando la piel—. Deja de arañarte la cara. ¿Has oído lo que he dicho?

—Te he oído. Y dejaré de arañarme la cara cuando dejes de llevarte los dedos a la boca.

Nuestras cintas energéticas crujían y humeaban mientras caminábamos creando energía.

—¿Qué significa? ¿Por qué no he tenido el período?

Andar, andar, andar. La aguja roja subiendo por el dial mientras el día iba haciéndose más caluroso. Tenía calor y estaba sudando. Me pasé los dedos por la frente y me llevé el dedo a la boca, saboreando la sal. Me pregunté si haría tanto calor allá en la granja.

—Significa —contestó Madre con voz plana— que voy a tener un nieto al que nunca veré y que tú vas a tener un hijo al que nunca verás. Eso es lo que significa. *¿Alabemos a la República? ¡Jamás! ¡Maldita sea la República!*

Apagó su cinta energética y se fue a tumbar a su colchoneta. Yo continué andando porque tenía miedo de parar.

Había unas normas que cumplir.

Capítulo nueve

George fue muy cariñoso conmigo cuando le conté que tenía una falta en mi período. Me frotó los pies por la noche y trató de recitarme unos versos que Madre le había enseñado.

—«La virtud de la clemencia no se fuerza —recitó—, sino que cae como la suave lluvia del cielo y se asienta en la mano derecha...». —Se detuvo abruptamente.

—¿Qué significa? —pregunté.

—No lo sé. Creo que no lo estoy citando bien. Déjame que pruebe con otra frase, una que solíamos decir en la escuela. *Prometo lealtad*. —Volvió a detenerse y se produjo un extraño silencio.

Parecía como si estuviera recordando algo doloroso, algo incisivo y punzante.

Quise ayudarle a olvidar ese dolor; pasé mi mano por la parte de atrás de su cabeza, sintiendo la suavidad de su cabello, y después continué por su nuca hasta posarla en su hombro.

Decidí romper el silencio.

—Madre me enseñó algo parecido: «Soy una tetera, rechoncha y chata, por eso inclínate y viérteme». ¿Valdría eso como poesía?

—Por el momento nos conformaremos —dijo sonriendo. Puso su mano sobre la mía y me dio un suave apretón—. Ahora a dormir.

El bebé crecía y pataleaba retorciéndose dentro de mí.

—Madre —pregunté una mañana a través de la tronera—, ¿cómo es tener un bebé?

No contestó inmediatamente. Pude oír cómo caminaba en su cinta.

Repetí la pregunta.

—Es difícil de explicar. Es doloroso. Excepto que cuando termina y sostienes al bebé en tus brazos, ya no recuerdas el dolor.

—¿Por qué es doloroso? ¿Cómo se sabe que ha llegado la hora de tener el bebé?

—Simplemente lo sabes.

Mi aguja marcaba por encima de la mitad. Afuera estaba lloviendo. Había una Reunión Informativa Comunitaria programada para esa noche. Todo en el Espacio Habitable parecía gris y húmedo. El bebé me pesaba en la tripa. Como una piedra. Como un ancla.

—¿Duele como un cuchillo? ¿De forma tan aguda?

—Lo único que recuerdo sobre tener un bebé es que de repente sentí la necesidad de empujar para expulsarte, sin importarme quién pudiera verme, no me importaba quién me estuviera mirando, no me importaba nada excepto empujar y empujar.

Aquello no sonó como algo que uno esperara con ansia.

—¿Hay alguna otra forma de hacerlo? —pregunté.

—No.

—¿Qué más cosas recuerdas?

—Recuerdo cuando te miré por primera vez. Estabas rosa y granate, húmeda y resbaladiza. Tu cara era la cosa más hermosa que había visto nunca. Tus dedos tan pequeños y perfectos y tus uñas pequeñas y perfectas, y tus pies pequeños y perfectos. Cuando te acurrucaste cabías en el hueco de mis brazos. Tu padre me besó en la frente. —Sonaba como si estuviera llorando. No podía ver su cara, solo sus brazos sujetándose a los laterales de la cinta energética.

—¿Estás llorando? —pregunté—. ¿Por qué estás llorando?

No me respondió. Vi cómo uno de sus brazos se levantaba como si fuera a secarse la cara con la mano.

—¿Por qué no me contestas? ¿Por qué estás llorando?

Hubo una larga pausa.

—Porque —dijo finalmente— todo lo que vas a tener es el dolor. Nunca verás a tu bebé. Nunca tendrás esa felicidad.

Aún estaba lloviendo.

Continuamos andando en nuestras cintas, en silencio.

Capítulo diez

Mis cubos de alimento eran ahora más grandes que los de George a causa del bebé. Pero esa noche no tenía demasiada hambre. Me dolían los brazos y las piernas, y sentía un peso en el corazón. Le di a George lo que no pude comer. No me importó si iba contra las normas.

—¿No tienes hambre? —preguntó.

Negué con un gesto de la cabeza. Él me rodeó con sus brazos.

—Está bien, pequeña tetera. Suéltalo.

—Hoy he hablado con Madre. Sobre cómo sería. Sobre cómo es tener un bebé.

Se apartó y miró por la estrecha tronera. Pude ver las manchas en su uniforme causadas por las correas del arnés. La lluvia caía con fuerza y la tierra compacta de la zona común estaba empezando a ablandarse. Pequeños charcos se formaban en aquellos puntos donde existían desniveles en el terreno.

—Emmeline, tú ya lo sabías, ¿no es verdad?

—No, no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? —Me pregunté si no tendría razón. Acaso lo sabía pero no había prestado atención hasta ahora, ¿ahora que me iban a arrebatar algo mío? ¿Algo que era preciado y valioso y que debería haber sido mío para siempre?

—Emmeline, tenías que saberlo. ¿O es que alguna vez has visto a una mujer con su bebé? Pues claro que no, lo que pasa es que no querías pensar en ello.

Tenía razón; sencillamente no quería pensarlo. Me aparté de él, cruzando los brazos sobre mi pecho, abrazándome.

—No te atrevas a hablarme. No lo hagas. Salvo que puedas decirme cómo consiguieron ese poder.

Me volví hacia él. Tenía la cabeza inclinada, sin querer mirarme.

—Padre dijo que sucedió poco a poco. Nada demasiado llamativo. Nada de lo que preocuparse. Pero eso no es cierto; esto era importante. ¿Por qué nadie les detuvo?

Me tendí sobre la colchoneta, haciéndome un ovillo como imaginaba que habría hecho de recién nacida en brazos de Madre, pero mi vientre era demasiado grande. George tenía razón. Debería haber sabido que me quitarían a mi bebé. Tal vez pensé que eso no me pasaría a mí. Pero nunca más volvería a pensar de ese modo. Estaba claro que a mí también podía pasarme cualquier cosa.

George no me despertó para que asistiera a la Reunión Informativa Comunitaria. La República concede permisos especiales para las embarazadas. Comida extra. Sueño extra. *Alabada sea la República. Cuando desperté, fuera estaba oscuro. Pude distinguir algunas estrellas a través de la tronera y escuchar al Vigilante de la Verja mientras paseaba, haciendo sus rondas. La lluvia había cesado. Escuché unos susurros que provenían del Espacio Habitable de Madre, y comprendí que ya estaban de vuelta de la reunión. George debía de estar con ellos.*

No me oyeron entrar. Padre estaba diciendo algo sobre que figuraban en la agenda de la semana siguiente para ir a recoger el grano a la estación de mercancías.

—No sé —decía Madre rascándose en un punto por encima del codo—. Nadie sabe con seguridad qué es lo que hay ahí fuera.

—Tal vez haya ejércitos. Sabemos que hay animales del bosque, además de las granjas cooperativas de la comunidad. Nuestra mejor opción es la estación de mercancías, si es que el tren funciona —declaró George—. Las granjas cooperativas están bastante alejadas. Cuanto menos tiempo nos lleve, mejor.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté. Los tres levantaron la vista sorprendidos.

—¿Has tenido una buena siesta? —quiso saber George—. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué pasa con la estación y la cooperativa? —pregunté, tomando asiento. Pensaba seguir preguntando hasta que alguien me respondiera.

Padre se llevó un dedo a los labios y me mandó callar. Nos quedamos en silencio y escuchamos. No se oía nada salvo un búho lejano. Un lamento triste y solitario que surgía de la oscuridad. George y Madre se sentaron junto a mí, cada uno a un lado, como pilares protectores. El bebé, mi bebé, se estaba estirando, moviéndose dentro de mí. Apoyé las manos en mi vientre. George y Madre pusieron sus manos sobre las mías.

Padre se acercó a la tronera y echó un vistazo. Entonces regresó a nuestro lado y se sentó enfrente, hablando con voz baja y apremiante.

—Quizá, solo quizá, haya un modo de que conserves al bebé. George y yo tenemos asignado el turno para recoger el grano dentro de dos días. —Volvió a asomarse a la tronera y miró hacia ambos lados—. Estábamos pensando que quizá pudiéramos esconderte bajo los sacos vacíos de grano.

Observé sus labios moviéndose, cómo se tensaban con algunas palabras, o se juntaban en forma de «o» en otras. Observé sus ojos. Oscuros, penetrantes. Advertí gotas de sudor en su labio superior.

Aún no tenían decididos todos los detalles como, por ejemplo, el modo de esconderme bajo los sacos vacíos de grano. O cómo evitar al ejército y a lo que quiera que hubiese fuera. Ni cómo conseguir que George y yo pudiéramos escapar.

Tal vez podríamos encontrar algún trabajador en la granja cooperativa que quisiera ayudarnos. Tendríamos que evitar a los Ejecutores. Pero ¿cómo explicar la ausencia de George cuando Padre regresara?

—¿Y a dónde iremos? ¿Cómo conseguiremos nuestros cubos de alimento?

—Emmie, si funciona, podrás conservar a tu bebé —susurró Madre.

—Pero ¿no es peligroso?

—Sí —dijo Madre—, mucho. —Bajó la vista y luego volvió a mirarme—. Pero la mayoría de las cosas que merecen la pena lo son.

Padre regresó junto a la tronera y estuvo observando durante un rato, después volvió a nuestro lado.

—Ya es suficiente por esta noche —susurró—. Aún hay tiempo para pensar en todo esto.

George me llevó de vuelta a nuestro Habitáculo. La luna era enorme, redonda, plateada, y el cielo estaba cubierto de estrellas. Me tumbé en mi colchoneta. Luego George me cubrió con la manta, envolviéndola alrededor de mis pies y susurrándome en voz baja. No pude oír lo que decía.

Esa noche tuve sueños muy agitados. Soñé que tenía grano en la boca, soñé con ardillas que corrían a lo largo de mis piernas y con el bebé en mi vientre. Soñé con la criatura dentro de mí haciendo un círculo con el pulgar y el índice y llevándoselo a la frente.

Capítulo once

Al día siguiente Madre y yo caminamos en nuestras cintas como un día cualquiera, ella en su Habitáculo y yo en el mío. Era casi como si la noche anterior no hubiera existido. No nos atrevimos a hablar del tema a través de la ventana. El aire era fresco y frío después de la lluvia, pero yo aún sentía calor y no podía caminar tan rápido debido al tamaño de mi vientre. Madre aminoró su paso para acompañarlo al mío y terminamos prácticamente a la vez. Poco antes del atardecer, la campana que tocaba media hora antes del anochecer sonó, señalando el momento en el que Padre y George volverían a casa.

El Vigilante de la Verja estaba repartiendo los cubos de alimento, mientras un chirrido metálico resonaba por todo el Recinto a medida que las tapas de los buzones de comida se abrían una tras otra y los cubos emitían un sonido sordo al ser lanzados a su interior. Sus pisadas, acercándose y alejándose.

Ansiosa por respirar aire fresco, me acerqué al buzón de alimentos, pero solo encontré un cubo y una botella de agua.

—Espera —llamé al Vigilante—, te has equivocado.

Él continuó andando como si no me hubiera oído.

Madre estaba también junto a su buzón. Su cara estaba pálida y sostenía un cubo y una botella de agua con manos temblorosas.

Algo iba mal.

Un ómnibus apareció ante la verja. Dos hombres de uniforme negro —Ejecutores— se acercaron al Vigilante. No pude escuchar lo que decían, pero vi que el Vigilante asentía con la cabeza como si estuviera de acuerdo con ellos. Entonces llegaron hasta la puerta de Madre. Ella soltó un grito, como el lamento del búho que habíamos escuchado la noche anterior. Me metí rápidamente en casa, temblando. Poco después aparecieron con Madre ante mi puerta; advertí que el pañuelo que llevaba en la cabeza era negro.

—Lamentamos informar —dijo uno de ellos— que tenemos que llevarnos ese pañuelo y reemplazarlo por este.

Me entregó un pañuelo negro, como el que llevaba puesto Madre. Sus manos no paraban de temblar mientras terminaba de anudárselo.

—Ha habido un accidente —explicó el más alto de los dos. Era un hombre de autoridad, de poder. Un hombre con bigote—. Su pareja y su Padre regresaban a la

Autoridad Central desde un puesto exterior, descendiendo por una colina. Iban demasiado rápido y no pudieron controlar el ómnibus, que les arrolló. Lamentamos informar que ambos murieron instantáneamente.

La forma en que hablaba, la forma en que permanecía ahí plantado tan rígido y estirado, hizo que no me costara demasiado odiarle, aunque, a la vez, hizo que me resultara muy difícil creer lo que nos estaba contando.

Anoche mismo George me había tapado con una manta. Pude ver el rostro de Padre cuando estuvimos hablando fuera. Pude ver cómo arrancaba una hoja y me la tendía.

No podían estar muertos. Me volví hacia Madre. Tenía la cara enterrada entre las manos.

Un pájaro pasó volando por encima, y luego otro y otro más.

El hombre más bajo dio un paso hacia delante.

—Ambas serán realojadas en el Recinto 18, el Recinto de Reciclaje, donde se les asignará un Habitáculo para las dos. La República utilizará los que ocupaban hasta ahora para los sustitutos del Equipo de Transportes. Ningún espacio puede ser utilizado por un solo individuo. Vivirán juntas hasta que se decida otra cosa. Deberán estar preparadas para marcharse en una hora.

No podía ser verdad. Debían de estar cometiendo un error.

—Quiero ver los cadáveres.

—No. Se leerá una declaración en la próxima Reunión Informativa Comunitaria reconociendo sus servicios a la República. Es el protocolo.

Me quedé asombrada. *¿El protocolo?*

Hicieron la señal circular sobre sus frentes y, girando sobre sus talones, se marcharon a grandes zancadas. El Vigilante de la Verja saludó con la cabeza, les dejó pasar, e hizo una anotación en su cuaderno.

* * *

Ni Madre ni yo cruzamos una palabra cuando los hombres se marcharon. Simplemente nos sentamos en mi Habitáculo rodeándonos con nuestros brazos, silenciosas y asustadas. Madre estaba sollozando, pero yo no podía. Bastante tenía con poder respirar. El bebé estaba extrañamente inmóvil en mi vientre, sin dar patadas, ni revolverse. Nos quedamos sentadas, inmóviles, pesadas como piedras. *No puedo creer que hayan muerto.*

Transcurrida una hora, el Equipo de Transportes apareció a recogernos. Enrosqué mi colchoneta y me fui a casa de Madre. Vi que le costaba enrollar la suya, que tenía un aspecto un tanto rígido, o puede que simplemente estuviera distraída. No había nada más que llevarse. Nuestros uniformes en el Recinto 18 serían de otro color.

El Equipo de Transportes nos llevó hasta el edificio de la Autoridad de nuestra comunidad. Una oficial del archivo estaba mirando unos diagramas buscando los alojamientos disponibles y las parejas disponibles. Después de todo, yo estaba en edad de reproducir. Necesitaría un compañero adecuado con el que emparejarme. En cuanto naciera el bebé, tendría que gestar otro, y otro y otro. La República lo requería. Al menos eso lo había aprendido, pero aún sabía muy poco. Madre seguía a mi lado, esta mujer hundida que una vez había amado la poesía, y que ahora llevaba su pañuelo negro como una mortaja.

El edificio de la Autoridad Central olía a moho, zapatos viejos y hierba húmeda. La luz era tenue y los trabajadores parecían pálidos y apagados. La empleada que trabajaba en nuestro caso debía de tener la edad de Madre. Se inclinó por encima del mostrador que nos separaba y susurró:

—Siento mucho vuestra pérdida.

Sentí una oleada de amor por esa desconocida. Me rozó la mano y rápidamente la apartó. Una suave calidez permaneció en la zona donde me había tocado.

—Recinto 18, Reciclaje —anunció—. Alojamiento disponible. Compañero disponible. Muchacho recientemente entrado en la edad adulta llamado Jeremy. — Estudió los formularios que tenía delante con atención, leyéndolos muy despacio, sus labios moviéndose mientras leía—. ¿Muchacho recientemente entrado en la edad adulta? —Se encogió de hombros como si no estuviera de acuerdo. Me pregunté qué estaría pensando.

Dejó los formularios en el mostrador y se acercó a otro archivador. Madre ladeó la cabeza echando un ojo a los formularios abandonados y tratando de leerlos. Frunció el ceño y sacudió la cabeza mientras leía. Cuando la empleada regresó y descubrió a Madre estudiando los papeles, los apartó rápidamente y le lanzó una severa mirada.

—Por el momento tu madre puede quedarse contigo. Solo hasta que la Autoridad Central decida otra cosa. Hasta que Jeremy pueda ser trasladado desde la Ciudad al Recinto. El papeleo final y las pruebas sobre la capacidad reproductiva de Jeremy tardarán algunos días.

Entregó los formularios al jefe del Equipo de Transportes, hizo la señal circular en su frente y se marchó.

—Espere —dije. Ella se volvió para mirarme. Hice la señal circular en mi frente y dije—: Gracias. —Confíe en que supiera por qué.

Capítulo doce

El Espacio Habitable del Recinto 18 en el que Madre y yo fuimos realojadas era exactamente igual al del Recinto 14. La disposición de los espacios a lo largo de la verja también era la misma. Uniformidad sumada a monotonía. Las únicas diferencias las constituían el color verde apagado de la bandera y el fuerte olor a podrido del ambiente. El olor a reciclado.

Padre había desaparecido.

George había desaparecido.

Tenía poco más de diecisiete años, pero me sentía tan indefensa como un bebé. Era como si alguien hubiera alargado su brazo, arrancado una parte de mí y dejado un vacío tan enorme que no había lágrimas suficientes para poder llenarlo. Un vacío con bordes tan afilados que daba igual cómo me moviera o sentara porque siempre me desgarraba. Un vacío invisible para Ejecutores, Vigilantes de Verja o la Autoridad, pero que me consumía totalmente.

Recordé lo que Padre me había contado la noche antes respecto a los sacos del grano. La huida. ¿Lo diría en serio? ¿Podríamos intentarlo Madre y yo por nuestra cuenta? Imposible. No había nadie a quien recurrir, ni nadie a quien le importáramos. E incluso aunque lo consiguiéramos, ¿qué haríamos? Descarté la idea con la misma rapidez con que la había tenido.

Después de mudarnos a nuestro nuevo alojamiento, Madre dejó de caminar en su cinta energética. Se quedaba todo el día en su colchoneta, enroscada sobre un costado, mirando a la pared. No solo Padre había desaparecido, sino que tenía la sensación de estar perdiendo también a Madre. Traté de convencerla para que hablara. «Cuéntame uno de tus poemas». «¿Cómo hacías la sopa de verduras?». «¿Cuántos años tenía cuando aprendí a andar?». «¿Qué clase de galletas preparabas para tus alumnos?».

Todo en vano. Se negaba a contestar. Nunca lo hizo. Solo se quedaba ahí, inmóvil y en silencio. Terminé de caminar en mi cinta y luego me pasé a la de ella. Tenía que producir la energía suficiente para justificar nuestra existencia.

Esa noche, el Vigilante de la Verja nos trajo nuestros cubos de alimento. Su aspecto era muy parecido al del guardián del Recinto 14. ¿Acaso lo habrían trasladado aquí para vigilarnos? Me entregó un banderín para que lo sacara por la ventana cuando estuviera de parto. Era un triángulo rojo brillante con la imagen de un

recién nacido en el centro. El recién nacido tenía la mano sobre la frente, sus dedos curvados en un círculo.

—Alabada sea la República —dijo cuando me tendió el banderín. Madre no quiso mirarlo.

—Alabada sea la República —contesté, e hice la señal circular.

* * *

Esa noche no conseguía encontrar una postura cómoda en mi colchoneta. ¡Qué oscuro parecía el pequeño trozo de cielo que se veía más allá de la ventana! Incluso la luz de la luna parecía menos brillante. Dejé el banderín rojo a mi lado y lo abracé. De pronto sentí una húmeda oleada de líquido caliente entre mis piernas, que se extendió por mi espalda. Demasiado líquido. Hasta los bordes del banderín se humedecieron.

—Madre —dije—. Madre, estoy empapada. Por todas partes.

Escuché cómo se daba la vuelta.

—Oh, Señor —exclamó—. Es la hora.

Se acercó a mí, cogió el banderín y lo colgó por fuera de la tronera.

Escuché un potente campanileo: el Vigilante estaba llamando al Equipo de Transportes. Poco después se plantó ante nuestra puerta.

—Ponte el pañuelo —indicó—. Ya vienen.

* * *

No dejaron que Madre viniera conmigo. Deseaba que me acompañara más que nada en el mundo. Me agarré a ella y ella se agarró a mí. Nos abrazamos estrechamente. Pero el Vigilante y el Equipo de Transportes nos separaron, apartando a Madre bruscamente a un lado.

—Quédate aquí, mujer —dijo uno de ellos—. No eres bienvenida.

Una vez en el ómnibus me dejaron sentarme en el asiento que tenía respaldo.

* * *

No recuerdo cómo fue tener el bebé. Tan pronto como entramos en el edificio de Servicios Humanos de Salud, una doctora me puso una inyección. Dijo que eso facilitaría el parto. Dijo que era un amnésico y que no recordaría el dolor. No entendí lo que eso significaba, lo único que recuerdo es la sensación de que tenía que empujar.

Mi siguiente recuerdo es ver al Equipo de Transportes viniendo a por mí para llevarme a casa.

La doctora me estaba ayudando a ponerme mi pañuelo negro de viuda.

—¿Y mi bebé? —pregunté—. ¿Puedo ver a mi bebé?

—No seas ridícula —contestó.

No creía que estuviera siendo ridícula.

—¿Dónde está mi bebé?

No contestó.

—¿Dónde está mi bebé?

Siguió sin contestar. La agarré por los hombros.

—¡Contésteme!

Dos hombres del Equipo de Transportes me agarraron por los brazos, pero conseguí soltarme y, dándome la vuelta, increpé a la doctora entre sollozos.

—Mi bebé. Mi bebé.

Ella ignoró mis súplicas.

—Tómame esto.

Me tendió una pastilla y un vaso de agua.

Tiré la pastilla al suelo. La doctora la recogió y me la volvió a pasar.

—Trágatela ahora mismo. —Su voz era firme.

Cogí la pastilla. El vaso de agua estaba por la mitad, pero era una cantidad generosa comparada con la que se nos permitía beber. La Autoridad tenía calculada la proporción de agua que necesitaban los Ciudadanos para mantenerse hidratados y eso es exactamente lo que recibíamos. Ni una gota más, ni una gota menos.

La doctora hizo un gesto de asentimiento hacia el Equipo de Transportes. Entonces me cogieron por los brazos y empezaron a sacarme del edificio. Sentía las piernas flácidas y temblorosas.

—¡Quiero ver a mi bebé! —grité por encima del hombro—. ¡Por favor!

—Estás estable. Tus signos vitales son buenos. No hay razón para dejarte aquí; puedes descansar en tu Habitación. Nosotros nos ocuparemos del bebé.

—Pero tengo que ver a mi bebé. —No podía parar de llorar.

—Calla, haz lo que te dice —me susurró al oído el hombre de mi derecha. Era un hombre grande, musculoso y alto—. Espera hasta que estemos fuera.

Todavía era de noche. El parto debía de haber sido rápido. Aún podía sentir mi vientre enorme aunque más blando.

—Conocí a tu padre —dijo cuando estuvimos fuera—. Era un buen hombre. Su granja estaba junto a la mía. También conocí a George. Lo que les haya podido suceder, lo que las Autoridades te puedan haber contado, es falso. —Aún estaba susurrando—. Me llamo John.

Me ayudó a subir al ómnibus.

—Dadme un minuto —les dijo a los otros hombres del Equipo de Transportes. Estos se quedaron inmóviles y en silencio, esperando en sus arneses, mientras él se

volvía hacia mí—. He podido escuchar cómo la doctora decía al personal de la Ciudad que tu bebé había pasado su primer examen funcional —susurró con voz apresurada—. He visto cómo entregaba el bebé a uno de los trabajadores de la Ciudad. El bebé estaba envuelto en una manta rosa. Es todo cuanto sé.

Se colocó en su arnés y el ómnibus se puso en marcha de regreso a nuestro Recinto.

Al llegar ante la entrada se detuvo. Cuando fui a levantarme noté una sensación de vértigo y tuve que agarrarme a un lateral del ómnibus para no caer. La madera era áspera y sentí cómo se astillaba bajo mi mano. John se sacó el arnés, corrió hasta el escalón del ómnibus y me ayudó a bajar mientras me sujetaba con fuerza por la cintura. Pude oler el cuero del arnés en su camisa.

El Vigilante de la Verja dio un paso hacia mí frunciendo el ceño.

—Detente ahora mismo —ordenó—. Los miembros del Equipo de Transportes no tienen permitida la entrada en los Recintos —dijo apoyando una mano en la parte alta de la porra de madera que colgaba de su cinturón. La madera era lisa, brillante y muy oscura.

John no retiró el brazo de mi cintura. Era más fornido y alto que el Vigilante.

—No se encuentra bien. Solo la estoy ayudando. Soy de Transportes. A los Vigilantes no se les permite transportar a la gente. Ya conoces las reglas.

La sensación de mi cabeza empeoró. La valla, la bandera, los edificios, los árboles al otro lado, todo parecía dar vueltas, retorcerse, desvanecerse. Sentí cómo resbalaba hacia el suelo.

John me cogió a tiempo.

—La llevaré hasta su espacio. Al fin y al cabo es un transporte, ¿no estás de acuerdo?

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el Vigilante.

—Mi nombre es mi nombre. No tengo por qué dártelo. Es una de las pocas cosas que me quedan. —Su voz sonaba brumosa y distante, aunque segura.

Me llevó hasta la puerta de nuestro espacio. El Vigilante nos seguía a pocos pasos. John susurró algo en mi oído; me costaba entenderle, pero sentí su aliento cálido sobre mi cara. Creo que dijo que trataría de averiguar algo más sobre mi bebé. O tal vez eso es lo que me habría gustado que dijera.

Madre esperaba junto a la puerta, con las manos en las mejillas.

—Emmie, deja que te ayude. —Extendió los brazos para cogerme. Entonces vio al hombre que me llevaba—. John, ¿eres tú? —preguntó.

—Sí, soy yo. He traído a tu niña a casa. —Dirigiéndose a mí, me preguntó—: ¿Ya puedes ponerte de pie? —Asentí, y él me dejó en el suelo.

—Oh, Emmie, cariño, ¿te encuentras bien? —Me acerqué a Madre y dejé que sus brazos me envolvieran como una manta cálida y segura.

—Estamos muy lejos de las granjas, ¿no es así, Elsa? A Joan y a mí nos han transferido del puesto de supervisores de las granjas de cooperativa. A Joan la han asignado a la Ciudad de los Niños y a mí a Transportes.

El Vigilante de la Verja se aproximó.

—Alabada sea la República —dijo John, despidiéndose de mi madre y haciendo la señal circular en la frente. Luego hizo un gesto hosco de asentimiento al Vigilante y regresó al ómnibus.

* * *

Una manta rosa. El bebé debía de ser una niña.

Quería verla, al igual que Madre me había visto a mí por primera vez. Rosa y granate, húmeda y resbaladiza. Dedos, uñas y pies, todo diminuto y perfecto. Quería que se acurrucara y encajara en el hueco de mis brazos. Quería que George me besara en la frente.

—Creo que he tenido una niña —le dije a Madre.

—¡Dios bendito! —exclamó—. ¡Dios bendito!

Unas pisadas crujieron al otro lado de nuestra ventana: era el Vigilante, quitando la señal triangular roja.

Madre y yo nos acurrucamos juntas en su colchón. Éramos todo lo que quedaba de una verdadera familia. La habitación parecía vacía. Faltaba algo.

Ojalá hubiera abrazado a Madre más fuerte de lo que lo hice esa noche. Pero, en aquel momento, no sabía que también ella me sería arrebatada.

Capítulo trece

Después de que se llevaran a Madre, solo quedamos Jeremy y yo. Sin embargo la nuestra era una relación huraña. Nada que ver con la que había tenido con George. Intenté hacerle preguntas, obtener más información, aprender todas las cosas que los demás me habían ocultado.

—¿Qué tal era crecer en la Ciudad de los Niños?

—Supongo que estaba bien. Mejor que aquí —contestó.

—¿Qué aprendías?

—Cosas —contestaba.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Y a ti qué te importa? —Entonces se secaba la nariz con el antebrazo con un gesto infantil.

Y así continuábamos. Preguntas. Respuestas cortas.

—¿Qué es lo que haces en Reciclaje?

—Barrer el suelo. Quemar cosas. Eso es todo.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas.

Nunca me preguntó nada. Ni tampoco nos emparejamos. Yo aún sangraba después de haber tenido al bebé y él no hizo ningún intento por tocarme. Su colchoneta estaba contra una pared, y la mía contra la otra, un arreglo que nos convenía a los dos. No podía soportar la idea de que se emparejara conmigo. No permitiría que eso sucediera. ¡Al diablo con la República!

Pasaba los días caminando y creando energía. Al final de la jornada, terminaba acalorada y cansada, con los músculos ardiendo. Poco a poco mis piernas fueron definiéndose y haciéndose más fuertes.

Padre solía burlarse de Madre por sus piernas.

—No hay nada mejor que una mujer con buenos muslos —solía decir y ambos se reían. ¡Había pasado tanto tiempo desde la última vez que escuché a alguien reír!

Nunca me había sentido tan cansada. Madre había desaparecido y su ausencia había dejado un enorme vacío en nuestro Espacio Habitable. Deseaba poder adentrarme en ese vacío y desaparecer como había hecho ella. Lo único que me quedaba suyo era la colchoneta. Dura y llena de bultos, pero aun así lo único que deseaba era poderme pasar todo el día, cada día, tumbada en ella, oliendo a ella,

fingiendo que aún seguía conmigo. Eso era todo lo que había. Fingir. Era todo lo que tenía.

Conseguir dormir y mantener el sueño se hacía cada vez más difícil. A menudo me despertaba antes del amanecer. Entonces arrastraba la colchoneta de Madre cerca de la puerta y me quedaba allí sentada, mirando al exterior, viendo cómo las estrellas desaparecían y esperando a que el sol asomara. Las estrellas diseminadas por el cielo eran un misterio para mí. La forma en que algunas noches parecían brillar más que otras. La forma en que se desvanecían al llegar el alba. ¿A dónde irían? Entonces sentía ganas de llorar. Echaba de menos a Madre, a Padre, a George. Echaba de menos a mi bebé. ¿Cómo se puede echar de menos algo que no has llegado a tener? Por fin entendía lo mucho que Madre añoraba lo que en su día había tenido, lo que le habían quitado. Deseé haber comprendido esa clase de dolor un poco mejor, cuando aún importaba. Ahora era demasiado tarde. Y eso es lo que me hacía llorar, haberme dado cuenta tarde y que ya no importara.

Desde el umbral podía ver al Vigilante de la Verja del turno de noche haciendo sus rondas, repartiendo los cubos de desayuno. Nos daban cubos por la mañana para ponernos en marcha, por así decirlo, y para que tuviéramos un día pleno de energía productiva. El sustento de la noche teníamos que ganárnoslo. El Vigilante dejaba los cubos de desayuno y las raciones de agua en los buzones de alimento que se encontraban fuera, al lado de cada puerta. Le observé sumida en las sombras mientras caminaba a lo largo del perímetro, cómo se inclinaba ante cada Habitación, levantaba la tapa del buzón, metía los cubos y continuaba. Las tapas metálicas crujían y chirriaban. Ya casi habían desaparecido las estrellas. Finas franjas de luz gris aparecieron más allá de la valla, por encima de los árboles.

Ahora estaba más cerca. Era más alto que el Vigilante del turno de día. Aunque aún no podía distinguir su cara con claridad. Se agachó y abrió nuestro buzón. El chirrido resonó en mis oídos.

—Buenos días —susurró.

—¡Oh! —No llevaba puesto mi pañuelo. Mis manos volaron hasta el cuello buscándolo, pero no estaba allí—. Buenos días. No creí que pudieras verme.

—Entra un pequeño rayo de luz a través de la tronera. Así es como he podido verte. Alabada sea la República.

—Alabada sea la República. —Ambos hicimos la señal circular.

Le observé mientras se alejaba. Observé la forma en que caminaba, su zancada decidida, los brazos balanceándose ligeramente pero con ritmo, la cabeza alta, alerta, la espalda erguida, los hombros anchos.

Y entonces amaneció.

Capítulo catorce

Una mañana, mientras arrastraba la colchoneta de Madre por el suelo de cemento hasta la puerta, escuché un ruido extraño, como si se hubiera desgarrado. Le di la vuelta para ver cuánto se había descosido.

Había un pequeño roto en la tela gris. A la pálida luz del amanecer pude distinguir algo blanco asomando en el interior. Algo que no parecía formar parte del relleno. Metí un dedo en el agujero. Fuera lo que fuese era suave como papel, lo que me resultó raro dado que hacía mucho, mucho tiempo, que se nos había prohibido el papel.

Aún recordaba con toda viveza el día en que nos quitaron el papel. Creo que debía de tener alrededor de siete años. Madre me había enseñado a leer, pero no teníamos demasiados libros. *Huckleberry Finn*, creo, *La casa de la pradera* y, mi favorito, *El Principito*. No lograba recordar las palabras de *Huckleberry Finn* o de *La casa*, pero los dibujos de *El Principito* eran tan áridos como nuestro propio Recinto. Teníamos también unos cuantos libros de texto para principiantes, y un diccionario infantil con dibujos. Madre me mostraba los libros una y otra vez, palabra por palabra, para que aprendiera a leer.

La Autoridad Central envió agentes a cada Espacio Habitable. Madre se mantuvo en pie al lado de su cinta energética con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tal y como se anunció en la Reunión Informativa Comunitaria, estamos autorizados para retirar todos los productos de papel de cualquier clase, incluidos libros, fotografías, mapas y cartas —declaró el agente. Su ridículo bigote, fino, parduzco y ralo como el de la cola de un ratón, no le hacía parecer precisamente importante.

—Ya conocía esa resolución —dijo Madre—. Pero imagino que no sabrá explicarme por qué, ¿verdad?

—Las razones ya han sido anunciadas. El papel debe reciclarse. No hay necesidad de que nadie posea papel. Todas las comunicaciones se realizarán directamente por la Autoridad Central a los Ciudadanos. —Frunció el ceño y tamborileó los dedos en la barra lateral de mi cinta—. Tiene que reunir todos sus papeles y prepararlos para que nos los llevemos.

Madre le volvió la espalda.

—He dejado todo lo que tengo en la encimera. Llévselo y márchese.

—¿Confirma que eso es todo?

—Lo confirmo.

»Pero no podrán llevarse lo que hay en mi cabeza —murmuró cuando ya no podían oírla.

De modo que se llevaron los pocos libros que teníamos. Me quedé muy triste porque me gustaba su tacto. Las cubiertas duras, algunas con dibujos, las páginas numeradas, la suavidad del papel entre mis dedos y el olor a humedad. Pero, sobre todo, lo que más me gustaba era sentarme al lado de Madre, su brazo rodeándome mientras leía. El olor de los libros, el olor de Madre. El sol entrando por la tronera.

Después de que se marcharan con nuestros libros y un pequeño paquete de papel, la mayoría viejas cartas de antiguos amigos, Madre volvió a subirse a su cinta energética.

—Muévete —me dijo—. Hay cosas que debes hacer. Las cosas que están monitorizadas. Así que súbete a la cinta y empieza a andar. —Caminaba pesadamente, plantando los pies sobre la cinta con rabia—. Pero no todo puede ser monitorizado. La libre voluntad no puede serlo. —Y dejó de hablar.

* * *

Eso es lo que recordaba. Y ahora, cuando ya asomaba un nuevo día, y mientras Jeremy seguía durmiendo, descubría un papel dentro de la colchoneta de Madre. Me moría de ganas de sacarlo, tocarlo, olerlo, leerlo. Pero apenas había luz y Jeremy se despertaría muy pronto. En vez de eso, me quedé sentada ante el quicio de la puerta esperando a que el sol saliera, mis brazos rodeando la colchoneta de Madre. Era bueno tener algo que abrazar.

El Vigilante de la Verja comenzó sus rondas matinales, repartiendo los desayunos. Observé cómo caminaba, se agachaba, los depositaba, se enderezaba y volvía a caminar repitiendo toda la rutina. La porra de madera en su cinturón se balanceaba hacia delante cada vez que se agachaba.

Por fin llegó hasta mi puerta.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días —contesté. ¿Debería haberme puesto el pañuelo? Ya es la segunda vez y podría denunciarme por estar sentada en el quicio de la puerta sin mi pañuelo. Tenía que ser más cuidadosa, pero es difícil ser cuidadosa cuando se está cansada, echando de menos a Madre y Padre, a un niño al que nunca has visto y, encima, convives con el olor y la tosquedad de Jeremy.

—Mañana, un huevo —anunció y continuó andando.

Qué extraño. Hace mucho, mucho tiempo que no tomamos huevos. Tiré de la colchoneta de Madre hacia el interior y la coloqué contra la pared, dándole la vuelta

para ocultar el roto.

Cuando Jeremy terminó su desayuno, se marchó de mala gana al Centro de Reciclado en su bicicleta energética. Sin hablar. Sin sonreír. ¡Era tan distinto a Madre, Padre y George! ¡Tan distinto a mí! Nunca le habría elegido como pareja. Pero, por supuesto, no me estaba permitido tomar esas decisiones.

Ardía en deseos de hurgar en la colchoneta de Madre, pero decidí que antes debía caminar en la cinta, poner en marcha la aguja, moverme lo más rápidamente posible, para que nadie sospechara.

¿Qué era lo que Madre decía? *Si está monitorizado, tienes que hacerlo.*

De modo que caminé y caminé. Y con cada paso que daba, pensaba en lo que podría poner en el papel de la colchoneta de Madre. Mi mente imaginaba las posibilidades más increíbles. Debía de ser algo lo suficientemente importante para ella como para arriesgarse a salvarlo.

Cuando mi aguja había superado algo más de la mitad y sentía las piernas ardiendo, calientes y pesadas, decidí darme un descanso. Una suave brisa entraba por la ventana y por la puerta abierta. Podía percibir el olor de los árboles y la hierba del otro lado de la valla. Un fragante olor a verde, vivo y limpio. El olor que Padre decía echar de menos.

Apagué mi cinta y eché un vistazo afuera. El Vigilante del turno de día estaba en su puesto junto a la verja y no había razón para suponer que fuera a empezar sus rondas. No a esta hora del día. El ómnibus estaba frente a la verja; pero no me quedé a ver si se iban a llevar a alguien. De todas formas, no habría demasiada diferencia. No se puede hacer nada cuando vienen a por ti.

Cerré la puerta con cuidado y arrastré la colchoneta de Madre hasta una esquina donde no era fácil que alguien que pasara por delante pudiera verme. Me senté en el suelo poniéndola sobre mi regazo. Ahí estaba, la pequeña hendidura con algo blanco asomando por ella.

Era demasiado pequeña para poder sacar el papel por ella, así que la desgarré un poco, y luego un poco más. Distinguí una palabra. KODACHROME. Pero no sabía lo que significaba. El papel aún era demasiado grande para poder sacarlo.

Hice un nuevo rasgón. Fuera reinaba un gran silencio, salvo por el canto aislado de algún pájaro.

Deslicé el papel por la hendidura muy despacio, con cuidado, y le di la vuelta.

Era una foto en papel brillante y en color, de una niña con vestido rosa, zapatos blancos y calcetines blancos con volantes en la parte de arriba. Una mujer la sujetaba sonriéndola. Estaban de pie frente a una gran casa de enormes ventanales. La niña sonreía a la mujer. Tenía una mano en la boca y la otra en la mejilla de la mujer.

La mujer era Madre. Su piel era suave, sin cicatrices ni ronchas.

La niña tenía que ser yo.

Introduje la mano en el desgarrado colchón y noté más papeles. Sin embargo, al alzar la vista y comprobar la altura del sol a través de la ventana, comprendí que no me quedaba demasiado tiempo y, además, aún debía terminar con la cinta. Tenía que volver a caminar. Tenía que hacer lo que podían monitorizar.

Volví a guardar la foto en la colchoneta y le di la vuelta, poniendo el roto hacia abajo y alisando las arrugas de su superficie. Ella había conservado esa foto para mí. Ahora era casi como si estuviera conmigo. Como si estuviéramos juntas en esto.

Capítulo quince

Esa noche fue como si la fotografía hubiera cobrado vida. En mis sueños la niña no dejaba de acariciar la mejilla de Madre. Y Madre no dejaba de sonreír y frotar su cara contra la niña. Contra mí. Entonces me depositaba en la hierba. Yo daba un par de pasos, tambaleándome, con los brazos extendidos a los lados. Luego me caía y arrancaba puñados de hierba que trataba de llevarme a la boca.

Justo como Padre me había contado que hacía.

Esta vez no me desperté antes del amanecer. Mi sueño fue agradable, profundo y tranquilo. Desperté a la vez que Jeremy. Nuestros cubos de desayuno y el agua ya estaban en el buzón, junto con dos hermosos huevos duros con sus cáscaras y dos sobrecitos de sal.

—Mira —dije—. Huevos.

—¿Y a quién le importa? —repuso—. En la Ciudad de los Niños la comida era mejor.

—Jeremy, la comida es igual en todas partes. Ya lo sabes.

—Sí, pero me gustaba más allí. No tenía que ir a trabajar.

—Aquí tienes que hacerlo. Y tenemos suerte de poder tener huevos.

—¿Qué suerte ves en unos estúpidos huevos? Odio estar aquí. Odio la bicicleta energética. Odio tener que ir a trabajar cada día. Quiero volver a la Ciudad. —Me miró como si fuera a echarse a llorar. ¿Quién decidió que este niño estaba listo para trabajar y reproducirse? Solo era eso. Un niño. Esmirriado, incapaz de sostener una conversación, agotado a causa de la bicicleta de energía y su trabajo en Reciclaje. Por más que me desagradara, no pude evitar sentir pena por él.

Estiré el brazo para tocar su hombro, pero él se apartó.

—Y a ti también te odio —declaró.

—Tómame la comida y ve a trabajar.

Se tomó únicamente su cubo, y luego se marchó, dando un portazo. En cuanto se alejó en la bicicleta, abrí la puerta para dejar que entrara aire fresco. El olor rancio de Jeremy parecía flotar en el ambiente.

Iba a ser un buen día. Dos huevos, dos sobrecitos de sal y después, más papeles de la colchoneta de Madre. Pero primero la cinta energética. Sentía que podría caminar más rápido y con más fuerza que nunca. Ahora tenía un motivo. Mis pies

pisaban con firmeza haciendo rodar la plataforma, caminando veloz sin moverme del sitio.

Apagué la cinta cuando la aguja estaba por encima de la mitad y me acerqué a la puerta abierta. Por alguna razón, el Vigilante de día estaba haciendo sus rondas, deteniéndose ante cada puerta. Era algo inusual y me sentí incómoda, así que regresé a mi cinta. La colchoneta y sus secretos tendrían que esperar. Sabía que necesitaría ser muy cautelosa al registrarla. Tendría que resistir las ganas de rasgarla del todo y sacudirla para ver qué más había escondido ahí dentro, porque, en cualquier momento, alguien podría estar haciendo la ronda, observando o escuchando.

De pronto apareció ante mi puerta.

—Esta mañana no te has despertado al amanecer, ¿verdad?

Sacudí negativamente la cabeza.

Hizo la señal circular y se alejó.

¿Cómo podía saber que me despertaba al alba? ¿Se lo habría contado el del turno de noche? ¿Acaso archivaban los informes en alguna parte? Cerré la puerta y volví a caminar en la cinta. Mis manos estaban sudorosas y las barras metálicas de los laterales húmedas.

Un rato más tarde, mientras aún estaba en la cinta, me pareció oír a alguien diciendo mi nombre.

—Emmeline, Emmeline.

Ahí estaba otra vez, una voz de hombre.

Paré la cinta, fui hacia la puerta y la abrí.

No había nadie. Me acerqué a la tronera de la derecha. Nadie. A la de la izquierda. Nadie. A la del fondo, la que daba a la valla. Ahí estaba John del Equipo de Transportes, al otro lado de la valla, bajo un árbol. Me recordó a Padre —la misma edad, la misma complexión musculosa— por esa sensación que desprendía de ser capaz de cuidar de mí, de protegerme hasta el límite de sus fuerzas. Al igual que habría hecho Padre. Al igual que habría hecho George. Tanto como pudiera hasta que...

—¿John?

—Sí, soy yo. Te prometí que averiguaría algo sobre tu bebé. Y lo he hecho.

—¿Qué pasa con mi bebé? —Me costaba respirar. Me temblaban las piernas. ¿Qué pasaría si algo le ocurría?

—Está bien, Emmeline. Está sana. Su nombre es Elsa.

—¿Elsa? Pero ese era el nombre de Madre. ¿Cómo es que le han puesto Elsa?

—Mi mujer trabaja en la Ciudad. Conoció a tu madre, así que le puso al bebé su nombre. Tengo que irme. Intentaré contarte más cosas cuando pueda. Es peligroso pero importante. La familia es importante.

—¿Cómo has salido fuera de la valla? ¿Fuera del Equipo de Transportes?

—No preguntes. Ahora no tengo tiempo de explicártelo.

Entonces se volvió hacia las sombras de los árboles.

—No te vayas —grité—. Por favor, no... —Pero se había marchado—. Gracias, John, gracias —susurré hacia los árboles y las sombras.

De vuelta a la cinta cada paso que daba era al ritmo de El-sa, El-sa.

Esa noche tendría lugar una Reunión Informativa Comunitaria. La única cosa mala del día. Sin contar la extraña pregunta del Vigilante sobre mis tempranos despertares.

Capítulo dieciséis

El Vigilante de la Verja colocó la bandera oficial en el mástil por encima de la verde de nuestro Recinto, para indicar que había llegado la hora de dirigirse a la Reunión Informativa Comunitaria. Era grande y negra, y en el centro lucía una brillante Tierra en azul y verde. Me pregunté si la Tierra sería en realidad así de hermosa o si la bandera no era más que un engaño. Nada de esa belleza podía encontrarse dentro de nuestro vallado Recinto, y la mayoría de las veces la bandera colgaba flácida, de modo que los pliegues escondían el dibujo del globo terráqueo. Entonces comenzó a sonar la campana, un sonido vibrante imposible de ignorar.

—Es hora de irse, Jeremy —dije, anudándome el pañuelo.

—No quiero —masculló. Llevaba tumbado en su colchón desde que había terminado su cubo de alimento.

—No tienes elección. Vamos, venga.

—Estoy cansado. —No tenía buen aspecto—. Y me duele el estómago.

—Ya sé que estás cansado. Pero tienes que ir. No puedes elegir.

—¿Por qué tengo que ir? En la Ciudad también se celebraban Reuniones Informativas y no teníamos que salir a ninguna parte. Venían a nosotros. Se ocupaban de nosotros.

—Jeremy, en los Recintos tienes que hacer todo lo que monitorizan. Y la asistencia a las reuniones está monitorizada. Así que venga. —Le di una palmada en el hombro, diciéndome que empezaba a sonar como Madre. La sensación de añoranza me abrumó. Una aplastante sensación de impotencia, como un peso muerto.

—¿Qué pasará si no voy?

Su pregunta me desconcertó.

No luches con ellos. Haz lo que te pidan. Guarda silencio. Deja que te examinen. Eso era lo que Padre me había dicho. Debí preguntarle qué pasaría si hubiera luchado con ellos. Pero parecía tan asustado que yo también tuve miedo. Demasiado miedo para hacer preguntas. Me hubiera gustado no ser tan joven, tan ingenua para saber interpretar las pistas y presionar para obtener respuestas. Pero eso fue entonces, y esto era ahora. Ahora sabía que tenían el poder de llevarse a Madre.

—No lo sé. Vamos, ven. —Empezaba a cansarme de tanto insistir.

—No sé lo que tengo que hacer.

—¿No te enseñaron en la Ciudad?

—Nunca fuimos a una Reunión Informativa. Solo teníamos que sentarnos en clase mientras los profesores hablaban. Eso era todo.

—¿Y prestabas atención?

No me contestó, pero su silencio lo dijo todo.

—Sígueme. Haz lo que yo haga, ¿de acuerdo?

Asintió, se levantó a regañadientes y caminamos hasta la verja. El Vigilante comprobó nuestros nombres en una lista escrita en una hoja de papel muy ancha de color crema.

Las parejas de nuestro Recinto y el resto de los ocupantes de nuestra Comunidad Planificada ya habían abandonado sus Habitáculos y caminaban por delante de nosotros hacia el Escenario Central. Todos vestíamos los colores asignados.

Cuanto más nos acercábamos al escenario, más gente convergía en las áreas delimitadas, apilándose en espacios acordonados a los pies del estrado. La única forma de distinguirnos era por los uniformes del color de nuestros Recintos. Un arco iris despiezado que ahora volvía a juntarse. Los que preparaban los cubos de alimento vestían uniformes color yema de huevo. Delante de nosotros, los Fabricantes de Uniformes iban de marrón oscuro. A un lado, el naranja brillante del Equipo de Transportes contrastaba con el negro de los Ejecutores. El gris de los Vigilantes con el verde intenso de los Gerentes de Naturaleza. Otros Recintos, otros colores. El nuestro era el más apagado de todos. Los grupos se mantenían juntos, pero divididos, porque la mezcla entre los distintos Recintos no estaba permitida. La única excepción era la de los trabajadores de la Ciudad de los Niños, que trabajaban por turnos en la Ciudad, pero vivían en el Recinto de sus parejas. Los serenos y floridos colores de sus uniformes color pastel aparecían diseminados entre la audiencia.

Y finalmente, escoltados por los Ejecutores hasta el escenario, los dos Representantes de la Autoridad Central perfectamente alineados al frente, en sus uniformes negros con adornos de oro en el cuello y en los puños, además de en las costuras de los hombros. El color del poder.

Todo el mundo guardó silencio. El único sonido distinguible era el del movimiento de los pies de la gente al ir ocupando sus sitios, y alguna tos ocasional. Los grupos se desplegaron ante los Representantes de la Autoridad como la cola de un pavo real.

Dos de los Ejecutores permanecieron en el escenario, al tiempo que los otros se incorporaban a sus Recintos. El silencio se extendió entre la multitud mientras esperábamos los rituales.

El más alto de los dos Representantes se aproximó al borde del escenario e hizo la señal circular. Los demás hicimos lo mismo.

—Alabada sea la República. —Su voz sonaba fuerte, vibrante, casi como un eco.

—Alabada sea la República —respondimos todos, haciendo la señal circular.

—Alabada sea la Tierra a la que servimos.

—Alabada sea la Tierra a la que servimos.

De nuevo la señal circular. Jeremy me observaba para saber qué hacer. Estaba pálido y nervioso, cambiando su peso de un pie a otro.

—Alabados sean los animales.

Alabados, repetimos, alabados, repetimos.

Un poco más lejos hacia mi derecha, distinguí a John con el brillante uniforme naranja del Equipo de Transportes. Me estaba sonriendo. Junto a él había una mujer de rosa.

¿Sería la que había puesto el nombre a Elsa?

También ella me sonrió.

—Me comprometo a producir más de lo que consumo.

—Me comprometo a producir más de lo que consumo —repetimos monocordes.

Jeremy no paraba de moverse.

—Estate quieto —susurré—, o tendré que pellizcarte.

El segundo Representante se adelantó sobre el escenario.

—Os traigo noticias de nuestra República.

—Alabadas sean las noticias de nuestra República —murmuramos.

—En nombre de nuestra República, traigo las siguientes noticias —anunció—. Para empezar, nuestra tasa de natalidad no consigue seguir el ritmo de nuestros enemigos.

Un susurro general de desolación recorrió el grupo.

—Hemos tenido algunos buenos nacimientos. Algunos buenos y saludables nacimientos. Pero no son suficientes para competir con nuestros enemigos. Todas las mujeres fértiles de nuestra República y sus parejas se someterán a nuevas pruebas de capacidad reproductiva en un futuro próximo. El fracaso para reproducir será considerado un fracaso hacia la República.

Volví a mirar de reojo hacia John y la mujer de rosa. Tenía que encontrar la forma de hablar con ella. Quizá había podido tener en sus brazos a mi pequeña Elsa. Puede que incluso hubiera besado su frente.

—El segundo aviso...

Después de tantas Reuniones Informativas Comunitarias había aprendido que cuando hablaban de «noticias» se referían a algo que sucedía muy lejos, a otras repúblicas o a guerras que tenían lugar en alguna parte. Mientras que los «avisos» siempre se referían a cambios en las normas de conducta de la República. Y los cambios nunca eran buenos.

—La Autoridad Central ha decidido que debemos incrementar nuestra energía productiva para competir con otras repúblicas. Otras repúblicas están creando ejércitos más grandes que el nuestro. Hemos recibido noticias de que otras repúblicas

están aumentando su poder. Debemos producir más energía.

Al escuchar a ese hombre vestido de negro con adornos dorados exigimos producir más energía, una abrumadora sensación de agotamiento e impotencia se apoderó de mí.

—A partir de mañana se incrementará la fricción de las bicicletas energéticas.

Escuché a Jeremy gruñir.

—El rozamiento de las cintas energéticas también será aumentado a partir de mañana.

Un susurro colectivo, sofocado pero palpable, recorrió todos los Recintos.

—Confirmad vuestra comprensión —increpó con voz potente e irritada.

—Lo comprendemos. —La respuesta fue apenas audible.

—Confirmad vuestra participación —instó de nuevo, en tono más fuerte y enfadado.

—Confirmamos nuestra participación. —Esta vez, la respuesta fue un poco más alta.

—Se entregará a todos los Ciudadanos células colectoras de energía y unas correas para atarlas a los muslos. Las células almacenarán la energía generada por vuestros movimientos.

La gente se miraba entre sí confusa.

—Las células colectoras deberán llevarse en el muslo derecho desde el amanecer hasta la puesta de sol y descargarse cada noche en las barras de energía.

Un Ejecutor dio un paso adelante en el escenario y mostró cómo abrochase la célula de energía al muslo con las correas. La gente estiraba y retorció el cuello para observarle. Algunos se ponían de puntillas, sus manos apoyadas en los hombros de sus parejas para equilibrarse.

—Las células se os entregarán en los cubos de alimento mañana. Alabada sea la República.

—Alabada sea la República.

Escuché la fricción de la ropa a mi alrededor cuando todos se llevaron la mano a la frente para hacer la señal circular.

La reunión prosiguió interminable. Se leyeron las estadísticas de las últimas cosechas: maíz un 90% con respecto a la cosecha del año anterior. Tubérculos, aún sin recoger. Plagas del 20% en los manzanos. Los Gerentes de Naturaleza se ocuparían de alimentar a los animales y de cualquier excedente de la cosecha. Estadísticas sobre la salud del bosque: nuevos plantones para reemplazar a los árboles dañados por las tormentas. Estadísticas sobre la salud de los animales: satisfactoria reproducción de los lobos gracias a un suplemento alimenticio adicional. Instalación de nuevos comederos en los bosques.

Mi mente empezó a divagar. Miré hacia la mujer de rosa, que hizo un gesto de

asentimiento hacia mí. Le respondí con otro más leve.

Entonces escuché al Representante de la Autoridad decir:

—Se nos ha informado de que en los Recintos algunas personas están despertándose antes del amanecer. Este es un claro síntoma de depresión que preocupa mucho a la Autoridad Central. Un sujeto deprimido no es un sujeto productivo. Se recuerda que hay que respetar la oscuridad de la noche que nos proporciona la Tierra y permanecer en vuestras colchonetas de dormir hasta que suene la campana media hora antes del amanecer.

Una vez más la gente se miró perpleja entre sí.

Jeremy se revolvió nervioso.

—Confirmad vuestra comprensión.

—Confirmamos nuestra comprensión.

—Ahora concluiremos con nuestro Juramento de Dedicación.

Eran las mismas palabras soporíferas que había escuchado recitar a la gente allí reunida desde que podía recordar:

*Juramos fidelidad
a la sabiduría de la Autoridad Central.
Juramos dedicación
a la Tierra y a su conservación.*

Los Ejecutores escoltaron a los Representantes de la Autoridad fuera del escenario y juntos se subieron en un decorado ómnibus. A diferencia de los ómnibus corrientes, este tenía los laterales más altos y techo. Estaba pintado de negro brillante y lucía el globo azul y verde en un lateral.

Éramos libres para marcharnos aunque con la obligación de regresar directamente a nuestros Recintos. Miré a mi alrededor intentando localizar a John y a su mujer, pero ya habían desaparecido. Traté de abrirme paso a empujones, pero todo el mundo caminaba en dirección contraria y me vi arrastrada por la multitud. Jeremy tiró de mi manga.

—¿Adónde vas? ¿Qué estás haciendo?

No iba a poder encontrarles. No esta noche. Pero sabía que, de algún modo, algún día, lo conseguiría.

—No importa, Jeremy. Volvamos a casa.

El Vigilante del turno de día hizo una marca en una casilla de su lista cuando entramos en nuestro Recinto.

¿Quién, me pregunté, habría informado de mis vigilias a la Autoridad Central? ¿Y por qué?

Capítulo diecisiete

Esa noche dormí mal. Quería sacar la foto de Madre y de mí de la colchoneta pero estaba demasiado oscuro, y además, Jeremy no paraba de revolverse en su colchón. Tendría que esperar a que se hiciera de día y se marchara al Centro de Reciclaje. Y también tendría que tener más cuidado con el Vigilante del turno de día. Esperar. Estar alerta. Preocuparme.

A través de la ventana escuché al Vigilante del turno de noche abriendo y cerrando los buzones de alimento frente a las puertas de los Habitáculos. Cuando se acercó al nuestro, los sonidos se hicieron un poco más fuertes. Después de cerrar la tapa de nuestro buzón, le escuché susurrar:

—Un huevo, solo para ti. Esta vez no he podido conseguir un huevo extra.

Cogí mi pañuelo y me lo puse. Comenzaba a amanecer. Por encima de los árboles, una tímida y pálida luz rosada se coló a través de las ventanas. Salí a mirar el buzón y, efectivamente, allí estaban nuestros dos cubos de desayuno, dos raciones de agua y un huevo con un sobrecito de sal. Además de dos células de energía con las correas para atárselas a los muslos.

Mientras examinaba el contenido del buzón, vi que el Vigilante estaba observándome tras las sombras en la esquina de nuestro Espacio Habitable. Sobresaltada, dejé todo donde estaba.

—No tengas miedo —susurró.

Mantuve la vista en el suelo. No quería mirarle.

—Me recuerdas a alguien. Debía de tener tu edad. Probablemente no te acuerdes, pero solías jugar con ella allá en la granja. También le gustaban los huevos duros. Murió cuando la enfermedad llegó hasta aquí y la echo de menos.

Empezó a alejarse.

—Espera —dije—. ¿Quién era?

Se volvió para mirarme. Era mucho más alto que yo. Con hombros anchos y caderas estrechas. Parecía, no sé..., parecía *sólido*. Alguien con presencia física.

—Mi hermana.

Quise decir: «Siento mucho tu pérdida», y tal vez estirar el brazo y tocar su mano. Pero me quedé petrificada con las manos sudorosas, a pesar de que era una fría mañana.

—¿Fuiste tú quien informó sobre mí?

—¿Qué? —Me miró sorprendido.

—¿Fuiste tú quien informó sobre mí?

—¿Informar de qué?

—De mis despertares al amanecer.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. Alguien lo ha hecho.

—No he sido yo. Yo no haría algo así —susurró. Y continuó haciendo su ronda.

—Gracias por el huevo —dije, y me metí en casa. Jeremy se estaba estirando sobre su colchoneta. Mientras se levantaba y realizaba sus tareas de la mañana, no dejaba de murmurar que su colchón era demasiado duro, que su cubo de alimento estaba demasiado seco, y que no quería ir a trabajar. Le pasé su nueva célula energética, con las correas para el muslo colgando.

Antes de marcharse, se paró en el umbral, con las manos en las caderas mirándome.

—Pensé que no se te permitía despertar al amanecer. Si tengo que seguir las reglas, tú también. No te creas alguien especial. No lo eres. Solo eres una estúpida criada en casa. —Se montó en su bicicleta de energía. No se había puesto su célula energética. Mientras se alejaba, me miró por encima del hombro y añadió—: Eso es lo que eres.

Daba la impresión de que hoy le costaba más pedalear; tuvo que luchar para que los pedales empezaran a rotar, mientras iba tambaleándose hasta la verja. Sin embargo esta vez no le compadecí. Tenía miedo. Por él o de él, no estaba muy segura.

Lo primero que hice fue comerme el huevo a pequeños mordiscos para que durara más. Me tomé la parte blanca, suave y fría, y luego la yema dorada y quebradiza. Cuando se terminó, me chupé los dedos saboreando los restos de yema y sal.

Hora de vestirse. Me saqué la camisola verde de dormir por la cabeza, la tiré sobre el colchón, y me vestí rápidamente con el pantalón y la camisa verde del uniforme. Luego me ceñí la célula energética al muslo derecho, tal y como nos había mostrado el Ejecutor. Me apretaba la pierna del pantalón que se arrugó con la correa.

Entonces me subí a la cinta andadora. El colchón con sus tesoros ocultos debería esperar hasta más tarde.

Me llevó más tiempo conseguir que la aguja llegara a la mitad. No sé cómo habrían podido cambiar el mecanismo durante la noche, pero de alguna forma lo habían hecho. Tenían el poder de cambiar las cosas. Cuándo y cómo querían.

Ansiaba bajarme de la cinta y salir a sentarme al sol. Ansiaba poder coger a Elsa. Eso era todo lo que me importaba.

Cuando finalmente pude tomarme un respiro, me acerqué a la puerta. El Vigilante del turno de día estaba en su puesto. Tiré de la colchoneta hasta un rincón de la zona de dormir y le di la vuelta con cuidado. Primero saqué la foto. Pero al hurgar a través

de la pequeña hendidura, sentí otra cosa. Algo resbaladizo. Lentamente lo extraje por el agujero. Era una pequeña bolsa de plástico con unas rígidas tarjetas en su interior. Tenía una especie de cierre de cremallera. La abrí y, una por una, fui sacando las tarjetas y dándoles la vuelta.

Estaban amarillentas y, en algunas partes, la tinta se había corrido. Reconocí la caligrafía de Madre. Recetas. Sopa de buey con verduras. Pudín de pan. Guiso de jamón con patatas. Tarta de calabaza. Galletas con pepitas de chocolate. Eran alrededor de veinte. Pasé los dedos por las viejas manchas de comida.

La última tarjeta decía: *Querido Dios, te pido que algún día pueda volver a hacer estas comidas a mi familia. Amén.*

Alguien se acercaba. Rápidamente di la vuelta al colchón, tapando la foto y las recetas. Me até el pañuelo y me dirigí a la puerta. Había un ómnibus aparcado en la entrada, y dos Ejecutores se acercaban a mi Habitación, acompañados del Vigilante. El Equipo de Transportes se mantenía inmóvil y en silencio en sus arneses. Pude reconocer a John.

—Ciudadana —dijo uno de los Ejecutores—, ¿dónde está Jeremy?

—En el trabajo —contesté—. En Reciclaje.

—No, ahí no está. Su Supervisor nos ha llamado. Jeremy no ha aparecido.

—Vi cómo se marchaba esta mañana, montado en su bicicleta energética. ¿Veis?, no está. No está conectada a la barra de descarga. —No sabía qué más decir.

—Tenemos que entrar en tu Habitación. Tenemos la obligación de buscarlo.

Me aparté para dejarlos pasar. El Vigilante se quedó fuera.

Fui hasta mi colchoneta y me senté en ella, protegiéndola. No debían encontrar mis tesoros. No debían encontrar lo que había en la colchoneta de Madre.

Abrieron la cortina de la zona de baño. Miraron en la zona de comida y en la de dormir. Comprobaron la aguja de mi cinta de energía. Uno de ellos miró de reojo mi nueva célula energética atada al muslo. Cuando estuvieron seguros de que Jeremy no estaba allí, se pararon en la puerta con el ceño fruncido.

—Esta es una infracción grave —dijo uno.

Y entonces se marcharon.

Mi corazón latía a tal velocidad que podía sentir el pulso en mi garganta, resonando en mis oídos. Andaría en mi cinta y pensaría en Elsa. Mis pies golpeaban contra la superficie flotante. Notaba la correa en mi muslo apretándome, constriñéndome.

El-sa, El-sa. Seguí el ritmo de una banda de música desfilando.

Finalmente la aguja llegó al final y me bajé de la cinta. Reinaba un gran silencio en el Recinto. Los hombres aún no habían regresado del trabajo a sus Habitaciones. No sabía si habrían encontrado a Jeremy.

Me coloqué el pañuelo y fui a apoyarme en el quicio de la puerta, bebiendo el

último sorbo que quedaba del agua de la mañana. El Vigilante me vio, sé que lo hizo, pero no asintió ni me sonrió ni nada. Simplemente permaneció junto a la verja mientras un ómnibus con dos Ejecutores aparecía frente a ella. John estaba en el transporte. Eran seis hombres, en tres filas de dos, atados a sus arneses, y él estaba delante, en el lado derecho. Me pregunté si la primera línea tendría más trabajo que la última, o si la del medio tendría que trabajar más. Todos parecían sudorosos, agotados y miserables.

Los Ejecutores se acercaron a mi Espacio Habitable. Creí reconocer a los mismos hombres que se llevaron a Madre, aunque no podría asegurarlo. Era difícil distinguirlos con sus uniformes negros y sus bigotes. Sus rostros parecían todos iguales, sombríos y decididos, con la misma forma de caminar o, mejor dicho, de marchar a grandes zancadas. Esa forma de intentar parecer más altos de lo que realmente eran. Me mantuve lo más recta que pude, con los hombros cuadrados hacia atrás. No podía permitir que estos hombres me hicieran sentir pequeña.

Permanecí junto a la entrada mientras se acercaban. Mi mano voló hacia el pañuelo para comprobar si estaba en su sitio. Había completado mi cuota de energía. No tenía motivo para temerlos. ¿Qué más podían pedirme? ¿Qué más me quedaba por dar?

—Jeremy ha sido localizado —anunció uno de ellos.

Le miré fijamente.

—¿Podemos pasar? —Normalmente no pedían permiso. Algo diferente estaba sucediendo.

—Sí. Adelante.

Los tres nos quedamos en la zona de comer. Me di cuenta de que estaba hambrienta.

—Le encontraron intentando trepar por la valla de la Ciudad de los Niños.

¡Estúpido! Echaba de menos que cuidaran de él. Pero ¿tratar de trepar para volver dentro?

—Ha cometido una infracción. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, pero la infracción es de Jeremy, no mía. —Mi voz tenía el mismo tono estridente que Madre usaba cuando era cuestionada por los Ejecutores. Me sentí orgullosa por hablarles así, retándoles.

—Correcto.

—¿Qué se espera de mí? —pregunté.

—De momento, nada. Jeremy ha sido reubicado en una granja cooperativa.

Alcé las cejas. O, al menos, creo que lo hice. Es difícil saber lo que haces cuando los Ejecutores te están observando.

—¿Una granja cooperativa?

—Allí podrá ser un trabajador productivo —declaró el Ejecutor encargado de

hablar—. Los Servicios Humanos de Salud lo han reevaluado y, finalmente, han dictaminado que era demasiado joven para ser emparejado, pero capaz de realizar el trabajo de la granja. ¿No estás de acuerdo?

—¿Cómo podría disentir de los Servicios Humanos de Salud?

—En cuanto al oficial que lo evaluó inicialmente declarándole maduro —miró de reojo a su compañero—, ya nos hemos ocupado convenientemente de él.

El otro Ejecutor parecía querer echarse a reír.

—En cualquier caso, Jeremy no regresará. Por el momento no hay ningún otro macho reproductivo disponible para emparejarse contigo. La Autoridad tomará la decisión dependiendo de tus futuras asignaciones. Mientras tanto, los Vigilantes continuarán proporcionándote los cubos de alimento. El Vigilante me ha entregado esto para ti. —Me tendió mi cubo para cenar y la ración de agua.

Asentí.

—Alabada sea la República.

Todos hicimos la señal circular.

Me preguntaron cuál era la colchoneta de Jeremy. La señalé y se la llevaron. No regresaría más, pero no le echaría de menos.

Ahora solo quedábamos el colchón de Madre y yo. Estaba totalmente sola y no sabía bien qué sentir al respecto. ¿Era esto la soledad? ¿O era tan solo un silencio absoluto, una sensación total de estar en un espacio deprimente? No echaría de menos a Jeremy. Sola o no, tenía las cosas que Madre me había dejado. Y aún quedaba luz suficiente para poder explorar sus tesoros.

Así que eso hice.

Capítulo dieciocho

Apoyé la foto contra la pared para poder mirarla siempre que quisiera. Dejé las tarjetas con las recetas dentro y metí la mano más al fondo, pasando por encima. Mis dedos tantearon a un lado y al otro, hasta que sentí algo y, con mucho cuidado, lo fui sacando.

Era papel, doblado muchas veces. Un mapa. Lo desplegué cuidadosamente porque era muy fino y sus pliegues parecían muy frágiles. En una de las caras había un mapa de los Estados Unidos de América. Cada estado con un color diferente. Maine. Nueva Jersey. Florida. California. Y otros. Un círculo en la parte de arriba rodeaba la palabra *norte*, otro abajo con la palabra *sur*, a un lado el *este* y, al otro, el *oeste*.

Pasé el dedo a lo largo de la línea de la Costa Este con sus entrantes y sus curvas. Por el largo trozo de tierra que colgaba de la parte de abajo con forma de dedo. Madre decía que ahí era donde se habían escrito las Leyes de Realajo, en alguna parte de la Costa Este. Luego pasé el dedo por la línea de la Costa Oeste. Ahí fue donde tuvieron lugar los primeros realojos. Una vasta inmensidad azul a cada lado de las costas. Una hermosa agua azul. Tanta agua. Nosotros habíamos vivido en alguna parte por el medio. Examiné el centro del mapa pero no supe descubrir exactamente dónde había estado nuestra granja.

La sola idea me ponía triste. Imaginar dónde había estado nuestra granja. Tal vez aún continuara allí, pero ya no era nuestra.

Di la vuelta al mapa con mucho cuidado. En la otra cara, había un mapa de un estado con el nombre de Kansas. Alguien había dibujado un círculo alrededor de una zona en mitad del estado, cerca de un lago llamado Wilson. Tal vez fuera allí donde vivíamos. Tal vez fuera allí donde Madre solía pescar. Volví a darle la vuelta y descubrí que Kansas estaba en mitad de la nación. El lago Wilson era apenas un minúsculo punto en este lado del mapa. ¡Qué grande era nuestra nación!

Alcé la vista hacia la foto de Madre y mía. ¿Habría sido tomada en nuestra casa de Kansas? ¿Era ese el aspecto de la hierba en Kansas? ¿A qué distancia del lago vivíamos? ¿Me habrían llevado alguna vez al lago? Cerré los ojos y traté de imaginarnos a Madre y a mí sentadas en la hierba junto al lago, contemplando el agua, y observando a Padre, un poco más lejos, pescando.

Me alegró que nadie pudiera verme llorar.

Plegué de nuevo el mapa con mucho cuidado, pero me llevó unas cuantas veces conseguir dejarlo como estaba. Lo deslicé en el interior del colchón y luego metí también la foto. El sol había desaparecido tras las copas de los árboles y apenas quedaba luz en el Espacio Habitable. Me levanté y fui a sentarme en la entrada, observando la tierra compacta de nuestra zona común. ¿Dónde viviría ahora? ¿En qué lugar de este inmenso país estaba esta Comunidad Planificada? ¿Quién podría saberlo? ¿A quién podría preguntar? El Vigilante del turno de día debía de estar dando el parte y empezando el ritual que realizaban con cada cambio de turno. Ignoraba en qué consistía, pero no tenía duda de que acabaría, como todos los demás rituales, con un «Alabada sea la República» y la señal circular.

—Emmeline —llamó una voz.

John. Di un salto poniéndome en pie y me acerqué a la ventana trasera.

—Aquí estoy —dije.

—Bien. He sabido lo de Jeremy. Solo quería asegurarme de que estabas bien. ¿Lo estás?

—Supongo que sí. Jeremy fue un estúpido al intentar una locura como esa.

—Nunca debería haber sido emparejado contigo. Nunca. Mi mujer le conocía de la Ciudad de los Niños. Me contó que no era lo suficientemente maduro ni estable, pero que la Autoridad Central está forzando a los niños a que se reproduzcan y sean productivos antes de estar preparados. Ella es quien me ha enviado para comprobar cómo estabas.

—Estoy bien. ¿Cómo está Elsa?

—Creciendo.

—¿Está muy grande?

—No lo sé exactamente. Solo sé que está creciendo. ¿Necesitas algo?

—Creo que no. Me están dando mis cubos de alimento y el agua. La cinta cada vez cuesta más. —Apenas podía distinguir a John entre las sombras del atardecer.

—Conozco a tu Vigilante del turno de noche. Hazle saber si necesitas algo. Me ha prometido echarte un vistazo para asegurarse de que estás bien. —Recordé cómo John me había ayudado a bajarme del ómnibus después del nacimiento de Elsa y lo contenta que Madre se había puesto al verle. Sentí que podía confiar en él.

—¿Y qué pasa con el Vigilante del turno de día? ¿Lo conoces?

—No. Y si no conozco a alguien, no confío en él. Te aconsejo que hagas lo mismo.

—John —dije—, ¿era en Kansas donde solíamos vivir?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso no te contó tu madre dónde solíamos vivir?

—Me contó algunas cosas, pero no todo. He encontrado un mapa.

—¿Has encontrado qué...?

—Un mapa.

—En nombre del cielo, ¿de dónde has sacado el mapa? —Sus ojos se agrandaron, parecía sorprendido, puede que incluso asustado.

—Madre lo tenía escondido. Pero lo he encontrado.

—Eso es contrabando. ¡Menudo descubrimiento! ¡Vaya con tu madre! —Apoyó la cara un poco más cerca de la ventana. Pude sentir la calidez de su aliento.

—Pero ¿vivíamos en Kansas?

—Desde luego.

—¿Y dónde vivimos ahora?

—Esa es una buena pregunta. Fuimos realojados sin que se nos diera ninguna explicación. Eso fue lo que se nos contó. Montados en trenes con las ventanas pintadas de negro. ¿Dónde está ese mapa ahora?

—Escondido.

—¿Puedo verlo? Tal vez pueda descubrir dónde estamos ahora. No sé. Tal vez entre Joan y yo consigamos descubrirlo.

—¿Si te entrego el mapa me traerás a Elsa para que pueda verla? ¿O me llevarás con ella?

—Emmeline, realmente eres digna hija de tu madre. Ella habría estado orgullosa de ti.

Él también parecía estar orgulloso.

—Te daré el mapa y así averiguarás dónde estamos. A cambio me traerás a Elsa para que pueda verla o, como he dicho, me llevarás con ella. Tu mujer trabaja allí. Estoy segura de que podrá arreglar algo, cualquier cosa. Y luego me devolverás el mapa.

Sabía que notaría la impaciencia de mi voz y también que lo que le pedía era imposible, pero estaba desesperada.

Suspiró.

—¿Tienes la más ligera idea de lo que me estás pidiendo? ¿De lo peligroso que podría resultar?

—¿Quieres el mapa?

—Por supuesto, pero...

—No hay peros que valgan. Elsa es todo lo que me queda de mi familia. Y, como has dicho, la familia es importante.

—Pero también lo es permanecer vivo, Emmeline.

No dije nada más. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal como unos fríos dedos. Me quedé allí de puntillas, mirando por la ventana. Se estaba haciendo de noche.

—Dame el mapa. Intentaré pensar en algo. Pero no puedo prometerte nada.

Saqué el mapa del colchón y se lo pasé por el estrecho hueco. Mi brazo estaba temblando. John lo cogió y me apretó la mano, aplacando mis temores. ¡Qué cálido y

fuerte me pareció su apretón!

Entonces se marchó.

Guardé la foto de nuevo en el colchón y me tumbé sobre él. El olor a Madre empezaba a desvanecerse y enterré mi cara contra la tela, tratando de mantenerlo vivo.

Un sonido devolvió mi mente al presente, el crujido de unos pasos en la tierra. El Vigilante haciendo sus rondas. Las pisadas se detuvieron ante mi puerta. Me levanté de un brinco y fui hasta ella, entornándola.

—¿Hola? —susurré. John me había dicho que podía confiar en él, pero aun así esto era algo inesperado.

—Hola —contestó también susurrando—. Es de lo más inusual que la Autoridad Central permita a una mujer vivir sola. Muy inusual. No estaban preparados para la maniobra que organizó ese... como se llame.

—¿Jeremy?

—Sí, él. Era un auténtico niño, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —Sin embargo, la forma en que lo dijo describía a Jeremy a la perfección.

—Siempre andaba regañándome. Amenazando con informar sobre mí por esto o aquello. No hubieran sido más que mentiras. Olvidémoslo, ¿has dicho que estás bien?

Abrí la puerta un poco más y salí al aire fresco de la noche.

—Estoy bien. En serio. Y gracias por el huevo.

—Un placer. Los trabajadores del turno de noche recibimos un huevo duro con nuestro cubo de alimento para que lo tomemos en mitad de la guardia. Pero pensé que tú lo necesitarías más que yo. —Su voz tenía un sonido amable, suave y agradable.

—¿Cómo te llamas?

—David. Tu nombre ya lo sé, Emmeline. Un bonito nombre. Apuesto a que te trasladarán muy pronto a otra parte, en cuanto sepan lo que hacer contigo. Ojalá no sea así. —Me tocó el hombro al pasar—. Que duermas bien, Emmeline.

Era el segundo roce humano en un día. Y, durante un breve instante, sentí que no estaba sola. Entonces se marchó, para hacer sus rondas, desapareciendo en la oscuridad de la noche. Apoyé mi mano donde me había tocado y dejé que mis dedos permanecieran ahí un momento, antes de darme la vuelta y entrar en mi vacío Habitación.

Capítulo diecinueve

El día siguiente fue muy largo. Había llovido con fuerza durante toda la mañana, haciendo que la zona común se transformara en un barrizal oscuro. Incluso dentro de casa todo parecía húmedo. Las barras laterales de mi cinta energética estaban frías y resbaladizas.

El Vigilante del turno de día no hizo sus rondas sino que se quedó protegido bajo su poncho de lluvia junto a la verja. No apareció ningún ómnibus. Probablemente había demasiado barro en el suelo para que el Equipo de Transportes pudiera arrastrarlo por el sendero.

Deseé haber tenido uno de los libros que Madre solía leerme. De haber tenido uno, lo habría colocado en la barra frontal de la cinta para poder leerlo mientras caminaba y así hacer que el tiempo pasara más rápido. Con nadie con quien hablar, deseé que John me llamara desde el otro lado de la valla. Pero nadie estaría tan loco como para ponerse debajo de los árboles con esa tormenta.

La tarde fue aún peor. Los truenos descargaban siniestros y fuertes, cubriendo el cielo de nubes negras que se abrían para dejar paso a los rayos. Me bajé de la cinta, temiendo que una descarga pudiera alcanzar el metal y enviar una inimaginable corriente eléctrica a través de mi cuerpo. Madre siempre me había alertado sobre los rayos que golpean el metal con más energía de la que podríamos producir en toda una vida caminando en la cinta.

Me acurruqué en el colchón de Madre esperando a que pasara la tormenta. Dormité un rato y, cuando desperté, las nubes ya no eran tan oscuras sino plateadas. El sol se filtraba a través de la tronera dándome en la cara. Me sentí tan bien, tan calentita, tan..., no sé, *esperanzada*...

Salí a la entrada para sentir el sol sobre mi piel. Por encima de los árboles se veía un doble arco iris, nítido como el cristal y de fuertes colores. El arco interior, rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta. Madre me había enseñado un verso formado con las letras de cada color:

*El arco se llama Ron A. Va
para recordar a los colores y la alegría que da.*

Los colores del arco iris exterior estaban invertidos. No tenía un poema para ello.

Aún tenía que terminar de andar en la cinta. Y eso hice. Hacer lo que pueden monitorizar. La aguja avanzaba despacio hacia el final, casi como si se arrastrara.

El Vigilante de la Verja dejó mi cubo de alimento y el agua en el buzón y se marchó. Ahora estaba segura de que era el mismo que teníamos cuando vivíamos en el Recinto de Transportes. También sabía que John estaba en lo cierto cuando me advirtió que no me fiara de él. Esperaría al cambio de turno para acercarme al colchón de Madre y buscar más tesoros.

Casi había anochecido cuando David llegó a su puesto y habló con el Vigilante del turno de día, que señaló hacia mi Espacio Habitable. Finalmente hicieron la señal circular y David tomó el relevo.

Había llegado el momento de explorar en las profundidades, de llegar al fondo del colchón de Madre. Saqué la foto y la apoyé contra la pared. Estaba empezando a desarrollar mi propio ritual, algo que me proporcionaba un gran consuelo. Rebusqué por encima del paquete de recetas, llegando más al fondo, tanto como mi brazo me permitía sin desgarrar más la hendidura.

Algo firme.

Liso.

Un libro. *El Principito*. Mi favorito entre todos los que Madre solía leerme. Recordé que el autor tenía un nombre extraño. Antoine de Saint-Exupéry. Madre dijo que era francés. Me gustaba ese libro sobre todo por los dibujos. Cuando aún teníamos papel, intentaba copiarlos, y allí, al abrir la tapa, encontré un dibujo de los que había hecho, doblado. Era el del Principito mirando una estrella. Justo debajo había copiado unas palabras del libro: *Cayó tan suavemente como cae un árbol. No hizo ningún ruido.*

Madre lo había conservado para mí. Tenía que haber una razón. Quizá pensara que algún día sería libre y podría leerlo de nuevo.

Mi espacio estaba demasiado oscuro para poder seguir leyendo. Deslicé todas las cosas de nuevo en el interior del colchón y me acerqué a la entrada. David estaba en la verja. Alto, de hombros anchos, caderas estrechas y largas piernas. Su cabello oscuro le caía sobre la frente enmarcando perfectamente su firme mandíbula. Me hizo un pequeño saludo sin levantar el brazo, moviendo solo los dedos. Sonreí, e imité su gesto secreto. Tal vez más tarde, cuando hiciera las rondas, podríamos hablar un momento o quizá cuando me trajera el cubo del desayuno. La idea me reconfortó.

Me costó quedarme dormida a causa de mi siesta tardía. El colchón de Madre estaba lleno de bultos por haber movido los tesoros ocultos. A lo largo de los años debían de haber formado sus pequeños espacios, moldeándose con el colchón, pero ahora yo había cambiado todo aquello, descolocándolo.

—Emmeline. —El susurro me llegó a través de la ventana—. Soy yo, David. Estoy al otro lado de la puerta.

Sentí cómo el pulso de mi cuello se aceleraba, desbocado. Me levanté, ajustando el cinturón de mi camisola de dormir, y fui hasta la puerta. Esta vez me pareció incluso más alto. Y tan fuerte... La camisa se pegaba contra su pecho. Una persona con mucha presencia.

—John me pidió que comprobara si estabas bien. No te importa, ¿verdad?

Sentí que mi cara enrojecía. Confié en que no pudiera verla.

—No, no me importa. En absoluto. No he hablado con nadie en todo el día.

—Cambiarán eso en cuanto puedan. No aprueban que alguien viva solo. No es un aprovechamiento útil del espacio.

—¿Quieres pasar?

—Está prohibido. —Hizo una pequeña pausa—. Pero ojalá pudiera.

—Nadie tiene por qué enterarse. —No podía creer lo atrevida que estaba siendo.

Él dio un paso para acercarse. Me tocó la mejilla. Sonrió.

—Tal vez lo intente al terminar mis rondas. Pero solo si el Recinto está dormido.

Se dio la vuelta para irse, pero entonces se giró de nuevo.

—Quizá podamos fingir que tenemos una cita.

Y tras decir eso, se marchó.

Alisé las arrugas del colchón de Madre. Poco antes había dejado colgada la camisa y los pantalones del uniforme en las barras laterales de mi cinta. Aproveché para doblarlos pulcramente y dejarlos sobre la estantería de la zona de baño. Eché un vistazo alrededor bajo la pálida luz y decidí que mi Habitáculo estaba presentable.

Entonces me senté a esperar.

Y esperar. ¿En qué estábamos pensando? David tenía razón. Algunas cosas estaban prohibidas. Los Vigilantes no tenían permitida la entrada a ningún Espacio Habitable. Los hombres y mujeres sin emparejar no podían encontrarse en privado.

Pero no me importó.

Finalmente escuché el suave sonido de sus pasos, y vi su silueta contra la puerta.

—Pasa —susurré.

Atravesó el umbral y dio varios pasos hacia el interior.

—Entra. Siéntate.

—Será mejor que me quede cerca de la puerta. Ya sabes, por si acaso.

Me acerqué a él.

—¿Qué estaba diciéndote el Vigilante del turno de día sobre mí? Vi cómo señalaba hacia aquí.

—Ah, él. Solo me estaba recordando que había una mujer sin emparejar en el Recinto. Como si no lo supiera.

—Y tú, ¿estás emparejado? —pregunté, arrepintiéndome de inmediato. No era asunto mío.

—Los trabajadores del turno de noche no podemos ser emparejados porque

entonces nuestra pareja estaría sola toda la noche. Así que no, estoy solo.

Sentí una absurda sensación de alivio.

—No dejarán que te quedes desparejada por mucho tiempo. Lo sabes, ¿verdad?
—inquirió.

—Espero que no sea con otro Jeremy.

—Yo también lo espero. John dice que no hay ningún adulto macho disponible que esté listo para abandonar la Ciudad. De modo que no sé. Supongo que habrá que esperar a ver qué sucede.

Se acercó un poco más a la entrada y escuchó. Todo estaba tranquilo.

—Tú y John sois amigos, ¿no?

—Es mi padre.

La cabeza me daba vueltas. John había sido nuestro vecino, lo que significaba que David también lo había sido.

—¿Conociste a mi familia? ¿Éramos vecinos?

Antes de que pudiera contestar, escuchamos el sonido de alguien gritando. Una mujer.

—Es la del Habitáculo 2. Tiene pesadillas. Más vale que me vaya. Algunas veces se despierta y empieza a pasear de un lado a otro.

Y entonces se marchó, dejándome sola con aún más preguntas de las que tenía en un principio.

Capítulo veinte

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me encontré con una sorpresa. Allí, sobre la encimera, estaba mi cubo de alimento, el agua y, al lado, un huevo duro y un sobrecito de sal. Pero también un ramillete de flores. ¡Flores! Un tallo largo con pequeños capullos color lavanda que desprendían una fragancia dulce y suave.

El huevo estaba frío y brillante. Tenerlo en la mano era como una promesa. Era un huevo tan perfecto, tan especial, que no me pareció bien comerlo en ese momento y, en su lugar, me lo guardé en el bolsillo. Antes de ocultar las flores entre mi colchón y la pared, acaricié los sedosos pétalos con los dedos y luego los acerqué lentamente a mi mejilla, dejando que me cosquillearan la cara y manteniéndolos un momento bajo mi nariz. El olor era tan maravilloso que me sentí aturdida.

Los pasos del Vigilante se oían muy cerca. Se detuvo ante mi umbral y echó un vistazo al interior. Tenía una nariz pequeña y afilada, y labios finos. La piel se me erizó. Tamborileó con sus dedos sobre la porra que colgaba de su cinturón y luego continuó su paseo. Fui hasta la puerta y la cerré.

Tendría que hablarle de esto a David. Sin duda tenía algo que ver con la monitorización y con buscar infracciones. Me subí en la cinta y empecé a andar, un paso detrás de otro, pero mi mente estaba atestada de pensamientos. Voces y palabras se entremezclaban como una bandada de pájaros, revoloteando de un pensamiento a otro, y luego regresando al anterior.

Recordé todo lo que Madre me había enseñado. *Haz lo que puedan monitorizar.* La voz de Padre: *Haz lo que te digan. Prométemelo. Prométemelo.*

Mis pies pisando con fuerza la plataforma, golpeando, marchando.

La voz alta y chillona de Jeremy. *Te odio. Te odio. Eso es lo que eres.*

Y luego, voces reconfortantes. *Pequeña tetera. Pequeña tetera. Pequeña tetera. La familia es importante. Prométeselo a tu madre. Prométemelo. Prométemelo.*

La aguja avanzaba despacio. Intenté caminar más rápido, seguir el ritmo de las voces, dejarme llevar por cómo me hacían sentir las palabras.

Lamentamos informarle. Sentimos su pérdida.

Estaba sudando. La camisa empapada de mi uniforme se me pegaba al cuerpo. Chorros de sudor corrían entre mis pechos.

No puedes ver a tu bebé. Es ridículo.

Madre leyendo *El Principito*: *Viví entonces solo, viví entonces solo, viví entonces solo.*

El-sa. El-sa.

Mi cara estaba húmeda. ¿Era sudor o lágrimas?

La aguja continuaba moviéndose.

* * *

Justo antes del anochecer escuché a John en mi ventana.

—¿Cómo se llega al otro lado de la valla? —le pregunté.

—Lo siento, ese es mi secreto.

—Háblame del mapa y de Elsa.

—Mi suposición es que estamos en Pennsylvania o en Ohio o en Virginia Occidental. Pero es solo una suposición. Y tengo algo más que contarte. Escucha atentamente.

Miré por encima de mi hombro. A través de la puerta abierta podía ver lo suficiente como para saber si el Vigilante estaba en su puesto. Lo estaba.

—¿Me estás escuchando? ¡Mírame! —Su mano golpeó el borde de la tronera.

Sorprendida me volví hacia él.

—La Autoridad ha intentado resolver el problema de qué hacer contigo. Una mujer joven, en edad reproductiva y sin pareja disponible.

—¿Qué va a pasar?

—Es un secreto. No puedes compartirlo con nadie. ¿Entendido?

—Entendido.

—Están considerando destinarte a la Ciudad de los Niños.

Contuve el aliento. ¡Elsa! Debí de decirlo en alto porque John replicó:

—Silencio. Mantén la voz baja.

—¿Cómo sabes todo eso? —susurré, posando mi mano sobre el borde de la tronera.

—Le conté a Joan lo que habías dicho sobre que trabajaba allí y que querías ver a Elsa y todo eso. Lo que dijiste tiene sentido.

Contuve la respiración, notando la presión en el pecho, queriendo escuchar más y mirándole fijamente.

—Ella ha solicitado más personal. La Ciudad tiene algunos problemas que la preocupan.

Los árboles que tenía detrás se agitaron con la brisa, las hojas verdes estremeciéndose.

—Aún no ha sabido nada definitivo. Pero yo trabajo en el Equipo de Transportes, ¿recuerdas? La Autoridad olvida que somos hombres y nos tratan como si fuéramos

caballos. Así que ellos hablan y yo escucho. Mientras esté en mi arnés, mirando directamente al frente, solo soy una parte del vehículo.

—¿Cuándo lo decidirán definitivamente?

—No lo sé. Pero lo están discutiendo. —Apoyó su mano sobre la mía y la dejó ahí—. Pero presta atención a lo que voy a decirte. Si vienen a anunciarte su plan, escúchales en silencio. Mantén los ojos bajos. Di algo así como: «Gracias, señor, pero no creo que esté cualificada».

—Pero quiero que me destinen allí.

—Y ellos quieren tener el control. Te garantizo que si les dices que no crees estar cualificada, te responderán que son ellos los que deciden quién lo está y quién no. Si demuestras que estás contenta con su decisión, sospecharán. No se fían de la gente contenta. Todos debemos ser igual de miserables.

Miré hacia la puerta. El Vigilante estaba comenzando sus rondas finales antes del cambio de turno.

—Tienes que irte. Se está acercando.

—Prométemelo. Ojos bajos y comportamiento humilde.

—¿Puedo contárselo a David?

—¡No! Aún no. No se lo digas a nadie.

Y entonces se marchó, como una sombra internándose en el bosque.

* * *

David se deslizó por mi puerta después de haber completado sus rondas nocturnas. Yo había sacado las flores de su escondite y las estaba sosteniendo cuando apareció.

—¿Te gustan? —preguntó.

—¡Pues claro! Pero ¿y si te hubieran pillado? ¿Qué habría pasado?

—No preguntes. No preguntes que no quiero malgastar nuestro tiempo juntos. Basta con que sepas que he sido muy cuidadoso. ¿Te gustó el huevo?

¡El huevo! Aún estaba en mi bolsillo. Lo saqué y empecé a pelarlo. Los afilados pedacitos de cáscara cayeron en mi regazo. Cuando terminé, se lo tendí.

—Por favor, compártelo conmigo.

Sonrió y cogió el huevo. Observé su boca mientras le daba un mordisco. Sus labios de aspecto suave. Luego me devolvió el huevo y comí un trozo. Observó mi boca. Me pasé la lengua por los labios, saboreando los restos, saboreando el momento.

Nunca antes un huevo me había sabido tan bien.

Capítulo veintiuno

A la mañana siguiente descubrí pequeños trozos de cáscara de huevo en el suelo. Sonreí mientras los barría, y sonreí aún más cuando encontré otro huevo junto a mi cubo de alimento del desayuno. Lo guardaría para la noche, cuando viniera David.

Hacia media mañana, cuando el sol ya estaba muy alto por encima de los árboles, percibí el traqueteo y el chirrido de las ruedas de un ómnibus deteniéndose ante la verja. Me acerqué a la puerta, preguntándome quién vendría al Recinto. Era el vehículo de la Autoridad Central y John iba en el Equipo de Transportes. Se quedó erguido e inmóvil, con los ojos mirando al frente.

Dos Representantes de la Autoridad se bajaron del ómnibus y hablaron brevemente con el Vigilante del turno de día, que mantuvo los ojos fijos en el suelo, incluso cuando hizo la señal circular. Qué extraño. Entonces empezaron a caminar hacia mí. Ya me había puesto mi pañuelo y comprobado, una vez más, que las flores quedaban ocultas detrás del colchón. Para cuando llegaron a mi puerta todo estaba en orden.

El Vigilante se entretuvo fuera hasta que uno de los Representantes de la Autoridad le ordenó que regresara a su puesto. Hizo la señal circular otra vez y se alejó lentamente, mirando hacia atrás un par de veces. Eran todos unos cotillas, sin excepción. Cuando estuvo de vuelta junto a la verja, los Representantes de la Autoridad entraron en mi espacio indicando que podía sentarme.

Me temblaban las rodillas de tal modo que me alegré de estar sentada. Ellos permanecieron de pie, mirándome desde arriba, y sin querer presentarse deliberadamente. Una autoridad anónima. Decidí pensar en ellos como Número Uno y Número Dos. Por supuesto, ambos llevaban bigote. Y ambos eran altos. Pero el Número Uno tenía una cicatriz, una irregular línea roja que cruzaba su mejilla izquierda.

Número Uno fue el primero en hablar.

—Alabada sea la República.

Repetí el saludo con los ojos bajos. Las puntas de mis zapatos estaban polvorientas. Quise frotarlas con la parte trasera de mis pantalones para quitarles el polvo, pero tenía miedo de moverme. Crucé las manos sobre mi regazo.

—Ciudadana, como sabes, las mujeres reproductoras desaparejadas deben ser

emparejadas lo más pronto posible. No es aceptable que estés sola. Eso no le resulta de utilidad a la República.

Asentí.

—Sin embargo, si seguimos los procedimientos normales, por el momento no hay ningún macho reproductivo disponible. Esto, por supuesto, se encuentra fuera del control de la República.

¡Qué ridículo sonaba! La República que todo lo controla, y él diciendo que esto escapaba a su control. Mantuve los ojos bajos. No necesitaba saber cuál de los dos me estaba hablando. Ambos sonaban igual, con sus voces profundas y pomposas.

—Sin embargo, no hay situación cultural, económica o social que la Autoridad Central no pueda abordar y resolver.

—Alabada sea la República.

—Alabada sea la República.

Las puntas de sus zapatos también estaban polvorientas.

—La Autoridad Central ha encontrado una solución innovadora y conveniente.

Mis manos estaban sudorosas. Quise secármelas en el uniforme pero, en vez de eso, las mantuve en mi regazo.

—Has demostrado ser capaz de reproducir. Alabada sea la República.

Repetí la contestación. Notaba la boca seca y me temblaba la voz.

—La Autoridad ha identificado a un macho reproductivo, un Vigilante del turno de noche que aún no ha sido emparejado.

El corazón me daba tumbos.

—Normalmente los Vigilantes del turno de noche no son emparejados porque sus compañeras estarían solas durante la noche, lo que no es aceptable. Para remediar ese aspecto, la solución de la Autoridad Central es la siguiente: serás asignada como trabajadora a la Ciudad de los Niños.

—Pero, señor —dije—, no sé si estoy cualificada.

—La Autoridad decide quién está cualificado y quién no. —Su voz era áspera.
Alabado sea John.

Quería levantar la vista. Quería ver su cara. Pero mantuve los ojos sobre mis polvorientos zapatos.

—Los Vigilantes del turno de noche son, a menudo, machos incapaces de reproducir. Pero se ha identificado a uno que es reproductivo.

Al alzar la vista, pude distinguir los pelos de su nariz y una verruga bajo su barbilla. No pude evitar mirarla fijamente mientras hablaba.

—Serás asignada al turno de noche en la Ciudad de los Niños. Él continuará como Vigilante del turno de noche pero ya no residirá en los barracones de los guardianes. Eso será así hasta que quede disponible una plaza en el turno de día. Si eso ocurre, tu posición en la Ciudad de los Niños será reevaluada. Esta solución

demuestra, una vez más, la sabiduría de la Autoridad Central. Alabada sea la República.

Estaba tan sorprendida que no pude repetir la frase.

Él no pareció advertir mi silencio.

—Mañana por la mañana te llevarán a la Ciudad de los Niños para que recibas una orientación general. En dos días se te presentará a tu pareja, y la Ceremonia de Emparejamiento se realizará públicamente en la Reunión Informativa Comunitaria. Dada la naturaleza histórica de esta decisión, tendrá que celebrarse ante todos los Ciudadanos.

Hubo un breve silencio. Casi podía oler las flores escondidas junto a mi colchón. Las flores de David.

—Continuarás viviendo en este Recinto con tu pareja. No se te exigirá que camines en tu cinta de energía mientras estés trabajando en la Ciudad de los Niños, pero se te pedirá que utilices una bicicleta energética que se te proporcionará en breve. ¿Tienes alguna pregunta?

Sí, muchas, pero sacudí la cabeza negativamente.

—Alabada sea la República. —Señal circular.

—Alabada sea la República. —Señal circular. Y tras eso se marcharon.

El ómnibus se puso en movimiento. John miró hacia mí y creo que sonrió. El Vigilante me miró y escupió en el suelo. Incluso como Vigilante era un hombre pequeño.

Cuando la carretera se quedó vacía, sentí como si hubieran absorbido el aire de mi Espacio Habitable. Como si estuviera en un espacio en el que se hubiera hecho el vacío. Empecé a dar vueltas a un lado y otro, una y otra vez.

Alabada sea la República.

Iba a trabajar en la Ciudad de los Niños. ¡En la Ciudad de los Niños con Elsa! Era demasiado bueno para ser verdad. Pero es lo que habían dicho. *Ya voy, Elsa, ya voy.* Y sería emparejada con un Vigilante reproductivo del turno de noche. Tenía que ser David. Debía ser David.

Quería salir corriendo fuera, sentir el sol, mirar los árboles, tocar la tierra.

Cálmate. Cálmate. Termina la cinta.

Haz lo que puedan monitorizar.

* * *

Mucho más tarde, después de terminar sus primeras rondas, David entró sigiloso en mi Habitación.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondí.

—Me sorprende que aún estés aquí. Pensé que a estas alturas...

—Imagino que no hay machos reproductivos disponibles.

Oí cómo respiraba profundamente, como un resuello.

Entonces no debe de ser él, me dije. O quizá aún no lo sabe. Pero no me atreví a decir nada. Alguien podía escucharnos, y no quería arriesgarme a arruinarlo todo.

—Tengo el huevo —dije. Y empecé a descascarillarlo—. ¿Dónde vives? ¿En qué Recinto?

—Tienen un lugar segregado para los Vigilantes del turno de noche. Una especie de barracones cerca de la Ciudad de los Niños. Trabajamos en turnos de doce horas por la noche y dormimos durante el día.

—¿Y qué tal son los otros Vigilantes de noche? —pregunté.

—Un poco escuálidos. Productos de la Ciudad de los Niños, la mayoría. Más jóvenes que yo. No les gusta el trabajo y protestan por todo. ¿Por qué?

—Solo me preguntaba. —Terminé de pelar el huevo—. Toma —dije, poniendo el huevo y el sobrecito de sal en la palma de su mano. El contacto de nuestras manos pareció durar más de la cuenta. David levantó el huevo y dio un pequeño mordisco a la punta. La forma en que sostuvo mi mirada mientras sus labios se cerraban sobre los dientes hizo que el estómago me diera un vuelco.

Junté las manos y fijé ávidamente la vista en ellas.

—Cuéntame más cosas de los otros Vigilantes.

—En otro momento —declaró.

Entonces me besó. Un suave y vacilante regalo que sabía a huevo.

—No puedo quedarme —explicó—. Aunque me gustaría hacerlo.

—Lo sé —susurré, mi cabeza se acomodó en el hueco de su hombro, mis brazos rodeando su espalda.

—Es por la señora que tiene pesadillas —dijo—. Ayer por la noche la encontré merodeando por el Recinto. Sonámbula, supongo. Debo asegurarme de que se quede en su espacio. Cuando anoche le pregunté qué estaba buscando me dijo que su casa. La llevé de vuelta a su espacio mientras continuaba diciendo: «No es aquí. No es aquí». Finalmente su pareja se asomó a la puerta y se hizo cargo de ella. Me pidió que no lo mencionara en mi informe.

—¿Y lo harás?

—Claro que no. Se supone que debemos informar de lo inusual. Solo es una mujer triste. No hay nada inusual en que alguien esté triste.

Pensé en Madre. Tenía razón.

Me volvió a besar y se marchó a su puesto.

David. Alguien que respeta la tristeza.

* * *

El ómnibus apareció a la mañana siguiente justo cuando acababa de terminar mi cubo de alimento. Estaba preparada y con el pañuelo puesto. El Vigilante del turno de día hizo una anotación en su cuaderno cuando crucé la verja. No le miré, pero pude sentir cómo me observaba fijamente. Aunque el sol apenas asomaba sobre la copa de los árboles, el día era cálido. John, que formaba parte del Equipo de Transportes, estaba ya empapado de sudor. Pasamos el comedero de ardillas, atiborrado de grano. Los pájaros piaban estruendosamente en los árboles, volando libremente de un lado a otro, a veces tirándose en picado entre las ardillas para robar algo de su abundante comida. El sol se filtraba a través de las hojas. Rodeada por el sonido de los pájaros, por sus gorjeos y trinos, cerré los ojos y disfruté del balsámico aire que calentaba mis brazos, respirando hondo el olor fresco de la hierba verde.

Y entonces llegamos ante la puerta de la Ciudad de los Niños. El patio de recreo de tierra seca estaba otra vez sin niños, sus cintas energéticas de juguete pulcramente alineadas. Una mujer en uniforme blanco esperaba junto a la puerta principal. ¡La mujer de John! La última vez que la había visto, al lado de John, en la Reunión Informativa Comunitaria iba vestida de rosa. Ahora su uniforme era blanco. Pensaba que solo las carabinas vestían de blanco. Se acercó al ómnibus y me hizo un gesto para que bajara.

—Hola —saludó—. Me llamo Joan. Soy la Supervisora de la Ciudad de los Niños.

Le tendí la mano.

—Yo soy Emmeline.

Estrechó mi mano entre las suyas y entonces se dirigió al Equipo de Transportes:

—Por favor, regresad en dos horas. Ya he efectuado la solicitud pertinente para ello. Gracias.

No miró a John ni él la miró a ella. Eso debía de ser algo que podía ser monitorizado.

La seguí hasta el edificio, atravesando un largo vestíbulo en penumbra hasta llegar a una habitación que ella llamaba su oficina. Una vez dentro, cerró la puerta.

—Siéntate. —Me señaló una silla.

Tenía un aspecto endeble y cuando me senté en ella crujió. El escritorio era pequeño y con la superficie rayada. El sol bajo de la mañana se filtraba a través de los estrechos huecos de ventana que había a su espalda, por lo que apenas podía ver su cara. Pero su voz era amable y suave.

—¿Comprendes que has sido asignada por la Autoridad Central para trabajar en el turno de noche, aquí, en la Ciudad de los Niños?

Asentí.

Bajó la voz y se inclinó hacia delante.

—He cambiado los datos de nacimiento de uno de los bebés antes de requerir

ayuda adicional.

Me llevé la mano a la boca para ahogar un gemido.

Ella se recostó en la silla y continuó con voz normal.

—¿Comprendes que el turno de noche va desde el anochecer hasta el alba?

Asentí de nuevo, pero mi mente aún estaba pensando en todos los riesgos que había corrido por mí, por Elsa.

—El personal del turno de noche trabaja en las habitaciones rosas, en las azules y en la guardería.

Mi corazón dio un brinco al oír la última palabra. Elsa estaría en la guardería. Podría verla.

—Las rondas se realizan en todas las áreas para que las necesidades de los niños estén siempre atendidas. Últimamente ha habido algunos problemas. —Hizo una pausa—. Problemas que tienen que ver, en general, con el aparente retraso en el desarrollo de los bebés. Pude advertirlo cuando trabajé en la habitación rosa. Por supuesto, no todos los niños sufren ese problema —añadió rápidamente—, pero hay muchos que sí.

—¿Qué significa «retraso en el desarrollo»?

—Significa que no ganan tanto peso como deberían. Y que no aprenden a rodar sobre sí mismos o a sentarse ellos solos a la edad apropiada. Cosas así.

Estuve a punto de preguntarle por Elsa. Pero si ella tenía retraso en el desarrollo, John me lo habría dicho. Me apreté el pulgar entre los dedos, obligándome a mantenerlo lejos de la boca y esconder mi nerviosismo.

—En la última inspección realizada mencioné mi preocupación a las Autoridades —explicaba Joan—. La Ciudad es inspeccionada con regularidad y minuciosidad. El futuro de la República depende de nuestros niños. Alabada sea la República.

—Alabada sea la República —respondí.

—En consecuencia, he sido designada para ser Supervisora. Es un cargo nuevo. Tendré que vestir de blanco hasta que decidan qué color asignarme. Hasta el momento la Ciudad de los Niños nunca había tenido un Supervisor. No sé si estaré cualificada para el cargo. —Retorcía sus manos unidas con pequeños movimientos—. Me da miedo pensar en lo que pasará si fracaso. Si no soy capaz de hacer que las cosas cambien, si no estoy lo suficientemente cualificada para mejorar las cosas...

—La Autoridad decide quién está cualificado y quién no —dije tratando de reconfortarla con las mismas palabras de su marido.

—Sí, así es. Lo hace. Aprendes con rapidez, ¿no es así, Emmeline?

Asentí y sonreí, pero mantuve la cabeza baja y la vista apartada.

—Está bien. Solo hay una cosa que exijo de mi plantilla: que atiendan las necesidades de los niños. Es lo menos que podemos hacer. ¿Tienes alguna pregunta?

—Está muy claro lo que esperas —dije.

—No del todo, me temo. No del todo. Por eso estás aquí.

La miré y vi que parecía triste.

—¿Por qué estoy aquí?

—Porque te necesito. —Se inclinó hacia delante, su boca pegada a mi oreja, y susurró—: Y porque Elsa te necesita.

Capítulo veintidós

A través de la ventana vi a los niños caminando detrás de varios adultos que imaginé que serían sus Cuidadores. Niñas vestidas de rosa y niños pequeños de azul seguían a sus Cuidadores en ordenadas filas rectas hasta las cintas de energía. Entonces, los Cuidadores se apoyaron contra la valla. Pude oír el débil canto de los niños desde la distancia:

*Cada día camino en mi cinta,
camino en mi cinta,
camino en mi cinta.
Cada día camino en mi cinta,
por mi bella República.*

Joan me pilló mirando por la ventana.

—Esos son los niños de cuatro a seis años. Ojalá hubiera más. Los grupos de mayores son todavía más reducidos.

—¿Y por qué?

—Eso forma parte de lo que me preocupa. Los niños —hizo una pausa y se encogió de hombros—, simplemente, parecen apagarse. Desconectar. Desconectar de los demás. Y de sus Cuidadores.

—¿Están despiertos ahora los bebés?

—Su higiene matinal ya ha sido completada. Así que deben de estar en su siesta de la mañana. A los párvulos les están enseñando los lemas de la República.

—¿Puedo verlos? Quiero decir, a los bebés. —Por favor, por favor.

—Por supuesto. Pero primero quiero tratar algunas cosas contigo. Más tarde daremos una vuelta.

Paciencia, me dije. Ten paciencia.

—Hay más Cuidadores en el turno de día que en el de noche porque de día suele haber más actividad. Hasta el momento, solo teníamos una Cuidadora en el turno de noche. Sin embargo, creo que los niños estarán mejor atendidos si sois dos. La Cuidadora del turno de noche se llama Lizzie. No está emparejada. Esa ha sido la postura de la Autoridad Central para los trabajadores de los turnos nocturnos. Los Ciudadanos no reproductivos trabajan en los turnos de noche. Al menos hasta ahora.

—Me sonrió—. Lizzie duerme en una zona separada de la Ciudad. Ahora está descansando, así que no podrás conocerla hasta que hagas tu primer turno. Nunca he trabajado codo a codo con ella, de modo que, en realidad, no la conozco. —Se inclinó hacia delante, acercándose a mí—. Al menos, no tan bien como debería.

John me había dicho: *No confíes en nadie a quien no conozcas*. ¿Acaso su mujer estaba intentando decirme algo? Me incliné a mi vez hacia ella como si la cercanía fuera a aclararme su sutil mensaje.

—Tus responsabilidades incluirán rondas cada hora por todos los espacios de los niños. En los períodos entre rondas deberás quedarte en la zona de bebés.

—Con Elsa —concluí.

—Atendiendo las necesidades de los niños. Por ejemplo, los bebés tienen programadas sus horas de comida. Los alimentos y los horarios de las comidas están en el almacén de suministros. Deberás coger a los bebés en brazos cuando les des sus biberones.

Se levantó y me hizo un gesto para que la siguiera por un pasillo que olía a solución desinfectante. Una cálida brisa llegó flotando desde la puerta.

—No debes reponer existencias. Eso podría alterar el sueño de los niños. La reposición se hace durante el turno de día.

Asentí.

—Si un niño parece lo suficientemente enfermo como para necesitar una intervención, colgarás la bandera de la Ciudad de los Niños para que sea trasladado a los Servicios Humanos de Salud. Entre los síntomas que requieren intervención se incluyen: dificultad para respirar, vómitos incontenibles o llanto prolongado imposible de controlar.

Caminábamos lentamente mientras me hablaba. Yo escuchaba atenta, decidida a hacer cuanto me decía.

—La fiebre se trata con medicación. Las tablas de medicación están disponibles en el almacén de suministros. Los procesos febriles que no respondan a la medicación en doce horas serán transferidos a los Servicios Humanos de Salud. ¿Tienes alguna pregunta?

—Por el momento no.

Entró en un cuarto de suministros y cerró la puerta detrás de mí. Estábamos solas pero aun así me habló en susurros.

—Tu primer turno será en dos días. Tengo entendido que mañana serás emparejada.

—¿Mañana? No lo sabía.

—Además —se inclinó hacia delante—, quiero que sepas que una vez tuve una hija. Murió a causa de una enfermedad. Su nombre era Lois. Era, más o menos, de tu edad. Y también tengo un hijo. Se llama David. Fue criado en casa, al igual que tú.

Estudié su cara y descubrí una enorme sonrisa plasmada en ella.

—Él aún no lo sabe —explicó—. Se lo comunicarán hoy.

Me llevé las manos a la cara. No podía hablar. Me costaba respirar.

—¿Me estás diciendo que...?

—La Autoridad quería emparejarte con uno de los chicos mayores de la Ciudad. Querían comprobar si tenían éxito. —Se encogió ligeramente de hombros—. Jeremy fue un error. Traté de advertírselo. Pero no me escucharon.

»Después de Jeremy, regresaron buscando otra pareja para ti, un macho de la Ciudad. Pero ninguno de los chicos es aún suficientemente maduro. Les sugerí que buscaran entre los Vigilantes. ¡Ni siquiera se les había ocurrido! Puede que incluso mencionara de pasada el nombre de David. —Sonrió—. ¡Y funcionó!

Me incliné aún más, pendiente de cada una de sus palabras.

—Los niños criados en sus casas —dijo— son especiales. Créeme. Lo veo cada día y también veo a los criados en la Ciudad de los Niños. Noto la diferencia. —Apoyó una mano en mi hombro—. Bienvenida a la familia.

La familia es importante. Eso es lo que John había dicho. Ahora podía sentir la verdad de ello, fluyendo cálidamente desde la firme presión de la mano de Joan.

—Está bien —declaró—, ¿preparada para el resto del recorrido?

Mi corazón se aceleró. Asentí.

Cuando volvimos al pasillo, dos trabajadoras de la Ciudad pasaron por delante de nosotras guiando a un grupo de niños desde el patio. Los niños iban callados y caminaban en ordenadas filas de dos en fondo. Joan guardó silencio hasta que se alejaron. Continuamos por un pasillo flanqueado por pequeñas habitaciones a cada lado.

—Las clases de las niñas están a la izquierda, y las de los niños a la derecha. La Autoridad Central ordena la segregación por género después de la infancia, así que deberás atenerte a esa regla lo mejor que puedas cuando trates con los niños. Las clases llevan letreros según las distintas edades.

Las aulas de cuatro a seis años estaban vacías. Aún seguían afuera aprendiendo sus obligaciones en sus cintas energéticas. Recordé lo fácil que era caminar en mi cinta de juguete junto a Madre, casi como un juego.

—Ha habido algunos rumores —comentó Joan, como si pudiera leer mi mente— sobre poner un poco más de fricción en las cintas de los niños. Supongo que cada gramo de energía cuenta. Aún no se ha tomado ninguna decisión.

Pensé en la tierra compacta de la zona común, en el patio de recreo, y en todas esas cintas energéticas de juguete alineadas y espaciadas uniformemente. Pensé en los niños que habíamos visto pasar, silenciosos, de dos en dos. Niños que nunca habían visto a sus madres. Si las cintas de juguete fueran reemplazadas por otras con fricción, eso convertiría el juego en trabajo. Haría que esos silenciosos niños se

volvieran aún más silenciosos. Acabaría con las risas. ¡Y todo en nombre de la producción de energía! Sentí que una gran tristeza se abatía sobre mí, como un grueso manto de niebla, a pesar de que aquel debía ser uno de los días más felices de mi vida. Sacudí los hombros intentando quitarme esa sensación.

—Estas son las aulas de los niños de siete a nueve años —indicó Joan.

Me detuve para poder ver a los niños. Las niñas a la izquierda, los chicos a la derecha. Ambos grupos mirando las banderas de la República en sus respectivas clases, el emblema de la Tierra, con sus brillantes colores azul y verde, en el centro. Estaban haciendo la señal circular y repitiendo el Juramento de la República.

*Juramos fidelidad
a la sabiduría de la Autoridad Central.
Juramos dedicación
a la Tierra y a su conservación.*

Las chicas recitaban un poco más adelantadas que los niños, de modo que había una pequeña discordancia, un desajuste de sonido. Uno de los niños, un muchacho pequeño con el cabello rubio de punta, estaba haciendo la señal circular en su nariz en vez de en la frente. Se estaba riendo, divirtiéndose con la broma. Su Cuidador le propinó un coscorrón en la parte alta de la cabeza. Rápidamente el niño se llevó la mano a la frente, pero su mirada me hizo pensar en una vela que hubiera sido apagada bruscamente.

—Los de diez a catorce años son el último grupo. Sus clases se centran sobre todo en la importancia de la República y en sus normas. Siempre la República, todo el tiempo —dijo Joan—. Y, por fin, hemos llegado a la guardería.

Mi corazón se tensó.

Empujó la puerta haciéndome una indicación para que la siguiera. Respiré hondo y entré. La habitación olía a leche y humedad. Unas pequeñas cunas de mimbre estaban alineadas a lo largo de las paredes. En el lado izquierdo, las rosas; a la derecha, las azules. La mayoría de ellas estaban vacías. Caminé hasta el centro de la habitación, mirando a un lado y a otro, de izquierda a derecha, hasta que finalmente vi a dos bebés dentro de sus cunas rosas, y a un tercero en una azul. Me acerqué a las rosas. Joan hizo un gesto como para señalarme la de Elsa. Pero levanté la mano y sacudí la cabeza. Estaba convencida de que podría reconocer cuál de los dos bebés era el mío. Los dos estaban durmiendo. Los dos tenían el brazo izquierdo extendido y la cabeza mirando en esa dirección. Esa, esa. Tenía mi nariz. Y la frente de George. ¡Y cuánto pelo!, una suave mata de pelo rubio como el que yo tenía en la foto del colchón de Madre. Deditos perfectos. Diminutas uñas de una tonalidad rosa pálido. Mejillas redondas y llenas como manzanas en miniatura. Señalé hacia ella y me volví

mirando a Joan.

Asintió.

Me agaché para cogerla en brazos, pero Joan alzó una mano y sacudió la cabeza, advirtiéndome que no lo hiciera.

—Sería... *impropio*, ¿y si alguna Cuidadora te viera cogiendo a un bebé dormido? —Eché un vistazo alrededor—. Por cierto, me pregunto dónde se habrá metido.

—Estoy aquí —respondió una mujer desde el almacén—. Ahora mismo salgo.

Apareció llevando el brazo cargado de pañales. Me miró sin sonreír y empezó a colocar los pañales en los estantes de debajo de las cunas.

—No despiertes a un bebé dormido, ¿me oyes? —me increpó. ¿Me habría visto inclinada para coger a Elsa en brazos? Ser vigilada, ser escuchada, era como ser monitorizada. Ten cuidado con lo que dices, con lo que haces. Me pregunté si Joan lo sabría y por qué no reprendía la actitud de esa mujer. ¿Acaso tenía miedo de esta Cuidadora?

Joan y yo salimos de la guardería y volvimos a la entrada principal. Me parecía que ya echaba de menos a Elsa, que echaba de menos verla, observar cómo dormía. El ómnibus aún no había llegado, así que nos metimos en su oficina a esperar. Cerró la puerta tras de sí.

—¿Vienen otras, quiero decir, otras madres, aquí? ¿A intentar ver a sus bebés? —pregunté.

—No, la verdad es que no.

—¿Por qué no?

—En primer lugar porque la Reorientación Social ha sido muy concienzuda y la Autoridad Central muy persuasiva al respecto. La gente necesitaba algo en lo que creer, así que creyeron en sus líderes. Ellos no paraban de repetir que los niños estarían mejor si eran criados por las Autoridades. Ese mensaje fue calando en la gente que lo escuchaba una y otra vez, hasta que se convirtió en una verdad para ellos. Además, todas sus necesidades estaban atendidas. Y no creer en el mensaje, no seguir las reglas, podía ser peligroso. —Hizo una pausa—. Eso ha funcionado prácticamente con todo el mundo.

—¿Funcionó contigo?

Me sonrió.

—No mucho. Algunos de nosotros no aceptamos su filosofía. O sus promesas. Tu madre y tu padre no lo hicieron. Y también hay otros. Aunque no demasiados.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú observa. Escucha. Espera. Pero no los encontrarás entre los niños. Con el tiempo, el sistema es lo único que conocen.

Vi al ómnibus acercarse. Era el momento de marcharme, pero no quería irme.

Quería quedarme allí, en ese edificio, con Elsa. Y con Joan.

—¿Cuándo se lo dirán a David?

—Hoy al anochecer, justo antes de que empiece a trabajar. Bienvenida a nuestra familia, Emmeline.

Antes de abrir la puerta, me dio un abrazo y pude percibir en mi espalda el calor de sus brazos y su fuerza.

—Gracias —dije.

—Alabada sea la República.

—Alabada sea la República. —Y esta vez casi sentí lo que decía.

Capítulo veintitrés

El Vigilante del turno de día hizo una anotación en su cuaderno cuando me bajé del ómnibus frente a mi verja.

—Aún tienes que caminar en tu cinta, ¿sabes? —advirtió.

Hice un gesto de asentimiento.

—Ese trabajo *especial* tuyo aún no ha empezado, ¿sabes?

Asentí de nuevo. Me fijé en que no tenía nada de vello en la cara. Hablaba igual que Jeremy y parecía tener su misma edad. Debía de ser un producto de la Ciudad. Joan tenía razón. Observar. Escuchar.

—¿Conociste a Jeremy? —pregunté.

—¿Y a ti qué te importa?

Me encogí de hombros.

—Solo preguntaba.

—Era mi amigo. En la Ciudad. A mí me trasladaron antes que a él. Me contó algunas cosas cuando vino aquí.

—¿Cosas?

—Sí, cosas. Como quién caminaba en su cinta de energía y quién no. Cómo una Ciudadana caminaba en la cinta de otra. Apuesto a que no sabías que me contó esas cosas. Eso es lo que hacen los amigos. Lo que hacen los Ciudadanos.

Empecé a alejarme.

—Y tú no le gustabas —gritó—. Eres una de esas criadas en casa. No como nosotros. Me habló de ti. Me contó que te despertabas temprano. Para que te enteres.

No podía cambiar el pasado. No podía cambiar lo que Jeremy había dicho o hecho. Solo podía pensar en el futuro. Seguí caminando.

Más tarde, mientras andaba en la cinta, escuché el ómnibus en la verja de entrada. Los mismos hombres de la Autoridad Central que habían aparecido antes se detuvieron a hablar con el Vigilante. John se soltó del arnés y fue a la parte de atrás del ómnibus. Bajó una bicicleta energética y comenzó a empujarla hacia mi espacio. El Vigilante del turno de día se quedó mirando fijamente la espalda de John, pero no pudo ver la enorme sonrisa de su cara.

—La Autoridad Central pidió a Transportes que te entregaran esto. Tengo que enseñarte cómo engancharla en la barra de descarga de energía. —Empezó a tocar un manguito que estaba fijado a las marchas de la bicicleta—. No sonrías tanto —

susurró—. Pon cara seria.

Me di la vuelta, para darles la espalda al Vigilante y a los Representantes de la Autoridad.

—No puedo evitarlo.

Conectó el manguito a una válvula de la barra de descarga y giró un interruptor. El susurro de la descarga comenzó de inmediato. Cuando terminó, retiró el manguito de la válvula.

—Está bien, ahora hazlo tú.

Imité su demostración y él asintió en señal de aprobación.

—Alabada sea la República —dijo.

—Alabada sea la República.

Se marchó, volviendo a enfundarse en su arnés, mientras los hombres de la Autoridad Central se acercaban a mí.

Me ceñí el pañuelo para cubrirme aún más la frente. Aún llevaba el pañuelo blanco con el reborde negro, un símbolo de haber sido emparejada. Después de que se llevaran a Jeremy, mi pañuelo no había sido reemplazado. Tal vez no tenían ningún color para una pareja abandonada. Pero no importaba; porque me daba igual.

—Alabada sea la República —saludaron.

—Alabada sea la República.

—Buenas tardes —dijo el primero de ellos.

El otro se limitó a inclinar la cabeza.

Les devolví el saludo con otra inclinación.

Pasaron por delante de mí y entraron en mi Habitáculo. Les seguí.

Nos quedamos en la zona de comer, un triángulo de tres personas, mirándose las unas a las otras.

Oh, por favor, espero que no hayan cambiado de idea. Por favor, que digan algo.

—La Supervisora de la Ciudad de los Niños ha informado de que durante tu entrevista te desenvolviste muy bien.

—Alabada sea la República —murmuré.

—Se están haciendo los últimos preparativos para tu ritual de emparejamiento. Dada la extraordinaria sabiduría de la Autoridad Central, esta será una ceremonia especial.

—Por favor, señor, no sé si merezco algo así.

—Dejando eso al margen, la Autoridad es quien mejor sabe todas las cosas. ¿Lo entiendes?

Asentí y mantuve los ojos bajos. El segundo hombre parecía más inquieto, no paraba de dar vueltas, tocando mi cinta de energía, y metiéndose en la zona de dormir. Le seguí con el rabillo del ojo, deseando que se apartara de mi colchón.

—Mañana por la tarde en la Reunión Informativa Comunitaria, tú y tu pareja

seréis presentados y escoltados hasta el escenario. Allí es donde intercambiaréis vuestros Votos de Emparejamiento ante la República.

El hombre inquieto regresó a la zona de comer.

—Se me ocurre —señaló— que necesitamos solucionar el tema de los colchones.

Oh, no, no, no. Noté una dureza en mi uña y tiré de ella. El borde de la uña se desgarró cerca de mi piel, dejando una pequeña gota de sangre. Quise llevarme el dedo a la boca, pero no lo hice.

—No hay ningún problema referente a los colchones —respondió su compañero—. Él puede traer el suyo de los barracones. —Se volvió hacia mí—. ¿Quieres un colchón nuevo? —preguntó. Su consulta me sorprendió porque sonaba casi amable. Levanté la vista hacia él. Sus ojos eran duros, y parecían desnudarme por dentro; luego, se pasó deliberadamente la lengua por el labio inferior, mostrando una sonrisa húmeda y roja.

—Oh, no, señor —respondí—. La República ya se ha tomado muchas molestias conmigo. No necesito un nuevo colchón.

—De acuerdo, entonces. Trata de llegar temprano a la Reunión Informativa Comunitaria. Y quédate cerca del escenario para que los Ejecutores puedan encontrarte fácilmente y escoltarte. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor. ¿Cuándo tendré mi primer turno de noche en la Ciudad?

—No será la noche de la Reunión Informativa Comunitaria. Eso sería... —Hizo una pausa y luego añadió—: Eso sería impropio.

—¿Y cuándo tendré el uniforme de la Ciudad de los Niños?

—Se te entregará con tu cubo de la cena el día que empieces a trabajar.

Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

—Por favor, señor, tengo otra pregunta.

—Por supuesto. —Sonaba como si estuviera bostezando.

—¿Tengo que caminar en mi cinta de energía el día que vaya a trabajar a la Ciudad de los Niños por la noche?

—Es tu obligación hacia la República, ¿no es así?

¿Acaso usted camina en una cinta?, quise preguntarle con un sarcasmo igual al suyo. ¿Acaso conduce una bicicleta energética? Pero, en su lugar, mantuve la voz uniforme y pregunté:

—¿Podría decirme, señor, quién será mi pareja?

—Eso no es relevante. —Me miró fijamente entornando los ojos—. Tienes demasiadas preguntas. Es casi como si esperaras que la Autoridad tuviera que contestarte.

—Lo siento, señor. Alabada sea la República.

—Alabada sea la República —contestó.

Entonces sacudió uno de sus guantes contra su mano mientras echaba una

prolongada última mirada a mi colchón. Era como si me estuviera imaginando tumbada en él.

* * *

No quería volver a la cinta, todavía no. Salí fuera para admirar mi nueva bicicleta energética. ¿Sería difícil montar en ella? Había visto a los otros pedaleando en sus bicicletas; a mi parecer, podría conseguirlo. ¿Cuánto tiempo me llevaría llegar hasta la Ciudad? La desconecté de la barra de descarga y cerré la válvula. Entonces me monté. El asiento era estrecho y duro. El manillar estaba un poco alto y para agarrarme tuve que extender los brazos hacia arriba. Era agradable poder estirarse así.

Luego me di impulso para arrancar y coloqué ambos pies en los pedales, empezando a moverme. Al principio me tambaleé un poco, desviándome hacia la izquierda, y tuve que apoyar un pie en el suelo para no caerme. Lo intenté de nuevo. Y de nuevo. Finalmente cogí el ritmo, el equilibrio. Estaba pedaleando.

Conduje con la bicicleta en círculo, pasando por delante de todos los Espacios Habitables del Recinto. Aquí, en Reciclaje, había doce Habitáculos. Otros Recintos eran más grandes o más pequeños, dependiendo del número de empleados que se necesitaran en los grupos de trabajo. Nuestros mundos individuales eran pequeños y vallados, amparados por el asfixiante y oscuro paraguas de la Todocontroladora República. Cuando llegué cerca de la verja, el Vigilante se plantó delante de mí y tuve que detenerme.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me preguntó.

—Simplemente practicando.

—Bien, pues no creas que puedes salir del Recinto. No puedes, ya lo sabes. No, salvo que tengas permiso de la Autoridad para hacerlo.

Seguía plantado delante de mí, como una barrera.

—Conozco las reglas. No estoy abandonando el Recinto. Estoy practicando.

Se apartó a un lado, pero añadió:

—Aun así pienso seguir vigilando...

Di otra vuelta alrededor del Recinto. La brisa cambió súbitamente de dirección. El fuerte olor a podrido del Reciclado me llegó de pronto provocándome arcadas.

Cuando crucé por delante del Espacio Habitable 2, una mujer de pelo enmarañado y sucio estaba delante de su puerta, observándome. Al pasar escuché que decía:

—Quiero irme a casa.

Capítulo veinticuatro

Por fin atardeció. El sol se ocultó detrás de las copas de los árboles, sumiendo la zona común en sombra. Las lechuzas comenzaron su fantasmagórico *hu-hu-hu*. Había llegado el momento de ir a mi colchón. *Los Ciudadanos tienen que dormir desde la puesta de sol hasta el amanecer para conservar energía. Usar la luz artificial es robar a la Tierra. Está escrito.* Pero no podía dormir. Habían sucedido demasiadas cosas en un día. Tantas, que sentía un gran peso, tenso y ardiente, sobre mi pecho y la respiración jadeante y acelerada. Debería estar contenta. Después de todo había visto a Elsa. Pero no había podido cogerla. Aun así debería estar contenta. Joan me había anunciado que iban a emparejarme con David. Pero, poco después, la Autoridad se había negado a confirmármelo. De modo que no había ninguna garantía, ninguna certeza. La certeza únicamente proviene de la Autoridad Central e incluso así, solo es certeza mientras ellos quieren que lo sea.

Me puse la camisola de dormir y me quité el horroroso pañuelo blanco y negro haciendo una bola con él —una prieta y furiosa bolita— y lanzándola al suelo. Entonces empecé a pasear de un lado a otro por mi cubículo de hormigón. Deseé poder recordar más cosas sobre la granja de Kansas, con sus grandes ventanas y verdes pastos. Deseé poder recordar los «días felices» sobre los que Madre tanto solía hablarme. La sopa de verduras y los gatos del granero: los «ratoneros», como los llamaba. O el gato casero, un atigrado, decía ella, que siempre dormía en el saliente de la ventana del cuarto de estar al calor de los rayos del sol. Deseé poder recordar cómo era nuestro cuarto de estar. ¿Cómo debía ser un Habitáculo para tener una habitación llamada *cuarto de estar*? Sonaba como un lugar apacible, un lugar donde toda tu vida transcurría a tu alrededor. Deseé poder ayudar a la mujer del pelo enmarañado del Habitáculo 2 a encontrar su casa, su cuarto de estar, pero eso estaba fuera de mi alcance.

Lo único que estaba a mi alcance era hacer todo lo que se pudiera monitorizar, y cuidar de Elsa mientras estuviera de guardia en la Ciudad de los Niños.

Y amar a David.

Afuera ya había oscurecido lo suficiente para que se efectuara el cambio de turno de los Vigilantes. David debería estar en su puesto. Eché un vistazo a través de la puerta entreabierta. Vi a los dos hombres, el del turno de día parecía estar informando a David. Vi mi bicicleta de energía junto a la entrada. Los Vigilantes me daban la

espalda. Vi la mano del hombre del turno de día entregándole el cuaderno a David y cómo hacían las señales circulares. Vi al Vigilante del turno de día marcharse. Y vi cómo David se daba la vuelta hacia los Espacios Habitables para empezar sus rondas.

Excepto que no era David. Era un hombre alto, un poco cargado de hombros, tan delgado como un palillo puesto de pie. Comenzó a hacer sus rondas. Arrastraba una leve cojera, una dolorosa forma de andar, como si una de sus piernas fuera más corta que la otra. Pasó por delante del Habitáculo 1 y se detuvo en el 2. Escuché débilmente, pero con claridad, cómo decía: «Vuelva dentro, vieja bruja». David respetaba la tristeza. Este se burlaba de ella. ¿Era así como los demás habían visto a Madre? ¿Como una vieja bruja? ¿A Madre, que me había criado y protegido? Rápidamente cerré mi puerta.

Me pregunté dónde estaría David. Sentí miedo, como si me contemplara a mí misma tropezando lentamente contra una piedra y cayendo de cabeza contra otra, sin poder hacer nada para evitarlo. Y sabiendo... Sabiendo que pronto sentiría el dolor. O peor aún, sabiendo que alguien a quien amaba me sería arrebatado con las muñecas atadas. Sintiendo la aspereza de las cuerdas en mis propias muñecas. Y sin saber qué pasaría después.

Me levanté, y me pegué contra la pared, notando el frío de los bloques de hormigón contra mi espalda. El nuevo Vigilante se detuvo ante mi puerta. Me quedé lo más quieta que pude, petrificada en el sitio. A pesar de que la puerta estaba cerrada, podía escuchar su respiración. No tenía ningún motivo para estar allí plantado. Permaneció al otro lado durante un largo minuto y luego dijo:

—Me pregunto dónde estará David. Sí, eso es, me pregunto dónde estará David.
—Y entonces continuó andando.

Me estremecí y me dejé caer al suelo, sintiendo la áspera pared a mi espalda, el frío del suelo a través de mi ropa. No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, preocupada por David.

Finalmente, sintiéndome demasiado débil para levantarme, me arrastré hasta el colchón de Madre. Su olor se había desvanecido por completo, solo quedaba el olor a humedad de la habitación. *El Principito* se clavaba contra mi mejilla. Algo iba mal, muy mal. ¡Estaba tan cerca, tan cerca de poder abrazar a mi hija! Pero no lo había hecho. ¡Estaba tan cerca, tan cerca de decirle a David que iban a emparejarnos! Pero no lo había hecho.

Me di la vuelta sobre el colchón y las sábanas se enredaron entre mis piernas, atrapándome.

Me había fallado a mí misma, había fallado a aquellos a quienes amaba. ¿Por qué no protesté cuando se llevaron a Madre? ¿Por qué no bloqueé la puerta, retándoles a apartarme a un lado? En lugar de actuar así, me quedé inmóvil, como una niña boba. ¿Y por qué esta noche no había abierto la puerta exigiendo a ese enclenque e

inofensivo Vigilante que me dijera dónde estaba David?

Ya no era una niña. Pero aún me sentía impotente. Aún hacía lo que se esperaba de mí, lo que pudieran monitorizar. Pero no hacía lo que era importante para mí. Había permitido que la Autoridad tuviera poder sobre mí. Un poder que no merecían.

Finalmente comencé a sumirme en el sueño, las sábanas enredadas entre mis piernas y los puños apretados. Entonces me pregunté cuándo exactamente había cambiado mi conciencia por una temerosa obediencia.

Capítulo veinticinco

Dormí de un tirón hasta bien entrado el amanecer y me desperté con un sordo y molesto dolor de cabeza. Me froté la frente tratando de pensar. Quería encontrar a John y preguntarle dónde estaba David. Hundí la mano en las profundidades del colchón de Madre, queriendo tocar las cosas que ella había tocado. Necesitaba sentir algo que no estuviera controlado por la República. Alargué la mano por encima de las fotos, por encima de las recetas, por encima de *El Principito*, y noté algo más. Algo pequeño, liso, frío y redondo. Lo fui sacando muy despacio. Era dorado. La imagen de un indio en una de las caras. Volví a meterlo dentro del colchón.

No me molesté en recoger mi cubo de alimento del buzón, aunque era obligatorio. *Los Ciudadanos tienen el deber de comer sus cubos de alimento al despertarse, antes de comenzar sus tareas asignadas, para mantener la productividad.* Olvida la norma, pensé. Por una vez, olvida la norma. A causa del dolor de cabeza, sentía el estómago revuelto. Me vestí de mala gana con el uniforme del Recinto de Reciclaje y empecé a caminar en la cinta. Caminar. Caminar. Caminar. Esta noche tendría lugar la Reunión Informativa Comunitaria. Esta noche sería emparejada. Y, mañana por la noche, trabajaría en la Ciudad de los Niños.

Estuve caminando hasta el mediodía, la mirada perdida en las desnudas paredes de cemento mientras mantenía un paso uniforme y hacía que la cinta se moviera bajo mis pies. Los pájaros piaban en los árboles al otro lado de la valla, y cuando una fresca brisa otoñal se levantó, pude percibir el putrefacto olor del Reciclaje. Afortunadamente, era poco frecuente que la brisa soplara desde la planta de Reciclaje y, cuando lo hacía, no duraba demasiado. Poco a poco mi dolor de cabeza fue desapareciendo, y sentí hambre. Lamenté mi imprudencia al no haber seguido las reglas.

Me acerqué al buzón, pero estaba vacío. No había ningún cubo. El Vigilante continuaba sentado en su garita, de espaldas a mí, distraído. ¡Y pensar que ayer me había prometido a mí misma hacer cuanto estuviera en mi mano para proteger a mi familia! Hacer todo aquello que pudiera ser monitorizado. Y ahora, a causa de mi imprudencia, podría ser fácilmente denunciada.

La señora mayor del Espacio Habitable 2 estaba frente a su puerta, mirando en mi dirección. Parecía estar diciendo algo, aunque no podía oírla. El Vigilante aún seguía

mirando los pájaros del otro lado de la valla, así que caminé hasta ella. Me sonrió, mostrando varios huecos entre sus dientes. Entonces levantó un cubo de alimento.

—Lo he cogido yo —dijo—. He cogido tu cubo.

—¿Por qué?

—Lo necesito.

—¿Por qué?

—Lo estoy guardando. Para mis hijos. Para cuando me lleven a casa.

No supe qué decir. Estaba claro que ningún niño vivía en su espacio, ni tampoco lo había hecho recientemente. De cerca me pareció un poco más joven que Madre, pero estaba tan desarreglada, tan desaliñada, que su tristeza daba la impresión de haberla hecho envejecer una década.

—¿Quién va a llevarte a tu casa? —le pregunté.

—Mis hijos. Elizabeth y Andy, claro. Van a venir por mí. Ya oigo sus voces. Escucha. Tú también puedes oírlas. —Giró la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. Sus párpados tenían una costra de piel seca y las comisuras de su boca estaban rojas y agrietadas—. ¿No los oyes?

No contesté. Pero no pareció advertirlo.

Me recordaba a alguien de hacía mucho tiempo, de otro Recinto diferente, cuando aún era demasiado pequeña para caminar en una cinta energética de verdad. Una mujer que solía pararse frente a nuestra puerta y saludarme.

—Márchate —le decía Madre, agitando la mano hacia la mujer—. Deja de mirarnos. —Y luego Madre se quejaba a Padre de ella—. Hay algo en esa mujer que no está bien. No desde que se llevaron a sus hijos.

—Vamos, Elsa, ¿qué daño puede hacerte dejar que visite a nuestra Emmie?

Pero Madre se mantenía inflexible. «¿Recuerdas las enfermedades? —le preguntaba a Padre—. ¿Las recuerdas? ¿Recuerdas cuando las Autoridades se quedaron sin las vacunas más básicas? ¡Esas perfectas Autoridades, tan perfectas que regulan los medicamentos, pero son incapaces de proporcionar los suficientes! Escasez de esto y escasez de aquello, y los niños contrayendo tos ferina, polio y sarampión y quién sabe qué más cosas. Emmie no pasó por eso. La mantuve a salvo, lejos de todo el mundo».

Al llegar a ese punto la discusión se interrumpía siempre. Al cabo de un tiempo, la mujer dejó de pararse ante nuestra puerta para saludarme.

Esta mujer de boca desdentada podría haber sido aquella mujer.

El Vigilante se levantó y comenzó a caminar hacia nosotras.

—Por favor, dame mi cubo —le dije tranquilamente—. No lo contaré. —Está prohibido que un Ciudadano coja lo de otro. Todo el mundo recibe la misma cantidad. Nadie puede tener más que los otros. Solo la Autoridad puede dar, y solo la Autoridad puede quitar.

—¿Pasa algo? —preguntó, mirándome primero a mí y luego a la mujer.

Sacudí la cabeza y me di la vuelta para marcharme. Pero la mujer mayor agitó mi cubo delante de su cara y declaró:

—Esto es mío y no se lo voy a dar.

Él frunció el ceño y abrió su buzón de comida. Dentro había un único cubo.

—Entonces ¿de quién es este? ¿Y por qué sigue en el buzón?

—Ese es de mi marido —dijo—. No se lo ha comido. Ese es suyo, y este es mío.

Rodeó el cubo con ambas manos y lo estrechó contra su pecho con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—He visto a tu marido marcharse a Reciclaje esta mañana. Iba comiendo su cubo. Este que está en el buzón es el tuyo. Devuelve el que estás sosteniendo —ordenó haciendo un gesto hacia mí.

Ella sacudió la cabeza; el cabello cayéndole sobre la cara.

—¡Ciudadana! ¡Ahora! —Estaba visiblemente enfadado.

La mujer me tendió el cubo de mala gana.

—¿Has caminado hoy en la cinta? —le preguntó.

No le contestó. En su lugar, cerró los ojos y torció la cabeza hacia un lado como si estuviera escuchando algo.

—Voy a redactar un informe sobre esto —me dijo.

Resoplé soltando un pequeño suspiro de alivio. Obviamente, no se había dado cuenta de que esta mañana no había recogido mi cubo del buzón. Estaba salvada. Pero ella no. ¿En qué clase de persona me había convertido que me alegraba por que una mujer mayor fuera a ser denunciada en mi lugar?

Volví a mi espacio y él regresó a su puesto. Hasta donde conseguí ver, la mujer continuó allí de pie con los ojos cerrados, escuchando. No pude comerme el cubo. Me sentía sucia. Se me habían ido las ganas de comer.

* * *

Poco después, esa misma tarde, escuché el ómnibus en la verja y vi cómo dos Ejecutores se llevaban a la señora mayor. Iba sonriendo mientras se dirigían hacia el vehículo, las muñecas atadas con sucias cuerdas. Escuché cómo le decía a uno de ellos: «Tú debes de ser Andy. ¡Oh, cómo has crecido!».

No pude oír la respuesta, pero vi cómo sacudía negativamente la cabeza.

—Te pareces a mi Andy.

Él volvió a sacudir la cabeza. Los Ejecutores, uno a cada lado, la sostenían por los codos, llevándola prácticamente en volandas.

Ella se volvió hacia el otro. «¿Vas a llevarme con mi Elizabeth, mi pequeña Lizzie?». Su voz sonaba esperanzada.

Unos minutos más tarde, un chirrido metálico me hizo volver la vista hacia la verja; el Vigilante estaba izando la bandera, la señal de que esa noche tendría lugar una Reunión Informativa Comunitaria. Entonces, un aterrador pensamiento, oscuro y siniestro, me asaltó: ¿qué pasaría si decidían emparejarme con el compañero de la señora mayor? ¿Qué pasaría si él aún era capaz de reproducir? Oh, qué idea más horrible. Qué horrible y terrorífica idea.

Cogí mi pañuelo y fui hasta la zona de baño. Era hora de prepararse. La Ceremonia de Emparejamiento especial convertiría la Reunión Informativa Comunitaria en una de las más extrañas. Las reuniones siempre trataban sobre la comunidad en general, sobre lo mucho que las granjas cooperativas producían, sobre cuántos nacimientos saludables había, o para darnos información actualizada del tamaño de nuestro ejército y especular sobre el tamaño de los ejércitos de otras repúblicas. Rumores de guerra. En cualquier caso, los Ciudadanos nunca eran reconocidos allí como individuos. Nunca. A no ser, por supuesto, que hubieran desobedecido alguna norma o violado algún compromiso. En ese caso, los individuos eran señalados públicamente y humillados. A algunos no se les volvía a ver. Pero eso, según nos decían, era por el bien de la comunidad.

¿Qué les sucedía a aquellos a los que no se volvía a ver? ¿Quién decidía su castigo? ¿Acaso los Ciudadanos que no hacían lo que se les exigía, que no producían energía suficiente, eran tratados igual que, por decirlo de alguna forma, alguien que hería a un animal o cogía una flor? Terminé de lavarme y me recogí el cabello dentro del pañuelo, resuelta a encontrar respuestas de cualquier forma posible.

La única variación en las Reuniones Informativas Comunitarias ocurría una vez al año, cuando el ejército —o la parte de él que se nos permitía ver— desfilaba por delante del Escenario Central. Los jóvenes marchando a grandes zancadas con las cabezas giradas hacia los Representantes de la Autoridad y sus botas levantando pequeñas nubes de polvo al unísono. Llevaban fusiles negros que descansaban contra el hombro derecho. La primera vez que vi uno de ellos, Padre tuvo que explicarme lo que era. Ese era el único momento en que algún miembro del ejército se mostraba a la vista de los Ciudadanos.

* * *

El Vigilante tocó la campana. Era la hora de la reunión. Al salir de mi espacio, vi al hombre del Habitáculo 2 sentado en el suelo delante de su puerta. No parecía tan mayor, solo agotado. El Vigilante tachó mi nombre de su lista. Caminé despacio, mirando por encima del hombro cada pocos minutos. Después de haber comprobado los nombres de todos los del Recinto, el Vigilante se acercó al hombre sentado en el suelo. Este dijo algo y el Vigilante le respondió. Pero el hombre no se levantó.

Entonces el Vigilante le golpeó en la cara e, incluso desde lejos, pude escuchar el sonido sordo de su porra al impactar contra la piel. Todos los demás caminaban mirando al frente; a nadie pareció preocuparle o importarle lo que le sucediera al hombre del Espacio Habitable 2. Estaba tendido en el suelo, acurrucado de lado, con las manos delante de la cara. El Vigilante sacó unas cuerdas de sus bolsillos y le ató las muñecas. Dejé de mirar hacia atrás. Tenía que darme prisa. Me habían pedido que me pusiera en las primeras filas, pero había tanta gente delante de mí que me era imposible pasar.

Mientras caminaba, me quedé horrorizada cuando caí en la cuenta de que algo dentro de mí esperaba que se llevaran al hombre mayor para que nunca pudiera ser una pareja potencial. Sabía que las decisiones tomadas por la Autoridad podían cambiarse en el último minuto y, por tanto, emparejarle conmigo puesto que su mujer había desaparecido, y así mantener a David en los barracones.

Pensar de ese modo no me hacía mejor que ellos, y me ruboricé avergonzada.

Finalmente formamos una masa mientras los Representantes de la Autoridad subían al estrado.

¿A cuántas reuniones como esta habría asistido durante todos estos años? ¿Cincuenta? ¿Cientos? Primero de niña, acompañando a mis padres, sin entender los discursos, pero aprendiendo las promesas. *Alabada sea la República. Madre nunca decía las palabras en alto. Solo movía los labios. Luego, siendo adolescente con George. El querido George, que nunca conoció a Elsa. Con Jeremy solo asistí a un mitin. El infantil y venenoso Jeremy. Si fue él quien denunció que Madre no caminaba en su cinta, entonces también era el culpable de que se la hubieran llevado.*

Y ahora, por primera vez, me encontraba sola, en medio de esta muchedumbre de Ciudadanos. La gente aún seguía llegando, pasando a toda prisa por delante de los otros. Nadie quería ser el primero ni tampoco el último. Nadie quería llamar la atención. Alguien pasó rozándome y susurró: «Ha habido un cambio de planes». La voz de John. Me di la vuelta pero ya se había perdido entre el grupo.

¿Un cambio de planes?

Me faltaba oxígeno. Me faltaba el aire. Respiraba aceleradamente, mis manos sudaban, las caras a mi alrededor comenzaban a dar vueltas, noté un agudo pitido en los oídos, me doblé sobre mí misma, caí. La gente se apartó. Escuché murmullos apagados. Y luego nada.

Capítulo veintiséis

Al principio las voces sonaban lejanas y confusas, y luego más cercanas y nítidas. Los Representantes de la Autoridad estaban hablando con sus grandes y potentes vozarrones. Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba tendida en el suelo. Sentía la tierra en mi cara y la arena en mis labios. Lentamente me fui incorporando hasta sentarme. Nadie vino a ayudarme. Nadie se atrevió a mirarme. Se habían desplazado cambiándose de sitio, como para pasar desapercibidos. Estaba lo suficientemente lejos de la tarima como para que los Representantes de la Autoridad no me hubieran visto en el suelo. Me quedé sentada durante un minuto hasta que la cabeza dejó de darme vueltas, entonces me levanté y miré hacia el estrado.

No había comido nada en todo el día. Puede que esa fuera la causa de mi desvanecimiento. Puede que, después de todo, John no hubiera dicho: «Cambio de planes».

La producción de maíz supera la cosecha del año pasado en un diez por ciento. Alabada sea la República.

Miré hacia la zona del Equipo de Transportes, pero no pude divisar a John.

Aún no hemos alcanzado nuestra cuota de nacimientos saludables de este mes. Las pruebas de capacidad reproductiva están en marcha. Los bebés nacidos hoy serán nuestros trabajadores dentro de catorce años. Los bebés nacidos hoy serán los productores de nuestra energía dentro de catorce años. Los bebés sanos nacidos hoy serán los protectores de esta República y de la Tierra. Alabada sea la República.

Había una mujer de blanco en el área de transportes. Tenía que ser Joan, pero no lograba ver su cara. Estaba desesperada por encontrar a alguien conocido, alguien en quien confiar. Me puse de puntillas, tratando de mirar por encima de las cabezas de la gente que tenía delante, pero no lo conseguí. La gente que me rodeaba era la del Recinto 18 y, sin embargo, no vi ni una sola sonrisa, una mirada amistosa o un simple gesto de saludo. Todos éramos extraños, aislados en el mismo Recinto.

Hay noticias de conflictos en el sur de la República. Nuestro ejército está en alerta máxima. El conflicto en el norte ha disminuido por el momento.

«Guerras y rumores de guerra», solía murmurar Madre cuando anunciaban las noticias relativas a conflictos. Murmuraba y luego acababa soltando un «bah» despreciativo. Padre le propinaba un codazo cuando hacía eso. Y ahí estaba yo ahora,

sola, murmurando: «Guerras y rumores de guerra».

El cielo se había puesto negro y el viento empezó a soplar a través de los árboles del otro lado de la valla que se inclinaban y agitaban, primero a un lado y luego a otro. Los pájaros dejaron de revolotear y se agruparon en las ramas más gruesas. A medida que el viento soplaba más fuerte, las Autoridades aumentaban el volumen de sus voces, tratando de sonar más poderosas que el viento.

La producción de energía continúa siendo adecuada a las necesidades de la República. No habrá un aumento de las exigencias en la producción de energía este mes. Alabada sea la República.

Alabada sea la República, contestaron los Ciudadanos. Esta vez sonaba como si lo creyeran.

La lluvia irrumpió, primero lentamente, golpeando contra las hojas, contra el suelo, dejando pequeñas marcas en la superficie compacta, golpeando mi pañuelo, salpicando mis brazos, y luego cada vez más rápida y más fuerte, resbalando por mi cara y por los rostros de los que me rodeaban. No nos estaba permitido abandonar la Reunión Informativa solo porque lloviera.

Alabada sea la Tierra. Alabada sea la lluvia. Alabada sea la República.

La señal circular con dedos húmedos.

Una cubierta de lona fue extendida sobre la tarima elevada. Los Representantes de la Autoridad y los Ejecutores permanecerían secos.

Los truenos retumbaron en la distancia hasta que su sonido se hizo cada vez más cercano y atronador. Un afilado rayo, brillante y luminoso, centelleó como fuego blanco en el cielo. Los Representantes de la Autoridad repitieron de nuevo: *Alabada sea la República* y, una vez más, todos respondimos al unísono. Luego las Autoridades se montaron en su ómnibus especial, y así supimos que podíamos irnos.

Todo el mundo se dio la vuelta para dirigirse a sus Recintos. Todos menos yo. Me quedé bajo la lluvia, bajo los truenos, bajo los rayos, buscando a alguien, a quien fuera, en quien poder confiar.

Finalmente, yo también me di la vuelta y empecé a caminar sola hasta Reciclaje. De regreso a mi Habitación.

El Vigilante del turno de día tachó mi nombre de su lista cuando crucé la verja.

—Llegamos un poco tarde, ¿no es así? —preguntó, señalándome con su lápiz.

Seguí caminando. ¡Que apuntara mi retraso si le daba la gana! No me importaba.

Estaba sola. Me quité el pañuelo y lo colgué de la barra de energía de mi bicicleta para que se secase. Entonces fui a la zona de baño para secarme la cara y los brazos. Pequeños fragmentos de flores secas se habían pegado a mi cabello, como motas aquí y allí. Sacudí la cabeza y algunos fragmentos cayeron como copos de nieve. Estaba empezando a quitarme el uniforme de Reciclaje cuando escuché una voz familiar en la ventana trasera. John.

Corrí hacia la ventana, prácticamente tropezando con la esquina de mi colchón.

—John, John —susurré, con voz temblorosa—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está David? —Pasé la mano a través de la ventana y él la sostuvo, sus dedos húmedos y fríos por la lluvia. Había traído el mapa, que se estaba empapando. Lo pasó por la abertura y lo froté contra mi ropa para que se secase.

—Todo va bien, pequeña —dijo—. David está bien. No te preocupes.

Otro zigzagueante rayo blanco centelleó, seguido por el estruendoso rugido del trueno. A lo lejos, ambos pudimos oír lo que parecía ser un árbol cayendo.

—Solo puedo quedarme un minuto. —Aún seguía sosteniendo mi mano—. He venido corriendo desde la reunión porque sabía que estarías preocupada. El Representante de la Autoridad que te dijo que se haría una ceremonia especial en la Reunión Informativa Comunitaria se excedió en su poder. Era una Autoridad de poco nivel y no tenía competencia para tomar esa decisión. No volverá a cometer ese error nunca más.

Más truenos. Más rayos.

—David te lo explicará todo cuando te vea mañana.

Y tras decir eso, se perdió entre los árboles, aunque aún sentía como si me estuviera cogiendo la mano. Había dicho *cuando le veas mañana*. Pero ¿dónde estaba David esta noche?

Capítulo veintisiete

Amaneció. Un sol brillante. Un nuevo día. Un nuevo principio. John había dicho que todo iría bien. Era curioso cómo daba más crédito a las sencillas palabras de un amigo que a las noticias y los rumores de guerra de los que hablaban los Representantes de la Autoridad.

La tormenta había cesado y las gotas de lluvia en las hojas de más allá de la valla centelleaban como cristales a la luz temprana de la mañana.

—Todo va a salir bien —me repetí a mí misma en voz alta mientras sacaba mi cubo de alimento del buzón—. Todo va a salir bien. —Me vestí con el uniforme de Reciclaje.

El mapa se había secado durante la noche, pero estaba tan rígido que era difícil doblarlo. Hice cuanto pude para plegarlo y luego lo introduje en el fondo del colchón. Allí, en el rincón más alejado, en una zona en la que nunca apoyarías la cabeza, sentí un bulto liso y duro. Madre había guardado algo en lo más profundo del colchón, entre las capas de relleno. Tiré y desgarré hasta que sentí el objeto. Luego eché un vistazo alrededor para comprobar que nadie pudiera verme y lo saqué.

Era un libro pequeño y extraño. De cuero rojo desgastado por los años, y con las letras de la cubierta en un desvaído tono dorado. El Nuevo Testamento. Las páginas eran finas, la impresión diminuta, la redacción diferente a cualquier cosa que hubiera visto antes. En la cubierta interior, Madre había escrito una nota con su bonita y floreada caligrafía, llena de bucles y florituras: *Para Emmeline, mi querida hija. Que pueda leerlo y entender.* Las «emes» de Emmeline se inclinaban como los pétalos de una flor silvestre. Besé su caligrafía, y luego me pregunté dónde estaría ahora. ¿Estaría en alguna parte pensando en mí, como yo estaba pensando en ella? ¿Estaría sola? Tragué con fuerza, sintiendo la presión de mis lágrimas crecer en mis ojos. Esperé unos minutos y luego empecé a hojear el libro. Parecía estar compuesto de diferentes historias contadas por distintas personas: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. ¿Sin apellidos? Algunos dibujos. Un hombre sobre una especie de objeto de madera. Clavado a él. Qué extraño. Madre me había enseñado a leer. Haría todo lo posible para entenderlo.

Volví a meter el libro dentro del colchón, en la esquina más alejada, y entonces noté otra cosa. Dura y fría. También esto había sido enterrado entre las capas de relleno. Lo saqué. Era un objeto extraño, metálico y de forma oblonga, de

aproximadamente ocho centímetros de largo.

Apreté un pequeño botón en el lateral y la hoja de una cuchilla apareció.

Solté el cuchillo sobre el colchón, retrocediendo. Al igual que una serpiente, parecía amenazarme desde el suelo. ¡Un cuchillo! ¡Los Ciudadanos no tenían permitido tener cuchillos! Los únicos Ciudadanos que podían manejar cuchillas o tijeras eran los que trabajaban en el Recinto de Uniformes. Y Padre me contó mucho tiempo atrás que, cuando terminaban su turno, se las requisaban para contarlas y guardarlas bajo llave. ¿En qué estaría pensando Madre? ¿Y cómo es que nunca había sentido algo tan duro y firme en el interior del colchón? Levanté la sábana que cubría esa esquina del colchón. Ella había quitado una parte del relleno del fondo para ponerlo por encima, sobre el cuchillo. Lo había colocado tan al borde que, aunque hubiera que enrollar la colchoneta, no podría ser descubierto.

Traté de comprender por qué había guardado esas cosas. Las que había encontrado en primer lugar. La fotografía de nosotras dos, cuando yo era pequeña. Uno de mis libros favoritos de la infancia. Un mapa de los Estados Unidos de América. Recetas. El objeto redondo y dorado. Y, ahora, este libro y este pequeño cuchillo mágico con una hoja que se sacaba. Nada parecía estar conectado. Nada.

Cogí el cuchillo y probé su punta en mi dedo. Una gota de sangre apareció, resbaladiza, húmeda y roja. Me llevé el dedo a la boca. Si Madre estuviera aquí la rodearía con mis brazos y lloraría en su hombro. Le susurraría al oído que la protegería para siempre. Y ella sonreiría diciendo: «Sácate los dedos de la boca». Si Madre estuviera aquí, le preguntaría por qué quería que yo tuviera esas cosas. Deseé haberle hecho más preguntas cuando aún estaba creciendo. Deseé que ella no se hubiera retraído y distanciado tanto cada vez que se las hacía. Traté de doblar la cuchilla de nuevo en su hueco pero no se movía. Miré hacia la puerta preguntándome si el Vigilante estaría haciendo sus rondas.

Sudando de nervios, me llevé el cuchillo a la zona de baño y traté de cerrarlo. Permaneció rígido y letal. Finalmente probé a apretar el botón y la cuchilla al mismo tiempo. Se cerró de golpe como las mandíbulas de un animal salvaje. Rápidamente lo volví a colocar en el lejano rincón de la colchoneta, debajo del relleno. Me sentía extrañamente orgullosa por haber averiguado cómo funcionaba el mecanismo, algo que era nuevo para mí, algo de Madre. Cuando estaba sacando el brazo del interior percibí otra cosa. Algo pequeño, cuadrado, liso. Al extraerlo comprobé que era una caja de cartón con un pequeño compartimiento que se deslizaba para abrirse. Dentro había unos finos palitos de madera con las puntas rojas. La etiqueta decía: CERILLAS DE SEGURIDAD. Las metí de nuevo en su sitio contra el lateral que daba a la pared, justo por debajo del cuchillo. Mi tesoro enterrado.

Era hora de caminar en la cinta. Hora de hacer lo que pudieran monitorizar. Las manos en las barras metálicas laterales, los pies golpeando contra la negra plataforma

rodante. Todo va a salir bien. Piensa, haz un poema. Todo va a salir bien. Esta noche estaré con David. Camina, piensa, espera. El-sa. El-sa.

Cuando la aguja alcanzó la mitad del recorrido, me detuve para descansar y salí afuera. El aire era cálido y suave, y la brisa soplaba hacia la planta de Reciclado, de modo que traía un olor dulce. Respiré hondo, levantando la cara hacia el sol. Mientras estaba allí de pie, escuché un ómnibus en la entrada. Un joven, delgado, con el pelo oscuro cayéndole sobre la frente, se bajó del vehículo y tendió su brazo para ayudar a una chica más joven a apearse. Ella estaba visiblemente embarazada y su abultado vientre empujaba contra la tela de lo que parecía un nuevo y flamante uniforme de Reciclado. Un pañuelo ribeteado de negro le cubría el pelo y gran parte de la frente. Se la veía pálida, cansada e hinchada. Ambos llevaban sus colchonetas enrolladas. El Vigilante les condujo hasta el Habitaciónulo 2, hizo algunas anotaciones en su cuaderno, y se marchó.

Sentí el impulso de saludarles, a pesar de que la socialización estaba prohibida por la Autoridad Central. Me acerqué rápidamente a su Habitaciónulo y me detuve ante la puerta. Estaban allí de pie en silencio, sujetando sus colchones como si no supieran qué hacer ahora.

—Hola —saludé.

Asustados, dieron un paso atrás.

—Hola y bienvenidos. Mi nombre es Emmeline.

El hombre asintió inexpresivo y dijo:

—No queremos problemas.

—No estoy aquí para causar problemas. Solo para saludaros. ¿Cómo te sientes?
—le pregunté a ella—. ¿Cuándo te toca?

No contestó, solo apoyó sus manos en su vientre y miró hacia el suelo.

—¿Dónde estabais antes? Quiero decir, ¿antes de que os realojaran aquí?

—En una granja cooperativa —contestó él. Hablaba tan bajito que apenas podía oírle—. Nos mandaron allí. No creían que fuéramos reproductivos. —Sonrió. Sus dientes eran pequeños, demasiado pequeños para su cara, como los dientes de leche de un niño en una persona mayor—. Pero estaban equivocados. Alabada sea la República —dijo. Y ambos hicieron la señal circular.

Automáticamente me llevé los dedos a la frente. Su incomodidad era como un muro entre nosotros. Me sentí estúpida y rara y comprendí que la Autoridad ya no necesitaba desaprobar la socialización porque sus Ciudadanos la hacían casi imposible. Podías mostrarte demasiado amistoso, demasiado cercano a alguien, y luego encontrarte con que eran de esa clase de Ciudadanos que informarían sobre ti a la Autoridad. La confianza es un negocio arriesgado.

—Bueno, entonces hasta luego —dije—. Tengo que terminar mi cinta.

Les dejé allí de pie, todavía sujetando sus colchones, y me alejé con la secreta

convicción de que sería yo, y no ellos, quien tendría en brazos a su bebé y le confortaría en la Ciudad de los Niños.

Caminé en la cinta hasta que la aguja llegó al final y cumplí con lo que podían monitorizar. Entonces un montón de pensamientos, como moscas zumbando, invadieron mi cabeza. ¿Por qué tenía que caminar en la cinta? ¿Por qué todo el mundo tenía que caminar en una cinta? ¿Solo porque la Autoridad lo decía? ¿Y a dónde iba a parar toda esa energía? ¿Quién la usaba? Desde luego yo no. Por mi esfuerzo solo obtenía un cubo de alimento y un techo de hormigón bajo el que vivir. Eso no parecía demasiado justo ni equitativo. La brisa había cambiado de dirección y el putrefacto olor del Reciclaje entró por mi ventana.

Escuché al Vigilante haciendo sus rondas para distribuir los cubos de la cena. Las tapas de los buzones abriéndose con un pequeño y tenue chirrido para luego cerrarse de golpe. Esperé a que pasara por delante de mí y entonces me dirigí al buzón. Dentro había dos cubos de alimento. El Vigilante debía de haberse equivocado. Recordé cuando Padre me había hablado de las tijeras que se contaban y guardaban bajo llave y que los cubos de alimento también se contaban. «Racionaban», es la palabra que usó. Al final del día, los Vigilantes tenían que hacer un recuento. «Y la cuenta tiene que estar bien —añadía, sacudiendo la cabeza—. Una lamentable situación».

Madre al oírlo se irguió indignada y le espetó: «¿Lamentable? ¿Lamentable? Despreciable y controladora, más bien. Controla la comida y controlarás a la gente. Controla la comida y la energía y lo controlarás todo».

Intenté avisar al Vigilante para decirle que se llevara el cubo extra, pero antes de que pudiera llamar su atención, un ómnibus se detuvo en la verja y David se bajó de él acompañado por dos Representantes de la Autoridad. Estaban caminando hacia mí.

Capítulo veintiocho

David estaba frente a mí, una fina línea de sudor brillando sobre su labio superior. Dos Representantes de las Autoridades, tiesos como las porras que llevaban los Vigilantes, le flanqueaban. Llevaba un uniforme limpio de repuesto y su colchoneta enrollada bajo el brazo. Bajé los ojos y esperé a que los Representantes de la Autoridad hablaran.

Allí en el suelo, junto a mi zapato, había una mariquita, tendida inmóvil boca arriba. Me concentré en ella, temiendo levantar la vista. Si lo hacía, estaba segura de que se me escaparía una sonrisa. Que parecería feliz. Y eso podría arruinarlo todo. La mariquita no se movía. Yo no me moví. El pecho me dolía al respirar.

Los Representantes de la Autoridad pronunciaron monótonamente el Compromiso de Emparejamiento. Miré sus pesadas botas, negras y brillantes, con agujeros reforzados en metal para meter los gruesos cordones. Los zapatos de David no eran tan robustos ni tan brillantes. El borde de sus uniformes, donde la gruesa tela negra se plegaba en un rígido dobladillo, estaba manchado de tierra por la parte de abajo.

Aún continuaban hablando.

—Alabada sea la República.

Estuve a punto de dejar caer uno de los cubos de alimento al hacer la señal circular.

—Alabada sea la República.

Tras decirlo, los Representantes de la Autoridad dieron rígidamente la vuelta al unísono y se marcharon de regreso al ómnibus. El Equipo de Transportes se alejó de la verja, y el Vigilante hizo una anotación en su cuaderno. Los paneles laterales de madera del ómnibus chasquearon y crujieron y después el ruido se perdió en la distancia.

David y yo entramos en el espacio que ahora era nuestro y nos quedamos en la zona de comer. Él aún sostenía su uniforme extra. Permanecimos inmóviles sin saber qué hacer. Finalmente, tendí hacia él uno de nuestros cubos de alimento.

—Más tarde —dijo—. Más tarde.

Su voz era gruesa y profunda. Dejó caer su uniforme extra, colocó ambos cubos sobre la encimera y me tendió los brazos.

—Primero esto —dijo, estrechándome contra su cuerpo.

Sentí el calor de sus manos, de sus brazos rodeándome, de su cara junto a la mía. Me besó y noté la suavidad de sus labios.

—Y ahora esto —dijo, cogiendo su colchoneta y desplegándola junto a la mía.

Vi cómo se desvestía, cómo tiraba su ropa de cualquier manera sobre mi cinta energética. Me desnudé lenta y metódicamente, doblando la ropa con manos temblorosas.

—Eres tan hermosa... No podía imaginar que fueras tan hermosa. Sí, alabada seas. Pero no la República.

Pasamos la noche en su nueva colchoneta, entrelazados el uno al otro como enredaderas en los árboles.

Más tarde, mucho más tarde, tomamos nuestros cubos de alimento.

Capítulo veintinueve

Me desperté primero, justo cuando el sol estaba lo suficientemente alto como para permitir que una pálida luz entrara por las ventanas. Nunca antes había dormido desnuda. Sentía mi piel suave y vulnerable. Aparté la sábana y contemplé mi cuerpo. David había dicho que era una mujer hermosa. Nadie me había llamado nunca hermosa. Pasé las manos por mis costados, palpando la curva de mi cintura y la suave ondulación de mis caderas.

Le contemplé mientras dormía, acurrucado en su lado. Los firmes músculos de sus brazos. La forma en que su cabello se rizaba levemente en la nuca. Lo largas que eran sus piernas. Largas, rectas y fuertes. Me recosté contra él, inspirando profundamente. El olor de su piel era cálido y terroso.

Se volvió hacia mí y abrió los ojos.

—Hola, mi bella esposa. —*Esposa*. Qué palabra tan asombrosa. Me gustó cómo se movían sus labios al pronunciarla. Esposa. Le sonreí.

Me senté tirando de las sábanas para cubrirme.

Apartó la sábana de mis hombros.

—No te tapes. Aún no. —Sonrió acariciando el hueco de mi garganta.

Escuché el leve chirrido de la tapa del buzón de comida. El Vigilante estaba haciendo las rondas, entregando los cubos del desayuno. Subí de nuevo la sábana tapándome el pecho.

—Más vale que nos vistamos —susurré.

Asintió y empezó a rebuscar entre su desordenado montón de ropa. Se vistió rápidamente, poniéndose el uniforme gris apagado de Vigilante, y luego me tendió mi ropa colocada en la cinta energética.

El crujido de las pisadas del Vigilante se desvaneció y David recogió nuestros cubos de alimento.

—No mucha gente dice esposa. O esposo. La mayoría dicen pareja o emparejado.

—Supongo que pueden considerarse palabras de otros tiempos, palabras que utilizábamos por aquel entonces.

Me vestí rápidamente.

—Madre solía hablar de *aquel entonces*. Pero luego se quedaba muy callada y no quería seguir hablando.

Soltó un leve suspiro y dejó a un lado su cubo.

—Aquí va otra palabra de otros tiempos. Ahora nadie dice casa. Solo dicen Habitáculo o Espacio Habitable.

—Madre me habló de nuestra casa. De nuestra casa de aquel entonces. Eso siempre la ponía triste.

—Solía escuchar a mamá y papá hablar de tu madre. Decían que veían cambios en ella. Decían que incluso antes del realojo. Lo advirtieron cuando ella aún estaba enseñando. Yo era demasiado joven para darme cuenta. Ella era profesora, ¿sabes?

—Eso lo sé.

—Está bien. ¿Qué más sabes?

Pensé en el día en que Padre y yo estuvimos caminando por el Recinto.

—Ella era la profesora de George. Padre me lo contó. Y también algunas cosas que no entendí. Cosas sobre leyes que cambiaron.

El sol estaba ahora más alto. Podía distinguir las motas de polvo flotando y girando en el haz de luz que entraba por las ventanas. Ya debería haber estado en mi cinta energética.

—¿Y qué más?

—Leyes sobre animales. Leyes sobre a quién pertenecían las granjas. Leyes sobre energía.

Noté un sordo dolor de cabeza, una pesada presión en mi frente que aumentaba a medida que trataba de recordar lo que Padre me había dicho. Me subí en la cinta energética. Tenía que empezar a caminar, hacer que el contador se moviera hasta el final.

—¿Qué estás haciendo? —David apoyó una mano en la barra metálica lateral.

—Tengo que empezar el recorrido.

—¿Por qué? ¿No vas a trabajar esta noche en la Ciudad de los Niños? ¿Por qué tienes que caminar hoy en la cinta?

—Los Representantes de la Autoridad dijeron que tenía que hacerlo. Hoy es mi último día en la cinta. Al menos eso creo.

—No —dijo con firmeza—. No. Ayer fue tu último día en la cinta. Hoy caminaré yo por ti.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? Tú tienes que cumplir esta noche con tu trabajo, ¿no es así?

Tiró de mi brazo y sostuvo mi mano mientras me bajaba de la cinta.

—¿Por qué? Porque eres mi esposa, por eso.

Ahí estaba otra vez esa palabra. *Esposa*. Esa encantadora palabra de otros tiempos.

Capítulo treinta

Me senté en la colchoneta con las piernas cruzadas y observé cómo David caminaba en la cinta. ¡Qué rápido era, comparado conmigo! Mucho más rápido de lo que había sido Madre. Hacía que la plataforma negra rotara tan veloz que parecía desvanecerse. Admiré lo alto y fuerte que era, admiré su cabello oscuro que le caía sobre la frente. Sus cejas oscuras se curvaban justamente sobre sus ojos. Sus labios llenos, suaves; la barbilla firme y cuadrada.

Y tan valioso para mí. Pensé en las flores y los huevos que me había regalado, y sentí que algo se derretía en mi pecho, como si el sol brillara dentro de mí, en alguna parte debajo de mi piel.

Quería saberlo todo de él y aprender todo lo que pudiera enseñarme.

—¿Fue mi madre alguna vez tu profesora como con George? —le pregunté.

—No, ella enseñaba historia en el Instituto. Yo aún estaba en el colegio antes del realojo.

—Sí, historia. George me lo contó.

El recuerdo de George se había vuelto un tanto borroso. No quedaba demasiado de él excepto Elsa. Elsa y algunos momentos especiales. Como cuando me llamaba tetera. Pequeña tetera. Nunca esposa. Entonces recordé a Padre diciéndole a Madre que se habían llevado a la *esposa* de George y que la Autoridad iba a emparejarlo conmigo. Aquella palabra, *esposa*, había pasado desapercibida sin que volviera a pensar en ella. ¡Tantas cosas me habían pasado desapercibidas sin que me diera cuenta! Ahora, en cambio, era consciente de todo; escuchaba las palabras y aprendía lo que significaban.

—Pero fue mi profesora en las clases de catequesis —añadió, como si yo tuviera que saber qué significaba aquello—. Nos traía galletas cada semana. Y luego las cosas cambiaron. Ella cambió.

—¿Clases de catequesis?

—Otra palabra de otros tiempos.

Me sonrió y yo asentí.

Frunció el ceño y redujo el paso en la cinta. Sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que se agarraba a las barras laterales.

—Es hora de descansar —dijo, metiéndose en la zona de baño.

Debió de rociarse la cara con la solución desinfectante porque, cuando salió, su

cabello oscuro estaba húmedo por la frente. Se sentó en la colchoneta frente a mí.

—Clases de catequesis. Hmm. A ver si puedo explicártelo. Recuerda que solo era un niño. No tengo todas las respuestas.

—Inténtalo. Cuéntame lo que recuerdes.

Le aparté un mechón oscuro de la frente. Cogió mi mano y apretó mis dedos contra sus labios durante un breve y cálido segundo.

—Solía haber iglesias.

—Lo sé. Padre me lo contó.

—Pues bien, las clases de catequesis era donde los niños íbamos para aprender cosas sobre Dios. Pero la nueva Autoridad Central no aprobaba las iglesias ni las clases de catequesis.

Se quedó callado durante un momento. Afuera, al otro lado de la valla del Recinto, podía oírse el canto de los pájaros. Me acerqué a la tronera y observé cómo volaban libremente de un árbol a otro. Hoy apenas se percibía el olor de la planta de Reciclaje.

—¿Sabías que tu padre cantaba en el coro de la iglesia? —dijo David.

Le miré fijamente.

—¿Padre? Nunca le oí cantar.

—Es una pena. Tenía una voz fuerte y profunda que podía llenar una habitación. Además tocaba la guitarra. Algunas veces él y tu madre daban un picnic en la granja y todos los vecinos asistíamos. Los mayores se sentaban en la mesa comiendo y cantando, mientras los niños corríamos alrededor, jugando y esas cosas.

—No recuerdo nada de eso.

—Pues claro que no —repuso, sonriéndome—. Solo eras un bebé. Yo debía de tener diez años cuando naciste. Y pensé que eras un estorbo, por la forma en que todo el mundo te hacía caso. Como si fueras algo especial. —Se inclinó hacia mí y me besó la frente—. Y ahora resulta que tenían razón.

Volvió a subir a la cinta. Me acerqué a ella y miré el indicador. Sobrepasaba la mitad y el sol todavía no estaba en lo alto.

—¿Quieres que camine un rato? —sugerí—. ¿No se enterarán de que no he sido yo?

Sacudió la cabeza.

—No. Lo único que cuenta es el indicador. Hoy debes descansar. Vas a estar despierta toda la noche en la Ciudad de los Niños.

—¿Qué tal es estar despierto toda la noche?

—Acabas acostumbrándote. Aprendes a dormir durante el día y a trabajar en la oscuridad. Una especie de mundo al revés.

Escuché el traqueteo de la madera del ómnibus afuera, cerca de nuestra verja. El Vigilante estaba acompañando a nuestra nueva vecina, la embarazada, hacia el

vehículo. La chica se agarraba el vientre y pude escuchar un leve gemido. Probablemente su pareja estaba trabajando. Estaría tan sola como yo cuando Elsa nació.

David apareció y se quedó a mi lado en el umbral. Me pasó un brazo por la espalda apoyando la mano en mi cadera.

—Tal vez tengas un recién nacido a quien cuidar esta noche.

John estaba en el Equipo de Transportes. No levantó la vista cuando se pusieron en marcha, pero vi cómo nos hacía un gesto con la mano fingiendo que apartaba una mosca enfrente de su cara.

—Trabaja tan duro... —comentó David.

—Igual que hacía Padre —contesté.

—Al igual que hacemos todos —añadió David—. Más vale que vuelva a la cinta.

—Deja que camine un poco. Tú también vas a estar despierto toda la noche. Deberías descansar.

Sacudió la cabeza.

—Yo estoy acostumbrado a estar despierto toda la noche; tú no. Déjame que haga esto por ti.

Me senté de nuevo en el colchón y le observé mientras caminaba, la cinta girando, y la energía susurrando al pasar a través del manguito.

—¿Dónde estuviste anteanoche? —le pregunté.

—¿Qué?

—Que dónde estuviste anteanoche. Estaba preocupada. Otro Vigilante del turno de noche empezó a murmurar ante la puerta diciendo: «Me pregunto dónde estará David». Me dejó muy asustada.

—Lo siento. No tenía forma de hacerte llegar un mensaje. La Autoridad quería que..., ya sabes, que descansara. Quería que descansara antes de que nos emparejáramos.

Me sonrojé avergonzada. No quería pensar en la Autoridad planeando nuestro emparejamiento, imaginando nuestro emparejamiento.

—De modo que decidieron asignar a Randall que, normalmente, trabaja en la Ciudad de los Niños.

—¿Y por qué dijo: «Me pregunto dónde estará David»? Realmente me dejó muy asustada.

—Así es Randall. Un chico raro. No me gusta. Cuando estés en la Ciudad trata de mantenerte lejos de él. Pero —añadió, con una sonrisa pícaro— probablemente solo esté celoso. Y puedo entender por qué. —Me sonrió y se bajó de la cinta—. Esto ya está. Ahora podemos descansar.

Nos acurrucamos como cachorros en su colchón. Resultaba raro estar allí acostados a plena luz del día. Pero no nos dormimos inmediatamente. Nos estuvimos

acunando lentamente hasta que nuestros cuerpos se fundieron en uno.

Más tarde, justo cuando estaba a punto de dormirme, escuché la voz de John al otro lado de la ventana.

—Emmeline —susurró John—, pásate mañana a ver a Joan antes de marcharte. Hazle saber cómo ha ido tu primer turno. —Y tras decir eso, se marchó.

Antes de quedarme dormida le pregunté a David qué había querido decir su padre sobre los problemas que podía tener en mi turno. También quería preguntarle por qué mi madre había cambiado tanto.

Pero estaba profundamente dormido.

* * *

David me despertó con un beso en el hombro cuando el sol aún estaba sobre las copas de los árboles.

—Mira lo que he encontrado en nuestros cubos de comida. —Estaba sosteniendo mi nuevo uniforme, una camisa rosa con los pantalones a juego. Las costuras, como siempre, eran de mala calidad—. El Vigilante lo ha dejado con nuestros cubos.

Me acerqué el uniforme a los hombros para medirlo con mi cuerpo. El material era suave y fresco, y no tenía el olor de ningún trabajador anterior. Fui a la zona de baño para desinfectarme antes de ponérmelo. A partir de ahora no llevaría más uniformes verdes de Reciclaje. Y no tendría que caminar en la cinta. Sentí como si también estuviera desinfectando mi mundo, no solo mi cuerpo.

—Vaya, mírate —exclamó David, con las cejas levantadas y una mirada feliz en la cara—. Ese color te favorece.

Él ya se había vestido con el uniforme de Vigilante que le quedaba muy bien con su cabello y sus ojos oscuros. Me pasó mi cubo.

—Come algo. Ya casi es hora de que te marches. Tienes que estar allí al anochecer para el cambio de turno.

—Nunca he ido allí sola. Me llevaron en el ómnibus a la entrevista. ¿Y si me pierdo y llego tarde?

El estómago me dio un vuelco. ¿Y si vomitaba al llegar allí? Apreté las manos para no morderme las uñas pero, aun así, me encontré un momento después enroscando un mechón de pelo una y otra vez en mi dedo, hasta que sentí un tirón en mi cráneo.

David me cogió la mano, soltándola suavemente del pelo, y acunándola contra su pecho.

—No puedes perderte.

—Pero solo he estado en los Recintos de Transporte y Reciclaje. Y siempre he ido con alguien.

Me apretó el hombro.

—No puedes perderte. Déjame que te lo enseñe. —Se humedeció el dedo y dibujó un círculo en la encimera—. Todos los Recintos están dispuestos en un enorme círculo. ¿Lo ves?

Asentí.

—Cada Recinto está pegado contra la valla. Igual que el nuestro. —Hizo un gesto hacia la ventana trasera y los árboles más allá.

Volvió a humedecer el dedo. Dentro del gran círculo, dibujó otro más pequeño.

—Esta es la carretera circular. Pasa por delante de cada Recinto. Da igual hacia qué lado vayas por esta carretera, que al final pasas ante todos los Recintos. ¿Lo ves?

Asentí de nuevo.

Trazó unas marcas entre el círculo grande y la carretera circular.

—Imagina que este es nuestro Recinto, Reciclaje. —Señaló una de las marcas—. Y que esta es la Ciudad de los Niños. —Señaló el lado opuesto de los círculos. Entonces trazó una húmeda línea recta desde cada Recinto hasta el centro de los círculos—. Todas estas líneas son los caminos que llevan al centro. Ya sabes, donde se celebran las Reuniones Informativas Comunitarias. Pero no puedes ir directamente por el centro para llegar a otro Recinto. Tienes que seguir la carretera circular. El único momento en que los Ciudadanos pueden pisar el centro es cuando las Autoridades celebran las Reuniones Informativas.

Se humedeció de nuevo el dedo y dibujó unos cuadrados detrás de la Ciudad de los Niños y en alguno de los Recintos.

—Estos son los centros de trabajo. Reciclaje, Alimentación, Uniformes, Sanidad, los barracones de los Vigilantes, el almacén de suministros de la Autoridad, todo tipo de lugares fuera de los Espacios Habitables, pero sin embargo dentro de los Recintos. Todos están rodeados por vallas.

Hacía que pareciera muy sencillo y me sentí un poco más tranquila respecto a encontrar el camino. Nos tomamos nuestros cubos rápidamente. Sabía que debía darme prisa. Me moría de ganas de abrazar a Elsa.

—Entonces ¿no me perderé?

—No, estarás bien. Puedes ir a la izquierda o a la derecha de nuestro Recinto, da igual. La Ciudad de los Niños está aproximadamente a mitad de camino, da igual por dónde vayas. Ah, y una última cosa: los Vigilantes de los Recintos por los que pases harán una anotación sobre ti.

—¿Por qué? —Terminé mi cubo y me limpié las migas de la comisura de la boca.

—Porque así son las normas. La Autoridad quiere tener controlados a los Ciudadanos en todo momento y tener informes sobre sus actividades. Así que, si pasas por un Recinto y el Vigilante alza la mano, eso significa que quiere que te pares. Así que para. —Pasó su mano por la encimera borrando las líneas y los

círculos que había dibujado—. Puede que te pidan que te identifiques y digas tu destino.

—¿Qué debo decir?

—Limítate a contestar a las preguntas. No digas más de lo necesario. Algunos de los Vigilantes solo te saludarán con la mano sin decirte que te pares. Confía en mí, todos saben quién eres y a dónde vas. Recuerda que todos viven en los barracones de detrás de la Ciudad de los Niños. Al igual que yo hasta que fuimos emparejados. Y los Vigilantes que viven juntos hablan.

—Y los que no me hagan una seña, ¿querrán pararme? ¡Oh, David, odio todo esto!

Me acarició la mejilla con el dedo, mostrando una sonrisa torcida.

—A algunos les gusta el poder. El poder de su cuaderno. El poder de ser capaces de parar a la gente. Algunos creen que forman parte de la Autoridad.

—¿Y lo son? ¿Son parte de la Autoridad? ¿Tendrán algún motivo para informar sobre mí?

Me pellizcó la mejilla.

—¡Una pregunta cada vez!

—Lo siento.

Le sonreí. ¡Había tantas cosas que quería saber!

—Está bien —dijo—, el único poder verdadero es el de los Representantes de la Autoridad. Y el poder último es el de la Autoridad Central. Los cuadernos son solo una ilusión de poder. Supongo que puedes considerarlos un símbolo, igual que las porras, las banderas o las vallas.

Me ayudó a anudarme el pañuelo, ajustándolo para recoger mi pelo, y luego me besó en la base del cuello por encima de la curva de mi hombro.

—Gracias —dije.

Apoyó sus manos en mis hombros; su cara estaba a escasos centímetros de la mía. ¡Qué clara y suave era su piel, qué oscuras sus pestañas y sus cejas!

Acercó su boca a mi oído y susurró:

—Hay una cosa más que necesito decirte. Mi primer día contigo ha sido maravilloso.

—El primero de muchos —le susurré.

El Vigilante tocó la campana anunciando que quedaba media hora para el anochecer. David me ayudó a desconectar mi bicicleta energética de la barra de descarga. Al principio, la bicicleta se tambaleó, pero enseguida conseguí equilibrarme y pasar por delante de la entrada, bajo la bandera y la garita del Vigilante, que hizo una anotación en su cuaderno.

* * *

Ojalá pudiera decir que todo fue bien una vez que David y yo estuvimos emparejados. Ojalá pudiera decir que la primavera dio paso al verano con una suave brisa, y que nuestro mundo era solo nosotros dos y Elsa, siempre que podía tenerla en brazos. Ojalá pudiera decirlo y fuera verdad.

Pero no puedo. El tiempo y los acontecimientos nos impulsaron hacia delante por caminos que nunca hubiera podido imaginar.

Capítulo treinta y uno

Decidí girar a la derecha. David había dicho que daba igual. El sol se había ocultado levemente tras las copas de los árboles, pero aún había luz de sobra brillando en el aire húmedo de la tarde. Pedaleé lo más rápido que pude, pero la carretera circular era dura, con surcos horadados en ella a causa de las ruedas del ómnibus. Parecía que yo era la única persona viva. Pronto dejé atrás el Recinto de Reciclaje, pasando por delante de otro Recinto, otra bandera. Estaba sudando, el pañuelo mojado se pegaba a mi frente, mis manos húmedas de agarrar el manillar. Vi un comedero de ardillas al otro lado de la valla. Ardillas y pájaros se chillaban entre ellos, en un revoltijo de piel, plumas y ruido. Por debajo del comedero crecían pequeñas flores de pálidos tonos pastel y tallos cortos. La mayoría eran rosas, salvo algunas amarillas. Probablemente habían brotado de las semillas que caían al suelo desde los recipientes. Las abejas revoloteaban de flor en flor. Podía oír su zumbido, semejante al de una mosca pegada a tu oreja. Las flores del otro lado de la valla estaban tan cerca que casi podía tocarlas. Casi. ¿Cómo habría conseguido David las flores para mí? ¿Cómo había tenido el valor de romper las normas que protegían la Tierra? Sonreí. Lo había hecho por mí.

Pero ya basta. Esta noche debía centrarme en aprender mi trabajo en la Ciudad de los Niños. Y tenía que centrarme en Elsa, en cogerla en brazos, oler su pelo, aprender sus facciones, contar sus uñas y sus pestañas, los dedos de sus pies, en enseñarle el tacto de mi piel en la suya. Mi Elsa. Mi niña.

Pasé por delante de la verja del siguiente Recinto. El Vigilante no me detuvo aunque hizo una anotación en su cuaderno. Estaban llevando a cabo un registro sobre mis movimientos. Reuniendo datos para un informe. Los Recintos parecían desiertos, pero tenía que haber gente en su interior porque cada uno tenía su Vigilante. Dondequiera que hubiera Ciudadanos, había un Vigilante. Saberlo me hizo sentir sola; no sé por qué.

Seguí pedaleando y dejando atrás nuevos Recintos, cada uno con su bandera. Alimentación, Transporte, Uniformes. Todos parecían iguales excepto por las banderas. Cuadrados y achaparrados Habitáculos pegados contra la valla con sus zonas comunes de tierra compacta. Algunos de los Vigilantes estaban haciendo sus rondas, lo que no les impidió tomar nota de mi paso, marcándolo en sus cuadernos. A veces uno de mis pies se deslizaba del pedal y el duro metal me golpeaba en el talón.

Tuve que pararme una vez a causa del dolor.

Había una mancha de sangre en mi calcetín. Descansé un minuto, poniendo un pie en el suelo mientras el otro continuaba en el pedal. El pedal libre girando sin parar. No había brisa y las hojas colgaban flácidas por el calor. Los pájaros regresaban a sus nidos tras un día de alegres trinos y vuelos. El anochecer se aproximaba. Volví a pedalear.

Recorrer la carretera andando sin duda resultaría más fácil que montando en bicicleta. La bici requería diferentes músculos para mantener el equilibrio. Debería haber practicado más. Estaba acostumbrada a caminar porque eso era lo que hacía cada día en mi cinta. Pero caminar no proporcionaba suficiente energía a la República.

Gracias a las explicaciones de David, ahora comprendía mucho mejor la disposición de los Recintos; pero aún seguía sin entender bien las reglas. ¿Quién las hacía? ¿Cómo habían conseguido tanto poder? ¿Y qué es lo que hacían con toda la energía que creábamos los Ciudadanos? Tendría que acordarme de preguntárselo a David.

Pedaleé más rápido, tratando de ignorar el sudor de mi cara, el dolor de mi tobillo y el calcetín pegado a mi sangre seca. Y, de pronto, ahí estaba: la verja de la Ciudad de los Niños. Las banderas azul y rosa. Y el Vigilante, caminando con una leve cojera.

Randall.

Levantó la mano cuando me acerqué.

Puse un pie en el suelo, para equilibrar mi bicicleta energética.

—¿Nombre? —preguntó con voz profunda y áspera.

—Emmeline —contesté. Sentía la garganta tirante como si una mano estuviera estrangulándome.

—¿Propósito?

—Turno desde el anochecer al amanecer en la Ciudad de los Niños. —Hice un gesto de asentimiento hacia el edificio y el pañuelo se deslizó hacia atrás, dejando el pelo al descubierto. Rápidamente volví a colocarlo, pero lo notaba torcido, incómodo. Intenté enderezarlo con una mano, sujetando la bicicleta con la otra. Mis torpes dedos apenas consiguieron nada y tuve la sensación de que en cualquier momento se me iba a caer al suelo. El tobillo me dolía.

Cuando Randall se apoyó contra la verja, pude advertir que estaba intentando mantenerse erguido, tratando de ocultar el hecho de que su pierna izquierda fuera más corta que la derecha. Y cuando hablaba, la parte izquierda de su boca no se movía igual que la derecha y su párpado izquierdo permanecía un poco caído. No era un Ciudadano Perfecto.

Tensé los hombros y repetí, un poco más fuerte:

—Turno desde el anochecer al amanecer aquí, en la Ciudad de los Niños.

—Ya te he oído la primera vez. —Hizo una anotación en su cuaderno—. Aparca tu bicicleta por allí. —Hizo un gesto hacia una barra metálica al lado de la entrada—. Y asegúrala. Asegúrala bien.

Me bajé de la bicicleta y empecé a caminar hacia la verja.

—¡Detente! —ordenó—. ¿No estás olvidando algo?

No supe qué decir. Me quedé inmóvil, mirando al suelo, evitando encontrarme con sus ojos.

—Ciudadana —dijo—. Alabada sea la República.

Levanté la vista. Estaba haciendo la señal circular.

—Alabada sea la República —repliqué, haciendo la señal circular.

Asintió sin sonreír, sin ninguna señal de aprobación, y me hizo un gesto con la mano para que continuara. No se apartó, ni siquiera un poco, así que tuve que rozarle al pasar. Olía a sudor y humedad, como las hojas muertas que se van pudriendo al pie de los árboles.

Aseguré la bicicleta a la barra aparcándola entre otras dos. Las cadenas metálicas de seguridad eran toscas y roñosas. No tenía que descargar la energía hasta que volviera a mi propio espacio y no quería que nadie descargara mi energía en su circuito o en su barra de descarga. La energía era un bien demasiado valioso.

Pequeños fragmentos de metal oxidado se desprendieron de la cadena pegándose a mis dedos. Traté de quitármelos lo mejor que pude, frotándome las manos, y luego yendo dedo por dedo. Quería que mis manos estuvieran lo más limpias posible cuando cogiera a Elsa. Tal vez hubiera solución desinfectante dentro de la Ciudad.

Al empujar la puerta de entrada escuché de inmediato el sonido de los niños dormidos. Las suaves respiraciones y los tenues resoplidos vibrando en el aire. El vestíbulo estaba en penumbra. A la izquierda se encontraba la oficina de Joan, ahora vacía. Recordé la primera vez que entré allí para mi entrevista y cómo el sol se filtraba por la ventana creando una especie de halo a su alrededor y haciendo que me resultara imposible ver su cara. John había dicho que debía pasar a verla por la mañana, al final de mi turno.

Atravesé el vestíbulo, dejando las aulas a derecha e izquierda, ahora vacías. No había voces infantiles recitando las alabanzas a la República. Pasé por los dormitorios de los niños mayores, adentrándome en el edificio en dirección a la guardería. Mis zapatos no hacían ruido. Pude escuchar voces. Dos mujeres, a juzgar por el sonido. Había dos luces bailando en la penumbra, luces que se movían a la vez que las voces se alzaban y descendían.

—¿Así que estará aquí esta noche? —preguntó una. Hablaba por la nariz con voz aguda y sibilante.

—Desde luego —contestó la otra, y la luz se balanceó arriba y abajo.

—¿La has conocido?

—No exactamente. Joan la mandó llamar para hacerle una entrevista —pronunció *entrevista* como si fuera algo gracioso—. La buena y vieja Joan. Y se supone que todos somos iguales. Ciudadanos iguales.

Quienquiera que estuviera hablando soltó una tos húmeda y cascada y luego se aclaró la garganta.

—La pillé cuando estaba a punto de coger a un bebé dormido. ¿Te imaginas? Me quedé petrificada esperando.

—¿Qué bebé?

—No estoy segura. Una de las niñas. ¡Y Joan allí, tan tranquila! Por lo que pude ver, Joan la trata como a alguien especial. Alguien diferente.

—Vaya, vaya, ya nos ocuparemos de eso, ¿no es así?

Y se rieron a la vez, las extrañas luces columpiándose arriba y abajo. Una nueva tos.

—Pero, en fin, ¿algo de lo que informar?

—No mucho. Hoy ha nacido uno. Eso es lo que he oído de los Servicios Humanos de Salud.

—¿Y? ¿Ha sido viable?

Debían de estar hablando sobre esa chica de aspecto infantil de mi Recinto. La que se agarraba su hinchado vientre al subir al ómnibus.

—No. Tenía los pies torcidos. Girados en los talones. Una pena. Era un chico. Se lo llevaron directamente a Reciclaje.

—Los reglamentos se están volviendo cada vez más estrictos, ¿no es cierto?

El pasillo se estaba quedando oscuro. Mi turno estaba a punto de comenzar y no podía arriesgarme a llegar tarde.

—Hola —llamé en voz alta—. Estoy aquí.

Las luces se giraron hacia mí, enfocando mi cara. Me llevé una mano a la frente protegiéndome los ojos.

No podía verlas. Pero ellas a mí sí.

Capítulo treinta y dos

Por poco llegas tarde, ¿no?

Las dos linternas enfocaban mi cara. La mujer de la izquierda era quien hablaba. Su voz sonaba igual que la de la mujer que conocí el día que Joan me hizo la entrevista. Aquella que me advirtió que no despertara al bebé.

—Por poco —dije—. Pero ya estoy aquí.

—¿Has traído tu linterna?

No supe qué contestar.

—¿Mi linterna?

Se pusieron más juntas. Una de ellas alzó el brazo y apagó su linterna. La tenía atada a una cinta que llevaba alrededor de la cabeza.

—Y bien, ¿la has traído o no? ¿Has traído la linterna o no?

Sacudí la cabeza.

—No tengo ninguna.

—¿Cómo pretendes trabajar en el turno de noche si no tienes linterna? —La otra apagó también su luz y la habitación se quedó en penumbra, iluminada únicamente por la leve claridad que entraba por las estrechas ventanas—. Mira lo oscuro que se está poniendo. Vaya, vaya. Menos mal que tengo mi linterna. No me gustaría estar sin ella. —Y ambas volvieron a encender sus luces.

Una de ellas iba vestida de rosa. La otra de azul. Ninguna era especialmente alta o robusta, sino de aspecto anodino.

—Más vale que me vaya. He terminado mi turno. —La que estaba trabajando el día de mi entrevista se dio la vuelta. Vi que su uniforme rosa estaba arrugado y retorcido en las caderas. No sabía su nombre—. Que tengas un buen turno, Ciudadana.

—Alabada sea la República —dijeron al unísono haciendo la señal circular.

Mis brazos colgaban inertes a mis costados. ¿Debería haber hecho la señal circular? ¿Debería preguntarles sus nombres o darles el mío? ¿Debería haber sabido lo de la linterna? Me sentí ignorante y poco preparada.

La de rosa empezó a alejarse por el pasillo, pero entonces llamó a su amiga.

—Saludaré a Randall de tu parte.

—No molestes a Randall, ¿me oyes? —Y ambas se rieron.

La de azul se volvió hacia mí.

—Está bien. Así que no traes linterna, ¿eh? Supongo que tendrás que pegarte a mí toda la noche. No podemos permitir que vayas chocando con todo en la oscuridad, ¿verdad?

La seguí por el vestíbulo hasta que llegamos a lo que parecía un cuarto de suministros. La luz de su linterna oscilaba de arriba abajo de las estanterías mientras iba haciendo provisión de material.

Una balda con ropa blanca. Una balda con pequeños biberones y tetinas. Una balda con solución desinfectante y palanganas. Más estanterías. Más material. El olor limpio, aséptico y un poco ácido de las soluciones desinfectantes flotando en el aire. Apoyada en un rincón, había una vieja escoba deshilachada junto a un rajado recogedor. En otra esquina, un pequeño taburete rojo para alcanzar las cosas de las estanterías más altas. Y a un lado, una mecedora. Colgando de un clavo en la pared había un tablero con una lista de palabras, tal vez nombres.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando el tablero. Quería que volviera su linterna hacia la lista.

Se comportó como si no me hubiera oído. Estaba cogiendo pilas de ropa blanca de la estantería y amontonándolas en sus brazos.

—¿Y qué es eso? —insistí, señalando la ropa blanca.

—Qué es eso, qué es lo otro —coreó sarcástica—. Estás llena de preguntas, ¿no es cierto? Tú sígueme e intenta averiguarlo mientras andamos. ¿Entendido?

Asentí.

—Está bien. Sígueme.

Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la guardería. Por fin iba a ver a Elsa. Tenía que caminar pegada a la mujer de azul porque la luz de su linterna era débil y apenas abría un estrecho pasillo en la oscuridad. Podía oler su cabello aceitoso, como los cubos de alimento con sabor a pescado. De pronto se detuvo abruptamente y choqué contra su espalda. Se volvió, dirigiendo su linterna directamente a mis ojos.

—Ten cuidado.

Su agudo tono de voz me hizo sentir frío y miedo.

—Lo siento —dije—. No sabía que fueras a parar. Solo estaba intentando seguirte el paso.

—Aquí no hay que seguir nada. Solo hacer. Tengo cosas que hacer. Me he parado porque me ha dado la gana. Me he parado para ver lo que hacías. ¿Entendido?

Asentí, a pesar de no entender nada.

—Esto es lo que hay. Llevo haciendo el turno de noche desde que me gradué en la Ciudad de los Niños. Este puesto ha sido siempre mío. Todo mío. Trabajo a mi manera. No importa lo que te hayan dicho. ¿Entendido?

Escuché el débil llanto de un niño en alguna parte al final del oscuro pasillo. ¿Elsa? No. Parecía un niño más mayor, no un bebé. Tal vez algún niño soñando con

algo oscuro y aterrador.

Ella no pareció escucharlo o no mostró el menor interés en averiguar de quién se trataba. Mis piernas, mis brazos, mi cabeza querían encontrarlo, alisar sus sábanas, acariciar su frente. Pero, sobre todo, quería ver a Elsa y cogerla en brazos.

—Lo primero que hacemos es reponer. ¿De acuerdo?

—¿Reponer?

—Sí. Reponer. Poner pañales limpios debajo de las cunas. Lo hacemos para las trabajadoras del turno de día.

Recordaba claramente que Joan me había dicho que no se debía reponer durante el turno de noche, pero no dije nada. De algún modo, allí en la oscuridad, no me pareció buena idea disentir.

—Después de reponer, bueno, hacemos lo que haya que hacer. —Se volvió y fue hasta la guardería.

Fuimos de una cuna a otra, con solo su luz para guiarnos. Había pocos bebés en la guardería. ¿Cuál de ellos sería Elsa? La mujer no enfocaba su luz hacia los niños, solo a los estantes de debajo de las cunas, y únicamente el tiempo suficiente para liberarse de los pañales que se amontonaban en su brazo y dejarlos en las baldas. Tenía que quedarme cerca de ella porque el cono de luz de su linterna no me permitía ver nada salvo lo que ella quisiera mostrarme.

—Por cierto, me llamo Emmeline —susurré finalmente.

—Ya lo sé —respondió—. Todo el mundo lo sabe. Y a nadie le importa. —No me dijo su nombre pero, por lo que Joan me había dicho, sabía que debía de ser Lizzie.

Se dio la vuelta y regresó al cuarto de suministros. La seguí, pero no muy de cerca.

Esta vez cogió algunos de los biberones con sus tetinas correspondientes de las estanterías. Por cada uno de ellos, cogía también un pañal y me lo tendía. Los biberones tintinearón unos con otros cuando se giró y se alejó del cuarto de suministros.

El tacto de los pañales contra mi piel era áspero. Había imaginado que serían más suaves.

La seguí de vuelta a la guardería. Se paró en la primera cuna y me pidió que le pasara un pañal. Lo enroscó en una especie de rollo o almohada, usando solamente una mano. Luego dejó el pañal enroscado al lado del bebé, su linterna iluminándolo por fin. No era Elsa. Era un niño pequeño, durmiendo con los brazos extendidos. Tuvo que mover uno de sus brazos para poner el pañal junto a su cara. A continuación, tiró del borde de su pequeña camisa haciendo que se girara levemente de costado y, cogiendo uno de los biberones, lo encajó dentro del pañal de modo que la tetina tocara sus labios. Unos pequeños labios rosas como los pétalos de una flor. El bebé abrió la boca y ella empujó la tetina entre sus labios hasta que este comenzó a

succionar. Sus redondas y suaves mejillas contrayéndose e hinchándose, pero no se despertó. Había realizado todo el proceso sin tocar en ningún momento al niño. Solo había tocado su ropa.

Se movió a la siguiente cuna.

—¿No coges a los niños en brazos para darles de comer? —susurré.

Se volvió para mirarme.

—Ya te lo he dicho. Hago las cosas a mi manera. Tú sígueme. Y no hagas más preguntas.

Fuimos de cuna en cuna. Enrollando un pañal, poniéndolo en la cuna, volviendo al niño de costado, metiendo el biberón en el pañal, y acercando la tetina a su boca y luego adentro, y a por el siguiente. Mientras el haz de su linterna se balanceaba de arriba abajo, miré a cada niño lo más atentamente que pude. Dos niños y tres niñas hasta el momento. Ni rastro de Elsa. Cuando llegamos a la última cuna, mis manos empezaron a sudar. ¿Qué pasaría si este último bebé no era ella? ¿Qué pasaría si no estuviera allí?

Capítulo treinta y tres

Llegar hasta la última cuna se me hizo eterno, como si cada paso se ralentizara, volviéndose deliberadamente lento, como una burlona imitación de alguien andando muy despacio. Podía escuchar mi respiración resonando con tal fuerza que estaba segura de que Randall podía oírla fuera. Tan atronadora como para despertar a los niños.

Cuando finalmente llegamos a la cuna, la última en el lado de la izquierda de la guardería, Lizzie estiró la mano para que le pasara el último pañal. Miré fijamente la cuna, esperando a que la luz de su linterna cayera sobre la cara del bebé. Enroscó el pañal, lo dejó junto a la cara, como había hecho con los demás, y giró levemente al niño aún sin iluminarlo. Cuando por fin le colocó el biberón, pude verlo con claridad. Pude ver a mi Elsa.

Me llevé las manos a las mejillas. ¡Oh, qué hermosa parecía, qué tranquila! Sus manos enroscadas en pequeños puños redondos y suaves. Tan pequeños.

El biberón estaba contra sus labios pero ella había apartado la cabeza.

—Esta siempre me da la lata —indicó Lizzie—. Es una cabezota desde el primer día que llegó. Ya lleva cuatro meses aquí y sigue siendo tan terca como el primer día. —Empujó el biberón contra los labios de Elsa, pero la niña se apartaba cada vez—. Han empezado a darle comida normal de bebé la semana pasada. Ya era hora, si quieres saber mi opinión. Ya está bien de tanto biberón. —Movié de nuevo la botella, frotándola contra los labios de Elsa—. Vamos, vamos. No tengo tiempo para esto.

—Tal vez no tenga hambre ahora mismo —sugerí—. ¿Tal vez si la cojo en brazos?

La luz de su linterna se volvió hacia mí.

—Es hora de comer. O lo toma ahora o no tendrá comida.

La luz aún seguía iluminando mi cara, directamente a mis ojos.

—¿Y por qué ibas a querer cogerla? ¿Qué tiene de especial el Bebé Seis? —La forma en que lo dijo sonó como si sacara el labio hacia fuera, como si se estuviera burlando, pero con la linterna iluminando mis ojos no podía ver su gesto y no podía estar segura. Quise gritarle que su nombre era Elsa y no el Bebé Seis. ¡Elsa!

Parpadeé y traté de apartar los ojos de la luz.

—Solo pensaba... —empecé a decir, pero me interrumpió.

—Oh, tú solo *pensabas*. Oh, sí, Emmeline solo *pensaba*. Bueno, bueno, bueno.

¿No es interesante?

Empujó la tetina una vez más contra los labios de Elsa. Esta vez la aceptó y empezó a succionar.

—Ya te lo he dicho. Y dos veces al menos. Aquí se trabaja a mi modo.

Se dio la vuelta y se dispuso a salir de la guardería. En un rápido y breve movimiento toqué la cabeza de Elsa, sintiendo su suave y delicado cabello.

—¿Vienes? —preguntó Lizzie hablándome por encima del hombro.

No me quedó más remedio que seguirla. Si se marchaba de la guardería, me quedaría sin luz. Necesitaba su linterna, por débil y lejana que fuera.

Regresamos al cuarto de suministros. Fuera del edificio, el chirrido metálico de un buzón de alimentos llamó mi atención. Y también la de Lizzie.

—Bien —declaró—. Hora de hacer un descanso antes de que tengamos que recoger los biberones vacíos y los pañales. Espera aquí.

Se marchó por el corredor, dejándome en aquel cuartito en medio de la oscuridad más absoluta. Escuché sus pisadas resonando contra el suelo de cemento, un sonido sordo que poco a poco se desvaneció para luego recomenzar, cuando caminó de regreso al cuarto. El estrecho haz de su linterna la precedía, rebotando de un lado a otro como una luciérnaga.

Cuando volvió, vi que llevaba un huevo duro en la mano. Solo uno. Se sentó en la mecedora y empezó a quitarle la cáscara, dejando los trozos en un contenedor de reciclaje que había junto a la silla.

—Supongo que Randall olvidó pedir un huevo para ti. Es curioso que se haya tomado la molestia de escribir mi nombre en este huevo. Mira. Aquí dice Lizzie. O sea que es mío. A ver si tienes más suerte mañana. —Escuché los pequeños trozos de cáscara resonar contra el contenedor metálico—. De hecho, intentaré recordarle a Randall que necesitas un huevo. Es lo más correcto, ¿no crees? Y Randall casi siempre hace lo que le pido, si entiendes a qué me refiero.

Dio un mordisco al huevo y me sonrió, los trozos de yema amarilla pegados a sus dientes.

—¿Sabes?, trabajar en el turno de noche tiene sus ventajas. Como, por ejemplo, este huevo. —Sostuvo el último trozo de huevo en alto como un trofeo—. La Autoridad se asegura de que recibamos un tentempié a mitad de la noche. Alabada sea la República. —Se comió el último trozo y se recostó en la mecedora—. Y ahora podemos descansar.

Y tras decirlo, apagó su linterna. La oscuridad nos inundó inmediatamente. No podía ver nada, pero podía escuchar la respiración colectiva de los niños. Los mayores dando vueltas en sus camas. Uno de los bebés estaba llorando pero Lizzie no pareció oírlo.

—Lizzie —susurré—, uno de los bebés está llorando. ¿No deberíamos ir a

comprobarlo?

La mecedora crujió con su movimiento.

—¿Y qué? Los bebés lloran. Eso es lo que hacen. Apuesto a que yo también lloré cuando era bebé. Y apuesto a que nadie me cogió en brazos.

Me pareció que su voz sonaba triste. O tal vez trastornada. Una extraña mezcla de las dos.

—Deberíamos comprobarlo, aunque solo sea para estar seguras.

—¿Seguras de qué? —La mecedora crujió de nuevo.

—Tal vez el bebé necesite algo. No lo sé. Puede que un pañal limpio. Un poco más de biberón. Joan dijo...

Encendió la linterna de pronto, enfocándola directamente a mis ojos, y se inclinó hacia delante.

—Llevo en la Ciudad más tiempo que Joan. Ella apareció..., ¿de dónde?, ¿de una granja cooperativa? Por favor, ¿acaso crees que sabe algo? Les cambiamos los pañales a todos al final de nuestro turno. Se comen lo que les damos y cuando se lo damos. Fin de la historia. Ningún niño, ningún bebé, recibe más que los otros. Esa es la norma. —Clic. La linterna se apagó de nuevo—. Esa era la norma cuando fui criada aquí. Nadie me sostuvo nunca en brazos.

No me gustó escuchar esas palabras en la oscuridad. Esta vez no percibí ni tristeza ni rabia. Solo su voz plana y fría como el hielo en la roca.

—Además —añadió—, es bueno para ellos. Es bueno para ellos aprender desde un principio cómo son las cosas.

—¿De verdad crees eso? ¿Que es bueno para ellos?

—Por supuesto que lo creo. Yo fui criada así y crecí perfectamente.

—Pero...

—Pero nada. Así es como es y es lo que está bien.

Me apoyé contra la pared, sintiendo el frío hormigón a través de mi uniforme. El bebé aún seguía llorando. Nada parecía estar bien. Joan había dicho que no había que reponer existencias en el turno de noche. Y, sin embargo, las reponíamos. Joan había dicho que debería quedarme en la guardería. Y, sin embargo, estaba en el cuartito de suministros. Joan no había dicho nada sobre una linterna.

Casi enseguida empecé a escuchar la fuerte respiración de Lizzie, el sonido de sus ronquidos rematado con un leve pitido al final de cada respiración. Inhalar y exhalar, el sonido uniforme de estar profundamente dormida. No me podía creer que se quedara dormida durante su guardia. Intenté recordar si Joan había comentado algo sobre dormir. Pero, incluso aunque no lo hubiera hecho, dormir durante el trabajo no tenía sentido. No parecía correcto. El bebé todavía seguía llorando. Si tenía que hacerlo, informaría sobre Lizzie por quedarse dormida. Si era necesario, lo haría.

Empecé a tantear a lo largo de la pared, moviéndome lentamente, hasta que llegué

a la puerta abierta. El aire del pasillo era más fresco que el del pequeño cuarto de suministros. Sin hacer ruido, manteniendo mi mano sobre la pared, caminé hacia la guardería, hacia el bebé que lloraba. Atravesé el pasillo paralelo que llevaba a los niños mayores, los chicos a un lado, las chicas al otro. Continué avanzando, despacio, siempre muy despacio, con la mano extendida, buscando sentir la pared nuevamente. Moviendo los pies con precaución, mientras intentaba recordar si había algo en el pasillo con lo que pudiera tropezar, algo que hiciera ruido y pudiera despertar a Lizzie.

El bebé aún lloraba. Cuanto más me acercaba, más fuerte se oía su llanto. Un largo gemido seguido de pequeños sollozos, pequeños sollozos entrecortados y, después, otro gemido. Largo, corto, corto. Largo, corto, corto. Al compás de la necesidad.

Por fin llegué a la guardería. Fui abriéndome paso a lo largo de la fila de cunas, de los huecos entre ellas, de la línea perfectamente uniforme de espaciados bebés, hasta acercarme al que estaba llorando. Era el primer bebé del lado de los niños. La tetina del biberón se había salido de su boca. La volví a poner cerca de sus labios y le di una palmadita en la espalda. Enseguida, se quedó tranquilo y comiendo.

Avancé un poco más hacia Elsa, moviéndome de cuna en cuna, tanteando los bordes de madera hasta que llegué a la última. Me incliné sobre Elsa en la oscuridad, sintiendo su calor en mis manos. La cogí en brazos y la sostuve contra mí. Qué ligera era, qué fácil de levantar. Se acurrucó contra mí, su cabeza en mi hombro, su mejilla junto a la mía. Piel con piel. Respiré su olor, caliente y lechoso, quería conservarlo dentro de mí y no soltarlo nunca, no olvidarlo nunca. Palmeé su espalda y la acuné de un lado a otro, sujetándola. Se me pegó aún más, encajando perfectamente en mí. Mi bebé, mi Elsa. Unas cálidas lágrimas se deslizaron por mis mejillas, cálidas lágrimas de felicidad.

Me olvidé de los Vigilantes y sus cuadernos. Me olvidé de las Autoridades y los Ejecutores. Me olvidé de Randall y de Lizzie. Lo único que contaba era Elsa en mis brazos y quería que durara para siempre.

Una linterna se encendió. La luz me cegó los ojos. Lizzie estaba frente a mí, con las manos en las caderas, enfocando sin piedad la luz en mi cara.

—Ciudadana —dijo en un bajo, pero amenazante susurro—, has roto las reglas.

Capítulo treinta y cuatro

Apreté a Elsa entre mis brazos dando un pequeño paso hacia atrás. Lizzie se adelantó hacia mí, con las manos en las caderas.

—¿Las reglas? —pregunté.

—Sí, las reglas. Como ya te expliqué.

Elsa movió la cabeza contra el lateral de mi cuello. Su pelo era suave y cálido, pero me sentí fría y asustada. A través de la ventana distinguí la pálida luz de la luna y escuché las fuertes pisadas del Vigilante.

—Ya sé lo que dijiste —susurré, no queriendo despertar a Elsa. La niña volvió a mover la cabeza retorciéndose en mis brazos, sus piernas empujando contra mi pecho. Tenía que pensar en algo, cualquier cosa, que explicara mi comportamiento sin empeorar la situación—. Solo estaba haciendo lo que Joan me dijo que hiciera. Consolar a los bebés. Ella es mi jefa, y también la tuya. Además, tenía miedo de que el llanto del bebé pudiera despertarte.

Dio otro paso más hacia mí, su cara prácticamente pegada a la mía. Yo volví a retroceder, chocando contra la pared.

—¿Estás loca? —preguntó—. No estaba durmiendo. ¿Me has entendido? No estaba durmiendo.

Podía oler su aliento. Volví la cabeza hacia un lado, pero aun así todavía me llegaba el cálido y mohoso olor a yema de huevo.

—Por mucho que diga Joan, tengo amigos que confirmarán que consuelo a los bebés. Tengo amigos que confirmarán que estás mintiendo. Joan no tiene amigos aquí. Tú no tienes amigos aquí. Yo sí. No vengo de una granja cooperativa. No he sido criada en casa. Así que deja a ese bebé. Ya. —Dio un paso atrás y pude ver la sombra de su brazo señalando la cuna—. O lo lamentarás.

—¿Va todo bien por ahí? —Randall debía de estar fuera al pie de la ventana, escuchando y enterándose de todo—. ¿Necesitas mi ayuda ahí dentro, Lizzie?

—No hace falta. Al menos eso creo —contestó, señalando la cuna—. Pero he pillado a la nueva trabajadora durmiendo. ¿Puedes creértelo? Durmiendo. La primera noche de trabajo.

—Oh, bueno —dijo a través de la ventana—, eso requiere un informe, ¿no crees? Quiero decir que después de todo, ya sabes...

—Pensaré en ello. No se lo digas a nadie hasta que lo decida. Tal vez lo deje

pasar si me promete no volver a dormirse durante su turno.

Al principio me quedé desconcertada. Pero luego comprendí con total y absoluta claridad quién era Lizzie en realidad: una víbora. Una perversa y escurridiza víbora que, al igual que las serpientes de verdad que habitaban en los bosques fuera del Recinto, estaba siendo protegida.

—Tengo que terminar mis rondas —dijo Randall—. Debo comprobar que el almacén de provisiones especiales de la Autoridad esté cerrado con llave. Pero volveré. Saca una bandera si me necesitas.

Escuché cómo se alejaba con su paso desigual.

Lizzie se volvió hacia mí.

—Deja a ese bebé en su sitio. Ya. Tenemos que hablar muy en serio.

Me acerqué a la cuna, sintiendo el duro lateral de madera contra mis muslos, y me incliné para dejar a Elsa suavemente en el colchón. Me tomé mi tiempo para hacerlo, saboreando cada segundo, haciendo esperar a Lizzie. Lizzie enfocó la linterna hacia la cuna y me observó. Elsa se había acurrucado de lado, aún dormida, su puño rosado en la boca. El biberón aún estaba por la mitad.

—Sígueme —ordenó.

Regresamos al cuarto de suministros. Lizzie se sentó en la mecedora haciendo una indicación con la mano para que yo hiciera lo mismo en el taburete. Cuando se balanceó, la luz de su linterna se movió de arriba abajo, iluminando las paredes, los biberones de comida, el tablero con la lista de nombres. Luego siguió su recorrido hasta el techo para descender pasando por mi cara y bajando hasta el suelo. El taburete era bajo y las rodillas me llegaban casi a la barbilla. Notaba la espalda fría contra la pared. En alguna parte, al fondo del oscuro pasillo, un niño estaba tosiendo.

Nos quedamos así sentadas, en silencio, durante lo que pareció una eternidad.

Finalmente Lizzie habló con voz ronca.

—Bueno, ¿qué tienes que decir en tu defensa? —Continuó meciéndose.

Sentía la boca seca, como si mi lengua estuviera hecha de cuero de zapato.

—Nada —contesté.

Las palabras parecieron estremecerse y quedar suspendidas en el aire delante de mí, mientras Lizzie dejaba de balancearse y el haz de su linterna se fijaba en mi cara.

—Apuesto a que no tienes nada que decir. —Se meció un poco, la silla crujiendo con el movimiento—. Ya sé por qué no me entiendes. Porque has sido *criada en casa*. Menos mal que ya no quedan muchos de tu clase. Apuesto a que tu madre nunca te enseñó nada, ¿no es así?

—Me habló de los otros tiempos.

—¡Los otros tiempos! Eso se acabó. Para siempre. Así que ¿por qué hablarte de eso? Tengo entendido que estaba un poco chiflada. Los rumores vuelan.

A través del hueco de la ventana, pude ver unas sucias nubes grises cubrir

parcialmente la luna.

—He oído que no le gustó demasiado la idea del cambio. A ninguno de ellos les gustó la idea del cambio. Estaban atrapados en su sucio statu quo. Eso es lo que he oído.

Pude escuchar a Randall caminando por delante del edificio, haciendo sus rondas arrastrando los pies.

—Si te hubieras criado en la Ciudad conocerías la historia verdadera. Como yo. Tuve que aprenderla de memoria. Y además saqué buenas notas. Así es como conseguí este trabajo. Verás, la verdadera historia comienza con la República. Así que deja que te la cuente. Tal vez así lo entiendas.

Parecía orgullosa y muy segura de sí misma. Hizo una pausa, como si sopesara por dónde empezar, y entonces prosiguió.

—¿Te contó lo duro que había que trabajar antes del cambio?

Pensé en la foto en la que Madre me sujetaba, la forma en que sonreía, lo verde que era la hierba y lo grande que se veía la casa a nuestras espaldas.

—Nunca dijo nada sobre trabajar duro, nada como...

Lizzie me interrumpió.

—Eso demuestra lo chiflada que estaba. Verás, antes de la República, la gente tenía que trabajar muy duro. O bien cultivaban su propia comida, o trabajaban ganando dinero para poder comprarla. Además tenían que pagar por sus casas. Y sus ropas. Y todas esas cosas. Las grandes compañías imponían sus reglas porque poseían la energía y perforaban la Tierra para obtenerla. La gente normal no tenía ninguna oportunidad. La Tierra no tenía ninguna oportunidad.

Escuché el llanto de un bebé procedente de la guardería. Quise ir hasta allí. Confiaba en que no se tratara de Elsa.

—Quédate dónde estás —advirtió Lizzie como si pudiera leer mi mente—. Todo forma parte de su aprendizaje. Dormir cuando es hora de dormir, comer cuando es hora de comer. Yo fui criada así. Y lo aprendí. Ellos también lo harán. Así es como funciona.

—Pero solo son bebés —repuse.

—Son Ciudadanos —replicó—. Todos vivimos bajo las mismas normas.

El llanto disminuyó, apenas audible. Hubo una breve pausa, y luego recommenzó.

—Volviendo a tu clase de historia —continuó Lizzie—. Y a todo lo que no te contó tu chiflada madre. Apuesto a que tu padre tampoco te contó demasiado.

—Me enseñó muchas cosas. —*Haz todo lo que te pidan.*

—No trates de hacerme creer que te enseñó mucho. Imagino que estaría bastante ocupado manteniendo a tu madre bajo control.

Se revolvió en la silla cruzando una pierna por encima de la otra. Una de las perneras se levantó y pude vislumbrar los puntiagudos huesos de su tobillo.

Me puse en pie mirándola fijamente.

—No hables así de mis padres. ¡No tienes derecho! Me querían y cuidaron de mí.

—¿Y dónde están ahora? —inquirió con voz plana y fría—. ¿Acaso están aquí? —Me devolvió la mirada, cegándome con su linterna—. Siéntate. Aún no hemos terminado.

Permanecí de pie, ignorando su orden. Ella no pareció darse cuenta o bien no le importó.

—Las cosas empeoraron —continuó—. Se produjeron nuevas crisis. Los precios de la comida se dispararon, la energía escaseaba, había disturbios en las calles. La gente empezó a sentirse inquieta, asustada. Así fue como nació la República. Un hombre sabio y poderoso se convirtió en la Máxima Autoridad. Su nombre era Fabián. Eligió a otros cuantos hombres sabios y poderosos para que se unieran a su Autoridad y la gente se convirtió en Ciudadanos. Ciudadanos orgullosos. *Alabada sea la República.*

Su voz había derivado en un tono monótono, como de estar en trance.

Otro bebé estaba llorando. Y luego otro. Los bebés me necesitaban. Tenía que ir con ellos. Me dispuse a salir del cuarto.

—Siéntate —advirtió Lizzie—. Aún te estoy enseñando. Recuerda, puedo informar de que te has dormido, de que has roto las reglas. Y Randall también lo hará. Entonces, ¿qué pasará contigo?

Se meció de nuevo. Los bebés lloraban. Sentí las lágrimas agolparse en mis ojos con una ardiente presión.

—Pero no fue fácil —continuó hablando—. Hubo algunos que no creyeron en la Autoridad Central. —Había pronunciado el «no creyeron» con tal énfasis que casi podía imaginar sus labios curvándose sobre las palabras. Se acunó aún con más fuerza, la luz de la linterna bamboleándose a toda velocidad, como relámpagos iluminando en todas las direcciones—. Tu madre no se lo creyó. Y tampoco su madre y su hermana.

¿Su madre? ¿Su hermana? Esas debían de ser mi abuela y mi tía, pero yo nunca había oído hablar de una abuela o una tía. ¿Cómo podía saberlo Lizzie?

—Qué estúpidos. Qué estúpidos fueron. La Autoridad Central les prometía cuidar de ellos, darles comida y ropa y alojamiento. Cubrir todas sus necesidades. Y al mismo tiempo, proteger la Tierra. —Había retomado su tono monótono, el balanceo disminuyó y durante un momento se quedó callada. Entonces comenzó de nuevo—. Esa estúpida gente trató de organizarse contra la Autoridad Central. ¿Puedes imaginarlo? ¿Organizarse contra la Autoridad Central? —Soltó una especie de resoplido como un hipido mezclado con una carcajada—. Y cuando comenzó el realojo de los Ciudadanos, organizaron protestas. Justo allí, en las estaciones de tren. Protestas. Enormes protestas de gente pequeña. Gente del statu quo.

—¿Por qué no dejas de hablar? —espeté.

Me ignoró.

—¿Y qué crees que sucedió?

—No tengo ni idea.

—Los mataron a tiros. Allí mismo. Delante de todo el mundo.

—¿A tiros?

Intenté imaginarme la escena. Pero no pude. No pude imaginarla. Había visto los fusiles que llevaban los miembros del ejército en el desfile de exhibición antes de la Reunión Informativa Comunitaria. Pero nunca me parecieron reales.

—Así es. Fusilados. Muertos. Tengo entendido que tu abuela y tu tía fueron abatidas. Delante de tu madre. Y también otros. Supongo que hubo un montón de cuerpos. Me lo han contado distintas personas. Randall pudo verlo por sí mismo, antes de subir al tren.

La habitación se quedó en silencio, excepto por el balanceo de la mecedora. Excepto por el ensordecedor pitido en mi cabeza y mis oídos.

—Por lo que sé, entonces fue cuando tu madre empezó a volverse loca. Al igual que algunos otros. Tu padre trabajó duro para impedir que tu madre hiciera alguna locura. Debía pararle los pies constantemente, por lo que me han contado. Tenía que contenerla para que no dijera nada.

Otra vez el silencio. En ese silencio, en esa oscuridad, sentí que no podía respirar. ¿Sabría David algo de esto? ¿Lo sabrían Joan o John? Seguramente sí. Pero nadie me lo había contado. Padre nunca me lo contó. Montones de cuerpos, ¿y nadie quiso contármelo? Madre clavándose las uñas en la piel y dándome la espalda cada vez que le hacía preguntas. Las preguntas, los recuerdos empujándose unos a otros, palpitando y golpeando, aturdiéndome, haciendo que me sintiera como si estuviera volviéndome loca.

—La única razón por la que no dispararon a tu madre fue porque tenía que criarte. Aún no se había creado la Ciudad de los Niños. Ya sabes, estaban muy ocupados asegurándose de que todo el mundo tuviera comida y refugio. ¡Y había tanto que hacer para empezar a sanar la Tierra! Empezando por las cosas más necesarias. Por eso necesitaban que ella te criara. Pero, por lo que he visto hasta ahora, hubiera sido mejor para ti que la hubieran disparado. Allí mismo. Ahora comprenderías mejor las reglas. Lo único que conseguiste fue ser criada por una madre loca.

—¡No estaba loca! Era mi madre. ¡Cómo te atreves a hablar así de ella! —Mi voz aguda y estridente. Sentí ganas de abofetear su grisácea y grasienta cara.

Volvió a balancearse, el crujido de la silla fuerte y regular.

—Yo hablo. Tú escuchas. Así es como funcionamos aquí, en la Ciudad. ¿Lo entiendes ahora? —preguntó.

Oh, sí, lo entendía perfectamente. Ahora entendía el odio. Ahora entendía el

miedo a la Autoridad. Entendía, tal vez por primera vez en mi vida, lo que se sentía al estar atrapado.

Capítulo treinta y cinco

La oscuridad al otro lado de la ventana comenzó a dejar paso a suaves sombras grises. Lizzie se levantó y se estiró.

—Hora de preparar a los niños para el día —declaró.

La seguí fuera del cuarto de suministros por el pasillo. Por mucho que la despreciara, tenía que trabajar a su lado para poder ver a Elsa, para asegurarme de que la niña estaba bien cuidada. *Hagas lo que hagas, Emmeline, no luches con ellos.*

Primero nos dirigimos al dormitorio de los chicos. La habitación olía a cerrado, a ropa de cama que necesitaba desinfectarse. Las colchonetas estaban alineadas a lo largo de las paredes. Bajo la luz grisácea pude distinguir pequeñas sillas de madera entre cada colchón y una pila de ropa doblada sobre cada silla. Las colchonetas eran de un color oscuro y las pequeñas caras de los niños dormidos destacaban pálidas contra sus oscuras almohadas. Lizzie se movió de un colchón a otro tocando a cada niño en el hombro. Uno por uno se iban estirando, incorporándose, frotándose los ojos y bostezando. La seguí, sin saber bien qué quería que hiciera yo. Sentía mis piernas flojas y los pies pesados. Los chicos parecían desconcertados. Tal vez porque había dos Cuidadoras en lugar de una sola. Se quedaron en silencio mirándose entre sí cuando pasamos. Conté veinte en total.

Los chicos mayores ocupaban las camas más cercanas a la puerta. Cuando Lizzie terminó su recorrido, se detuvo en el umbral. Los niños se levantaron y se colocaron al pie de sus colchones, mirándola.

Se llevó la mano a la frente e hizo la señal circular.

—Alabada sea la República —dijo.

Las pequeñas manos se alzaron a las pequeñas frentes.

—Alabada sea la República —repitieron al unísono haciendo que contuviera mi respiración. Reconocí al niño que había hecho la señal circular en su nariz cuando Joan me enseñó las instalaciones de la Ciudad. Esta vez, se llevó la mano a la frente sin que hubiera el mínimo rastro de una sonrisa.

—La próxima vez —me susurró Lizzie—, di la alabanza conmigo. Es una obligación.

Lizzie hizo un gesto con la mano y los chicos se dirigieron ordenadamente al pasillo. Los más altos primero, los bajos detrás. Se alinearon contra la pared y esperaron. Ella abrió una puerta en la que no me había fijado hasta entonces, y el olor

a inodoros reciclados me llegó de golpe.

—Vuestro ritual de la mañana, chicos —indicó—. Hora de lavarse. Y luego a vestiros.

Dejó a los niños allí, en una fila, esperando su turno para lavarse. Me detuve un momento para observar a los niños antes de seguirla. Algunos se estaban empujando entre sí. Parecía como si se estuvieran divirtiendo pero, en cuanto vieron que los miraba, se quedaron quietos.

Me apresuré a seguir a Lizzie.

—Despierto primero a los niños. No suelen tardar tanto como las niñas para lavarse. Pero, en cambio, les lleva más tiempo vestirse. De modo que tanto las niñas como los niños terminan su ritual de la mañana al mismo tiempo. —Sonrió orgullosa—. Lo deduje por mí misma. —Su voz parecía diferente de la que, hacía apenas un rato, me había relatado en la oscuridad lo de los tiroteos y cuerpos amontonados—. Ahora despertaremos a las niñas.

La rutina en el cuarto de las chicas era la misma. El olor era allí menos penetrante y más dulce. La niña más pequeña estaba acurrucada sobre un costado y trató de apartar la mano de Lizzie de su hombro. Rodó hacia el otro lado y se cubrió la cabeza con la sábana. Lizzie sacudió su hombro más fuerte. La niña se incorporó a regañadientes y miró hacia el suelo. Su pelo claro y rizado le enmarcaba el rostro, como los pétalos de una flor brillando a la pálida luz.

—El ritual de la mañana —anunció Lizzie y se dirigió a la puerta. Todas las niñas, excepto la última, se pusieron delante de sus colchones.

—El ritual de la mañana —repitió.

La niña permaneció en su colchón. Una de las chicas mayores, casi tan alta como Lizzie, se acercó a ella. Se agachó y susurró algo a la pequeña cogiendo su mano. Tal vez le estaba diciendo: «Haz todo lo que te pidan. No importa el qué, haz todo lo que te pidan». Sí, pensé yo, haz todo lo que te pidan.

Finalmente, Lizzie levantó una mano hasta su frente. Yo hice lo mismo.

—Alabada sea la República —dijimos ambas al unísono.

—Alabada sea la República —contestaron las niñas, dieciocho niñas, dieciocho señales circulares.

Los chicos volvían lentamente al dormitorio para vestirse, mientras las chicas se alineaban en el pasillo esperando turno. Nunca antes había estado entre niños. Me sorprendió lo frágiles que parecían. Frágiles y vulnerables. Sus tobillos huesudos y pequeños, los codos puntiagudos, los omóplatos que se marcaban bajo la fina tela de sus camisolas de dormir y sus cuellos que parecían demasiado delgados para soportar esas cabezas cuyo pelo aún seguía aplastado por la almohada.

—Y ahora los bebés —indicó Lizzie. Se acercó al cuarto de suministros y recogió los biberones, estrujándolos entre su brazo y el pecho—. Coge los pañales para

apoyar. Y los pañales para cambiarlos. —Hice lo que me pidió. Mis manos estaban sudando y las froté contra mi uniforme.

Escuché a Randall fuera, haciendo sus últimas rondas.

—Vamos, se nos hace tarde. Todo tiene que estar terminado para cuando lleguen las trabajadoras de la mañana.

Escuché la campana anunciando la media hora antes del amanecer. Media hora antes de tener que dejar a Elsa. Media hora antes de encontrarme con Joan.

Lizzie se movía rápidamente de una cuna a otra quitando pañales mojados y sucios y tirándolos en las papeleras de reciclaje; secando los pequeños traseros con paños desinfectantes, y tirando también esos paños a la papelera. Sin un movimiento de más, estiraba el brazo para que le entregara un pañal limpio y yo, como una máquina, le pasaba uno. Y luego otro más para acoplar el biberón. Los bebés, que ahora olían a limpio, enroscaban sus manos alrededor de los biberones, sus pequeñas mejillas hinchándose y sorbiendo, emitiendo pequeños ruidos de succión.

Por fin llegamos a la cuna de Elsa. Estaba despierta, mirando al techo con ojos tan azules como el cielo más claro que hubiera visto nunca.

—Adelante, cámbiala. Quiero ver si sabes hacerlo —declaró Lizzie.

Mis manos estaban temblando. Lizzie debió de advertir lo nerviosa que estaba.

—Adelante. Demuéstrame que puedes hacerlo —repitió.

Me incliné sobre la cuna y Elsa giró su cabeza hacia mí. Sentí una extraña opresión en mis pechos. Como si una corriente de agua se moviera bajo mi piel.

Me mordí el labio y retiré el pañal húmedo. Observé su trasero rojo y manchado. El paño desinfectante estaba frío, pero no tenía forma de calentarlo. Lo froté contra su piel y ella levantó las piernas hacia su tripa y se revolvió, pero no lloró. Por alguna razón, eso hizo que me sintiera orgullosa. Rápidamente, le puse un pañal limpio, deseando que el material fuera más suave.

Mientras se lo ponía, Lizzie carraspeó como si estuviera nerviosa.

—Tú y Joan. ¿Tienes algún trato especial de Joan? ¿Estando emparejada con David y todo eso?

Me encogí de hombros. Allá ella si pensaba que tenía un trato especial. ¡Por mí ya podía retorcerse de rabia!

—Porque si llego a enterarme de que tienes un trato especial, bueno, ya sabes. Y como no puedes estar aquí todo el rato ni Joan puede estar aquí todo el rato, bueno...

—Dejó de hablar durante un largo y silencioso minuto.

Abroché el pañal y alisé la ropa de Elsa cubriéndole las piernas. La tela era del mismo material rosa que mi uniforme. Sus pies desnudos tenían los pequeños dedos rosas curvados. Curvados y suaves, sin los callos de caminar en la cinta, sin la suciedad de andar por la tierra.

—El asunto es que si alguna de las trabajadoras piensa que tienes un trato

especial... y si por casualidad yo les mencionara algo que significa mucho para ti, bueno, tal vez, no lo sé con seguridad... —Hablaban rápidamente, sus palabras atropellándose unas con otras—. Tal vez esta pequeña se quede sin comer algún turno o algo así. Además, he oído que Joan no está haciendo un gran trabajo aquí. He oído que la Autoridad la está vigilando de cerca.

La miré fijamente, comprendiendo el frío poder de su amenaza.

—No tengo ningún trato especial —dije finalmente.

Lizzie me tendió el último biberón.

—¿Quieres cogerla? —preguntó. Me pareció una trampa. ¿Acaso pretendía engañarme y hacer que rompiera las reglas sobre las que tanto me había insistido?—. Adelante, cógela.

No me importó cuál fuera su razón. Deslicé mi mano bajo la cabeza de Elsa y su espalda. ¡Qué caliente estaba! ¡Qué suave! Me quedé así, acunándola en mi brazo izquierdo. Mi bebé. ¡Parecía tan perfecta la forma en que encajaba en mí!

—¿Quieres darle de comer?

Sentí mi cabeza temblorosa cuando asentí.

—Está bien. Pero dime, ¿he estado durmiendo durante mi turno?

No supe qué decir.

—Recuerda que cuento con Randall. Él dirá cualquier cosa que yo le diga. ¿Entiendes lo que quiero decir? Si tú dices que estaba durmiendo, entonces Randall y yo diremos que tú estabas durmiendo. Dos Ciudadanos contra uno. ¿Comprendes?

Me estaba ofreciendo algo. Algún tipo de trato. Todo lo que tenía que hacer era mentir. Así de fácil. Se quedó mirándome fijamente, parpadeando y mordiéndose la uña del pulgar.

—Nunca te he visto durmiendo —respondí.

Con tal de poder dar de comer a Elsa mentiría. Con tal de coger a Elsa, mentiría. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, fuera lo que fuese.

Miré a Lizzie y ella me tendió el biberón.

Sostuve su mirada, pero no parpadeé.

Capítulo treinta y seis

Elsa agarró la tetina con ansiedad, los redondos mofletes succionando tan fuerte que se le formaba un pequeño hoyuelo. Sus largas pestañas parecían abanicarle los párpados. Entonces sus ojos enfocaron mi cara, y sentí como si estuviéramos conectadas de una forma mágica. Una lágrima se deslizó por mi mejilla antes de que pudiera darme cuenta de que estaba llorando. Y luego otra y otra. Elsa nunca conocería a su abuela, pero me aseguraría de que conociera a su madre.

Lizzie rompió la magia.

—Las del turno del amanecer están a punto de llegar —declaró—. Deja a ese bebé en la cuna.

Escuché el chasquido metálico de una bicicleta energética al ser enganchada a la barra. La voz de Randall hablando con alguien que estaba tosiendo. Los sonidos parecían lejanos, amortiguados y distantes. No eran parte del mundo que Elsa y yo compartíamos.

—Vamos, déjala ya. —Lizzie sonaba nerviosa y acelerada.

Me incliné a regañadientes sobre la cuna, depositando a Elsa con cuidado. Ella se acurrucó hacia un lado, y Lizzie me quitó el biberón y lo encajó en el pañal enrollado. Mis brazos aún sentían la fuerza y el calor de haberla tenido agarrada. No quería apartarme de allí. No sabía si *podría* apartarme de allí.

—Vamos. Y sécate esa cara.

Lizzie empezó a caminar fuera de la guardería. Entonces, me incliné sobre la cuna de Elsa y susurré:

—Volveré. Te lo prometo. —Me sequé la cara con el dorso de la mano y corrí para alcanzar a Lizzie.

—Ya me encargo yo de dar el informe del cambio de turno a Barb. Es la Cuidadora del turno de día. No hace falta que te quedes.

—¿No debería quedarme? ¿No forma parte del trabajo? —pregunté.

—No es necesario. Hoy no. Vuelve a tu Habitación.

Lizzie se detuvo en el cuarto de suministros donde Barb estaba esperando. Por la mirada tensa y ceñuda de sus caras, comprendí que sería un error quedarme.

—Está bien, buenas noches entonces —dije y continué andando. Fuera, Randall aún estaba charlando con el Vigilante del turno de día y entregándole su cuaderno. Ambos levantaron la vista y me miraron cuando llegué al vestíbulo. Podía sentir la

mirada de Lizzie y Barb en mi espalda.

Nunca me había sentido tan sola.

Joan me había pedido que pasara a verla al final de mi primer turno. Su oficina estaba un poco más adelante, a la derecha. No podía detenerme. No podía arriesgarme. Lizzie lo interpretaría como la señal definitiva de que tenía un trato especial, o comoquiera que lo llamara. Y se aseguraría de hacerlo correr. No tenía ninguna duda. Había dicho: si el rumor corre, tal vez Elsa... No fui capaz de seguir pensándolo.

Al parecer Lizzie tenía más poder que Joan, especialmente si era cierto lo de que la Autoridad no estaba contenta con el trabajo de Joan. Ella quería ayudarme. Pero Lizzie podía hacerme daño y hacer daño a Elsa. La habilidad de hacer daño era más poderosa que el deseo de ayudar. No podía hablar con Joan. Hoy no.

Caminé lo más rápido que pude, pasando por delante de su oficina y manteniendo la mirada al frente. Si estaba ahí dentro, no debió de verme porque no me llamó. Así que seguí andando lo más rápido y sigilosa que pude, alejándome de la Ciudad.

Forcejeé con el candado de mi bicicleta energética. Las banderas de la Ciudad ondeaban sobre la verja, emitiendo pequeños chirridos. Al otro lado de la valla, los árboles arrojaban sombras unos sobre otros, formando etéreas siluetas verdes que se movían como alas de pájaros a la temprana luz del día. Finalmente conseguí soltar el candado, esparciendo partículas de óxido sobre la compacta tierra, y empujé la bicicleta hasta el otro lado de la verja, por delante de los Vigilantes. El joven del turno de día era mayor que Randall, más robusto y alto. Hizo una anotación en su cuaderno cuando pasé. Creo que asintió al verme, pero estaba tan concentrada en salir de allí que no podría asegurarlo.

Pedaleé por el sendero lleno de baches alejándome de la Ciudad, dejando a Elsa atrás. ¿Qué clase de persona sería Barb? ¿Le cambiaría los pañales a Elsa con delicadeza? Las lágrimas volvieron a brotar, esta vez más rápido. Empecé a sollozar, grandes e incontrolables sollozos que sacudían mis hombros. Tuve que dejar de pedalear. Sola en el camino, traté de coger aire, la cabeza apoyada contra el frío manillar metálico de la bicicleta hasta que ya no pude llorar más y no tuve más remedio que seguir adelante.

Fui dejando atrás un Recinto tras otro, un Vigilante tras otro. Algunos estaban haciendo sus rondas, dejando los cubos de alimento en los buzones. Otros se apoyaban contra las verjas, sujetando sus cuadernos. El olor putrefacto procedente de la planta de Reciclaje empezaba a inundar el aire, y sentí que una náusea me atravesaba subiendo por mi garganta hasta la boca, provocándome arcadas.

Todo el mundo debía de saber lo de los tiroteos, lo de la crueldad. Todo el mundo debía de saberlo, pero nadie me lo contó. Ni Madre ni Padre, las dos personas en las que más confiaba. Ni tampoco George o Joan. Ni John, que de alguna forma sabía

cómo acceder al otro lado de la valla. Ni siquiera el perverso y enclenque Jeremy. Y David también debía de saberlo. Todos debían de saberlo y, sin embargo, nadie hablaba de ello. ¿Por qué? Sentí que una ola de rabia me invadía, y pedaleé con más fuerza, tratando de escapar de la rabia, del mal olor y de la injusticia.

Finalmente llegué a mi Recinto. David esperaba de pie en nuestra entrada, sonriendo. Dejé caer la bicicleta al suelo en lugar de engancharla en la barra de descarga y pasé por delante de él empujándole. ¡Cómo se atrevía nadie en este mundo a sonreír!, pensé. ¿Qué motivo había para ser feliz?

Escuché cómo se acercaba a la bicicleta y la colocaba en la barra para descargarla. Entonces regresó con mirada perpleja y cauta y el ceño fruncido. Nuestros cubos de alimento estaban en la encimera. Sentí arcadas otra vez solamente con mirarlos.

—¿Has podido coger a Elsa en brazos? —preguntó, tendiéndome los brazos.

Empecé a llorar de nuevo y le di la espalda.

—Emmeline, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa? —Se acercó y me tocó el hombro haciendo que le mirara—. ¿Se encuentra bien Elsa?

Una rabia abrasadora como el fuego se apoderó de mí con la rapidez de un rayo. Mis manos se cerraron en un puño. Fui hasta la cinta energética y empecé a golpear las bandas laterales con todas mis fuerzas, hasta que las manos me dolieron tanto que no pude continuar.

David me rodeó con sus brazos, estrechándome contra su cuerpo. Sus brazos eran fuertes y duros, y sentí sus muslos contra los míos.

Froté mi cara contra su camisa y vi las marcas de humedad que dejaban mis lágrimas.

—¿Lo sabías? —le pregunté, echando la cabeza hacia atrás para mirar su cara—. ¿Sabías lo de los tiroteos? —La palabra *tiroteos* salió de mi boca tan afilada como un clavo.

—¿Ha habido tiroteos? ¿Hoy? ¿Dónde? No he oído nada. —Dos líneas de preocupación se formaron entre sus cejas, recorriendo su frente.

—Hoy no. Hoy no. Los tiroteos del principio. La gente. Un montón de gente. ¡Mi propia familia! Abatida. Cuando comenzaron los realojos. ¿Lo sabías?

—Pues claro, ¿tú no? —Sus labios estaban secos y blancos como la tiza.

Sacudí la cabeza negándolo.

Él me apretó más fuerte.

—¿Podría suceder de nuevo? —susurré contra su pecho, contra el gris uniforme de Vigilante—. ¿Podría suceder de nuevo?

Dejó caer la cabeza, pero no contestó. No hacía falta. Su cara lo decía todo.

Y así comenzó. El conocimiento.

Capítulo treinta y siete

David siguió abrazándome.

—Lo siento. Lo siento, Emmeline. No sé qué decir. —Me acarició la espalda de arriba abajo—. Creí que lo sabías. Creí que todo el mundo lo sabía.

—Está claro que no.

Permanecimos abrazados. Un ómnibus pasó por el camino, sus laterales de madera traqueteando. David inclinó la cabeza y me dio un beso en la base del cuello. Me aparté; la rabia aún seguía allí, dentro de mí, retorciéndose, empujándome.

—¿En qué pensaban? ¿En qué pensaba todo el mundo? Quiero decir, ¿qué bien podía hacer no contármelo? ¿Qué bien me ha hecho? —Estaba respirando acelerada y hablando acelerada. Retorciendo mis manos.

No contestó.

El ruido del ómnibus se alejó. Me pregunté si John estaría en el Equipo de Transportes, pero no tuve energía suficiente para asomarme a comprobarlo. Miré a mi alrededor. De pronto, el gris de las paredes y el suelo me impactó, como si fuera el color más desvalido y desesperanzador que hubiera visto nunca. Mi cubo de alimento descansaba en la encimera. Una masa cuadrada, seca e insípida. Lo cogí, corrí afuera y lo lancé lo más lejos que pude al otro lado de la valla. Rebotó contra un árbol y cayó al suelo verde del bosque. Escuché un crujido entre la hierba. Un pequeño animal marrón, no más grande que mi mano, estaba olisqueando el cubo.

David me agarró del brazo, pero me solté y volví adentro. Él me siguió aunque se quedó en el umbral, con los hombros caídos.

—Lo que acabas de hacer es muy peligroso, Emmeline. —Su voz era apenas un susurro—. ¿Qué hubiera pasado si el Vigilante te llega a ver tirando tu ración?

—No me importa. ¿Qué pueden hacerme? ¿Dispararme? ¡Que lo hagan!

—No sabes lo que dices. Sé que eso no es lo que quieres. Piensa en Elsa. —Entró en el espacio y cerró la puerta tras de sí—. Piensa en Elsa. Piensa en mí.

Se acercó aún más y pude oler la solución desinfectante en su piel, en los fuertes músculos de sus brazos. El mismo olor que en la toallita higiénica de Elsa. El mismo olor que aún tenía en mis manos. Y que de alguna forma nos conectaba. A David, a Elsa y a mí. El olor me envolvió como una pesada manta, y tuve que sentarme en la colchoneta. David se sentó a mi lado con las piernas cruzadas y me pasó un brazo por

los hombros. Me apoyé contra él, dejando que mi debilidad descansara contra su fuerza. Quise llevarme los dedos a la boca, pero me contuve. Ya no me proporcionaba ningún consuelo.

David cogió mi mano y presionó mis dedos contra sus labios. Nos quedamos sentados en silencio mientras, afuera, el Vigilante hacía su ronda y el olor del Reciclaje flotaba entre los árboles entrando por nuestras ventanas.

La fatiga se apoderó de mí.

—Estoy cansada, David. Muy cansada.

Tomó mi ración de agua de la encimera y me la pasó.

—Por favor, bebe un poco.

El primer sorbo me supo de maravilla. Di otro más. El exterior de la botella estaba húmedo. También hoy tendríamos un día de calor y bochorno. Sostuve la botella contra mi mejilla, sintiendo su frescor.

David me observaba mientras bebía, con expresión triste.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Quién te ha hablado de los tiroteos?

Volví a pasarle la botella y él la depositó sobre la encimera.

—Lizzie. La Cuidadora del turno de noche.

—Siento que hayas tenido que enterarte por ella. Y no sé por qué tus padres no te lo dijeron. Tal vez solo fue para... —Hizo una pausa—. Mantener las cosas en secreto. Esa era su forma de protegerte.

David me cogió de la barbilla y me levantó la cara, mientras con la otra mano acariciaba mi mejilla. Tal vez tuviera razón. También yo había mentido para proteger a Elsa.

—Prometo contarte todo lo que sé —declaró—. Sin secretos. Pero ahora mismo necesitas dormir.

Me tumbé en la colchoneta, con el uniforme de Cuidadora aún puesto. No tenía energía para cambiarme de ropa. No tenía energía para nada.

Mientras estaba allí acostada, podía sentir la dureza de algunos de los objetos que Madre había escondido para mí. Podía imaginármelos uno por uno, enterrados en el colchón. La suave tapa del libro pegada a mi mejilla. Y, en un costado, junto a mis dedos, la dureza del pequeño cuchillo que se abría como una serpiente. No le había hablado a David de estas cosas.

Todos teníamos nuestros secretos.

Capítulo treinta y ocho

Me revolví inquieta, dando vueltas, en una especie de agitada duermevela. Imágenes, inconexas y fragmentadas, pasaban flotando una tras otra, retorciéndose y girando. Madre en su cinta, con la cara vuelta hacia la pared. Madre los últimos días, hecha un ovillo en su colchoneta, con la cara aún mirando a la pared. Elsa entre mis brazos. Padre con su camisa manchada de sudor. Joan sonriéndome, con el sol detrás de ella, enmarcándola como un halo. Lizzie mordiéndose la uña. Las dos niñas que me acompañaron en el ómnibus el día de las pruebas de capacidad reproductiva. Sus figuras desvaneciéndose, como grises fantasmas. Yo, sola en el ómnibus, siendo trasladada por el Equipo de Transportes, pasando por delante de las ardillas que se arremolinaban como la niebla.

En mi sueño alargaba el brazo para tocarlas, pero estaban demasiado lejos. David dando un primer mordisco a su huevo. Su mano tendiéndome el huevo que sostenía. Sus uñas, lisas y rosas, contrastando con la blancura del huevo.

Entonces caí en un sueño profundo, con David aún a mi lado y mi mano descansando en el extremo del colchón, junto a los tesoros de Madre.

Cuando desperté, David estaba sentado a mi lado, vigilante y atento. Acarició mi mejilla con un dedo. Un roce suave y cálido que me hizo sonreír, a pesar de que sentía los párpados pesados e hinchados y los labios ásperos. Fue hacia la encimera y volvió con un poco de agua para mí en su mano derecha, la izquierda oculta en la espalda. Después de dar un sorbo, me retiró la botella y enseñó su mano izquierda.

Flores.

Un frágil ramillete de preciosas flores de tallo corto. Pequeños capullos rosas, aún sin abrir, entremezclados con flores más grandes de pétalos blancos y centro amarillo. Algunas espigas moradas cuyo olor me llegaba como la brisa al otro lado de los árboles y la hierba mojada después de la lluvia. Un helecho suave con hojas como de encaje sobresalía por arriba y por abajo mientras sostenía el ramo. Había incluso una pequeña y suave pluma azul de pájaro entre los tallos.

Alargué el brazo para cogerlo. Se veía tan frágil como Elsa, ambos hermosos pero vulnerables.

—La cogí en brazos —susurré. Mi nariz enterrada entre las flores, la pluma acariciándome la mejilla. Vi su expresión de felicidad cuando me escuchó decirlo, con una sonrisa de lado a lado de la cara, que hacía que sus ojos se entornaran.

—¿Cómo es? ¿Cuánto tiempo la cogiste? Espero que fuera toda la noche.

—No exactamente —contesté—. Dime. ¿Tengo algún hoyuelo?

—¿Qué? ¿Que si tienes qué?

—Un hoyuelo. ¿Un pequeño hoyito en la mejilla que se hace más grande cuando sonrío? —Traté de sonreír para que pudiera comprobarlo, pero mis labios estaban secos y sentía la cara rígida.

David me acarició la mejilla derecha.

—Sí, justo aquí, tienes un bonito y perfecto hoyuelo. —Se inclinó y me besó en la mejilla—. Me gusta tu hoyuelo.

—Madre también tenía uno. En la mejilla derecha. Pero creí que se habría perdido con ella. Elsa también tiene uno. Su piel es tan suave, tan perfecta... Ojalá pudieras verla.

—Tú me hablarás de ella. Cada mañana cuando regreses de tu turno, me lo contarás todo.

Apreté y aflojé los puños, me coloqué el pelo detrás de las orejas y respiré hondo. ¡No creería en serio que oír hablar de Elsa por boca de otros, sin poder cogerla en brazos, sería suficiente!

—David, algún día tendré un bebé tuyo.

Sonrió con una sonrisa tímida.

—Oh, Emmeline, eso sería tan, no sé, tan maravilloso... Un bebé. Tal vez un chico. —Hizo una pausa—. O una niña. Da lo mismo.

—Pero si tengo un hijo tuyo, un niño o una niña, da igual, nunca podrás tener en brazos a tu bebé. Nunca. Será un bebé de la Ciudad de los Niños. Criado por la República. —Me paré un segundo, estudiando su cara, y luego continué—: Tal vez —respiré hondo—, tal vez no deberíamos tener ningún niño. Porque nunca sería realmente nuestro niño.

Se apartó de mí. Sentí que la atmósfera entre nosotros se hacía pesada, con una silenciosa tristeza.

—No sé qué decir, Emmeline. —Se dio la vuelta hacia mí, con los hombros caídos—. Esto está más allá de nuestro poder. Todo esto.

«Más allá de nuestro poder», pensé. Esa fea palabra. *Esto*. Madre solía utilizarla. *Esto es lo que es*. Ya no pensaba que ahora eso fuera suficiente. No desde que había tenido a Elsa en brazos. *Esto* era feo y dolía, y ya no era lo suficientemente bueno. Pero la sola idea era demasiado grande para pensar en ella ahora mismo, demasiado grande para nosotros dos, ahora en este Espacio Habitable. Una trabajadora de la Ciudad de los Niños y un Vigilante del turno de noche. No éramos nada contra *esto*. Volví a respirar hondo y traté de inhalar más despacio. Traté de apartar esos feos pensamientos y pensar en algo bueno, aunque solo fuera durante un momento.

—¿Cómo las has conseguido? —pregunté señalando las flores.

—No he sido yo —admitió tímidamente—. Estaban en el alféizar cuando me desperté. Padre debió de dejarlas allí.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo hace estas cosas?

—La primera pregunta es por qué. Apuesto a que ha sido idea de mi madre. —Cogió las flores y las colocó en la botella con el resto del agua que había sobrado de nuestra ración y luego me las pasó—. Mucho antes del realojo, en otros tiempos, a mi madre le gustaba cultivar flores por todas partes. Ya ves, tu madre estaba liderando las protestas mientras la mía cultivaba rosas. Tu padre, mi padre y yo estábamos empacando el heno. Y mira dónde nos llevó todo eso. —Paseó la vista por nuestro deprimente cubículo con una sonrisa.

Dejé la botella y las flores en el suelo junto a mis pies. Y me miré los dedos. Eran mucho más grandes que los de Elsa. Y habían dejado de ser rosas y suaves. Ya no eran tersos, sino encallecidos y manchados de tierra. Eran dedos fuertes. Pies fuertes. Piernas fuertes de tanto caminar en la cinta. Las flores eran bonitas y dulces, pero era mejor la fuerza.

—¿Cómo? ¿Cómo consigue llegar ahí? A nuestra ventana. ¿Cómo lo hace con los Guardianes y las vallas rodeándonos? ¿Cómo?

David se acercó a la encimera y regresó con el único cubo de alimento que quedaba. Lo partió en dos y me tendió una porción.

—Tienes que comer, Emmeline. Por favor. Compártelo conmigo.

Acepté su ofrecimiento. Tenía razón. Tenía que comer para ser fuerte. Compartimos el cubo, esa sustancia seca que nos proporcionaba la Autoridad. Hoy apenas tenía sabor, pero tenía nutrientes, y de los nutrientes se obtienen las fuerzas, sin importar cuál sea su procedencia.

—No me has contestado —dije—. ¿Cómo consigue tu padre acceder al otro lado de la valla? ¿Puede alguien llegar hasta allí? —Estar al otro lado de la valla sonaba a libertad.

—Ese es el secreto de papá —repuso—. No puedo decírtelo.

—No, David, no. Nunca más. No más secretos. Me lo prometiste. —Sabía que si guardábamos secretos entre nosotros, nunca podría haber esperanza. Ni para David, ni para mí, ni para Elsa—. ¿Me has oído? No más secretos. Nunca más. —Alargué mi mano hasta su barbilla y giré su cara hacia mí—. Mírame.

Me miró con sus ojos gris claro, sin pestañear.

—Necesito saberlo todo. Todo lo que sepas. Todo lo que sucedió. En otros tiempos. En el realojo. —Hice una pausa—. ¿Cómo? ¿Por qué? Cuéntame todas las cosas terribles que sucedieron.

—No sé si tengo respuesta para todo eso. Para el cómo y el porqué; como ya sabes, entonces solo era un niño. —Hizo una pausa—. Ojalá hubiera una forma de que pudiéramos pasar más tiempo con mamá y papá. Ellos saben mucho más que yo.

Preferiría que fueran ellos los que te lo contaran.

Pensé en lo que estaba diciendo. Tal vez tuviera razón. O tal vez tenía miedo de disgustarme. Tal vez sus recuerdos estaban todos enterrados. Recuerdos profundos, oscuros y feos. Pero aun así sentía que necesitaba saber más sobre esas cosas, del mismo modo que necesitaba beber agua cuando tenía sed. Incluso un sorbo pequeño sería mejor que nada.

—Entonces empieza por algo pequeño. Algo que conozcas. ¿Cómo hace tu padre para salir al otro lado de la valla? ¿Puedes al menos responder a eso?

Asintió y fue hasta la entrada para echar un vistazo fuera. Vi cómo miraba en todas las direcciones.

—Ahora no, Emmeline. Ahora no. —Se llevó un dedo a los labios, haciéndome un gesto para que me estuviera callada. Cuántas veces había visto a Madre hacer ese mismo gesto. Nunca había entendido por qué. Hasta ahora.

El Vigilante estaba haciendo sus rondas. Pude escuchar sus botas pisando el suelo, recorriendo el círculo desde el primer Habitáculo hasta el último, pasando por delante del nuestro, su sombra proyectándose en nuestra entrada, y continuando luego, hasta desaparecer hacia el siguiente. Finalmente, debió de regresar a su puesto, haciendo las anotaciones oportunas en su cuaderno. ¿Qué clase de gente eran esos Guardianes?, me dije antes de recordar que David era uno de ellos. Debía de haber categorías diferentes de Vigilantes, al igual que de miembros del Equipo de Transportes, de trabajadores de la Ciudad, y de todas las clases. El secreto estaba en averiguar a qué categoría pertenecía cada uno. No todos los Ciudadanos eran iguales, a pesar de lo que dijera o quisiera la Autoridad. No todos los Ciudadanos eran iguales.

—Está bien. Sin secretos. Nunca más. No entre nosotros. —Se sentó a mi lado en el colchón y empezó a hablar en voz baja—. Una vez oí cómo mi padre contaba a mi madre que hay un viejo ómnibus con una rueda rota aparcado junto a la Ciudad de los Niños. Todos los ómnibus son aparcados por la noche a la derecha del edificio. Los dejan en fila, preparados para el transporte de la mañana.

Se detuvo y volvió a acercarse a la puerta. La luz del sol proyectó su sombra en nuestro espacio, pero casi enseguida regresó y se volvió a sentar junto a mí.

—Ese viejo ómnibus con la rueda rota lleva ahí mucho tiempo, aparcado justo contra la valla. La Autoridad Central es muy poco eficiente cuando se trata de arreglar cosas. —Se rio al decirlo—. ¡Siempre tan ocupados asegurándose de que los Ciudadanos hagan lo correcto, y ellos ni siquiera saben hacer bien su propio trabajo!

Las flores permanecían en la botella de racionamiento a nuestros pies. Cogí su mano, y la noté fuerte y segura. Sus largos dedos se enroscaron en los míos, transmitiéndome esa misma sensación de seguridad.

—El caso es que detrás de ese ómnibus hay una pequeña abertura en la valla de

alambre, justo por encima de la base de cemento. Cada noche, cuando papá aparcaba su ómnibus, se acercaba a la abertura y tiraba de ella haciéndola un poco más grande. El alambre es grueso, así que le llevó mucho esfuerzo y mucho tiempo.

Sonrío y pude ver que estaba orgulloso de su padre. Era fácil notarlo por la forma en que sus labios se curvaban en las comisuras y sus ojos se arrugaban en los extremos.

—Después de un tiempo, la abertura de la valla fue lo suficientemente grande para que una persona pudiera deslizarse por ella. Ningún Vigilante puede ver el agujero porque está oculto detrás del ómnibus. Papá se desliza a través de él hasta donde la naturaleza es verde y frondosa. Mi madre se disgustó mucho cuando se lo contó. Dijo que era peligroso salir fuera de la valla.

—Bueno, tu madre tiene razón.

—Puede que sí. Pero —añadió sonriéndome— estar ahí fuera es importante para él. Solo tienes que mirar estas flores.

Tenía razón. Esas flores, esas hermosas flores simbolizaban mucho más que el amor. Simbolizaban la libertad. Una vida fuera de las vallas. Una vida sin Autoridad Central, Vigilantes y cubos de alimento. Una vida con Elsa y David.

Me gustó cómo sonaba aquello.

Capítulo treinta y nueve

David dijo que me llevaría algún tiempo acostumbrarme a dormir durante el día y trabajar en el turno de noche, así que tratamos de echar otra cabezada. Me acarició la espalda, intentando que me relajara, pero casi de inmediato me estaba besando el cuello, justo por encima del hombro. Luego cogió mis dedos, y se los llevó uno por uno a los labios, besándolos. Mientras iba de un dedo a otro, sentí como si mi cuerpo se estuviera derritiendo sobre el colchón. Empezó a forcejear para quitarse la ropa pero se detuvo cuando escuchamos los tres estridentes toques de silbato avisando de una Reunión Informativa Comunitaria.

Soltó un gruñido y se incorporó, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Lo había olvidado. Esta noche hay Reunión Informativa. —Golpeó la mano contra el colchón—. Lo siento, Emmeline.

Me senté junto a él apoyando mi cabeza en su hombro.

—Yo también lo siento. ¿Quizá más tarde?

Sonrió.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —contesté, y sentí como si mi voz surgiera de las profundidades de mi garganta.

Entré en la zona de baño para prepararme para la Reunión Informativa. David recogió nuestros cubos de la noche del buzón y fuimos comiendo por turnos, picando trozos del cubo del otro, compartiéndolos de una forma que parecía tan natural como si siempre hubiera sido así y nada pudiera cambiarlo. Las terribles cosas que Lizzie me había contado la noche anterior parecieron, por un instante, lejanas e irreales.

El Vigilante estaba izando la bandera de la Reunión Informativa en la verja, que emitía una especie de chirrido metálico. Era hora de irse. Dejamos nuestro espacio de mala gana y salimos a la zona común de nuestro Recinto.

La pareja del Habitáculo 2 surgió al mismo tiempo. Eran mucho más jóvenes que el hombre y la mujer mayor que solían vivir allí, pero pude advertir en sus caras el principio de esas mismas expresiones vacías. No caminaban juntos, sino dejando un gran espacio entre los dos, como si no hubiera ninguna conexión entre ellos o, para ser más exactos, ni con ninguna otra cosa. Alargué la mano buscando la de David y nos apartamos de la joven pareja. Era un desagradable recordatorio de lo fácilmente que podían estropearse las cosas. Su pobre bebé, nacido no viable. Ese vacío en la

vida de la chica era el mismo que había entre ellos mientras caminaban; un vacío demasiado grande para ser llenado con lágrimas. Un vacío que destruía toda esperanza.

Entonces pensé en la señora mayor que había sido sacada de ese mismo Habitáculo, lejos de su esposo. Su pelo enmarañado y sucio, sus zapatos raídos. Ella no volvió la vista hacia él, no lo llamó. Recordé su voz, frágil y temblorosa. «¿Eres tú mi hijo, mi Andy? ¿Vas a llevarme con mi Lizzie?».

Continuamos caminando, uniéndonos a la gente que acudía de todos los Recintos, moviéndonos como hierba alta mecida por el viento. David y yo nos dirigimos a la sección de Reciclaje y nos quedamos muy tiesos, contemplando el alto estrado, esperando las palabras procedentes del podio. Permanecemos con nuestros hombros tocándose. Pegados. Un poco más allá, a la izquierda, en el área del Recinto de Transportes, distinguí a John con su uniforme naranja, y a su lado, Joan. Estaban en la última fila de su sección, estirando el cuello y escrutando entre la multitud. Finalmente John nos descubrió y propinó un codazo a Joan. Ella se llevó una mano al corazón, tan rápidamente que nadie podría haberse dado cuenta. Pero ese pequeño gesto significaba mucho para mí. Me toqué el corazón en respuesta.

La Reunión Informativa Comunitaria sería igual que las anteriores. Alabanzas, señales circulares, noticias, avisos. Pero esta vez me sentía diferente. Puede que más despierta, más atenta, más pendiente de todo, buscando pistas, información, cualquier cosa. Observé las caras de los Ciudadanos, tratando de averiguar qué pensaban o sentían, si tenían miedo o si realmente creían en lo que decían.

El Representante de la Autoridad, con su uniforme negro de ribetes dorados y sus brillantes botas que le llegaban hasta las rodillas, se subió al estrado. Dos Ejecutores le siguieron, sus botas justo por encima de sus talones. A los Ciudadanos nunca nos daban botas; solo zapatos. Bajé la vista a los míos y a los de la gente de alrededor. Zapatos endebles de suelas finas, hechos trizas de tanto caminar en nuestras cintas energéticas.

Los uniformes de los Ejecutores no podían ocultar su corpulencia, sus anchos hombros y fornidos brazos. Sus muslos eran tan gruesos como troncos de árbol. Se quedaron a ambos lados de la Autoridad, pero ligeramente retrasados, mientras observaban mecánicamente a la multitud, sus ojos pasando de un Recinto a otro a pesar de que sus cabezas apenas se movían. Unas pulidas porras colgaban de sus cinturones. Pero, esta vez, había algo diferente. Todos llevaban fusiles colgando de sus espaldas.

Miré a David. Sus labios estaban tan pálidos como su cara. Él también había advertido los fusiles.

Los juramentos comenzaron y todos respondimos al unísono, haciendo la señal circular en la frente. El juramento para proteger la Tierra, el juramento para proteger

a los animales y a las plantas, el juramento para producir energía, el de permanecer fieles a la Autoridad, la alabanza para dar gracias por la generosidad de la Autoridad, por nuestro cobijo, nuestra comida y el cuidado de nuestra salud. Señal circular, señal circular, señal circular hasta que mis dedos se quedaron agarrotados.

Finalmente llegaron los avisos. La gente empezó a revolverse inquieta, cambiando el peso de un pie a otro, el susurro de los pies resonando como el de una multitud de personas enfermas y cansadas obligadas a desfilar. Excepto que nadie se movía.

—Ciudadanos —dijo el Representante de la Autoridad—, tengo noticias. Noticias que no son buenas.

El arrastrar de pies se hizo un poco más fuerte. Una persona tosió. Un siseo general recorrió la muchedumbre como una brisa.

—Los grupos fuera de nuestra República han estado interceptando nuestro suministro de comida. Ha habido actos de vandalismo en las vías de tren por las que nos llega la comida desde las granjas comunitarias. Puede que pronto ataquen a los trabajadores de las granjas.

A nuestro alrededor, los Ciudadanos se llevaron las manos a la boca y un «no» ahogado se extendió alrededor del escenario.

Este hubiera sido uno de esos momentos en los que Madre habría dicho: «Guerras y rumores de guerra». Y Padre la habría mandado callar.

El Representante de la Autoridad continuó:

—El daño a las vías ha sido considerable. Hasta que puedan ser reparadas, vuestros cubos serán necesariamente más pequeños.

Esta vez el «no» colectivo fue más fuerte. Los Ejecutores dieron un paso hacia delante sobre la plataforma, y las voces se aplacaron.

—Se ha enviado al ejército para vigilar y reparar las vías. Y para proteger a los trabajadores de las granjas, en caso de que sea necesario.

Guardó silencio durante un instante y echó un vistazo a los papeles que llevaba en la mano.

—Los grupos fuera de nuestra República nos envidian por la mucha energía que producimos. Por cómo trabajamos juntos. Tienen celos por cómo veneramos la Tierra y todo lo bueno que hay en ella. Somos más fuertes que ellos. Les destruiremos. Alabada sea la República.

—Alabada sea la República —respondimos, siguiendo su ejemplo.

—¡Ellos no son como nosotros! —vociferó, levantando un puño por encima de su cabeza—. ¡No creen en lo que nosotros creemos! —Bajó la voz, pero aun así seguía siendo atronadora—. Nosotros creemos que todos los Ciudadanos son iguales. Igual de responsables para trabajar, igual de responsables para producir energía, igual de merecedores de compartir las recompensas.

Desvié la vista hacia su ómnibus de pintura brillante, altos laterales y techo. Mucho mejor que cualquier ómnibus usado por los Ciudadanos. A sus brillantes botas. ¿Acaso creían que éramos tontos? Y sin embargo, a mi alrededor, la mayoría de los Ciudadanos le escuchaban embelesados, incluso con adoración. Sí, tal vez algunos de nosotros éramos tontos. A mi lado, David estaba mirando al suelo.

El Representante de la Autoridad repasó nuevamente sus papeles.

—Mientras los militares estén desplegados, os pido a todos que estéis vigilantes. Usad vuestros ojos, vuestros oídos, informad de cualquier cosa que pueda dañar a nuestra República. Alabada sea la República.

—Alabada sea la República.

—Un último aviso. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente—. El número de nacimientos ha descendido de nuevo. Pocos Ciudadanos recién nacidos fueron viables en el último trimestre. Necesitamos nuevos Ciudadanos para engrosar nuestro ejército e incrementar la producción de energía. —Hizo una pausa, paseando su vista por la multitud, con mirada oscura y poderosa—. Las parejas reproductivas que no cumplan con las expectativas serán disueltas y reasignadas a otras parejas. Sin excepciones.

Los Ejecutores le escoltaron hasta su enorme ómnibus.

La multitud de Ciudadanos se dio la vuelta silenciosamente, dirigiéndose hacia sus Recintos.

Yo permanecí allí todo el tiempo que pude, mirando al vacío escenario. Sus últimas palabras flotando pesadamente en el aire.

Sin excepciones.

Capítulo cuarenta

Acabábamos de entrar en nuestro Habitáculo cuando la campana anunciando la media hora antes del anochecer sonó. Era el momento de que David se atara su célula energética al muslo; el momento para que yo desenganchara mi bicicleta de la barra de descarga; el momento de acometer nuestras tareas como Ciudadanos, pero no el momento de cumplir la promesa que le había hecho poco antes a David.

Me quité el pañuelo y me pasé los dedos por el pelo, haciéndome un suave masaje en el cráneo.

—¿Quiénes son los otros grupos fuera de la República? —pregunté—. ¿Esos a quienes la Autoridad acusa de estar interceptando el suministro de comida?

—Por lo que mamá y papá me han contado, parece que hubo tres grupos diferentes de personas cuando la República se formó. —Se quitó la camisa del uniforme y se la cambió por otra limpia mientras hablábamos—. Primero, los creyentes, aquellos que querían todo lo que Fabián y las Autoridades habían prometido. —Su voz sonaba amortiguada por debajo de la tela.

Tiró de la camisa hacia abajo; el pelo le cayó sobre la frente.

—Segundo, los discrepantes, que no creían en las promesas y se dedicaban a organizar concentraciones, protestando en voz alta y corriendo un gran riesgo. Esos fueron sometidos por la fuerza. —Se agachó para atarse los cordones de los zapatos y observé sus dedos, sus fuertes manos.

Pensé en mi tía y en mi abuela y me pregunté cuántos más habrían muerto a su lado, cuántos lo habían hecho ese día en la estación de tren, y cuántos más por todo el país.

—El último grupo era más silencioso, vigilante. Mantenían sus ojos y oídos alerta, pero sin dar la cara, actuando en la sombra, se podría decir. Algunos de ellos se escabulleron. Abandonaron sus casas y desaparecieron antes de que se produjera el realojo actual. Están en alguna parte, por ahí fuera. La Autoridad los llama «traidores», pero nosotros los llamamos «gente en la sombra». —Hizo un gesto con la mano señalando más allá de la ventana—. Esos son a los que se refería hoy. No creo que sean ningún ejército. La Autoridad siempre los está persiguiendo.

—¿Son una amenaza? ¿Deberíamos tener miedo de aquellos que se escabulleron? Se quedó pensativo durante un minuto y luego contestó:

—No podría asegurarlo, pero no creo que quieran hacer daño a los Ciudadanos. Su lucha es con la Autoridad. Y supongo que están muy ocupados tratando de sobrevivir.

—¿Así que no crees que sean peligrosos? ¿Todos esos que están ahí fuera interceptando el suministro de comida...?

—Emmeline, la Autoridad quiere que tengamos miedo. El miedo nos hace más dependientes de ellos. A mí me preocupa mucho más el poder de la Autoridad que la gente en la sombra.

Retiré las migas de los cubos de alimento de la encimera recogéndolas con la mano y las lancé por la ventana para los pájaros.

—Está bien, ¿y qué me dices de tus padres? —pregunté—. No me los imagino formando parte de ninguno de los grupos que has descrito.

Asintió.

—Tienes razón. Supongo que había un cuarto grupo. Con gente como mis padres y los tuyos. No sé muy bien cómo describirlo. En realidad no creían en las grandes promesas pero, al mismo tiempo, no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. Eran una especie de no creyentes pasivos. Y luego fue demasiado tarde.

Me pregunté a qué grupo habría pertenecido yo de haber sido adulta cuando todo eso sucedió. Y, ya puestos, ¿a qué grupo pertenecía ahora?

David se metió la camisa por dentro de los pantalones.

—Lo que sí me preocupa es otra cosa que se ha dicho en la reunión.

Sabía lo que iba a decir. Sabía que, hiciéramos lo que hiciéramos, nos tocaría sufrir. Había dejado de ser una niña recluida en un espacio recluido. La vida me había empujado hacia delante y, ahora, era yo quien debía enfrentarme a ella de cualquier modo.

—Si tenemos un bebé, ese niño nunca será nuestro. Pertenece a la República, y no a nosotros. Justo como dijiste. —Sacudió la cabeza y su negro cabello cayó de nuevo sobre la frente. Se lo aparté con los dedos. Me gustaba el tacto de su pelo y la pequeña onda que se le formaba por encima de la frente—. Pero si no nos reproducimos —continuó—, entonces disolverán nuestro emparejamiento. Seremos reasignados. Sin excepción. Eso fue lo que él dijo. —Se llevó las manos a la cara tapándose los ojos como si quisiera borrar de su mente la idea de la reasignación.

Tomé sus manos y las apreté con fuerza entre las mías.

—No podemos dejar que eso ocurra —dije.

Se me quedó mirando sin pestañear, sin sonreír, y preguntó de nuevo:

—¿Qué otra elección tenemos?

Qué otra, era cierto. O bien teníamos un bebé y se lo dábamos a la República, o bien nuestra pareja sería disuelta. Dos terribles y perversas opciones. Sin duda debía de haber una tercera. Tendría que pensar en ello. Solo necesitaba tiempo.

—No lo sé, David. No sé lo que estoy diciendo.

Y, para ser sinceros, no lo sabía. ¿Quién era yo para impedir que algo sucediera? ¿Quién era yo, una simple Ciudadana, para afirmar que podríamos cambiar cualquier cosa?

—Ahora todo resulta demasiado grande para pensar en ello con claridad. —Me pegué a él, dejando que me envolviera con sus brazos. Sentí su fuerza en mi espalda, su pecho ancho y firme contra el mío. Mi David, mi fortaleza—. Ya hablaremos más tarde.

Asintió y posó sus labios en mi frente. Luego pasó la correa de su célula de energía por la hebilla, apretándola a la parte alta de su muslo. La conversación quedó relegada al rincón más profundo de nuestro Habitáculo, donde permaneció flotando en las sombras, una indefinible oscuridad, eternamente presente.

—Creo que sé algo sobre Lizzie —añadí en voz baja, mientras me colocaba mi propia célula en el muslo.

—¿El qué?

—Hace poco, antes de que fuéramos emparejados, vi cómo se llevaban a una mujer que podría ser la madre de Lizzie.

—¿Qué te hace pensar que era la madre de Lizzie?

David recogió mi pañuelo de la encimera y me ayudó a atarlo firmemente bajo la barbilla.

—Me quitó mi cubo de alimento. Dijo que era para sus hijos. Elizabeth y Andy. Eso es lo que me dijo. Entonces, cuando ya se la llevaban en el ómnibus, le preguntó a uno de los Ejecutores si él era Andy y si iban a llevarla con Lizzie.

—Al menos durante un breve momento pensó que tenía algo a lo que aferrarse. Qué triste.

—Más tarde presencié cómo pegaban al marido de la señora, pero, después de eso, no sé qué pasó con él. Nunca más volví a verle.

David me colocó un mechón rebelde bajo el pañuelo.

—Odio esconder tu pelo. ¡Es tan bonito! —Abrió la puerta pero nos entretuvimos un momento más, conversando, resistiéndonos a separarnos el uno del otro—. ¿Vas a contárselo a Lizzie? Lo de su madre, quiero decir.

—¿Crees que debería hacerlo?

—No lo sé. No puedo decirte lo que tienes que hacer. Pero es interesante que sepas algo que ella no sabe, ¿no crees?

La sensación tensa y opresiva de mi pecho disminuyó cuando lo dijo.

Empecé a desenganchar mi bicicleta de la barra. David se agachó y lo hizo por mí. Hacía que pareciera tan fácil...

—¿Randall sigue siendo el Vigilante de la Ciudad?

Asentí.

—Lizzie y él..., no sé..., actúan como si estuvieran conectados de alguna forma. Como si fueran un equipo o algo así. —Me monté en la bicicleta.

—Conozco a Randall de los barracones de los Vigilantes. Siempre parece estar al límite, por una cosa o por otra. Esa cojera suya. Si hubiera nacido ahora, desde que se impusieron los Baremos de Perfección...

Agarré el manillar. El anochecer se nos estaba echando encima.

David se inclinó hacia mí y susurró con su aliento cálido contra mi mejilla.

—No me fío de Randall. Ten cuidado.

Odiaba tener que dejar a David. Odiaba tener que pasar el turno con Lizzie y sus horribles historias. Sin embargo podría ver a Elsa. Tal vez incluso cogerla y darle de comer. Podría hacer un trato con Lizzie si eso significaba coger a Elsa. Podría hacer un trato con *cualquier cosa* con tal de estar con Elsa.

Empujé mi bicicleta por delante de la verja y de la bandera, y luego empecé a pedalear hacia la Ciudad.

Pedaleé al ritmo de mis pensamientos. El-sa, El-sa. Da-vid, Da-vid. Cui-da-do, cui-da-do.

Capítulo cuarenta y uno

El Vigilante del turno de día estaba solo cuando llegué a la Ciudad. Me sonrió, hizo una anotación en su cuaderno y sujetó mi bicicleta por el manillar.

—Tú debes de ser Emmeline —dijo—. Déjame que te ayude con esto. —Empujó la bicicleta hasta la barra de seguridad y la encadenó—. Soy Paul. —Hizo un gesto con la cabeza y regresó a su garita. Era alto y delgado, y su cara tenía el tono dorado de los que pasan mucho tiempo al sol. Me pregunté a qué grupo habría pertenecido en otros tiempos.

Lizzie y Randall aparecieron por una esquina del edificio, con sus cabezas muy juntas y hablando en susurros. Se les veía muy serios, las arrugas de preocupación surcando sus frentes. No supe apreciar si estaban discutiendo, y tampoco quise quedarme a mirarlos. Pero ellos me vieron de pie junto a mi bicicleta y, enderezándose rápidamente, se quedaron callados. Randall se dirigió a la verja. Lizzie entró en el edificio, conmigo detrás.

El pasillo estaba sombrío y fresco, inundado por los olores de la infancia: niños sudorosos, bebés lactantes, tiza de las aulas, solución desinfectante. También pude percibir sus sonidos, el revuelo y el roce de las mantas mientras daban vueltas para quedarse dormidos. Una tos, una risa, un susurro.

Barb dio el parte del cambio de turno bajo la débil luz del pasillo. Tenía una cara alargada con dientes grandes y torcidos.

—La verdad es que no hay nada que contar —declaró—. Los profesores de las aulas no han informado de ningún problema. Los bebés ya tienen el pañal cambiado. Algunos ya han tomado sus biberones. Otros no. Los niños mayores ya han hecho sus lavados desinfectantes.

Quise preguntarle por el Bebé Seis —Elsa—, pero no podía dejar que esta mujer supiera que me importaba. No sabía a qué grupo habría pertenecido.

—Han llegado los suministros —continuó Barb—. El Equipo de Transportes los entregó puntualmente. No se ha recibido ninguna linterna adicional...

Esa debía de ser mi linterna. Tendría que seguir trabajando a oscuras, dependiendo de Lizzie.

—... y eso es todo. Nada de que informar en realidad.

¿Cómo era eso posible?, me pregunté. ¿Toda una ciudad llena de niños y no había nada de que informar? ¿Algunos bebés comían y otros no? ¿Y este era el futuro de la

República?

Lizzie bostezó.

—Bueno, pues entonces me largo —dijo Barb. Empezó a caminar pero de pronto se volvió hacia mí—. Por cierto, Joan quiere verte por la mañana.

—¿Ha dicho para qué? —Tenía miedo de mirar a Lizzie.

—No. Pero parecía seria. Puede que incluso enfadada. No lo sé. —Se encogió de hombros—. Es difícil saberlo. Pero más vale que sigas sus instrucciones. —Y tras decir eso, se marchó.

Lizzie estaba rígida, tensa y en silencio. Empezó a coger pañales de la estantería. Me tendió unos cuantos y la seguí por el pasillo hasta la guardería. Todo era una repetición de la noche anterior: reponer los pañales para luego volver a por los biberones y colocarlos sigilosamente sin tocar a los bebés ni hacer ningún gesto para reconfortarlos. En la oscuridad, los bebés semejaban pequeños montículos cubiertos con mantas, diminutos y encogidos.

Nos movimos como dos pálidas sombras por la guardería, yo tratando de seguirla, ella abriendo nuestro camino con la linterna. Finalmente Lizzie, con su grueso cuerpo bloqueándome la vista, colocó el biberón a Elsa.

Regresamos al cuarto de suministros y Lizzie se sentó pesadamente en la mecedora. Aunque guardaba silencio, su lenguaje corporal parecía decirlo todo. Mi trabajo era saber interpretar lo que estaba diciendo y descubrir cómo utilizarlo en mi beneficio.

Me senté de nuevo en el taburete, con las rodillas pegadas a la barbilla y la espalda contra la pared. Una pared tan dura y fría que absorbía todo el calor de tu cuerpo. Lizzie apagó su linterna. Las dos nos quedamos sumidas en la oscuridad del pequeño cuarto, con los únicos sonidos de nuestras respiraciones y los crujidos de la mecedora. Cuanto más tiempo pasaba, más se agudizaban los sonidos. Sonidos tratando de llenar un vacío. Cada vez más y más fuertes. Y en todo ese tiempo, yo solo pensaba en tener a Elsa en brazos. Dependía de mí romper ese vacío.

—¿Cuándo crees que llegará mi linterna? —le pregunté.

—No tengo ni idea —respondió—, depende de Joan. Antes me correspondía a mí pedir los suministros. También eso se me daba bien. Pero ahora le corresponde a ella. No sé por qué pero, teniendo en cuenta que es la madre de David y que él y tú estáis emparejados, bueno, yo hubiera pensado que cuidaría mejor de ti.

Escuché el mensaje implícito en sus palabras. ¿Qué es lo que era importante para ella? ¿Ser buena en algo? Sí, eso era. La noche anterior me había contado que sacaba buenas notas. Además estaba muy orgullosa de su sistema para despertar a los chicos mayores. Esta noche me acababa de decir que era buena pidiendo los suministros.

—Oh, Lizzie —dije rápidamente—, pensé que lo sabías. Ella me explicó durante nuestra entrevista que su trabajo, bajo las reglas de la Autoridad, era tratar a todas las

trabajadoras por igual. Dijo que tenían que seguir las reglas.

El balanceo disminuyó y pude escuchar cómo Lizzie se revolvía en su silla.

—¿Eso dijo?

—Sí. Y también que eras una buena Cuidadora, y que iba a aprender mucho de ti.

El balanceo se detuvo en seco.

—¿Lo dijo?

—Por supuesto. Y tenía razón. No hay más que ver todo lo que me enseñaste anoche. Quiero decir, todas esas cosas sobre la historia de la República. Cosas que nadie me había enseñado antes.

—Tuve suerte de ser criada en la Ciudad, donde pude aprender todas esas cosas. Suerte de no tener todavía cuatro años cuando hicieron el anuncio. En cambio tú no fuiste tan afortunada. Además saqué muy buenas notas en historia.

Ahí estaba de nuevo.

Con toda la timidez que pude, le pregunté:

—Si hay algo que no sepa, bueno, ¿te importaría que te lo preguntara?

—Depende.

—¿Depende de qué? —dije.

—Depende de lo que me preguntes.

Nos quedamos calladas durante algunos minutos. Me levanté para apartarme de la fría pared. Tendría que averiguar por mí misma qué es lo que podía preguntarle.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A ninguna parte. Solo me he puesto de pie.

—Si quieres puedes ir a coger en brazos al Bebé Seis.

Solté un agudo y perplejo suspiro.

—Puedes ir a coger en brazos al Bebé Seis —repitió—, mientras yo salgo para hablar con Randall.

Encendió su linterna y me la pasó.

—Puedes utilizarla mientras esté fuera.

Mis manos estaban temblando cuando deslicé la banda sobre mi pañuelo. ¿Sería una trampa?

—Y una cosa más —añadió—. Puedes hacer preguntas. Pero no sobre Randall.

Abandonó el cuarto de suministros y escuché cómo sus pisadas se perdían por el pasillo.

Había conseguido una linterna y parecía como si Lizzie y yo hubiéramos hecho un trato.

Ella se fue con Randall. Y yo con Elsa.

Capítulo cuarenta y dos

Elsa estaba durmiendo boca abajo con las rodillas encogidas bajo su cuerpo, totalmente destapada, con su pequeño trasero levantado como un montículo redondeado. El biberón, casi vacío, se había deslizado entre el lateral de la cuna y el colchón, de modo que la tetina asomaba como un pulgar rosa. Los redondos mofletes y sus labios, en forma de diminuto capullo, imitaban los movimientos de succión. Al observarla a la luz de la linterna, sentí cómo me invadía una oleada de ternura, a la vez que una abrumadora sensación de responsabilidad. Ella era mía, no de la República.

Con toda la delicadeza que pude, deslicé mis manos bajo su cara y su vientre, y la levanté. Era ligera y cálida, como los rayos del sol en mis brazos. La acuné con mi brazo izquierdo mientras con el derecho le acariciaba la mejilla. Se estiró y abrió los ojos durante un segundo, una pompa de comida brotó en su boca, y luego se acurrucó contra mí.

¿Cuánto tiempo tendría antes de que Lizzie volviera? Presté atención pero no escuché ruido de pasos. En alguna parte, un niño gimoteaba. Llevando a Elsa en brazos, me acerqué al pasillo y escuché. Ahí estaba otra vez, un gemido. Seguí el sonido hasta el dormitorio de los niños, mi linterna moviéndose a través de las camas, una por una, hasta que iluminó a un niño sentado en el borde de su colchón. Estaba inclinado hacia delante con las manos en su vientre y parecía asustado. Me acerqué a él desviando la linterna del centro de mi frente para que la luz no le diera en los ojos.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le susurré.

Bajó la vista al suelo como si estuviera avergonzado.

—Necesito ir al lavabo.

—Está bien, yo te acompañaré. Iluminaré el camino con mi luz.

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? No pasa nada. Vamos.

Nuestros susurros no habían despertado a Elsa. A nuestro alrededor apenas se escuchaban los pequeños ronquidos, como signos de puntuación en la oscuridad.

—No puedo —contestó—. No es hora de ir al lavabo. Me meteré en un lío.

¿Hora de ir al lavabo? Al principio no lo comprendí, pero luego, de pronto, lo recordé.

Las reglas. Siempre las reglas.

—Bueno, te doy permiso para que uses el lavabo ahora. Yo te acompañaré.

—¿Puedes hacer eso? —Me miró con los ojos dilatados y sin pestañear—.

¿Puedes romper una regla?

Sonreí y miré a Elsa.

—Sí —contesté—. A veces.

Cuando terminó, le acompañé de vuelta a su cama. Le tapé con la manta estirándola bien. La tela era demasiado áspera para una piel tan joven. Antes de que rodara hacia un costado, me hizo un gesto para que me acercara. Me incliné sobre él y Elsa se revolvió en mis brazos.

—¿Estarás aquí mañana por la noche? —preguntó.

—Eso espero —contesté.

—También yo —declaró, y se colocó de lado, haciendo su cuerpo lo más pequeño que pudo contra cualesquiera que fueran los oscuros pensamientos que rondaban la Ciudad de los Niños.

Esperé hasta que se quedó dormido y luego me dirigí al dormitorio de las niñas.

Aquí era donde Elsa dormiría dentro de tres años y medio. Aquí. Una entre muchas. No sería mejor que cualquier otra. No tendría abrazos extra, ni extras de nada. Y si se despertaba en mitad de la noche porque necesitaba ir al cuarto de baño, ¿se atrevería la Cuidadora de guardia a romper las reglas? Pasé por delante de una fila de camas, y luego por la otra, mi linterna deslizándose sobre las niñas. Deteniéndome un segundo, antes de pasar a la siguiente. Todas las niñas parecían estar dormidas. Todavía con Elsa en mi brazo izquierdo, utilicé la mano derecha para cubrir con las mantas a aquellas que se habían destapado, remetiéndolas las sábanas alrededor de sus hombros, frágiles y delgados. El aire que entraba por la ventana se había vuelto frío y húmedo, impregnado del olor de la hierba húmeda y las hojas.

Me pregunté por qué Lizzie habría salido a hablar con Randall. ¿Habrían estado discutiendo? Ciertamente eso era lo que parecía. Preguntas, respuestas, finalmente, poco a poco, aprendería todo lo necesario para mantener a Elsa a salvo. Estar informada era fundamental para conseguirlo.

Aún con ella en brazos me dirigí hacia el cuarto de suministros y me senté en la mecedora. Nos mecimos con un ritmo lento y monótono, mientras yo susurraba contra su suave y sedoso pelo: «*Mariquita, mariquita, vuela lejos de casa. Tu casa está ardiendo y tus hijos se quemarán*». Noté cómo algunos mechones de su pelo, finos como tela de araña, se pegaban contra mis labios. Podía sentirla, olerla, oírla y, aunque fuera bajo la vacilante luz de la linterna, también verla.

Lizzie apareció en el cuarto de suministros, sobresaltándome.

—Mi silla —ordenó—. Mi linterna. —Su voz tenía un matiz rasposo, cortante, exigente.

Me levanté y me quité la linterna de la cabeza. Mi pañuelo se enredó en la cinta.

Lizzie estiró el brazo y la agarró con brusquedad, consiguiendo que la linterna golpeará en la frente de Elsa con un ruido sordo. Elsa se asustó, tensándose. Su espalda se arqueó contra mi brazo y empezó a llorar con un agudo y estridente chillido que pareció cortar las sombras del cuarto de suministros y resonó por todo el pasillo. Apoyé su cabeza en mi hombro palmeando su espalda con urgencia, en rápidos golpecitos, tap, tap, tap, como si, de alguna forma, eso pudiera aliviar su sobresalto y el dolor del golpe.

—Está bien —murmuré—. Está bien. Estoy aquí.

Pero incluso mientras trataba de calmarla, sentía crecer la rabia dentro de mí.

—¿Qué pasa contigo? —pregunté. Lizzie no parecía oír los sollozos de Elsa. Estaba sentada, inmóvil como una piedra, sosteniendo la linterna con el pañuelo enganchado en su regazo.

Luego levantó la vista hacia mí y la apartó.

—Nada —murmuró—. Nada que te importe.

Forcejeó para soltar el pañuelo de la linterna y me lo pasó. El llanto de Elsa había derivado en pequeños hipidos. Me la cambié de hombro, sintiendo la redondez de su cabeza contra la curva de mi cuello.

—Ponme a prueba. Se me da bien escuchar.

Oí los pasos desiguales de Randall en el exterior mientras hacía sus rondas. Lizzie giró la cabeza hacia aquel sonido y luego suspiró.

—Es hora de poner pañales y dar de comer a los bebés.

Salió, iluminando mi recorrido para que pudiera dejar a Elsa de vuelta en su cuna. Me coloqué el pañuelo a toda prisa y juntas emprendimos la mecánica rutina de cambiar pañales y colocar biberones. Finalmente, cuando terminamos, volvimos al cuarto de suministros. Ella se sentó en silencio, con el ceño fruncido, como si tuviera pensamientos incómodos, y empezó a hablar sin siquiera mirarme.

—¿Así que se te da bien escuchar?

—Sí.

—Algunas veces una persona solo necesita hablar —dijo—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí.

Empezó a balancearse, sus manos agarrando los brazos de la mecedora con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Es Randall. Estoy preocupada por él.

Esperé.

—No puedes decir una palabra de todo esto. ¿Me oyes?

Asentí.

—Dilo. Di que no se lo contarás a nadie.

—No se lo contaré a nadie.

—Ni a Joan ni a nadie.

—Ni a Joan ni a nadie —aseguré. Esto se parecía mucho a repetir los juramentos a la Autoridad.

—Randall ha oído comentarios sobre los Baremos de Perfección.

Ya había oído esa frase con anterioridad, pero quería enterarme de lo que Lizzie sabía. Puse mi mejor cara de tonta.

—¿No sabes nada de los Baremos de Perfección? Típico de los criados en casa porque, de no ser así, lo sabrías. Me resulta agotador tener que explicártelo todo.

—Lo siento. Pero nadie más lo explica tan bien como tú. —Su expresión se suavizó, mostrando una débil sonrisa.

—Está bien. Esta es la historia; ahora lo entenderás. Desde un principio la Autoridad sabía que no debían desperdiciarse los recursos. El antiguo gobierno lo desperdiciaba todo. Bajo su mandato, la Tierra enfermó y la gente sufría.

La oscuridad del pasillo empezó a dar paso a unos tonos de gris más claros. No le quedaba demasiado tiempo para hablar.

—¿Y entonces qué?

—Bien, cuando la Autoridad se hizo cargo, las cosas mejoraron. Ya sabes. Es como cuando alguien está enfermo, realmente enfermo, y necesita muchos cuidados, lo que supone un tremendo derroche de recursos. A eso lo llamaron futilidad.

La palabra iluminó un recuerdo, la primera mujer de George. Madre me había hablado de ella. Un fallo renal, un caso claro de futilidad. Y por eso se la llevaron.

—O como cuando alguien no es lo suficientemente productivo, no produce la suficiente energía o no es capaz de realizar las tareas asignadas, entonces, eso no es justo para los demás. Quiero decir, que todos tenemos que dar y recibir por igual.

Mi pobre madre, acurrucada en su colchón, sin caminar en su cinta. Ellos se la llevaron.

—Los bebés tampoco pueden dar por igual —explicó Lizzie—. Todo el mundo lo sabe. Pero se consideran una especie de inversión. Cuando crezcan podrán empezar a producir energía. Pero... —Hizo una pausa como si tratara de encontrar la mejor forma de explicar algo—. La Autoridad comprendió muy pronto que algunos bebés nunca serían lo suficientemente productivos para garantizar la inversión. Así que establecieron los Baremos de Perfección.

Otro recuerdo se encendió en mi mente: el de la joven pareja del Habitación 2 y el enorme vacío creado entre ellos por la ausencia de su bebé.

—Randall está preocupado. Ha oído rumores. Yo le he dicho que los rumores son como un veneno. Una vez que se meten en tu cabeza no puedes sacártelos. No debería escucharlos, pero lo hace. Piensa que la Autoridad tal vez extienda los baremos. Y él tiene esa cojera. —Bajó la voz como si estuviera hablando para sí misma, preocupada—. Está empeorando. Piensa que necesita un zapato especial.

—Realmente te preocupas por Randall, ¿no es cierto?

—Pues claro. Es mi hermano.

—Creí que el nombre de tu hermano era Andy —dije sin pensar.

Se levantó de golpe y empujó la mecedora, que chocó bruscamente contra la estantería haciendo que algunos biberones se estrellaran contra el suelo.

—¿Cómo sabes eso? ¿Eres alguna clase de espía? Debería haber tenido más cuidado antes de hablar contigo. Debería haber escuchado a Randall.

Di un paso hacia atrás, levantando una mano para protegerme.

—No soy una espía. Lo prometo. Oí cómo tu madre lo decía. Oí cómo tu madre le decía a alguien... —Paré un instante para coger aire y poder seguir hablando—. Oí cómo decía que sus hijos se llamaban Elizabeth y Andy.

—¿Cuándo? ¿Cuándo has oído hablar a mi madre?

Se inclinó hacia delante con la cara roja de rabia y los músculos de su cuello tan tirantes como gruesas cuerdas.

Di otro paso hacia atrás.

—Solo fue una coincidencia —repuse, y le conté todo lo que recordaba de ese día. El cubo de alimento, el Vigilante, los Ejecutores. Su madre diciendo que necesitaba la comida para sus hijos, su Lizzie y su Andy.

—Andy —repitió, relajándose un poco y dejando de inclinarse—. Randall tiene diez años más que yo. Todo el mundo le llamaba Randy, pero yo no sabía pronunciarlo. Siempre parecía como si dijera Andy, así que acabó convirtiéndose en su apodo. —Se me quedó mirando durante un minuto, sacudiendo la cabeza—. ¿Estás diciendo que mi madre estaba robando? ¿Robando comida para Randall y para mí?

Asentí.

—¿Y luego qué pasó?

—Se la llevaron.

Capítulo cuarenta y tres

Por fin se hizo de día. Dejé a Lizzie con la cara más pálida que el ala de una polilla y recorrí el largo pasillo en penumbra hasta la oficina de Joan. Su puerta estaba abierta y la luz que se filtraba por su ventana arrojaba un delgado rayo sobre el suelo del pasillo. Pude oír a Lizzie despidiéndose con voz apagada de la Cuidadora del turno de día. A través de la ventana vi a Randall esperando en la verja, removiendo la tierra con el zapato de su pie deforme y levantando pequeñas nubes de polvo. El Vigilante del turno de día, alto y sonriente, estaba de pie al lado de Randall, cuyo rostro tenía el tono plomizo de una nube a punto de descargar un chaparrón de malas noticias. Por encima de sus cabezas, las banderas colgaban flácidas. Mientras les observaba, el malhumor de Randall pareció contagiarse a su compañero, que agachó la cabeza y hundió los hombros.

Joan, sentada ante su mesa, levantó la vista y me sonrió. No pude evitar sentir una ola de amor por ella. Cuánto se parecía David a su madre, sus mismos labios llenos y suaves, las mismas cejas oscuras. Miró por encima de mí hacia el pasillo y una chispa de miedo atravesó sus ojos.

—Esperaba tu informe ayer por la mañana —dijo con voz firme y fuerte—. Tenías orden de hacerlo y desobedeciste esa directiva. —Se llevó un dedo a los labios, señalando hacia la puerta.

No supe qué decir. Miré en la dirección que estaba señalando y allí, en ese estrecho rayo de luz, vi recortada la sombra de una persona de pie ante la puerta, bloqueando la luz de la entrada principal. La sombra no se movió. Acechando.

—Vamos, respóndeme —dijo Joan, mirando hacia la sombra, y luego volviendo la vista a mí con expresión consternada—. Has desobedecido. Eso va contra las normas.

Rebusqué en mi mente tratando de encontrar la respuesta correcta. ¿Debería dar una respuesta a Joan o a la sombra? Contesté lo único que se me ocurrió.

—No sé qué decir. —Las palabras surgieron atropelladamente, sin apenas espacio entre ellas.

—Habla más alto. No puedo oírte.

—No sé qué decir.

Joan se revolvió en su silla y se giró levemente hacia la puerta.

—Está bien, deja que te pregunte algo. Tal vez seas capaz de dar un simple «sí» o

un «no» por respuesta.

La sombra no se movió. Podía distinguir la silueta de un pañuelo en la parte de arriba.

—¿Has seguido las instrucciones de Lizzie? ¿Te ha estado enseñando todo lo necesario?

La sombra se inclinó ligeramente, tratando de escuchar mi respuesta. Joan movió la cabeza arriba y abajo, haciéndome una silenciosa indicación.

—Oh, sí. Me ha enseñado muchas cosas en estas dos noches. —Hice una pausa y pude oír a lo lejos las pisadas de los niños en el extremo opuesto del pasillo. Tal vez se estaban dirigiendo a tomar sus cubos de desayuno. O tal vez iban a clase para aprender a recitar las alabanzas—. Es muy buena profesora. Sabe muy bien cómo cuidar de los niños.

La sombra pareció enderezarse y agrandarse.

—Ya sé lo buena que es Lizzie —declaró Joan, pero había una gran tirantez alrededor de su boca, justo lo opuesto a una sonrisa—. Por eso te puse a trabajar a su lado. Es importante que aprendas todo lo que puedas de ella.

La sombra se hizo más pequeña y desapareció. Pocos segundos más tarde, pude ver, a través de la ventana de Joan, a Lizzie y a Randall caminando a lo largo de la valla hacia sus barracones. Parecía como si aún siguieran manteniendo la misma conversación seria que tenían al principio de nuestro turno. Randall caminaba como si le doliera el pie, levantándolo y volviéndolo a bajar lentamente con mucho cuidado. Joan me vio mirar por la ventana y se volvió hacia ella.

—Una extraña pareja, ¿verdad? —Me miró con las cejas levantadas.

Asentí. No sabía si habría otras sombras acechándonos. Lizzie había dicho que la confianza era importante, y al menos en eso, tenía razón.

—Lizzie solo sabe lo que aprendió en la Ciudad. Eso es todo. Randall tuvo una infancia bastante normal, pero entonces fue apartado de su familia y tuvo que crecer en los barracones. No comprende en absoluto la historia de la República, no comprende nada. Y no confía en nadie. —Se levantó y se acercó a la ventana observando a Lizzie y a Randall desaparecer por una esquina de la valla—. Además, es diferente. Tiene esa cojera. En la República no es bueno ser diferente.

Regresó a su mesa.

—¿Por qué no viniste a verme ayer por la mañana, Emmeline? —preguntó—. Estaba preocupada.

No quería contarle la verdadera razón, así que decidí cambiar de tema.

—Lizzie me contó lo de... —Retorcí las manos en mi regazo—. Me contó lo de la gente que fue tiroteada... en aquel entonces. Mi tía. Mi abuela. Esa fue la primera vez —sentí que mi garganta se tensaba y me temblaba la voz—, la primera vez que alguien me hablaba de ello.

Joan intentó decir que lo sentía, pero no pude oír nada más. Mi cabeza se llenó de un rugido ensordecedor, como el de un furioso enjambre de abejas, que me impedía atender a sus palabras. En menos de un latido, en el espacio de un suspiro, sentí que volvía a invadirme la rabia. Una rabia incontrolada. Me pareció escuchar los disparos, la gente gritando, muriendo. Me pareció ver a la gente obligada a subir a los trenes a empujones.

—¿Qué hiciste tú, Joan? ¿Qué hizo John? Vosotros dejasteis que pasara. Si hubiera habido más gente protestando, más gente tratando... —Alcé la voz, pero luego no pude continuar. Sentía la garganta tan tensa como si me estuvieran anudando un pañuelo alrededor de ella. No conseguía coger aire; ni tampoco expulsarlo.

Joan se levantó, dio la vuelta a su mesa y se acercó a mí. Levanté los brazos en un leve intento por mantenerla alejada. Si me tocaba, me rompería en mil pedazos. Pero siguió acercándose y pronto estaba llorando en sus brazos, mientras ella me palmeaba la espalda con una mano y con la otra me apartaba el pelo de la frente. Mi pañuelo se había resbalado hacia atrás y estaba colgando alrededor de mi garganta.

Joan lo ajustó, volviendo a ponerlo en su sitio y anudándolo. Sentí la suavidad y el frescor de sus manos en mi piel.

—Lo siento, Emmeline —susurró en mi oído.

Noté una fresca humedad en mi mejilla. Lágrimas. Joan también estaba llorando y sus lágrimas se mezclaban con las mías.

—Lo siento muchísimo —repitió—. Estábamos equivocados.

Me aparté de ella y la miré fijamente a la cara. Algunos mechones se habían escapado de su pañuelo, rizándose húmedos contra sus mejillas. ¡Qué gris tenía el pelo! Sus párpados se veían pesados e hinchados. Por primera vez la contemplé como una mujer no solo cariñosa, sino también derrotada.

—Estábamos equivocados. No vimos lo que otros veían. Nos confiamos demasiado.

Allí estaba otra vez esa palabra.

Confiar.

—¿En quién confiabais? ¿En qué confiabais?

Regresó a su mesa y se sentó con la cabeza entre las manos; sus largos dedos, que tanto se parecían a los de David, trazando pequeños círculos alrededor de sus sienes. El pasillo se había quedado en silencio. Los niños debían de estar en sus espacios asignados. Pensé en el niño pequeño, el que quería usar el lavabo en mitad de la noche. ¿Cómo estaría ahora? Qué terrible debió de ser para él, despertarse en la oscuridad, necesitando algo personal, privado, que no estaba permitido por las reglas. Recordé el tono triste de su voz cuando dijo que quería que yo regresara esta noche.

Finalmente Joan me miró y empezó a hablar.

—Confiábamos, John y yo, y muchos otros, en cómo estaban las cosas. No podíamos imaginar que nadie fuera capaz de cambiar eso.

—¿A qué te refieres con cómo estaban las cosas?

—A nuestra vida. Nuestra familia. El trabajo. Teníamos nuestra granja. Si trabajábamos duro, tendríamos éxito. Lo mismo que tus padres. Una ética del trabajo. Los individuos pueden trabajar y ser recompensados por su esfuerzo. No solo los granjeros. También los profesores o los obreros de las fábricas. Cualquiera. Aunque, por supuesto, algunos tenían más éxito que otros.

Tamborileó la mesa con los dedos.

—No nos importaba el trabajo. De verdad. Aunque supongo que a otros sí. Cuando la Autoridad llegó al poder, dijeron que ya no tendríamos que trabajar tan duro. Dijeron que todo el mundo podía compartirlo todo. Que todos seríamos iguales. Lo llamaron el Plan de Cuota Equitativa. ¡Hablaban con tanta elocuencia! ¡Y empezaron a hacer los cambios tan rápidamente! Casi de un día para otro.

Jugueteó con un cuaderno de su mesa, mirando unos números que había escritos en él.

—Los bebés no están prosperando —señaló—. Mi trabajo es descubrir por qué o encontrar alguna razón más allá de lo obvio. —Sus hombros, levantados y tensos, casi tocaban sus oídos bajo el pañuelo.

Estaba cambiando de tema, pero yo necesitaba saber más, entender. No podía quedarme mucho más tiempo en su oficina. Los demás lo notarían. Tenía que hacerla volver a los otros tiempos, a cómo había sucedido todo.

—Y esa ética del trabajo... ¿Cómo cambió? Bajo la Autoridad, quiero decir.

—Piénsalo —dijo—. Piensa por ejemplo en tu cinta energética. Imagina que eres joven, llena de energía, fuerte, que quieres caminar en tu cinta más allá de la marca. Ganar crédito. Tal vez conseguir un cubo extra. ¿Qué pasaría? ¿Qué pasa cuando caminas en la cinta?

Nunca lo había visto así. Cuando la aguja de mi cinta energética llegaba a la marca, eso era todo. Ya no tenía que dar nada más. Recibiría mi cubo una vez que alcanzara la marca. Y al alcanzarla, me detenía.

Como si pudiera leer en mi mente Joan declaró:

—Cuando llegas a la marca te paras. ¿No es así?

Asentí.

—De esa forma nadie es mejor que otro. Nadie puede ser más fuerte o más listo. Nadie puede destacar. Todos los Ciudadanos son iguales. Todos obtienen las mismas recompensas. Hay tres formas de que un Ciudadano pueda ser diferente —continuó, inclinándose hacia delante y mirándome tan fijamente que me sentí hipnotizada—. Una de las formas en que un Ciudadano puede ser diferente es no cumplir con los baremos impuestos por la Autoridad. Otra forma es cuando necesita más que el resto

de los Ciudadanos. Dar menos o necesitar más. Ambas formas son punibles.

—¿Y la tercera?

Joan echó un vistazo al pasillo antes de seguir hablando.

—La tercera es cuando un Ciudadano informa sobre otro a la Autoridad. Cuando denuncia a alguien por actuar o hablar contra la Autoridad. El Ciudadano que lo hace es recompensado.

—¿Y el otro Ciudadano? ¿El que es denunciado?

—Nadie vuelve a verle nunca. —Lo dijo con voz plana, como si las palabras fueran demasiado pesadas y duras para salir de su boca.

Cogió de nuevo el cuaderno.

—Los bebés no están prosperando —repitió—. No están ganando peso. Estoy preocupada por ello. Me asignaron aquí para resolver el problema.

—No reciben amor —declaré.

—¿Qué?

—No reciben amor.

Me incliné hacia delante, esperando su respuesta.

Alzó las cejas y se ajustó el pañuelo.

—Hay ciertas cosas en las que no puedo mandar. Como el amor.

Tal vez no, pensé. No cuando pareces y sueñas tan desesperanzada.

—Pero sí puedes imponer reglas. Hacer que los trabajadores sigan las reglas. Tú estás al mando.

—Lo he intentado. Créeme, lo he intentado. —Se revolvió en su silla—. Lo cierto es, Emmeline, que hay más gente como ellos que como yo. Los trabajadores están *organizados contra mí*.

—¿Y qué pasará entonces? ¿Si no puedes arreglarlo? ¿Si los bebés no prosperan?

—Me temo, Emmeline, que la Autoridad cerrará esta Ciudad de los Niños y los realojará en otra Comunidad Planificada.

¿Realojar a Elsa? Noté el vello de mis brazos erizarse y sentí como si una enorme piedra rodara por mi espina dorsal aplastándola.

—¿Harían eso?

—Mi querida Emmeline —dijo con un suspiro entrecortado y la cara apoyada en sus manos—. Sabes tan poco... Tan poco... Y se nos está agotando el tiempo.

Capítulo cuarenta y cuatro

El Vigilante del turno de día no me ayudó a soltar mi bicicleta energética como había hecho el día anterior. Algo había cambiado.

—¿Una larga reunión? —preguntó—. No son muy agradables esas reuniones.

Me encogí de hombros.

—No es más que un poco de adiestramiento extra.

Forcejeé con la oxidada cadena de la barra de la bicicleta; no se ofreció a ayudarme. Sus ojos parecían evitarme, mientras se movía de un lado a otro como si buscara algo o a alguien.

—¿No echaste de menos tu huevo de anoche?

La pregunta me sorprendió, pero tenía razón: Randall no había traído ningún huevo, ni siquiera uno para Lizzie.

—No había pensado en ello hasta ahora. Supongo que Randall se olvidó.

Bajó la voz hasta que fue apenas un susurro.

—Nadie se olvidó. No va a haber más huevos para el turno de noche. —Ladeó la cabeza como un pájaro y sus ojos escrutaron de nuevo entre las sombras—. Es la nueva norma.

Ajusté mi pañuelo al cuello y me puse en marcha. Me pregunté de qué más cosas se habría enterado para actuar hoy de un modo tan diferente. Apenas si podía creer que fuera ayer cuando aprendí tanto. ¿Habría cambiado yo igual que lo había hecho él? Por supuesto. El conocimiento nos cambia a todos.

El paseo de vuelta a casa fue más sencillo. Los músculos de mis piernas ya se habían adaptado a la diferencia entre caminar en la cinta energética y pedalear en la bicicleta por un sendero lleno de baches. David estaba esperándome en la entrada de nuestro espacio, con gesto preocupado. Probablemente recordaba lo disgustada y furiosa que había llegado la mañana anterior. Me parecía como si hubiera pasado un año entero entre esas dos mañanas y, aún más tiempo, desde que David y yo fuimos emparejados.

Verle allí de pie en el umbral, con el sol dándole en la cara y la mirada de preocupación en sus ojos, me hizo desearle otra vez, querer estar en sus brazos. Mi mente, mi cuerpo, mi espíritu tenían necesidad de él. Necesitaba a David. Debía apartar todos esos pensamientos malos y odiosos y guardarlos en algún

compartimento cerrado de mi cabeza, al menos durante un rato. El tiempo suficiente para recuperar de nuevo el aliento y el equilibrio.

—¿Qué tal te ha ido el turno? —preguntó.

No respondí nada. En su lugar posé mis dedos en sus labios para silenciarle. Me retiró el pañuelo hacia atrás y pasó los dedos por mi cabello; entonces cerró los ojos y se inclinó hacia mí, pasiva e inmóvil. Fuimos a su colchón, y nos tumbamos el uno contra el otro, disfrutando del consuelo de nuestra cercanía. Más tarde nos quedamos profundamente dormidos, totalmente vacíos de emociones y energía.

Cuando abrí los ojos, David estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el colchón, sosteniendo nuestros cubos con el ceño fruncido.

—Ya ha comenzado —dijo.

—¿El qué? ¿Qué ha comenzado?

—Los cubos. Mira qué pequeños son ya.

Tomé el mío de su mano. Siempre había medido ocho centímetros exactamente en todos sus lados, el ancho de mis cuatro dedos juntos. Este, en cambio, debía de tener un centímetro y medio menos. Ya no parecía tan denso, y además daba la impresión de estar medio deshecho por dentro.

—También han dejado de suministrar huevos —señaló—. Al principio, cuando no recibí ninguno, pensé que era un error. Pero luego comprendí que ellos no cometen errores.

—Eso es lo que el Vigilante del turno de día de la Ciudad dijo. Y parecía bastante nervioso.

David dio un mordisco a su cubo e hizo una mueca.

—No tiene ningún sabor. Han debido de quitarle algo.

Se levantó para cruzar nuestro espacio y dejó el cubo sobre la encimera.

—Tenemos que hablar —dijo.

Su voz tenía el oscuro timbre de un trueno lejano. Se acercó, sentándose a mi lado en la colchoneta, con los brazos rodeando sus rodillas y la espalda curvada. Pasé mi mano por su espalda sintiendo las nudosas protuberancias de su espina dorsal.

—Estoy escuchando —indiqué.

Me miró de reojo pero no sonrió. Su cara parecía esculpida en piedra.

—Algo está pasando —comentó—, y no sé exactamente lo que es. El Vigilante del turno de día dice que en los barracones todos los muchachos están inquietos. Tensos. Nadie comparte demasiada información.

—¿Tensos?

—Ya sabes. Dispuestos a empezar una pelea. Nadie sabe quién dice la verdad. Nadie sabe en quién confiar.

Confianza, otra vez esa palabra.

—¿Decir la verdad sobre qué?

—Ese es el problema. Nadie se atreve a hablar, salvo algún comentario suelto aquí y allá. Nada tiene sentido. Ninguno de nosotros sabe nada. Y eso hace que todo el mundo esté nervioso. Los cubos son más pequeños. Ya no hay más huevos para los del turno de noche. Hay menos para todo el mundo. Esos son los hechos. No hay una buena explicación para esta escasez, solo rumores. Los hechos siempre acaban con los rumores.

—Pero en la Reunión Informativa la Autoridad dijo...

—La Autoridad *dijo*. ¿*Dijeron* qué? ¿Los ejércitos? ¿Que los ejércitos están levantando las vías? ¿Que los ejércitos están interrumpiendo el suministro de comida? No me lo creo. No creo que haya ningún ejército extranjero ahí fuera. Solo la Autoridad tiene un ejército. Y no demasiado bueno, que digamos. Cada vez cuenta con menos hombres fuertes.

—Si no crees que ahí fuera haya un ejército, entonces ¿quiénes son?

Apartó la vista y se quedó en silencio durante lo que me pareció una eternidad. Finalmente, contestó:

—Son los que se escabulleron.

—¿La gente en la sombra?

—Sí. La gente que se escabulló antes de los realojos. Sabían que morirían si luchaban, de modo que, simplemente, desaparecieron. Y ahora están ahí fuera, en alguna parte, tratando de sobrevivir. Tal vez estén interrumpiendo de algún modo el suministro de comida.

La gente en la sombra. Ahí fuera, libres, al otro lado de la valla.

—Continúa —le animé.

—Lo único seguro es que ya no hay más huevos y que los cubos son más pequeños. Pero tengo un presentimiento. No sé cómo explicarlo, pero no es bueno. Todo el mundo parece nervioso. Ayer por la noche, al cambiar el turno, el Vigilante de día me preguntó qué sabía yo de todo esto. Nunca le había visto tan preocupado. Respondí que no sabía de lo que estaba hablando y él se limitó a guardar silencio.

David se dirigió a la zona de baño y pude oír cómo se echaba la solución desinfectante en la cara. Pude oler la leve fragancia agrídulce con un toque de limón. Me pregunté cómo sería un limón de verdad. Sabía qué aspecto tenían los albaricoques. *Albaricoque, Albaricoque, A-A-A*. Madre solía cantarme la canción señalándome el dibujo de un albaricoque. Pero no había dibujos de limones.

Cuando David salió del baño, se sentó otra vez en la colchoneta de la misma manera, con sus brazos rodeando las rodillas dobladas.

—Y luego, esta mañana, cuando él regresó para relevarme, me preguntó si había oído algo sobre los Baremos de Perfección.

—Oh, espera —interrumpí, tirando de las sábanas para cubrirme los hombros y el pecho. La tela era basta y áspera pero tenía el cálido olor de David impregnado en

ella—. Lizzie comentó que Randall estaba preocupado por un incremento en el Baremo de Perfección. Dijo que necesitaría un zapato especial...

—¡Un zapato especial! —me cortó David—. ¿Cuándo ha conseguido nadie algo diferente o mejor que los demás?

—Bueno, yo te conseguí a ti.

Eso le hizo sonreír, una sonrisa auténtica, y me acarició la punta de la nariz con el dedo. Pero rápidamente volvió a ponerse serio y la sonrisa se desvaneció dando paso a dos pequeñas arrugas en su entrecejo.

—Y ahora cuéntame tú —dijo—. ¿Qué tal tu turno? ¿Qué pasa con Randall y ese zapato especial? ¿Has hablado con mi madre?

—De acuerdo. Usando tus mismas palabras, te diré que todo el mundo parecía alterado. Tenso. Randall tenía aspecto de que le dolía su pie al caminar. Estuvo hablando mucho tiempo con el Vigilante del turno de día. No sé lo que le dijo, pero después de aquello el hombre se quedó de muy mal humor. Creo que Lizzie y Randall estaban discutiendo por algo, pero no pude oírles. Se pasaron mucho tiempo fuera.

—¿Y mi madre?

—Parecía, eh, no sé, distraída. Los bebés no están prosperando y eso la preocupa. —No tuve valor para repetirle las demás cosas que me había dicho.

—¿Conseguiste coger en brazos a Elsa?

—Sí, lo hice. —Junté los brazos como si la estuviera acunando arriba y abajo—. Le gustó. Y se tomó todo su biberón de alimento.

—Y bien, ¿qué es lo que me estás ocultando? —preguntó mirándome fijamente sin pestañear. De alguna forma sabía que era algo malo—. ¿Qué me estás ocultando sobre mi madre?

Y entonces comprendí que estaba haciendo lo mismo que habían hecho conmigo: guardar información para proteger a alguien. Pero eso solo consigue hacerte más vulnerable. Por muy terrible que fuera la información, tenía que compartirla con David.

—Tu madre dijo... —Tragué saliva y, reuniendo fuerzas, me lancé—. Dice que los bebés no están prosperando y que la Autoridad podría realojar la Ciudad de los Niños en otra comunidad. —Me llevé las manos a la cara, tratando de apartar la imagen de una cuna vacía y una Ciudad vacía.

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó David.

¿Dios bendito? Mi madre solía decir eso. *Oh, Dios bendito.*

Pero Padre la hacía callar.

Oh, Dios bendito.

Capítulo cuarenta y cinco

El Vigilante estaba haciendo sus rondas. Su porra emitía un ruido sordo al golpear contra la célula atada en su muslo. Conocía de memoria todos los sonidos de nuestra comunidad. El de la bandera del Recinto cuando el viento soplaba. El crujido de los laterales de madera mezclado con los gruñidos sofocados del Equipo de Transportes cuando pasaba el ómnibus. El chirrido del buzón de alimentos al abrirse y el repiqueteo metálico cuando la lluvia golpeaba la tapa. El zumbido de las abejas en las flores del otro lado de la valla. Pero el mejor sonido, el mejor sonido con diferencia, era el canto de los pájaros.

David se trasladó de su colchoneta a la mía cuando escuchó al Vigilante acercarse. Sus ojos se agrandaron y me lanzaron una mirada de perplejidad cuando, al sentarse, posó una mano en la esquina más alejada de la colchoneta. Debió de notar alguno de los tesoros de Madre, pero ahora no había tiempo para explicaciones. Mientras trataba de mantener la sábana agarrada para que me tapara el pecho y los hombros, me llevé un dedo a los labios.

El Vigilante llamó a la puerta. Un sonido tímido.

Me escabullí rápidamente a la zona de baño antes de que David abriera la puerta. Tenía que vestirme. Debido a los últimos cambios, no me darían un uniforme limpio hasta dentro de dos días. El que tenía estaba un poco arrugado, pero tenía el olor de Elsa, su aroma lechoso. Giré la cabeza acercándola al hombro y, cerrando los ojos, aspiré profundamente. Cantos de pájaros y olor de bebés.

El Vigilante no pareció notar mi presencia cuando salí de la zona de baño, sino que se limitó a hacer un gesto de asentimiento hacia David. Un leve movimiento con el que pareció pedirle que saliera con él afuera un momento.

No hablaron demasiado y no pude entender nada salvo el suave murmullo de sus voces. David regresó enseguida a nuestro espacio.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué está sucediendo?

Se apoyó contra la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ha oído que ha sido asaltada otra vía de tren. Puede que solo sea un rumor. No sabe dónde ha sido.

—¿Por la gente en la sombra?

Asintió.

—¿Cuántas comunidades más como la nuestra hay ahí fuera?

—Nadie lo sabe con seguridad. No hay forma de comunicarse de una comunidad a otra. Por lo que papá dijo creo que deben de estar por toda la costa.

Me quedé pensativa tratando de recordar todo lo que sabía, juntando las piezas lo mejor que podía.

—Está bien. Deja que te enseñe algo. Algo que tengo.

Di la vuelta a la vieja colchoneta de Madre dejando a la vista la abertura, y rebusqué en su interior, tanteando con los dedos hasta que encontré el mapa. Lo saqué y con mucho cuidado lo desplegué. Se había roto un poco por los pliegues pero, aparte de eso, podía utilizarse. David se quedó petrificado, mirando el mapa como si fuera una araña venenosa.

—Madre guardaba esto. Hay más cosas ahí dentro, pero primero quiero estudiar esto. Tu padre dijo que las granjas de otros tiempos estaban aquí. —Señalé a Kansas.

—¿Mi padre sabe lo de este mapa?

—Sí. Se lo enseñé. Antes de que nos emparejaran. Lo estudió y luego me lo devolvió.

—No me lo habías contado. —Podía percibir el tono dolido de su voz, que se reflejaba en su cara—. Dijiste que no tendríamos secretos, pero tú has mantenido este secreto.

—David, solo llevamos tres días emparejados. No te lo estaba escondiendo. —Le acaricié un lado de la cara—. Han pasado muchas cosas. Ya lo sabes. —Cosas. Tenía que haber una palabra mejor que *cosas* para describir todo lo que había escuchado y sentido en los últimos tres días, pero no fui capaz de encontrarla—. Te lo estoy enseñando ahora y hay otras cosas en el colchón que te enseñaré más tarde. Pero ahora mismo, vamos a estudiar esto. —Pasé mi dedo a lo largo de la Costa Este, con su borde recortado por el azul oscuro del océano—. Si las Comunidades Planificadas están a lo largo de la costa y la granja cooperativa está en alguna parte por aquí —señalé un lugar un poco más hacia el oeste, justo al borde de una montaña—, entonces, ¿cómo pueden las líneas del tren llegar desde allí hasta aquí?

Estudió el mapa con más atención.

—Sé que hay una estación de mercancías a cierta distancia de nuestra comunidad. Más lejos aún de lo que se oye el tren. Papá me contó que allí es donde cargan los suministros en los ómnibus. En realidad, el Equipo de Transportes nunca ha visto llegar el tren. Los suministros están siempre allí, esperando. Ellos los vuelven a transportar hasta la zona de almacenamiento que está junto a los barracones de los Vigilantes y los descargan. Después, son estos quienes deben entregarlos en cada Recinto.

—Entonces ¿no sabes si hay una línea de tren como esta para cada comunidad? —Usé mi dedo para indicar unas líneas rectas que partían desde la mitad del mapa a los diferentes lugares de la costa—. ¿O sí existe alguna otra vía que conecte unas con

otras?

Tracé más líneas, como arcos, que cruzaban por encima de las vías en línea recta. Cómo me hubiera gustado tener un lápiz y un trozo de papel como cuando era niña. Las líneas imaginarias no bastaban para entenderlo.

David parecía perplejo. No me estaba explicando demasiado bien.

—Ven aquí —sugerí, y nos acercamos a la encimera. Humedecí mi dedo como él había hecho cuando me mostró el modo en que los Recintos estaban alineados a lo largo de la valla, y dibujé una línea ondulada, parecida a la de la costa—. Aquí está la costa —indiqué.

Y luego marqué algunos puntos, a lo largo de ella.

—Y aquí las Comunidades Planificadas.

Otro punto más grande y más lejos hacia la izquierda.

—Esta es la granja comunitaria.

Me humedecí el dedo de nuevo y tracé unas líneas rectas que partían desde la granja a las comunidades.

—Las vías del tren.

Luego, dibujé unas líneas curvas que cruzaban las líneas rectas.

—Vías de conexión. —Me volví hacia él—. ¿Qué es lo que piensas?

—No lo sé —contestó, aún con mirada perpleja—. Podría ser de cualquier otro modo. ¿Qué importa?

—Sí importa —aseguré—, porque si solo hay vías de trazado recto hacia cada comunidad, entonces, bueno, cualquier comunidad a la que le destruyan sus vías se quedará sin comida.

Medité un minuto tratando de imaginar qué aspecto podría tener todo eso ahí fuera, con las vías y la gente en la sombra. Y luego pensé en nuestras raciones, cada vez más pequeñas. Las piezas parecieron encajar en mi mente.

—Nos estamos dejando algo —declaré—. Olvida todo lo que te he dicho sobre las vías.

—Me estás confundiendo —dijo David.

—Si las líneas hubieran sido destruidas entonces *no* tendríamos comida. Y, sin embargo, tenemos *menos* comida. Cubos más pequeños. Y ningún huevo. Pero ¿*por qué* nos están dando menos?

Y entonces lo supe. La respuesta era tan lógica...

Pasé la mano por la encimera, borrando todos los puntos y las líneas.

David tenía el ceño fruncido, concentrado.

—Nos están dando menos comida —le dije— porque *hay* menos comida. Algo está pasando con la comida o alguien se está llevando la comida. La granja cooperativa está fallando. Al igual que la Ciudad de los Niños está fallando. Al igual que la rueda rota del ómnibus que nunca fue arreglada. Las Autoridades están

mintiendo sobre las vías.

Me miró de una forma distinta, orgulloso, pero muy serio.

—Todo tiene sentido. No son las vías. No son las vías en absoluto.

Capítulo cuarenta y seis

Esta vez conseguí doblar el mapa más fácilmente y lo deslicé de nuevo en el colchón de Madre. David me preguntó:

—¿Qué más escondes ahí dentro?

Me llevé el colchón al rincón más alejado, donde no pudiera verse desde la ventana o la entrada, si alguien pasaba por cualquiera de esos sitios. David se arrodilló a mi lado, mientras yo sacaba los tesoros de Madre uno por uno.

Primero las cartulinas con las recetas. Les echó un vistazo, pasándolas de una mano a la otra, leyéndolas en voz baja, sus labios moviéndose mientras sus ojos examinaban atentamente las tarjetas.

—Recuerdo algunas de estas comidas. Mira, esta tiene la letra de mi madre. El pudín de pan con pasas. Debieron de intercambiar recetas. Y esta otra. La tarta de calabaza. Siempre la comíamos en Acción de Gracias.

—¿Acción de Gracias?

—¿No te acuerdas?

Sacudí la cabeza.

—El día de Acción de Gracias tenía un olor especial. Mamá se ponía a cocinar por la mañana temprano. Cuando me despertaba, la oía moviéndose por la cocina y podía distinguir el olor de las cebollas, del apio y de la mantequilla derretida para el relleno. Era increíble.

Tenía una mirada triste. Su mente perdida en un lugar en el que yo nunca había estado.

Volvió a mirar las recetas y luego alargó la mano para que le diera otro objeto. Le entregué la cosa dorada.

—Es una vieja moneda de oro. Creí que la Autoridad las había confiscado todas.

Pasó el dedo pulgar por ella y luego me la tendió y volví a meterla dentro del colchón.

Siguiente: *El Principito*. Lo abrió y el dibujo que yo había hecho cayó en su regazo. Lo cogió y sonrió.

—¿Lo dibujaste tú?

Asentí.

—Me alegro de que lo salvara. —Se llevó el dibujo a los labios.

Luego le pasé el Nuevo Testamento. Lo cogió con suavidad y se quedó callado

durante un largo instante.

—Tu madre corrió un gran riesgo salvando esto. —Me lo devolvió—. Tenemos que hacer todo cuanto esté en nuestra mano para protegerlo.

Volví a introducirlo en el rincón más profundo del colchón.

Luego vino la fotografía de Madre y mía. Se quedó contemplándola durante un buen rato y luego me miró.

—Me acuerdo de ese día. En tu casa. ¡Lo recuerdo tan bien!

Las lágrimas empañaron sus ojos y luego rodaron por sus mejillas.

Me moví un poco para estar más cerca de él, mi hombro contra el suyo.

—¿Por qué estás llorando?

Se secó las mejillas con el antebrazo y me miró.

—Mírate. Mírate en estas fotos. Tan feliz. Y ahora ni siquiera te acuerdas de Acción de Gracias.

No tuvo que explicar nada más.

—Algún día podrás contarme más cosas sobre Acción de Gracias.

Le quité la fotografía y volví a guardarla en el colchón.

La caja con las cerillas de seguridad fue la siguiente, y luego el cuchillo. Palideció al verlo y una fina capa de sudor se formó sobre su labio superior.

—¿En qué estaría pensando? —dijo, más para sí mismo que para mí.

Lo abrió y lo cerró con toda facilidad, como si lo hubiera hecho muchas veces con anterioridad. Rápidamente volvió a meterlo en el colchón, en el extremo más profundo, al tiempo que miraba de reojo hacia la ventana y la puerta.

Entonces cogí el colchón y le di la vuelta, volviendo a colocarlo en su sitio y alisando la tela para que no se notaran los bultos.

—Y bien —dije—, ¿por qué crees que guardó estas cosas?

—Supongo que uno salva lo que cree que va a perder. Yo guardé sal.

—¿Lo hiciste? —Recordé los pequeños sobrecitos de sal que solía dejarme con los huevos.

—Una vez escuché el rumor de que iban a prohibir la sal. Ya sabes cómo son los rumores. Nueve de cada diez veces, antes de que te des cuenta, ya se han hecho realidad. Las cosas suceden tan rápido... Así que decidí llevarme unos cuantos sobrecitos de sal de una pequeña caja que había encontrado en la zona de almacenaje. El mismo lugar donde los Guardianes recogen los cubos para sus Recintos. Cogí un buen puñado. ¿Y sabes dónde lo escondí? En mi colchoneta. —Me sonrió—. Te gustó ponerla en tus huevos, ¿verdad?

Asentí. Pero mi mente aún estaba pensando en lo que había dicho antes.

Uno salva lo que cree que va a perder.

Capítulo cuarenta y siete

Llegaba tarde al trabajo. El sol había descendido tanto que pronto se haría de noche. Pedaleé lo más rápido que pude, mi corazón latiendo a toda prisa y el pañuelo flotando alrededor de mi cara y deslizándose sobre mis ojos. Si llegaba tarde, podría ser denunciada. Ni siquiera quería pensar en ello. La Ciudad de los Niños estaba directamente al otro lado de mi Recinto, separada por la gran explanada de tierra que la Autoridad utilizaba para las Reuniones Informativas Comunitarias. De haber estado permitido atravesar esa zona habría podido llegar a la Ciudad mucho antes. Pero todos los Ciudadanos tenían que seguir el sendero. Todas las actividades, todos los movimientos, tenían que ser rastreados.

Finalmente, casi sin aliento y sudando, llegué a la Ciudad.

Para mi sorpresa no había nadie en la verja. Nunca había visto una verja o un Recinto sin Vigilante. Además, todo estaba en silencio, como si el anochecer hubiera hecho enmudecer a los pájaros y la brisa.

No dejé de mirar por encima de mi hombro mientras enganchaba la bicicleta energética a la barra de descarga. Seguía sin haber nadie a la vista. Estaba totalmente sola en el patio, aunque sin duda alguien tenía que estar observándome.

Y así era. Lizzie estaba apoyada contra la puerta de entrada y, en el lado opuesto, la Cuidadora del turno de día. Ambas estaban allí plantadas con los brazos cruzados sobre el pecho, los labios apretados y los ojos entornados, como furiosos centinelas. No dijeron una palabra, pero me iluminaron con sus linternas. Al parecer, todavía no había llegado ninguna para mí.

—Llegas tarde —advirtió Lizzie, con voz gruesa. La otra se limitó a soltar una especie de gruñido.

—¿Dónde está Randall? —pregunté, acercándome a ellas.

Otra vez escuché el gruñido.

—¡Quiere saber dónde está Randall! Dónde está Randall, como si no lo supieras —se burló Lizzie mirándome—. Dímelo tú. ¿Dónde está Randall? —Sus palabras surgían atropelladas.

—No lo sé. Por eso he preguntado.

Algo iba mal, terriblemente mal. Escuché a un niño llorando en el interior, un sonido distante.

—¿No deberíamos entrar? ¿No deberíamos escuchar el informe del cambio de

turno? —pregunté—. ¿Y qué pasa con el Vigilante? Necesitamos un Vigilante.

Se miraron entre sí. La cara de Lizzie estaba brillante y sin lavar, los párpados hinchados sobre sus ojos enrojecidos. La cara de la otra chica no mostraba ninguna emoción, su mirada impassible y dura. El pañuelo le colgaba medio suelto, enganchado en las cintas de su linterna.

—¿No hay una bandera que podamos ondear? —pregunté—. ¿Algo con lo que hacérselo saber a la Autoridad?

—¿Hacerle saber el qué a la Autoridad? —Lizzie soltó una pequeña carcajada, como si hubiera dicho algo gracioso—. No hay Vigilante esta noche. ¿Es que no has hecho ya bastante? —preguntó Lizzie—. ¿Quién crees que va a ver la bandera? Cuelga cien banderas que nadie las verá. Estúpida. No hay nadie para verlas esta noche.

Tenía razón. Solo estábamos ellas dos, los niños y yo. Otra vez se escuchó la tos distante y ahora, también, el llanto de un niño. Quería pasar al interior. ¿Y si fuera Elsa la que lloraba? Di un paso hacia la entrada.

La Cuidadora del turno de día se volvió hacia Lizzie.

—Me marchó a los barracones a ver qué puedo averiguar. Si me entero de algo, regresaré. Intentaré conseguir algo más de..., ya sabes. —Pasó a mi lado ignorándome, y se alejó.

Seguí a Lizzie al interior del edificio atravesando el vestíbulo. Parecía caminar con paso vacilante, con la mano apoyada en la pared, como si tuviera miedo de caerse. El delgado haz de luz de su linterna iluminaba el camino por delante, sumiendo las esquinas en una completa oscuridad.

Al llegar al cuarto de suministros, se volvió hacia mí. Tuve que dar un paso atrás.

—¡Tú! —incredó—. Lo has hecho tú, ¿no es así?

Di otro paso atrás.

Levantó un brazo como para pegarme, pero al coger impulso falló. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse, pero pudo agarrarse al marco de la puerta.

—¿Qué pasa contigo? —pregunté—. ¿Dónde está Randall? ¿Qué es ese olor?

—Tú eres lo que pasa. Tú. Se han llevado a Randall. Debes de haber dicho o hecho algo. No eres una de nosotros. No te criaste en la Ciudad.

—¿Qué quieres decir con que se han llevado a Randall? ¿Por qué? ¿Adónde iban a llevárselo?

—Tú deberías saberlo. Has debido de decir algo. De informar de algo.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Otro bebé estaba llorando. Un agudo y penetrante chillido que parecía cortar el aire como un cuchillo.

—Los Ciudadanos que informan sobre otros reciben una recompensa. ¿Cuál es tu recompensa? ¡Di!

Se tambaleó y chocó con la mecedora.

—No he denunciado a nadie. No he dicho nada —respondí con firmeza—. ¿Qué es ese olor?

—Cállate, amiga especial de Joan. Chica especial criada en casa que no sabes nada. ¡Solo cállate!

Estaba diciendo disparates, sin responder a las preguntas. Respiré hondo. Tenía que ocuparme de Elsa. De Elsa y de los otros niños.

—Lizzie, siento mucho lo de Randall. Pero ahora tenemos que trabajar o solo empeoraremos más las cosas —dije.

—Adelante. Haz ese inútil trabajo, esa pérdida de tiempo. Esos bebés no estarán aquí mañana. —Sacó un frasco de su bolsillo con algún tipo de líquido en su interior, le quitó la tapa y dio un trago a lo que quiera que fuera. Ahí estaba otra vez ese olor.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que he dicho. Que no estarán aquí mañana. —Dio un sorbo más al contenido del recipiente y se secó la boca con el dorso de la mano—. Los van a realojar. A todos ellos. Eso es lo que he oído. —Dio un traspie y cayó de culo sobre la mecedora.

Mi corazón dio un bote.

—¿Realojarlos? ¿A realojarlos? —Las palabras surgieron como si hubiesen escapado de una espesa niebla. Sentí que se me cerraba la garganta.

—Eso es lo que he oído. —Hizo una pausa y me miró—. El Bebé Seis también se irá. O puede que tal vez lo reciclen. Nunca se sabe.

El frasco que llevaba en la mano se le cayó y el líquido que quedaba se esparció por el suelo, formando un charco oscuro. Lizzie se agachó, pasó los dedos por el charco y luego se los lamió.

—¡No pueden hacer eso!

—Estúpida —incredó—. ¡Eres tan estúpida! —Recostó la cabeza en el respaldo de la mecedora y cerró los ojos—. Pueden hacer lo que quieran. Tener lo que quieran. ¿Es que aún no lo entiendes?

Soltó un hipido y sus ojos parecieron perderse, escrutando más allá de la oscuridad.

—Pero he conseguido algunas... Tengo algunas cosas buenas de su almacén. No me preguntes cómo —hipó.

La Cuidadora del turno de día apareció entre las sombras del pasillo y, acercándose a Lizzie, se inclinó para susurrarle algo. Sin embargo no consiguió bajar el tono lo suficiente y pude oír sus palabras como si las pronunciara a todo volumen.

—He conseguido algunos más. Aquí tienes. —Le pasó un frasco a Lizzie y luego, sacándose otro más de uno de sus bolsillos, se sentó contra la pared y empezó a beber de él.

Me abrí paso entre ellas y empecé a coger pañales y biberones de las estanterías. Llené mis brazos de provisiones, pero entonces caí en la cuenta de que no tenía luz, no tenía linterna. Solté los pañales, que se amontonaron alrededor de mis zapatos y tobillos, y apreté los biberones contra mi pecho.

Un bebé empezó a llorar.

Yo también lloré.

Oh, Dios bendito. Salva lo que creas que vas a perder.

Capítulo cuarenta y ocho

No sé cuánto tiempo estuve allí, apoyada contra la fría pared. ¿Un suspiro, un minuto, una vida? El tiempo pareció congelarse en la oscuridad.

El bebé aún gimoteaba, con un jadeante y agotador lloriqueo que fue desvaneciéndose poco a poco hasta que desapareció. Entonces escuché otro sonido. Una especie de gruñido áspero procedente del cuarto de suministros.

Me obligué a mirar dentro. Dos lanternas iluminaban el techo grisáceo arrojando sombras sobre Lizzie y la otra chica. Advertí que estaban completamente dormidas, roncando. Lizzie despatarrada en la mecedora, con las piernas separadas, la cabeza hacia atrás y la boca abierta. La otra acurrucada a su lado, sujetando en una mano el frasco vacío.

Lo único en lo que pude pensar en ese momento fue en Elsa y David. Si los niños eran realojados, ¿sería también yo realojada o me separarían de Elsa para siempre? ¿Qué pasaría con David? No tenía respuestas, solo preguntas.

Toqué el hombro de Lizzie. No se despertó. Cogí el frasco vacío de una de sus manos y me lo llevé a la nariz, tratando de descubrir qué era lo que había contenido. Era el mismo olor que había notado antes en el aliento de Lizzie.

Con manos temblorosas fui deslizando muy despacio la linterna de Lizzie por encima de su pañuelo. Apenas me atrevía a respirar. El pulso golpeaba mis sienes. Mi corazón latía tan estruendosamente que pensé que iba a despertarla. Me coloqué la linterna en la cabeza. *Tenía luz*. Rápidamente recogí todos los pañales del suelo del pasillo y eché a correr hacia la guardería, con los brazos llenos de todo lo que necesitaba para mantenerme ocupada, para mantenerme en movimiento, para *pensar*.

Fui de cuna en cuna, quitando pañales húmedos, limpiando pequeños y redondos traseros, poniendo biberones en las diminutas y anhelantes bocas. Besé la cabeza de cada bebé, y remetí bien las mantas alrededor de sus hombros y piernas. Era consciente de tener la sensación de estar despidiéndome de cada uno de ellos. Elsa fue la última, de modo que pude cogerla en brazos mientras comía. Cuando me acerqué ya estaba despierta y esperando. Alzó una pequeña mano hacia mí, sus dedos desplegados como pequeños pétalos de rosas. Era la mano más bonita que había visto nunca. Un escalofrío me recorrió la piel bajando por mi nuca, brazos y piernas con una urgencia que nunca antes había sentido. *No se llevarían a Elsa*.

Con ella en brazos, hice rápidamente las rondas por los otros dormitorios.

Primero el de las niñas. Todo estaba tranquilo. El olor de las niñas. La solución desinfectante. El silencio. Y luego los niños. Uno estaba despierto, sentado muy derecho, mirando hacia la puerta, pequeño y quieto. Era el mismo niño al que había acompañado al lavabo la noche anterior.

—Hola —susurró. ¡Qué voz tan tímida y triste tenía!—. Has vuelto.

—Sí, aquí estoy.

—Esperaba que lo hicieras. —Estaba sentado muy rígido, como una estatua, con las manos cruzadas en su regazo.

Me arrodillé a su lado. Él miró a Elsa y sonrió.

—Es muy guapa.

Asentí.

—Eres la única persona que conozco que puede romper una regla.

Los dos nos quedamos callados durante un momento. Elsa bebiendo su biberón, con los ojos muy abiertos y mirándome.

Volvió a hablar con voz tímida.

—Debes de ser muy importante.

—¿Por qué?

—Porque, como he dicho, has roto una regla.

—Tal vez haya roto la regla por ti, porque *tú* eres el importante.

—¿Yo? —Se sorprendió.

—Sí, tú. —Me sonrió tímidamente cuando lo dije.

Me recordaba a los dibujos de *El Principito*, con su pálido pelo erizado y de punta. Elsa había terminado su biberón y se había quedado dormida en mis brazos. Estiré el brazo y pasé mi mano por su pelo, aplastándolo.

—¿Es verdad? —preguntó al fin.

—¿El qué es verdad?

—El traslado. Los chicos mayores estaban murmurando sobre ello. ¿Es verdad?

—No lo sé.

—¿Van a trasladarte con nosotros? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

Se tumbó de lado cubriéndose con la manta. ¡Tan vulnerable y aun así tan lleno de esperanza! Remetí la manta alrededor de sus hombros, pero él no abrió los ojos.

Incluso los niños habían oído el rumor. Incluso ellos lo habían aceptado como algo inevitable. Estreché a Elsa en mis brazos.

Cuando regresé al cuarto de suministros, Lizzie y su amiga aún seguían dormidas. Cogí otro pañal y me acerqué a la puerta principal. Aún no había ni rastro del Vigilante. Dejé que mi linterna se paseara por la tierra compacta, por las cintas energéticas de juguete ordenadas junto a la valla, las banderas rosa y azul, los ómnibus aparcados a lo largo de la alambrada y el espacio que había más allá en

dirección al Escenario Central. Permanecí con Elsa en brazos en la entrada de la Ciudad. En alguna parte, al otro lado de ese oscuro espacio vacío, estaba David.

Tenía que ir a buscarle. El pasillo detrás de mí estaba vacío. Nadie podía verme, nadie podía detenerme si atravesaba la puerta. Sujetando a Elsa con cuidado di un primer paso fuera de la Ciudad y respiré el aire de la noche. No seguiría el camino obligatorio. Si lo hacía, los Vigilantes de los demás Recintos me detendrían. No, no seguiría el camino obligatorio. Esta vez no. Caminaría directamente al otro lado, a través del área prohibida, pasando por delante del pomposo escenario de la Autoridad, para llegar directamente hasta David.

Apagué mi linterna y empecé a caminar a toda prisa con Elsa apoyada contra mi hombro y mi mano sujetando su suave y sedoso pelo. Primero un paso y luego otro, y otro más, cada uno de ellos alejándome de la Ciudad, sumiéndome en la oscuridad, cada vez más cerca de David.

Las estrellas centelleaban. ¡Había tantas! ¿Qué mano gigantesca las habría diseminado por el cielo? La luna, baja sobre el horizonte, tenía una forma curva, como el borde de una uña; una pequeña nube se deslizó sobre ella, ocultándola a la vista.

El escenario se erguía un poco más adelante, imponente. La hierba había crecido cerca de él, en donde no se permitía el acceso a los Ciudadanos. Caminé sobre ella sintiendo la fresca humedad a través de mis zapatos y alrededor de mis tobillos. ¡Qué resbaladiza y suave parecía!

Al pasar por delante del escenario, ahora a mi derecha, me sentí abrumada por su enorme tamaño. ¿Habría algún Vigilante protegiéndolo? Aceleré el paso, esperando que, en cualquier momento, un Ejecutor de uniforme negro me diera el alto.

Cuando por fin dejé el escenario atrás, ya no me pareció tan amenazador.

Casi enseguida pude vislumbrar la esbelta silueta de David en la verja de nuestro Recinto. Estaba mirando hacia donde yo estaba, alerta y vigilante, haciendo su trabajo.

—Soy yo —susurré.

Soy yo. Soy yo. Soy yo, decía el ritmo de mis pisadas y mis palabras.

—¿Emmeline?

Y entonces estuve en sus brazos, brazos lo suficientemente grandes como para rodearnos a Elsa y a mí.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás aquí? ¿Es Elsa?

Sus preguntas sonaban precipitadas, las palabras contra mi mejilla, contra mi oído.

Y, en ese momento, supe con absoluta claridad lo que estaba haciendo, y por qué había roto tantas normas. Si se iba a producir un realojo, sería *mi* realojo, *mi* elección.

—Tenemos que ser como ellos, aquellos que se escabulleron.

Me miró con expresión alarmada y dio un paso atrás.

—¿En qué estás pensando? ¿Cómo vamos a hacer eso? ¿Tienes alguna idea de lo que la Autoridad podría...?

—¿De lo que podría hacer? Sé lo que van a hacer, lo que pueden hacer y lo que ya han hecho. Sé que van a realojar a los niños. Ya estoy harta de vivir así. Harta.

Sacudió la cabeza y un mechón de pelo cayó sobre su frente. Elsa se estiró en mis brazos, sus rodillas empujando contra mi pecho, y me la pasé al otro hombro. Sentí la humedad de sus babas contra mi cuello.

—No nos queda mucho tiempo. Tenemos que darnos prisa.

Me miró con la misma inquietud.

—¿Y qué pasa con Randall? ¿Y Lizzie?

—A Randall se lo han llevado. —Como si fuera menos que nada. Como si no importara—. Y Lizzie y la otra Cuidadora han bebido algo y ahora están dormidas.

—¿Han bebido algo? —Sacudió la cabeza de nuevo.

—Olía muy raro. Las hizo quedarse profundamente dormidas. Tenemos que irnos antes de que se despierten.

Corrí hacia nuestro Espacio Habitable. Elsa rebotando suavemente contra mi hombro.

Oí un golpe seco y supe, sin necesidad de mirar, que David había dejado caer su cuaderno al suelo. Lo único que importaba era escapar con Elsa y llevarnos todo lo que Madre había salvado. Ella había ocultado esas cosas por una razón. Tal vez confiaba en usarlas de nuevo, volver a preparar esas recetas, colgar esa foto nuestra, leer el Nuevo Testamento, seguir el mapa hasta un nuevo hogar, todo eso. La moneda. El cuchillo. Las cerillas. No sé. Lo único que importaba es que ella los hubiera salvado. Ahora ya nunca podría usarlos, pero yo sí.

David me siguió hasta nuestro espacio. Parecía que le costara respirar y casi pude sentir su miedo.

—Coge todo lo que hay dentro del colchón. Colócalo dentro de este pañal y enróllalo. Vamos a llevarlo con nosotros —le dije.

—¿A llevarlo dónde?

—Al otro lado de la valla. Vamos, date prisa.

—Emmeline, ¿estás loca? ¿Y qué pasa con todos los Vigilantes? ¿Y qué pasa con Lizzie y la Autoridad?

—Ya te lo he dicho... —Hice una pausa y pude sentir la tensión en mi barbilla, mis hombros cuadrándose rígidos—. No hay Vigilante. No esta noche. Randall se ha ido. Nos mantendremos fuera del camino y acortaremos a través de la zona del escenario. Si Lizzie está despierta, bueno, pues tendremos que ocuparnos de ella. Fin de la discusión.

—Pero...

—Por favor, David, por favor. Saca todas las cosas de dentro del colchón. —
¿Cómo podría hacerle ver lo importante que era que nos marcháramos?

Empezó a rebuscar en el interior de la colchoneta, pero podía advertir cómo le temblaban las manos. Yo paseaba arriba y abajo, deseando que se apresurara, que se diera prisa.

De pronto se detuvo y se levantó muy tieso.

—No vamos a hacer eso —declaró.

—¡Sí, lo haremos!

—¡Párate un momento y piénsalo, Emmeline! No sabemos lo que hay ahí fuera. Solo sabemos lo que hay aquí y eso sabemos cómo manejarlo. Tal vez sea peligroso lo que nos espere ahí fuera. Animales. Gente en la sombra. ¿Y qué comeremos? ¿Dónde dormiremos? Además, nunca conseguiremos sobrevivir ahí fuera.

Elsa se estiró, abrió brevemente los ojos y volvió a cerrarlos.

—No hay nada ahí fuera que sea más peligroso que lo que hay aquí dentro —repuse—. Este es el más peligroso y perverso rincón de la Tierra. Madre se ha ido. ¿Y Padre y George? Si están muertos es por culpa de la República, de su monitorización, de sus fisgones y de las recompensas por denunciar a nuestros propios vecinos. Pero si están vivos y, de alguna forma, han conseguido salir de aquí, entonces podrán ayudarnos. —Mi cerebro se disparó con la idea, por muy improbable que esta fuera—. Tal vez es eso, David, tal vez cuando Padre me habló de esos sacos de grano y de un plan para escapar estaba dándome una idea, una pista. ¿Y qué pasaría si están ahí fuera, esperando a que todos nosotros nos unamos a ellos?

David se limitó a sacudir la cabeza y me miró con tristeza.

—No era una pista, Emmeline. Tu Padre y George no tenían ningún gran plan, ni tampoco están ahí fuera viviendo con la gente en la sombra y esperándonos. Están muertos. Y muy en el fondo, tú también lo sabes.

Sus palabras me dolieron profundamente, pero en ese momento comprendí que David había caído en su propia trampa. Al tratar de mitigar mis esperanzas, había admitido inconscientemente que la vida no tenía ningún valor para las Autoridades. Si podían matar a mi Padre y a George sin pensarlo un solo segundo, ¿de qué más cosas serían capaces?

Supe por el destello en sus ojos que David también se había dado cuenta, la certidumbre de que había perdido su propio razonamiento. Cogió mi cara entre sus manos, obligándome a mirarle.

—No te dejaré hacerlo.

—No puedes detenerme.

Me aparté de él. Sus manos cayeron colgando a los lados.

—David, tengo que hacerlo. Tengo que salvar a Elsa. Si se la llevan mi vida estará acabada. ¿No ves que no tengo nada que perder? ¿No lo entiendes?

Permaneció inmóvil, pálido como nunca le había visto.

—¿Y qué pasa con mis padres? ¿Vas a dejarlos atrás? ¿Acaso me pedirías que los dejara atrás?

—Se lo imaginarán. Y si quieren pueden venir más adelante; tu padre, obviamente, sabrá cómo hemos escapado. No podemos salvar a todo el mundo. Pero salvaré a Elsa. Estamos perdiendo el tiempo. Termina con la colchoneta. ¡Vamos!

Continuó rígido y tenso.

—David, no me hagas elegir. Por favor, no me hagas elegir.

—¿Elegir?

—Me voy con Elsa. Si tú no vienes..., aun así...

—¿Me dejarías? —Su voz estaba temblando.

—Sí, David, lo haría. No quiero hacerlo, pero lo haré. No me obligues a escoger.

Elsa soltó un pequeño gemido, pero no se despertó.

Fui hasta el colchón y, sujetando todavía a Elsa con un brazo, empecé a rebuscar en el interior con mi mano libre. David me observaba mientras yo luchaba para sacar las cosas. Entonces dio un paso hacia mí y puso un pie sobre la colchoneta. Aparté su pierna y dio un paso atrás, alejándose de mí. Alejándose de Elsa.

—David, por favor. —No quería perder un minuto más, otro segundo más. No sabía cuánto tiempo nos quedaba. ¿Y si Lizzie y la otra chica se habían despertado? ¿Y si hubieran mandado un Vigilante de reemplazo a la Ciudad?—. David, por favor, deja que saque las cosas del colchón.

—No.

—Deja. Que. Vacíe. El. Colchón.

Sacudió la cabeza y me miró fijamente, sin pestañear. Di un paso hacia él y acaricié sus labios y luego su mejilla con un dedo, recorriendo su cara como si intentara grabarla en mi memoria, como algo muy valioso. Parpadeó. Un sencillo y lento parpadeo como una profunda exhalación, como un suspiro. Se llevó mi mano a los labios y la besó despacio antes de dejarla caer a un lado. Entonces empezó a vaciar el colchón: la moneda, el cuchillo, el mapa, la foto, *El Principito*, el Nuevo Testamento, las recetas, la pluma y, finalmente, las cerillas. Le pasé el pañal de sobra. Metió todo dentro y lo anudó en una blanda bola. Entonces me preguntó una vez más si estaba segura.

Asentí y me dirigí afuera, enrollando la colchoneta vacía y poniéndola bajo mi brazo libre.

Me siguió.

Dios bendito, me siguió.

Capítulo cuarenta y nueve

En la oscuridad, con solo la luz de la luna y las estrellas, atravesamos la zona común de nuestro Recinto, pasamos la verja y cruzamos el sendero de las bicicletas energéticas. Nuestras pisadas parecían retumbar en el silencio de la noche. ¿Quién podría oírnos?

Atajamos a toda prisa por el área prohibida de las Reuniones Informativas Comunitarias, en dirección al escenario. El temible y odioso escenario. Sentí que debía ser destruido. Golpeé mi colchoneta vacía contra uno de los postes de madera que lo sostenían.

David instintivamente supo lo que hacer después. Deshizo el nudo del pañal y cogió las cerillas.

—Una distracción.

Cuando lo dije me sentí más cerca de él que nunca. Estábamos juntos en esto. Frotó una cerilla contra la caja y una pequeña llama reveló la expresión decidida de su cara. Acercó la cerilla a mi colchón y le prendió fuego. Las llamas envolvieron el colchón y comenzaron a bailar en el aire de la noche.

Seguimos adelante, cada vez más rápido, cada vez más cerca de la Ciudad. Elsa empezó a llorar y tuve que meterle mi dedo en la boca para que pudiera chuparlo. Eso pareció calmarla. La calidez de su boca en mi dedo estrechó los lazos que nos unían, afianzando aún más mi resolución. Nada iba a detenerme.

Al llegar a la entrada de la Ciudad nos detuvimos un momento. A nuestra espalda, el fuego del escenario crepitaba y crecía por segundos. El pasillo ante nosotros estaba vacío excepto por la luz fantasmal de la otra linterna, aún visible, que procedía del cuarto de suministros. Fui iluminando el camino con David detrás de mí. Nos paramos ante la puerta del cuarto. Todavía estaban dormidas y no parecía que se hubieran movido desde mi marcha. Le pasé a David la luz de mi cabeza y entré en el cuarto. Quería coger la otra linterna.

Me acerqué lentamente a la otra Cuidadora. Lizzie soltó un gemido y apoyó su cabeza en un lado de la silla. Me quedé inmóvil, medio inclinada, con el corazón desbocado, observándola, esperando. Pero no se despertó. Lentamente, con mucho sigilo y cautela, deslicé la otra linterna sobre la cabeza de la Cuidadora despatarrada en el suelo y me la puse.

Cogí algunos biberones de alimento y unos cuantos pañales de las estanterías y se

los pasé a David, saliendo rápidamente del cuarto de suministros. Lo metió todo en el pañal junto con los tesoros de Madre. Luego, en lugar de volver hacia la entrada, me dirigí a los dormitorios de los niños mayores. Aún debía hacer una cosa más. No tenía tiempo para discutirlo con David, ni tampoco para explicárselo. Un niño tenía esperanza. No podía destruir eso.

David me siguió hasta el lateral de la cama del chico que me recordaba al *Principito*. El pequeño se despertó y se incorporó en cuanto le toqué el hombro. Al ver que era yo, me sonrió. David miró al niño desconcertado y luego a mí.

—Este jovencito es mi amigo —susurré a David. Y entonces me incliné sobre el niño—. ¿Te gustaría romper una regla conmigo?

Él asintió con los ojos muy abiertos.

—Rápido —dije—, ponte tus zapatos.

Se inclinó inmediatamente y se calzó. ¡Qué rápido obedecía! Sin dudarle, confiando ciegamente. Confiando en mí solo porque había roto una regla por él. Le cubrí la espalda y los hombros con su fina manta.

—Coge tu ropa y sígueme —indiqué, y así lo hizo.

En pocos segundos estuvimos fuera. Apagué mi linterna. El fuego del escenario seguía aumentando. Las llamas se extendían en el aire como si quisieran lamer el cielo. El olor a humo era muy intenso. Me pareció escuchar a alguien gritando. Teníamos que darnos prisa.

La luna, esa gran franja curvada, colgaba baja en el horizonte. Corrimos hasta los ómnibus aparcados y nos detuvimos, buscando la abertura. David la señaló. Ahí estaba. Nuestra puerta hacia la libertad. Era más pequeña de lo que esperaba, pero si John, de alguna forma, había conseguido deslizarse por ella, nosotros también podríamos.

El escenario estaba ahora totalmente envuelto en llamas; escuché más gritos y el ruido de gente corriendo. Disparos. ¿Por qué disparos? ¿Desde dónde? ¿Por quién?

En un segundo, David pasó rápidamente delante de mí e introdujo el pañal que llevaba todas nuestras provisiones y los tesoros de Madre a través de la abertura pasándolo al otro lado. Entonces hizo un gesto al niño para que cruzara.

El chico hizo como se le indicó, deslizándose rápidamente y con facilidad por el agujero. David me quitó a Elsa de los brazos y se la tendió delicadamente al niño. Él la sostuvo con mucho cuidado, como si comprendiera que estaba sujetando la verdadera razón por la que estábamos intentando escapar, rompiendo todas las reglas.

David movió la cabeza indicándome que pasara yo. Quería ser la última, la centinela final, pero insistió decidido, así que me arrodillé y empecé a arrastrarme a través de la abertura. El afilado y frío metal de la valla desgarró mi ropa, arañándome la piel. Noté el duro y áspero suelo de cemento contra mis rodillas y codos. El olor a tierra estaba pegado a mi cara, llenando mi nariz. Arrastrarse así, avanzando

centímetro a centímetro, se me hizo una peligrosa eternidad. El chico se agachó y me dio unas palmaditas en la cabeza, alentándome para que continuara. Cuando finalmente conseguí pasar, el niño me entregó de nuevo a Elsa. La estreché contra mí y agarré la pequeña mano del niño, mientras esperábamos a David, al otro lado de la valla.

Allí estaba, dándonos la espalda, contemplando el caos y el fuego, que ahora arrojaba un sobrecogedor reflejo naranja contra el cielo negro.

—David —le llamé, mi voz revelando más urgencia de la que pretendía—. Es tu turno. ¡Vamos!

Pero no se movió. Se limitó a mirar el fuego que crepitaba, danzando y creciendo.

—¡David, por favor!

Me pareció que había pasado mucho tiempo desde que todos estábamos allí. Elsa, el niño y yo a un lado de la valla, y David al otro. Apenas nos separaban tres metros, pero bien podrían haber sido kilómetros. El corazón se me cayó a los pies. Estaba preparada para hacer esto sola, pero una vez que David había accedido a venir conmigo, me di cuenta de lo insensata que había sido. ¿Cómo podría sobrevivir sin él? ¿Cómo podría mantener a Elsa con vida? Sin embargo, ahora que él ignoraba mis súplicas y se nos acababa el tiempo, me olvidé del alivio que había sentido y solo me concentré en una cosa, la *única cosa* que realmente importaba: tenía que llevarme a Elsa lejos de este lugar. Lejos, muy lejos. Y ahora. Con David o sin él, eso es exactamente lo que pretendía hacer.

Agarré fuertemente la mano del niño y me di la vuelta para marcharme.

—¡Espera! ¡Ya voy! —Era David. Dios bendito, David venía.

Mientras pasaba a gatas a través de la abertura me pareció vislumbrar algo, a alguien, más allá del ómnibus que ocultaba el agujero. ¿Algún miembro del Equipo de Transportes del turno de día? ¿El Vigilante del turno de día que empezaba más temprano su trabajo tras ser enviado por la Autoridad dado que Randall estaba ausente? Entonces distinguí más sombras de gente corriendo, gritando.

El fuego se estaba extendiendo cerca de la Ciudad de los Niños.

Todos esos niños en peligro. Los bebés. Supe en ese instante que tenía que volver. Tenía que salvar a más. Si no lo hacía, entonces no sería mejor que la República. Pero *yo era* mejor. Yo respetaba la vida; ellos la destruían.

David ya estaba en el otro lado conmigo, el niño y Elsa. Estaban a salvo. Tenía que volver. Me volví hacia David.

—Llévate a Elsa y al niño y corre. —Entonces me eché al suelo y empecé a arrastrarme.

David tiró de mi camisa con tanta fuerza que me inmovilizó.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás loca?

—El fuego —jadeé, levantando la vista hacia él—. Se está acercando a la Ciudad.

A los niños. Y es mi culpa. Mi culpa. Tengo que salvarlos.

—No, no lo es. Ponte de pie y mira. Por eso me quedé en el otro lado tanto tiempo, observando: tenía que asegurarme de que mis ojos no me engañaban. —Dio algunos pasos hacia la derecha—. Mira atentamente. No se está moviendo hacia la Ciudad. Se está moviendo hacia el almacén de provisiones de la Autoridad.

Me levanté y me acerqué adonde estaba. Estirando el cuello y observando, con los ojos entornados. Tenía razón. El escenario estaba completamente envuelto en llamas y pronto lo estaría también el almacén de provisiones. Los niños estaban seguros por el momento y, con todo el caos que habíamos creado, no sería posible organizar ningún realojo en un futuro inmediato. Les habíamos dado tiempo. No era demasiado, pero era un comienzo. Agradecida, me apoyé contra David durante un breve segundo.

Pero ahora teníamos que movernos. Teníamos que llegar lo más lejos que pudiéramos, tan rápido como fuera posible. El terreno descendía a partir de la valla, una larga y resbaladiza pendiente que se perdía entre las sombras. Al final de la ladera, muy abajo, se escuchaba el correr del agua, chocando contra las piedras.

David empezó a descender pero se detuvo después de un par de pasos. Con una mano se arrancó la célula energética del muslo y la lanzó hacia la oscuridad.

—Quítate también la tuya —susurró—. Tal vez puedan rastrearnos si las llevamos puestas.

Lancé la mía lo más lejos que pude y escuché cómo golpeaba contra una roca. Algo se deslizó entre los matorrales.

Juntos, David llevando a Elsa y las pocas provisiones, y yo agarrando la mano del chico, corrimos colina abajo hacia el sonido del agua.

A nuestro alrededor, los árboles, enormes y majestuosos. Sus hojas susurrando suaves y tranquilizadores sonidos.

La hierba alta rozando nuestros tobillos. Húmeda y fresca. Una nueva y extraña sensación.

Detrás de nosotros, el fuego y el caos.

Delante la libertad. Y lo desconocido.

Epílogo

La efectiva ejecución de la Agenda 21 requerirá una profunda reorientación de toda la sociedad humana, como ninguna que el mundo haya experimentado nunca. Un cambio substancial en las prioridades de gobiernos e individuos y una redistribución sin precedentes de los recursos humanos y financieros. Este cambio exigirá que esa concienciación respecto a las consecuencias medioambientales implícitas en cada acción humana se integre a todos los niveles en la toma de decisiones, tanto individuales como colectivas.

Dan Sitarz, Agenda 21:
Cumbre de Estrategias Terrestres
para Salvar Nuestro Planeta

La razón de que exista esta novela se debe a una mujer llamada Harriet Parke. Harriet prestó más atención a los reportajes de radio y televisión que otros periodistas y yo realizamos sobre la Agenda 21 sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo. Alarmada, empezó a hacer los deberes y a llevar a cabo su propia investigación. Cuando tuvo claro que la Agenda 21 era tan diabólica como se temía, supo que tenía que hacer algo al respecto.

De modo que empezó a escribir una novela.

Harriet, como muchos otros miembros de mi equipo, es una gran «narradora». Desde el principio, tuvo muy claro que la mayoría de la gente no estaría dispuesta a leer una larga reseña en el periódico ni a prestar atención a un tedioso documental de dos horas de duración sobre un tema como la Agenda 21, pero tal vez leerían una novela. Y si lo hacían, tal vez leerían este epílogo y aprenderían un montón de hechos desconocidos. Y si hacían eso, tal vez tomarían la misma decisión que Harriet y contribuirían a divulgarlo por el mundo.

Si tus ojos están ya abiertos a la realidad de la Agenda 21, entonces te pido que le pases esta historia a un amigo o tal vez a alguien que, de otra forma, nunca se plantearía leer algo sobre un oscuro programa de Naciones Unidas. No les hables de este epílogo. No les digas que la Agenda o Programa 21 es una iniciativa real. Deja que sean ellos mismos los que atraviesen ese proceso de descubrimiento. En otras

palabras, llévalas hasta el agua, pero no les obligues a beber.

Si ayudas a concienciar a tus amigos, familia y vecinos, entonces estoy completamente seguro de que no solo se educarán a sí mismos, sino que, a su vez, movilizarán a otras personas. Una vez que eso suceda, formaremos una fuerza que será mucho más fuerte que cualquier burocracia internacional.

Las bases

Ahora permitidme que os recuerde algo obvio: esta novela es ficción.

Pero permitidme también que plantee la controversia: es posible que eso no siga siendo así. De hecho, si las Naciones Unidas, en asociación con activistas medioambientales radicales e ingenuas administraciones locales, se salen con la suya, entonces los temas tratados en esta novela podrían empezar a sonar muy familiares en poco tiempo.

Antes de que empiecen a acusarme de promover algún tipo de teoría conspiratoria, dejadme que sea claro: esta novela desarrolla ideas y conceptos contenidos en la auténtica Agenda 21, llevándolos a sus últimas consecuencias. Por ejemplo, no creo realmente que la gente se ponga a recitar alabanzas en honor de las ardillas en un futuro inmediato, pero cuando los animales y la naturaleza se valoran por encima de la vida humana, empiezan a hacerse posibles toda clase de situaciones absurdas.

Como la mayoría de los planes con aciagas intenciones de cambiar el mundo, la Agenda 21 no se publicita exactamente así. Aquellos que están detrás de su concepción saben que nunca obtendrían el apoyo necesario si declarasen directamente sus verdaderos objetivos. De modo que, en su lugar, adornan sus ideas con toda clase de florituras del lenguaje, lo que hace que suene como si su único objetivo fuera dejar un planeta mejor y más saludable a nuestros hijos, ¿y quién no quiere algo así?

Pero una vez que consigues separar el grano de la paja de toda esa propaganda, lo que realmente queda son nueve principios básicos que la Agenda 21 pretende conseguir:

1. Expulsar a los ciudadanos dueños de las tierras y reubicarlos en zonas urbanas de alojamientos de alta densidad.
2. Crear grandes espacios silvestres habitados por enormes carnívoros.
3. Reducir la congestión del tráfico disminuyendo drásticamente el consumo de gasolina, suprimiendo los coches y creando ciudades «peatonales».
4. Apoyar con fondos públicos determinados negocios privados selectos para que promuevan un «desarrollo sostenible».

5. Tomar decisiones políticas que favorezcan el bien común por encima de los individuos.
6. Reducir drásticamente el uso de energía, agua y cualquier cosa que cree «contaminación de carbono».
7. Servirse de la burocracia para adoptar decisiones importantes al margen de los procesos democráticos.
8. Aumentar los impuestos, las tasas y los reglamentos.
9. Implementar políticas dirigidas a incentivar una reducción de la población (por ejemplo con leyes como la de un hijo único).

Pero antes de que lleguemos al final del juego, volvamos otra vez al principio. Para entender dónde pretende llevarnos la Agenda 21, primero hay que saber de dónde surgió y quién está detrás de ella.

La historia

En 1972 tuvo lugar en Estocolmo, Suecia, la primera Cumbre de la Tierra de Naciones Unidas. El resultado de esta cumbre se plasmó en la Declaración de Estocolmo, un plan de acción que contenía veintiséis principios y siete proclamas, cuyo fin dejaba muy claro hasta qué punto era realmente ambicioso su plan de transformación:

[Conseguir nuestros objetivos medioambientales] exigirá la aceptación de la responsabilidad por parte de ciudadanos y comunidades, empresas e instituciones, a todos los niveles, de que todos ellos participan equitativamente en la labor común.

Palabras como «equitativamente» deberían hacer sonar siempre todas las alarmas, incluso cuando la idea destacada —proteger el medio ambiente— sea difícil de rebatir. Recordemos que cuando hablamos del mundo, un país como Estados Unidos está en el grupo de cabeza del uno por ciento. «Equitativo» significa una cosa muy diferente en los países en vías de desarrollo de lo que puede significar para los americanos. Mientras nosotros podríamos pensar que aumentar el número de kilómetros por litro de gasolina, utilizar reguladores de intensidad de la luz en nuestras lámparas, o programar los termostatos es cumplir con nuestra parte de la cuota, el resto del mundo difiere totalmente. Ellos no quieren nuestra conservación, quieren nuestro dinero. Nuestra tecnología. Nuestra tierra y nuestros recursos naturales.

Para ser totalmente justos, he leído de principio a fin la Declaración de Estocolmo

y es bastante benigna. Naturalmente, está llena de palabrería socialista, pero a juzgar por las cumbres y declaraciones que la siguieron, Estocolmo resulta ser la menor de nuestras preocupaciones. Aunque, por supuesto, los progresistas siempre piensan a largo plazo y defienden que el cambio fundamental puede llegar a partir de pequeños avances. Para ellos Estocolmo no fue en absoluto un fracaso, sino simplemente un punto de partida.

Al año siguiente, el Programa Medioambiental de Naciones Unidas (UNEP) se reunió por primera vez y elaboró un extenso documento que desarrollaba los descubrimientos de la Declaración de Estocolmo. Lo más destacable de esta reunión fue que estuvo dirigida por Maurice Strong, presidente ejecutivo del UNEP. Strong, un multimillonario que ha abrazado la causa del medio ambiente, en su día advirtió: «Francamente, puede que llegemos a un punto en el que la única forma de salvar al mundo sea que la civilización industrial se desplome».

Maurice Strong aparece muchas veces a lo largo del recorrido de la Agenda 21, pero esa cita es la auténtica llave para entender todo lo que el programa y sus planes adjuntos establecen. De hecho, si hubiera más defensores del medio ambiente que admitieran, como lo hizo Strong, que la única forma de conseguir sus objetivos sería que el mundo industrializado se desplomase, tal vez podríamos sostener un debate honesto.

En 1976, la Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos (Habitat I), reunida en Vancouver, determinó que los seres humanos estábamos sencillamente produciendo demasiados niños. «La pauta de crecimiento de la población del mundo —escribieron— indica que el número de seres humanos se duplicará en los próximos veinticinco años...».

El hecho de que estuvieran tan equivocados (la población mundial actual ha aumentado un cuarenta y ocho por ciento en los últimos veinticinco años) no viene al caso. Esos pronósticos no buscaban la exactitud, sino provocar alarma. Si la gente pensase que estaba destruyendo la Tierra por tener muchos hijos, entonces tal vez estaría dispuesta a tomar alguna decisión drástica al respecto.

La Declaración de Vancouver dada a conocer en esta conferencia se centraba en lo que ya se ha convertido en un tema recurrente para los defensores del medio ambiente: la justicia y la equidad.

[...] Reconociendo también que el establecimiento de un orden económico mundial justo y equitativo, a través de los cambios necesarios en la esfera del comercio internacional, sistemas monetarios, industrialización, transferencia de recursos, transmisión de tecnología y en el consumo de los recursos mundiales, es esencial para el desarrollo socioeconómico y para la mejora de los asentamientos humanos,

especialmente en los países en desarrollo.

Así que ahora sabemos que «equitativo» no es simplemente una muletilla, sino que significa que los países ricos (por ejemplo, Estados Unidos) deben hacer cuanto sea necesario, incluyendo la transferencia de sus recursos (por ejemplo, dinero y tecnología) a los países en desarrollo. Y lo que es más importante, la Declaración de Vancouver fue una de las primeras en señalar el uso de la tierra como una de las causas de los problemas del mundo. De hecho, una lectura más detenida del siguiente extracto deja bien claro que era más una declaración de guerra contra el capitalismo que una declaración sobre los asentamientos humanos:

[La tierra] no puede ser tratada como un bien ordinario, controlado por individuos y sometido a las presiones e ineficiencias del mercado. La propiedad privada del suelo es también el principal instrumento de acumulación y concentración de riqueza y por tanto contribuye a la injusticia social.

Ineficiencias del mercado. Concentración de riqueza. Injusticia social. Son términos que deberían provocar escalofríos en la espina dorsal de todo aquel a quien le importe el capitalismo y las auténticas libertades individuales.

Lamentablemente, estos puntos de vista generalizados anti mercado libre y antiamericanos han continuado creciendo y enconándose años después de Vancouver. Se han celebrado nuevas reuniones, nuevas cumbres, declaraciones, planes de acción y pronunciamientos, pero todo ello no ha sido más que un anticipo del acontecimiento principal: la Cumbre de la Tierra de 1992 en Río de Janeiro, el lugar donde fue forjado por primera vez el Programa o Agenda 21.

¿Qué es la Agenda 21?

Empecemos primero por el modo en que Naciones Unidas define el programa de la Agenda 21 en la portada de su publicación:

La Agenda 21 es un exhaustivo plan de acción que debe ser acometido a nivel mundial, nacional y local, por las entidades de la ONU, los gobiernos de sus estados miembros y los principales grupos particulares, en cada área en la que el ser humano produzca un impacto en el medio ambiente.

Esta última parte es esencial para entender que existen fuertes razones para argumentar que *casi* todo lo que hacemos los seres humanos tiene, de una u otra forma, un impacto en el medio ambiente. Desde lo que comemos, a cómo nos movemos, cómo y dónde construimos nuestras casas, o cómo calentamos y enfriamos esos hogares, todo impacta de alguna forma en el medio ambiente.

Y eso es exactamente lo que quiere Naciones Unidas.

En su esencia, de lo que la Agenda 21 trata es de control. Control sobre la tierra, los recursos naturales y, en última instancia, sobre poblaciones enteras. Pretende controlar el aire (a través de normas sobre la emisión de carbono), la tierra (con normas de «desarrollo sostenible») y el mar (por medio de normas medioambientales). En ese sentido, la Agenda 21 es casi como un plan de guerra. Y como todo buen general sabe, una vez que te haces con el control del cielo y del mar, ya puede dar comienzo la batalla terrestre, que el enemigo poco podrá hacer para detenerte.

Como era de esperar, el lenguaje y los objetivos de la Agenda 21 son la culminación de toda fantasía marxista/progresista desarrollada durante los últimos cien años. Desde la educación al transporte, pasando por la comida y el agua, no hay literalmente ningún aspecto de la vida que la Agenda 21 no pretenda regular y, en cierta medida, controlar.

La Agenda 21 tampoco trata de ocultar el hecho de que para conseguir estos objetivos será necesario un gran sacrificio. Es más, toda esa palabrería sobre «equidad» mencionada en las reuniones anteriores ha dado paso a una cruda declaración que fue incluida en su Preámbulo:

La consecución de los objetivos del Programa 21 en lo que se refiere al desarrollo y al medio ambiente requerirá una substancial corriente de nuevos y adicionales recursos financieros hacia los países en desarrollo a fin de cubrir los gastos suplementarios ocasionados por las medidas que habrán de llevarse a cabo para hacer frente a los problemas del medio ambiente mundial y acelerar el desarrollo sostenible.

Queda claro por este extracto que el verdadero objetivo de este plan es redistribuir la riqueza a escala mundial. Si los países en desarrollo van a recibir una «substancial corriente» de recursos, resulta lógico preguntar de dónde van a salir esos recursos. Y la respuesta, por supuesto, es que el dinero procederá del mundo desarrollado, Estados Unidos, Canadá, Europa occidental, Australia, etcétera. Y aunque aquellos que están detrás del programa proclaman que estos recursos ayudarán a elevar el Tercer Mundo al nivel del Primero, la realidad es que está diseñado para funcionar justo de forma opuesta.

Aplicar la Agenda 21

La Agenda 21 está concebida como un proyecto complejo de amplio alcance y, por tanto, debería leerse en toda su extensión para entender bien cómo pretende llegar a prácticamente todos los aspectos de la vida. Sin embargo, hay un par de temas clave que merece la pena subrayar porque están íntimamente relacionados con nuestra novela.

Uso de la tierra

La idea de que la propiedad de la tierra es perjudicial y solo consigue concentrar la riqueza y la injusticia social no ha desaparecido. De hecho, es el tema central de la Agenda 21 (aunque los redactores la han adornado y ya no se habla tan abiertamente de ella como en la Declaración de Vancouver).

Objetivo 7.28. El objetivo es satisfacer los requerimientos de suelo para el desarrollo de los asentamientos humanos a través de una planificación física conforme al medio ambiente y un uso de la tierra que asegure el acceso a la misma de todas las familias y, cuando proceda, alentar la propiedad y la gestión colectiva y comunal de la tierra. Debería prestarse especial atención a las necesidades de las mujeres y de las poblaciones indígenas por razones culturales y económicas.

En otras palabras, todo el mundo debe tener acceso a la tierra. Eso, por supuesto, es imposible, razón por la cual se emplea la frase «propiedad y gestión colectiva y comunal». De acuerdo con los ideólogos que están detrás del plan, la tierra, como «recurso finito», no puede ser dejada en manos de propietarios particulares.

En nuestra historia la idea está llevada al extremo. Si no hay propietarios individuales de tierra, o si las grandes poblaciones tienen que ser trasladadas para que la tierra pueda ser reforestada o resilvestrada^[1], entonces ¿a dónde irá todo el mundo?

El desarrollo sostenible

Otro concepto clave de la Agenda 21 es algo llamado «desarrollo sostenible». Como la mayoría de las ideas progresistas, suena muy bien, pero el concepto es bastante traicionero. La idea es que la Madre Tierra solo tendrá oportunidad de sobrevivir si reducimos la economía, dejamos la tierra en manos del gobierno y regulamos estrechamente el uso de nuestros recursos naturales.

«Nuestro Futuro Común», un informe llevado a cabo por la Comisión Mundial de Desarrollo y Medio Ambiente de Naciones Unidas en 1987, cinco años antes de la Conferencia de Río, intentó definir el término:

Desarrollo sostenible es el desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades.

Si se reflexiona atentamente sobre esa definición, uno empieza a comprender algo: si no puedes hacer nada que pueda «comprometer» la capacidad de futuras generaciones para satisfacer sus (desconocidas) necesidades, entonces no hay mucho que puedas hacer. ¿Que quieres talar algunos árboles para despejar el camino de tu nueva casa? Lo siento, esos árboles ayudan a limpiar el aire de CO₂ y las futuras generaciones los necesitarán. ¿Que quieres colocar una cerca alrededor de tu jardín? Lo siento, eso podría impedir la libre circulación de animales salvajes y tener consecuencias inesperadas en el futuro. ¿Que quieres mantener tu casa a veinte grados en verano? Lo siento, eso sustraería demasiada energía a la red. Y así sucesivamente.

Las formas en que el gobierno puede implementar los objetivos de la Agenda 21 son incalculables. Algunas, como por ejemplo el concepto de «resilvestrar», resultarían demasiado radicales para llevarlas a cabo de golpe, de modo que los objetivos han sido subdivididos en pequeñas metas. Una vez que la opinión pública al respecto se haya suavizado (véase mi libro *The Overton Window* para tener una pista de lo que podría pasar), el gobierno puede presionar aún más e introducir nuevas ideas que, años antes, hubieran sido inmediatamente rechazadas por el público.

Mientras tanto, existen un montón de formas con las que el gobierno y los grupos de sociedades privadas pueden impactar en nuestras vidas y promover los puntos esenciales de la Agenda 21. Por ejemplo, en un creciente número de hogares de todo el país han empezado a instalarse los llamados contadores inteligentes. Estos contadores proporcionan al gobierno y, en algunos casos, a burócratas no elegidos, el poder de monitorizar individualmente la utilización de la energía en cada casa. Si la red está bajo presión, entonces los funcionarios pueden cambiar la temperatura de un hogar, o apagar a la vez su aire acondicionado. *Todo por el bien común.*

La elaboración de normativas al respecto es otra de las áreas en las que el gobierno puede fácilmente promover alguno de estos objetivos a nivel nacional. El CAFE (o Estándar Empresarial Promedio de Ahorro de Combustible), que establece los estándares para el ahorro de gasolina, ha obligado, por ejemplo, a los fabricantes de automóviles a cambiar la forma en que construyen los coches. El precio, sus características y, a veces, incluso la seguridad (coches con una optimización del consumo de gasolina son a menudo más ligeros y no se agarran al asfalto tan bien como deberían en caso de accidentes graves) son sacrificados en aras de cumplir un estándar que puede o no tener un impacto *inequitativo*. La compañía Ford, por ejemplo, está planteándose cambiar el acero por aluminio en los modelos F-150, a

pesar de saber que estarán sacrificando vidas a cambio de respetar los estándares de consumo de gasolina.

Principio de precaución

Este principio puede definirse en esencia como «culpable hasta que se demuestre su inocencia». Más concretamente significa que en una situación en la que algo pudiera causar daño a una persona o al medio ambiente, la carga de la prueba recae sobre la persona que vaya a realizar esa acción.

Esta aproximación es mencionada en la Agenda 21, capítulo 22.5 (c) a propósito del almacenamiento y eliminación de desechos radioactivos cerca de un «medio marino».

[...] con la aplicación en este proceso del enfoque basado en el principio de precaución...

¿Por qué es tan importante? Porque cambia todo el sistema legal vigente a favor de los criterios internacionales. Pensemos en ello de esta forma: si viertes una taza de café en el océano y el gobierno va a procesarte, tendrán que demostrar, utilizando evidencias científicas, que has dañado intencionadamente el medio ambiente. Sin embargo, si se aplicara este principio de precaución, será competencia tuya demostrar que no había ningún daño posible.

Al dar la vuelta a todo el sistema, procesos de todo tipo, que habrían sido impensables debido a su altísimo coste y complejidad, resultan ahora posibles. Las compañías, y posiblemente los individuos de todo el mundo, se verán obligados a gastar tiempo y dinero en defenderse de cada acción que cualquier organismo regulador nacional o internacional decida incoar. Un cambio radical que, a la larga, tendrá consecuencias en todos los aspectos de la vida, dado que una de ellas, y desde luego nada desdeñable, será que todos los gastos relativos a los procesos judiciales deberán recaer en los consumidores.

Todas las políticas son locales

Una de las cosas que realmente diferencia la Agenda 21 de otros grandes programas medioambientales es su profunda dependencia de las administraciones locales. Uno de los primeros grupos en facilitar este esfuerzo es el Consejo Internacional para las Iniciativas Medioambientales Locales (ICLEI).

El ICLEI, con sede en Bonn, Alemania, ofrece formación y apoyo a los municipios que quieran poner en marcha los programas de la Agenda 21. Esta gran, pero relativamente desconocida, red ha conseguido recaudar fondos privados (el

Instituto George Soros de Sociedad Abierta donó al ICLEI 2,1 millones de dólares en 1997) y consecuentemente se ha infiltrado en ciudades y condados de todo el país.

De acuerdo con la página web del ICLEI en Estados Unidos:

ICLEI USA fue creado en 1995 y ha crecido desde un puñado de gobiernos locales participando en una experiencia piloto para constituir una sólida red de más de seiscientas ciudades, pueblos y condados que trabajan activamente para conseguir una reducción tangible de emisiones de gas de efecto invernadero y crear comunidades más sostenibles. El ICLEI USA es líder en la protección y readaptación climática doméstica y en el desarrollo sostenible en el ámbito de las administraciones locales.

Austin, Texas, es uno de los cientos de pequeños gobiernos locales que parecen haber quedado hipnotizados por la propaganda del ICLEI. Con anterioridad a la votación municipal de algunas iniciativas amistosas de la Agenda 21, John Bush, un miembro del grupo «Tejanos por un Gobierno Responsable» (TAG), realizó una breve presentación sobre el ICLEI y la Agenda 21 en la que trataba de apelar a uno de los valores tradicionales tejanos, la propiedad de la tierra. En ella afirmaba:

Entre los objetivos de la Agenda 21 está la «resilvestración de América» bajo el Proyecto de Tierras Vírgenes. Este proyecto expulsará a los seres humanos de más de la mitad de las tierras de América para que estas áreas se conviertan en zonas silvestres. Sin tener en cuenta dónde estaba hasta entonces tu granja familiar, los seres humanos no podrán poner un pie en esas zonas. Además, estas áreas protegidas estarán altamente controladas y monitorizadas en su zona perimetral, y en ellas cualquier desplazamiento estará sujeto a severas limitaciones.

El breve discurso de Bush contra la proposición dio inmediatamente paso a la votación, en la que se obtuvo un unánime siete a cero a favor de la adopción del plan.

Pero Austin no es la única ciudad que ha empezado a recorrer este camino.

Siracusa, Nueva York, está desplegando los planes de la Agenda 21 para controlar la propiedad local y hacer que el crecimiento urbano sea algo del pasado, a través del «Plan del Condado de Onondaga para el Desarrollo Sostenible». Gran parte del lenguaje utilizado en ese plan (por ejemplo, «El desarrollo sostenible de hoy cobrará sus dividendos en el futuro») parece provenir directamente de la Agenda 21.

A pesar de estar técnicamente en bancarrota, el estado de California se niega a abandonar los planes para un enorme y costosísimo proyecto de tren de alta velocidad. Este proyecto es fruto de un grupo a favor del crecimiento sostenible

llamado América 2050. (Uno de los contribuyentes de la América 2050 es la Fundación Surdna, un grupo cuyo «trabajo medioambiental está basado en el entendimiento de la interacción entre el medio ambiente, la economía y la equidad social»).

California también se ha fijado el objetivo de que las viviendas unifamiliares sean una cosa del pasado. Un reciente artículo en el *Wall Street Journal* (titulado «California declara la guerra a Suburbia^[2]») explicaba cómo el Golden State^[3] quiere que la mitad de su población se traslade a zonas de viviendas urbanas de alta densidad del estilo promovido por la Agenda 21:

La Asociación de Gobiernos del Sur de California pretende exigir que más de la mitad de las nuevas viviendas en el condado de Los Ángeles y en otros cinco condados del sur de California se concentren en densas ciudades llamadas de tránsito, de las que la mayor parte tendrá aproximadamente 30 o más unidades por acre... La campaña contra los suburbios es el resultado de las leyes aprobadas en 2006 (Acta de Soluciones para el Calentamiento Global) para reducir los gases de efecto invernadero y en 2008 (Acta de Comunidades Sostenibles y Protección Climática) sobre planeamiento urbano. La *última ley*, como acertadamente la definió *Los Angeles Times* pretendía «controlar el crecimiento de las zonas residenciales de las afueras, construyendo casas más cerca del centro de la ciudad y reduciendo el tráfico de acceso a la misma, a fin de disminuir el cambio climático producido por las emisiones de gases de efecto invernadero». En definitiva, desalentar el uso del automóvil.

Un asunto similar se recoge en el libro de Stanley Kurtz *Spreading the Wealth: How Obama Is Robbing the Suburbs to Pay for the Cities:*^[4]

El presidente Obama no es muy aficionado a las zonas residenciales americanas. De hecho, pretende abolirlas... Obama lleva tiempo apoyando el «regionalismo», la idea de que los suburbios deben ser integrados en las ciudades, aglutinando escuelas, alojamiento, transporte y, por encima de todo, impuestos. Para tal fin, el presidente ha iniciado programas diseñados a empujar al país hacia una amplia transformación social en un posible segundo mandato. El objetivo: fomentar la igualdad a través de una transferencia masiva del dinero de los impuestos suburbanos a las ciudades.

La ciudad de Hailey, Idaho, se ha marcado el objetivo de reducir sus emisiones de

carbono un cincuenta por ciento (sobre los niveles de 2001) para el año 2050. ¿Acaso el alcalde de la pequeña ciudad de Hailey (con una población de siete mil novecientos sesenta habitantes) se ha planteado en algún momento reducir la economía de su ciudad a la mitad sin la guía y el consejo del ICLEI? ¿Qué otras pequeñas ciudades están considerando la posibilidad de adoptar esas mismas acciones drásticas?

Hablando de las emisiones de carbono, Barack Obama ha propuesto aplicar a la industria del carbón normas al estilo de las de la Agenda 21. Antes de las elecciones de 2008, concedió una entrevista al *San Francisco Chronicle* detallando su punto de vista sobre el carbón:

De modo que si alguien quiere construir una central térmica de carbón, es libre de hacerlo; aunque eso conlleve el peligro de arruinarse porque tendrá que pagar grandes sumas por todos los gases de efecto invernadero que vaya a emitir...

Phil Kerpin escribió recientemente un artículo para *FoxNews.com* en el que revelaba lo efectiva que está siendo esta estrategia:

La Administración de Información Energética de Estados Unidos ha informado de un radical descenso en el sector del consumo de carbón en el primer trimestre del 2012. Las centrales térmicas de carbón están generando ahora un 36% de la electricidad de Estados Unidos contra un 44,6% de hace un año. Ese es el resultado de una regulación sin precedentes sobre el carbón que nos deja a todos mucho más pobres.

Vigilar el lenguaje

Muchos pueblos y ciudades de todo el país están empezando a utilizar el lenguaje de la Agenda 21, en algunos casos sin ni siquiera darse cuenta. La Comisión de Urbanismo de Kingwood, Nueva Jersey, recomendaba recientemente el siguiente cambio en la Ordenanza Municipal de Desarrollo del Suelo:

El Comité del Municipio de Kingwood desea preservar y mejorar las zonas rurales sin desarrollar situadas a lo largo del Corredor de la Ruta 12 de tal forma que se mantenga y refuerce el carácter rural del municipio y los ya existentes paisajes y vistas panorámicas...

La conservación de los «existentes paisajes y vistas panorámicas» es un lenguaje

clásico de la Agenda 21 y puede ser encontrado en muchos otros reglamentos locales sobre el uso del suelo. Consideremos, por ejemplo, la Declaración de Scandia, Minnesota, que también está plagada de todos los clichés de la Agenda 21:

Estas directrices serán aplicadas por la ciudad para revisar los nuevos desarrollos propuestos bajo el lenguaje de «Subdivisión de Conservación de Espacios Abiertos», de la Ordenanza Zonal. El presente lenguaje de la ordenanza permite una densidad extra como un incentivo para alentar proyectos que demuestren la «Conservación de los existentes paisajes y vistas panorámicas identificados con la ciudad, especialmente los que se ven desde propiedades y carreteras públicas».

Numerosas ciudades y pueblos están usando el mismo tipo de vocabulario en sus legislaciones y propuestas: Tacoma, WA; Torrey Pines, CA; Charleston, SC; Rancho Palos Verdes, CA; Dacula, GA; Hemet, CA; Oakland, CA, etcétera. Otros como Davis, CA, contienen prácticamente todos los objetivos de la Agenda 21 en su planeamiento. Muchos de los mayores entusiastas de estos conceptos desconocen, sin duda, sus orígenes socialistas.

Qué se puede hacer

Hay buenas noticias. Dado que la Agenda 21 depende en gran medida de los gobiernos locales para su aceptación y puesta en marcha, los individuos han podido detener con éxito su progreso.

La clave está en la educación. Aquellos que se han documentado sobre los verdaderos objetivos de la Agenda 21 se han convertido, generalmente, en serios detractores de la misma. Pero mientras la alerta sobre la Agenda 21 parece haber aumentado significativamente en los últimos años, todavía queda mucho trabajo por hacer. Muchos funcionarios locales, incluso algunos bien intencionados, son totalmente ajenos respecto a qué y contra quién tienen que enfrentarse.

Una de las mejores y más sorprendentes detractoras de la Agenda 21 es una mujer de California llamada Rosa Koire. Koire es una demócrata liberal que entiende que la Agenda 21 destruirá América tal y como la conocemos, y que se dedica a viajar por todo el país ofreciendo charlas desde ambos lados de la escena, presentando su caso contra el ICLEI y la Agenda 21. Su página web, incluida en la lista de más abajo, merece sin duda ser visitada si estás interesado en difundir la verdad.

Recursos y educación

1972 Declaración de Estocolmo:

[http://www.unep.org/Documents.Multilingual/Default.asp?](http://www.unep.org/Documents.Multilingual/Default.asp?documentid=97&articleid=1503)

[documentid=97&articleid=1503](http://www.unep.org/Documents.Multilingual/Default.asp?documentid=97&articleid=1503)

1973 Informe UNEP:

http://www.unep.org/resources/.../73_06_GC1_report_%20K730925.pdf

1976 Declaración de Vancouver:

http://www.unhabitat.org/downloads/docs/924_21239_The_Vancouver_Declaratic

1987 Informe de Naciones Unidas: «Nuestro Futuro Común»:

http://conspect.nl/pdf/Our_Common_Future-Brundtland_Report_1987.pdf

Publicación completa de la Agenda 21:

<http://www.un.org/esa/dsd/agenda21/index.shtml>

1992 Declaración de Río:

<http://www.un.org/documents/ga/conf151/aconf15126-1annex1.htm>

ICLEI USA website:

<http://www.icleiusa.org>

ICLEI «U.S. Mayor's Climate Protection Agreement»:

http://www.iclei.org/documents/USA/documents/CCP/Climate_Action_Handbook-0906.pdf

Rosa Koire website:

<http://www.DemocratsAgainstUNAgenda21.com>

The American Policy Center ofrece un manual básico de una página sobre la Agenda 21:

<http://americanpolicy.org/sustainable-development/agenda-21-in-one-easy-lesson.html>

The 9/12 Project cuenta con la educación en la Agenda 21 entre sus objetivos:

<http://the912-project.com>

Grupos de Facebook on line:

Wake Up Call To Agenda 21:

<http://www.facebook.com/groups/185234981487143/>

Resist UN Agenda 21:

<http://www.facebook.com/groups/183101898406874/>

Stopping UN Agenda 21:

<http://www.facebook.com/pages/Stopping-Agenda-21-and-sustainable-development/200953626623622>

* * *

Finalmente, dado que aquellos que hablan de la Agenda 21 son constantemente marginados al ser considerados radicales o conspiradores, quiero incluir aquí un

enlace a la plataforma oficial 2012 GOP, en el que se manifiesta la oposición del partido a ese plan:

Rechazamos firmemente la Agenda 21 de Naciones Unidas como una grave erosión a la soberanía americana, y nos oponemos a cualquier forma de Impuesto Global de Naciones Unidas.

Toda la información sobre la plataforma GOP puede encontrarse en:
http://www.gop.com/2012-republican-platform_exceptionalism

Agradecimientos

Glenn

Quiero dar las gracias a:

Los oyentes, los lectores y la audiencia de los programas de televisión TheBlaze: cambiando las mentes estáis cambiando el mundo. Vuestra humildad me inspira cada día.

Mis compañeros en Mercury Radio Arts y TheBlaze. Vosotros sois los narradores de esta generación. Nunca dejéis de soñar.

A mi increíble esposa y demás familia que me apoyan en todo siempre. Y especialmente a mi maravillosa hija, Hannah, que recientemente se ha «emparejado» con su nuevo esposo, Tim. Hannah, gracias por ayudarme a encontrar esta aguja de novela en un pajar. Vamos a despertar a la gente y a asegurarnos de que tu matrimonio esté lleno de ese amor, esperanza y felicidad que los protagonistas de esta novela nunca llegaron a experimentar.

A todos los miembros de Simon & Schuster, Premiere Radio, Clear Channel, NEP, MLB Advanced Media, y a todas las demás compañías mundiales con las que nos hemos asociado: vuestro duro trabajo entre bastidores ha sido siempre uno de los secretos de nuestro éxito.

Harriet

Mi más sentido agradecimiento a:

Mi familia, los más leales admiradores del mundo.

A la división de apoyo a la escritura de ficción de Madwomen in the Attic, en la Carlow University dirigida por la increíble Evelyn Pierce.

A los editores Emily Bestler y Kevin Balfe; Sarah Cypher y Elayne Masters.

Y finalmente, aunque no por ello menos importante, a Glenn Beck por su inspiración y apoyo.

Notas

[1] Resilvestrar o resalvajizar puede sonar a término inventado, pero lamentablemente es muy real. La idea es devolver grandes extensiones de tierra (millones de acres) de Norteamérica a su prístina condición y restaurar el hábitat a sus depredadores originarios tales como lobos, jaguares, osos negros y coyotes. El Rewilding Institute, Instituto de Resilvestralización (*rewilding.org*), es uno de los mayores promotores en el desarrollo de estas ideas. <<

[2] Suburbia: zonas residenciales de las afueras. (*N. de la T.*) <<

[3] Golden State: sinónimo de California. (*N. de la T.*) <<

[4] *Expandiendo el bienestar: cómo Obama está atracando los suburbios para pagar por las ciudades.* <<